# LAS OVEJAS DETECTIVES

LEONIE SWANN



narrativa
salamandra

Leonie Swann

# LAS OVEJAS DETECTIVES

Traducido del alemán por
María José Díez y Diego Friera

narrativa
salamandra

*para M.,*
*sin el cual este libro nunca habría sido posible*

# *Dramatis Oves* por orden de aparición

MAUDE: tiene buen olfato y está orgullosa de ello.

SIR RITCHFIELD: el manso (macho que sirve de guía al rebaño); ya no es ningún jovencito, el oído le falla y tiene mala memoria, pero conserva su buena visión.

MISS MAPLE: la más lista del rebaño, tal vez la más lista de Glennkill y posiblemente incluso la más lista del mundo. Curiosa y terca, a veces se siente responsable.

HEIDE: traviesa y joven, no siempre piensa antes de hablar.

CLOUD: la más lanuda del rebaño.

MOPPLE THE WHALE: el memorioso: jamás olvida nada. Carnero merino muy gordo y de cuernos acaracolados, casi siempre tiene hambre.

OTHELLO: carnero de las islas Hébridas con cuatro cuernos y un pasado misterioso.

ZORA: enigmática y de cabeza negra, es la única hembra con cuernos del rebaño de George.

RAMSES: joven carnero con los cuernos aún bastante cortos.

LANE: la más rápida del rebaño, de pensamiento práctico.

SARA: una oveja madre.

UN CORDERO: no tiene nombre pero ha visto algo.

MELMOTH: hermano gemelo de Ritchfield, un carnero legendario desaparecido y reaparecido.

CORDELIA: le gustan las palabras peculiares.

MAISIE: ingenua y joven.

EL CORDERO DE INVIERNO: un agitador difícil.

WILLOW: la segunda oveja más taciturna del rebaño, cosa que nadie lamenta.

EL CARNERO DE GABRIEL: un macho muy raro.

FOSCO: se considera listo, y con razón.

*The trail wound here and there*
*as the sheep had willed in the making of it.*
*[El rastro serpenteaba aquí y allá,*
*como las ovejas lo habían forjado a su paso.]*

STEPHEN CRANE, Tales of Adventure

# 1

—Ayer estaba sano —dijo Maude. Sus orejas se movían nerviosamente.

—Eso no significa nada —repuso Sir Ritchfield, el carnero más viejo del rebaño—, ya que no ha muerto de enfermedad. Las palas no son ninguna enfermedad.

El pastor yacía junto al establo, cerca del camino, en la verde hierba irlandesa, inmóvil. Una corneja se había posado en su jersey noruego de lana y miraba en su interior con interés profesional. A su lado había un conejo con aire satisfecho. Algo más lejos, cerca del acantilado, se reunía el consejo de ovejas.

Habían conservado la calma al hallar a su pastor esa mañana inusitadamente frío e inerte, y se sentían muy orgullosas de ello. Claro que con el susto inicial habían dado algunos gritos irreflexivos: «Y ahora ¿quién va a traernos heno?» O: «¡Un lobo! ¡Un lobo!» Pero Miss Maple se había ocupado con presteza de que no cundiera el pánico. Explicó que, en cualquier caso, a mediados de verano en los pastos más verdes y ricos de Irlanda sólo un tonto comería heno, y que ni siquiera los lobos más astutos les clavaban a sus víctimas una pala en el cuerpo. Y no cabía duda de que semejante herramienta sobresalía de las vísceras del pastor, humedecidas por el rocío.

Miss Maple era la oveja más lista de todo Glennkill. Algunos incluso afirmaban que era la oveja más lista del mundo. Sin embargo, nadie podía demostrarlo. Bien es cierto que había un concurso anual llamado La Oveja Más Lista de Glennkill, pero precisamente ahí se veía la extraordinaria inteligencia de Maple,

pues ésta se negaba a participar en semejantes certámenes. La ganadora, tras recibir una corona de tréboles (que podía devorar a continuación), pasaba varios días de gira por los pubs de las localidades vecinas, donde debía ejecutar de nuevo el número que, lamentablemente, la había hecho merecedora del título, mientras el humo del tabaco le hacía llorar los ojos y la gente la obligaba a beber Guinness hasta no tenerse en pie. Además, a partir de ese momento su pastor la responsabilizaba de todas las diabluras que ocurrieran en los pastos: la más lista siempre era la principal sospechosa.

George Glenn no volvería a hacer responsable de nada a ninguna oveja. Yacía empalado cerca del camino, y sus ovejas deliberaban sobre qué hacer. Se hallaban entre el cielo azul marino y el mar azul cielo, junto al acantilado, donde no llegaba el olor a sangre, y se sentían responsables.

—No era un pastor demasiado bueno —afirmó Heide, que prácticamente seguía siendo un cordero y no podía olvidar que, después del invierno, George le había cortado su prominente rabo.

—Es verdad —dijo Cloud, la oveja más lanuda y vistosa que quepa imaginar—. No apreciaba nuestro trabajo. «Las ovejas noruegas lo hacen mejor, las ovejas noruegas tienen más lana.» Pedía que le enviaran jerséis de ovejas desconocidas de Noruega... Una vergüenza. ¿Qué otro pastor habría ofendido de tal modo a su rebaño?

Se originó una larga discusión entre Heide, Cloud y Mopple the Whale. Éste insistía en que, al fin y al cabo, la bondad de un pastor se reflejaba en la cantidad y la calidad del forraje, y a ese respecto no se podía decir nada, absolutamente nada, en contra de George Glenn. Así pues, al final convinieron en que era un buen pastor que jamás había cortado el rabo a ningún cordero, nunca había empleado perro ovejero alguno, les proporcionaba comida en abundancia, sobre todo pan y azúcar pero también alimentos saludables como hierbas, forraje y nabos, y sólo vestía los productos de su propio rebaño, a veces una piel de cuerpo entero de lana tejida. Había que verlo, casi como si él también fuese una oveja. Así

pues, todas tuvieron claro que en el mundo nunca había existido una criatura tan perfecta, y desde luego era una hermosa idea. Se oyeron algunos suspiros y después hicieron ademán de separarse, satisfechas de haber esclarecido todas las cuestiones pendientes.

Pero Miss Maple, que hasta ese momento no había tomado parte en la discusión, dijo:

—Entonces, ¿no queréis saber por qué ha muerto?

Sir Ritchfield la miró asombrado.

—Ha muerto por la pala. Tampoco tú habrías sobrevivido si te hubiese atravesado el cuerpo una cosa de hierro tan pesada. No es de extrañar que haya muerto. —El manso se estremeció un tanto.

—¿Y de dónde ha salido la pala?

—Pues alguien se la clavó.

Para Sir Ritchfield el asunto estaba zanjado, pero Othello, el único carnero negro del rebaño, de repente mostró interés en el problema.

—Sólo pudo hacerlo un hombre... o un mono muy grande —opinó. Había pasado una agitada juventud en el zoo de Dublín y nunca perdía la ocasión de hacer alusión a ello.

—Un hombre. —Maple asintió. El número de sospechosos disminuyó rápidamente—. Pues deberíamos averiguar qué hombre ha sido. Se lo debemos al viejo George. Cuando un perro salvaje descuartizaba a uno de nuestros corderos, él siempre intentaba encontrar al culpable. Además, formaba parte de nosotras. Era nuestro pastor. Nadie tenía derecho a clavarle una pala. Ha sido una lobada, un asesinato.

Las ovejas se asustaron. El viento había cambiado y les llegaba un tufillo a sangre, débil pero claramente perceptible, que se dirigía hacia el mar.

—Pero ¿y si encontramos al de la pala? —preguntó Heide, nerviosa—. Entonces, ¿qué?

—¡Justicia! —baló Othello.

—¡Justicia! —balaron las demás. Y de ese modo se acordó que las ovejas de George Glenn esclarecerían el infame asesinato de su único pastor.

La primera en examinar el cadáver fue Miss Maple, cosa que no hizo por gusto. Con el sol estival irlandés, George ya había empezado a despedir un hedor que bastaba para darle escalofríos a cualquier oveja.

Al principio lo rodeó a una distancia respetuosa. La corneja soltó un graznido de desaprobación y sus negras alas levantaron el vuelo. Maple se atrevió a acercarse más, observó la pala, olisqueó la ropa y el rostro. Finalmente incluso metió el hocico en la herida y hurgó en ella. Al menos eso le pareció desde lejos al rebaño, que apiñado a considerable distancia contenía la respiración. Regresó con la nariz manchada de sangre.

—¿Y bien? —inquirió Mopple, que ya no soportaba la tensión. No se le daba nada bien soportar ninguna tensión.

—Está muerto —aseguró Miss Maple, lacónica. Acto seguido miró en dirección al camino—. Debemos estar preparadas. Tarde o temprano vendrán los hombres. Hemos de observar lo que hacen, poner atención a lo que dicen. Y es preciso que no parezcamos sospechosas, todas amontonadas. Debemos comportarnos con naturalidad.

—Pero si ya lo hacemos —objetó Maude—. George ha muerto asesinado. ¿Acaso deberíamos pastar cerca de él, con la hierba aún salpicada de sangre?

—Sí. Eso deberíamos hacer. —Othello, negro y decidido, se adelantó. Arrugó la nariz al ver la cara de horror del resto—. No tengáis miedo, yo lo haré. Pasé mi juventud cerca del recinto de las fieras, un poco más de sangre no me matará.

En ese instante Heide pensó que Othello era un carnero muy audaz, y decidió pacer a su lado más a menudo en el futuro... naturalmente, después de que se llevasen a George y la lluvia estival limpiara el prado.

Miss Maple desplegó a los centinelas. A Sir Ritchfield, que pese a su edad aún tenía buena vista, lo apostó en lo alto de la loma, desde la cual se divisaba el camino que había más allá de los setos. Mopple the Whale veía mal pero tenía buena memoria, así que fue situado junto a Ritchfield para recordar lo que éste viera. Heide y Cloud

vigilaban el sendero que atravesaba en diagonal la pradera: la primera ocupó su puesto junto a la cancilla que había en dirección al pueblo, y la segunda allí donde el camino desaparecía en una hondonada. Zora, una oveja de cabeza negra que no padecía vértigo, se encaramó a un estrecho saliente rocoso del acantilado, desde donde se divisaba la playa; afirmaba que entre sus antepasados había una oveja montaraz salvaje, y casi resultaba creíble al ver la despreocupación con que se movía por el precipicio.

Othello se disolvió en la sombra del dolmen, no muy lejos del lugar en que la pala mantenía a George clavado al suelo. Si era necesario, desde allí podía pastar sin llamar la atención. Miss Maple no tomó parte en la vigilancia. Permaneció junto al abrevadero, intentando quitarse la sangre de la nariz.

El resto se condujo con naturalidad.

Al cabo de un rato, Tom O'Malley, no del todo sobrio, apareció por el camino que iba de Golagh a Glennkill. Se dirigía al pub del pueblo. El aire fresco le sentaba bien, el verde, el azul: las gaviotas se arrebataban las presas unas a otras entre chillidos, tan deprisa que Tom se mareó. Las ovejas de George pastaban apaciblemente ante la magnífica vista. Pintoresco. Como una postal. Una oveja se había alejado bastante y dominaba el precipicio como un pequeño león blanco. ¿Cómo habría llegado hasta allí?

—Hola, ovejita —saludó Tom—, ten cuidado no te vayas a caer. Sería una lástima que una belleza como tú se despeñara.

La oveja lo miró con desdén, y él se sintió como un idiota. Idiota y borracho. Pero ya estaba bien. Haría carrera en el sector del turismo. El turismo era el futuro de Glennkill. Tenía que hablarlo ya mismo con los muchachos en el pub.

Pero antes le echaría un vistazo más de cerca al soberbio carnero negro. Cuatro cuernos. Realmente insólito. Las ovejas de George eran extraordinarias. No obstante, el negro no le dejó aproximarse demasiado, y evitaba fácilmente su mano sin moverse en exceso.

Entonces Tom vio la pala.

Una buena pala. Una así le vendría estupendamente. Y parecía no tener dueño. Resolvió considerarla suya en adelante. La escondería bajo el dolmen y por la noche volvería a recogerla, aunque la idea no le hacía mucha gracia. La gente contaba historias sobre el dolmen. Pero, bah, él era un tipo moderno y aquélla era una pala magnífica. Al apoyar la mano en el mango, su pie topó con algo blando.

Esa tarde en el Mad Boar todos escucharon a Tom O'Malley atentamente por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Poco después, Heide vio un grupito de personas que subía a paso ligero por el camino del pueblo. Soltó un balido corto, largo, nuevamente corto, y Othello salió un tanto a regañadientes de debajo del dolmen.

En cabeza venía un hombre muy delgado al que las ovejas no conocían. Lo observaron con atención: el líder es siempre importante.

Lo seguía el carnicero. Las ovejas contuvieron la respiración: el carnicero era aterrador. Sólo su olor bastaba para que les temblaran las patas. El carnicero olía a muerte dolorosa. A gritos, sufrimiento y sangre. Hasta los perros le temían.

Las ovejas odiaban al carnicero. Y adoraban a Gabriel, que avanzaba a su lado, un hombrecillo de barba desgreñada y sombrero de ala ancha que caminaba deprisa para no rezagarse respecto al coloso que flanqueaba. Sabían por qué odiaban al carnicero, pero no sabían por qué adoraban a Gabriel. Era sencillamente irresistible. Sus perros ejecutaban las acrobacias más fantásticas. Todos los años él ganaba el gran concurso de pastores de Gorey. La gente le tenía un gran respeto. Se decía que podía hablar con los animales, pero no era verdad: al menos las ovejas no entendían ni jota del murmullo gaélico de Gabriel. Sin embargo, se sentían conmovidas, halagadas y, por último, seducidas, y trotaban confiadas cerca de él cuando pasaba por el camino que discurría junto a su prado.

Ahora el grupo ya casi había llegado hasta el cadáver. Las ovejas más valerosas olvidaron por un momento actuar con naturalidad y, curiosas, estiraron el pescuezo. El delgado líder se detuvo atónito a unos saltos de cordero de George. Su cuerpo larguirucho se tambaleó un instante como una rama al viento, pero sus ojos estaban clavados como agujas en el punto donde la pala emergía de las tripas de George.

También Gabriel y el carnicero permanecieron a cierta distancia del cadáver. El carnicero se quedó mirando el suelo un instante y Gabriel sacó las manos de los bolsillos. El flaco apartó la mirada de George y, con un gesto poco decidido, se quitó la gorra de la cabeza. El carnicero dijo algo. Sus carnosas manos se habían vuelto puños.

Othello pacía audazmente por allí.

Después, resollando y resoplando, el rostro como un tomate y el rojo cabello alborotado, Lilly subió por el sendero, y con ella una vaharada de aroma a lilas artificiales. Al ver a George profirió un gritito agudo. Las ovejas la miraron imperturbables: Lilly a veces iba a los pastos al caer la tarde y siempre estaba profiriendo esos gritos agudos suyos. Cuando pisaba un montoncito de cagarrutas. Cuando su falda se enganchaba en un seto. Cuando George decía algo que no le gustaba. Y tan pronto ambos desaparecían un rato en la caravana, volvía a reinar la calma. Las ovejas se habían acostumbrado y los extraños gritos de Lilly ya no las asustaban.

Mas el viento lanzó de repente un sonido lastimero y prolongado por la pradera y Mopple y Cloud perdieron los nervios. Salieron trotando por la loma, donde, avergonzadas, procuraron volver a parecer naturales.

Lilly se había arrodillado junto al cuerpo sin preocuparse por la hierba, humedecida por la lluvia caída durante la noche, y profería horribles lamentos. Sus manos recorrían como dos insectos confusos el jersey noruego y la pelliza de George, tirándole de las solapas.

De pronto el carnicero se plantó a su lado y le apartó los brazos con rudeza. Las ovejas contuvieron la respiración. El carnicero se movió con la agilidad de un gato. Y dijo algo. Lilly lo miró como si acabaran de arrancarla de un profundo sueño. Tenía los ojos

anegados en lágrimas. Movió los labios, pero en el prado no se oyó nada. El carnicero le contestó algo y, a continuación, la cogió por los brazos y la llevó aparte, alejándola bastante de los otros dos hombres. El flaco se puso a hablar con Gabriel.

Othello echó un vistazo alrededor en busca de ayuda: si permanecía junto a Gabriel, se perdería lo que sucediera entre el carnicero y Lilly. La mayoría de las ovejas vio el problema, pero a ninguna le apetecía acercarse ni al cadáver ni al carnicero, pues ambos olían a muerte. Todas preferían centrarse en el cometido de obrar con naturalidad.

Entonces Miss Maple regresó al trote del abrevadero y asumió la vigilancia del matarife. En la nariz aún tenía una sospechosa mancha rojiza, pero se había estado revolcando en el lodo y parecía únicamente una oveja muy sucia.

—... ridículo —le decía el carnicero a Lilly—. Podrías ahorrarte el teatrillo. Créeme, ahora tienes otras preocupaciones, cariño.

La había agarrado por la barbilla con sus dedos como salchichas y le alzaba un tanto la cabeza para que tuviera que mirarlo a los ojos. Lilly esbozó una sonrisa sin alegría.

—¿Por qué iba a sospechar alguien de mí? —inquirió, tratando de liberar la cabeza—. George y yo siempre nos llevamos bien.

El carnicero la sostenía impertérrito por el mentón.

—Siempre os llevasteis bien. Exacto. Eso les bastará por el momento. Pero ¿quién, aparte de ti, se llevaba bien con George? Espera a que se lea el testamento, y entonces todos verán lo bien que os llevabais. Tú no tienes demasiado dinero, ¿no? Los potingues cosméticos no es que den precisamente un dineral, y acostándote con cualquiera no creo que saques gran cosa en este pueblo de mala muerte. Vente con Ham y no tendrás que volver a preocuparte por toda esa porquería.

Gabriel gritó algo y Ham se volvió bruscamente para regresar con los otros, dejando a Lilly allí plantada. La sonrisa desapareció del rostro de la mujer, que se arrebujó en la pañoleta y se estremeció. Por un instante pareció que iba a echarse a llorar. A Maple le resultó

perfectamente comprensible: ser agarrada por el carnicero debía de ser como si la muerte le tirara a una de las orejas.

De nuevo los cuatro hombres intercambiaron unas palabras, pero las ovejas se hallaban demasiado lejos para captar nada. A ello siguió un silencio claramente embarazoso. El flaco se volvió y echó a andar despacio en dirección al pueblo. Gabriel lo siguió. Lilly pareció reflexionar un momento y, acto seguido, salió en pos de ambos hombres a toda prisa.

Ham no los imitó. Se acercó a George, levantó lentamente una de sus garras de carnicero y la dejó suspendida cual sebosa moscarda sobre el cadáver. Luego los dedos dibujaron dos líneas en el aire: una larga, desde la cabeza hasta el vientre de George, y otra más corta, de hombro a hombro, de modo que ambas se cruzaban. Sólo cuando Gabriel volvió a llamarlo emprendió el camino de regreso al pueblo.

Más tarde llegaron tres policías que tomaron algunas fotografías. Con ellos iba una perfumada periodista que también sacó fotos, muchas más que los policías. Incluso se aproximó al peñasco y fotografió a Zora en el saliente rocoso, y luego a Ritchfield y Mopple, que pastaban ante el dolmen. A decir verdad, las ovejas estaban acostumbradas a la atención ocasional de los mochileros, pero el interés de la prensa no tardó en resultarles incómodo. Mopple fue el primero en perder los nervios y corrió a la loma profiriendo sonoros balidos. Las demás se dejaron contagiar por el pánico y fueron detrás, incluso Miss Maple y Othello. Momentos después, todas se encontraban apiñadas en la colina, de lo cual se avergonzaron un poco.

Los policías no hicieron caso de las ovejas. Le extrajeron la pala a George, envolvieron a ambos en grandes bolsas de plástico, rastrearon un poco el suelo, subieron a su coche blanco y se marcharon. Poco después empezó a llover: la pradera pronto quedó como si allí no hubiera pasado nada.

Las ovejas decidieron resguardarse en el establo. Fueron todas juntas, pues ahora, con la muerte de George tan reciente, aquel cobertizo se les antojaba un tanto sombrío e inquietante. Sólo Miss Maple permaneció un poco más fuera, bajo la lluvia, quitándose el barro y, por fin, también la mancha de sangre.

Cuando entró en el establo, las demás se habían amontonado alrededor de Othello. Lo estaban cosiendo a preguntas, pero el carnero esperaba. Heide baló agitada:

—¿Cómo has aguantado tan cerca del carnicero? Yo me habría muerto de miedo, a punto estuve de caer redonda cuando lo vi aparecer por el camino.

Miss Maple puso los ojos en blanco. No obstante, el carnero negro ni se inmutaba ante la desmedida admiración del rebaño. Se dirigió a Miss Maple con gran serenidad.

—El carnicero fue el primero en hablar. «¡Cerdos!», exclamó.

Las ovejas se miraron sorprendidas. En su prado nunca había habido ningún cerdo. ¡Afortunadamente! La exclamación del carnicero no tenía sentido, pero Othello estaba seguro de lo que había oído.

—Olía a muy enfadado. Y a asustado. Pero sobre todo a enfadado. El flaco lo temía. Gabriel no. —Othello pareció sopesar un instante la valentía de Gabriel y continuó—: La verdad es que Lilly no dijo nada sensato. Sólo «George» y «Ay, George», «Por qué ahora» y «Por qué me haces esto». Hablaba con George. Tal vez no entendía que está muerto. Luego el carnicero la apartó tirándole del brazo. «Nadie debe tocarlo», dijo. Y ella, en voz muy baja, pero más a los otros que al carnicero, dijo: «Por favor, sólo quiero estar un momento a solas con él.» Pero de los otros no obtuvo respuesta, sólo habló el carnicero: «Si alguien tuviera ese derecho sería Kate», le contestó. Sonaba muy hostil, y después se la llevó de allí.

Las ovejas asintieron: lo habían visto perfectamente desde lejos. Las sospechas recayeron de inmediato en el carnicero, sencillamente porque todo el rebaño lo consideraba capaz de atravesar a un ser vivo con una pala. Pero Miss Maple sacudió la cabeza con impaciencia, y Othello prosiguió.

—En cuanto el carnicero estuvo lo bastante lejos, el flaco se puso a hablar con Gabriel. Olía raro, a whisky y Guinness, pero no como si hubiera bebido esas cosas, sino el cuerpo y la ropa. Sobre todo las manos.

—¡Fue él! —baló Ramses, un carnero muy joven dotado de una fantasía desbordante—. Se echó whisky en las manos porque ya no aguantaba el olor a sangre.

—Tal vez —convino Miss Maple, vacilante.

Maude, la que tenía mejor sentido del olfato, meneó la cabeza.

—Los hombres no huelen la sangre como nosotros. No tienen muy buen olfato.

—No sabemos si el asesino tenía las manos ensangrentadas —observó Miss Maple—. No sabemos casi nada. —Miró a Othello inquisitivamente.

—«George tenía muchas cosas en mente, la cabeza llena de alocados planes», le dijo el flaco en voz muy baja a Gabriel. Y añadió: «Pero todo eso se acabó, ¿no?» Lo dijo muy deprisa, tanto que no pude asimilarlo todo de una vez. No paraba de hablar de los planes de George. Creo que quería sonsacarle algo a Gabriel, pero éste no dijo nada. —Othello ladeó la cabeza con aire pensativo—. Yo diría que el flaco lo hizo enfadar. Por eso Gabriel llamó al carnicero. Cuando el carnicero se acercó, el flaco dejó de hablar en el acto. Y después se pusieron a hablar todos al mismo tiempo. Lilly dijo: «Habría que decírselo a su mujer»; Gabriel: «Habría que ir a la policía»; el carnicero: «Yo me quedo con él mientras tanto.» Y el flaco añadió deprisa: «Nadie se quedará aquí solo.» Los hombres clavaron la vista en el carnicero, puede que algo amenazadoramente, como se miran los carneros antes de desafiarse. El carnicero enrojeció, pero se mostró conforme.

A continuación, Miss Maple sugirió que las ovejas expresaran sus dudas. Cada oveja debía decir lo que no entendía y lo que quería saber. Ella estaba en el centro, y a su lado Mopple the Whale. Cuando una pregunta le resultaba interesante, le hacía una seña con los ojos a Mopple y el voluminoso carnero la memorizaba. Una vez memorizado algo, nunca lo olvidaba.

—¿Por qué nos han sacado fotos? —preguntó Maude.

—¿Por qué llovía? —preguntó Cloud.

—¿Por qué subía George por la noche a los pastos? —preguntó Heide.

Maple hizo la seña a Mopple, y Heide miró orgullosa a Othello.

—¿Por qué ha venido el carnicero? —preguntó Maude.

—¿Qué quiere el carnicero de Lilly? —preguntó Othello.

Seña de Miss Maple.

—¿Qué es un testamento? —preguntó Lane.

Seña de Miss Maple.

—¿Van a devolvernos a George? —preguntó Heide.

—¿Cuándo podremos volver a pastar allí donde yacía George? —inquirió Cloud.

—¿Van a traer cerdos a nuestra pradera? —quiso saber Maude.

—¿Por qué con una pala? Podrían haberlo empujado al acantilado —razonó Zora.

Seña de Miss Maple.

—¿Qué pasa con el lobo? —se interesó Sara—. ¿Es peligroso para los corderos o también para nosotras?

Miss Maple titubeó un instante, pero no hizo la seña.

—¿Por qué nadie mata al carnicero? —planteó Cloud.

Algunas ovejas balaron en señal de aprobación, pero Miss Maple tampoco hizo la seña.

—¿Cuánto llevaba George en el prado? —preguntó Mopple the Whale.

Miss Maple le hizo la seña y Mopple esbozó una sonrisa radiante.

Un cordero se adelantó. Ni siquiera tenía nombre aún; a las ovejas sólo se les ponía nombre cuando sobrevivían al primer invierno.

—¿Va a volver el espíritu de George? —inquirió con timidez.

Cloud se inclinó hacia él con aire tranquilizador y dejó que se arrimara a su abundante lana.

—No, pequeño, el espíritu de George no vendrá. Los hombres no tienen alma. Ni alma ni espíritu. Es así de sencillo.

—¿Cómo puedes decir eso? —protestó Mopple—. No sabemos si los hombres tienen alma. Tal vez no sea probable, pero es posible.

—Toda oveja sabe que el alma se encuentra en el sentido del olfato. Y los hombres no tienen buen olfato. —La propia Maude poseía un excelente sentido del olfato y pensaba a menudo en el problema de la nariz y el alma.

—En ese caso sólo verás un espíritu muy pequeño. No has de temerle. —Othello se inclinó hacia el cordero con cierto regocijo.

—¡Pero yo lo he visto! —baló el cordero—. Era horrible. Muy grande, mucho más grande que yo, y tengo buen olfato. Grande y peludo, y bailaba. Primero pensé que era el espíritu de un lobo, pero ahora que sé que George ha muerto, seguro que era su espíritu. Me entró tanto miedo que esta mañana creí que había sido un sueño.

Miss Maple miró fijamente al cordero.

—¿Cómo sabes que George ya estaba muerto?

—Lo vi.

—¿Viste a George muerto y no nos dijiste nada?

—No, no fue así. —El cordero se sorbió los mocos—. Vi la pala, sólo la pala. Pero George debía de estar debajo, ¿no? —Pareció vacilar—. ¿O acaso crees que cayó después sobre la pala?

No hubo forma de sonsacarle más al cordero: por la noche se había escabullido del establo, no sabía por qué; vio la pala a la luz de la luna y al peludo espíritu del lobo, al que no podía describir mejor; volvió corriendo, horrorizado, y al punto se quedó dormido del susto.

Reinaba el silencio. Las ovejas se apretaron más. El cordero hundió la cabeza en la lana de Cloud, y las demás clavaron la vista en el suelo, perplejas. Miss Maple suspiró.

—Otra pregunta para Mopple: ¿Quién es ese supuesto espíritu de lobo? ¿Y dónde está Tess?

Las ovejas se miraron. ¿Dónde estaba Tessy, la vieja perra ovejera de George, su más fiel compañera, su única amiga, el perro ovejero más apacible que las había cuidado nunca?

Cuando el resto dormía, Miss Maple añadió una pregunta más en silencio. Le había dicho a Ramses que no sabía si el asesino tenía las manos ensangrentadas, pero lo cierto es que ni siquiera sabía si tenía manos. Había encontrado apacible el rostro de George: olía a Guinness y té; la ropa, a humo; entre los dedos unas flores. Le había parecido un tanto extraño, ya que a George no le interesaban mucho las flores. Prefería las verduras.

Pero había encontrado algo más, algo que la indujo a levantar un poco con la nariz el ensangrentado jersey noruego. Allí, en el pálido vientre de George, un tanto por encima de la hendidura de la pala, se veía la huella de una pezuña de oveja... una única huella, nada más.

# 2

Al día siguiente descubrieron un mundo nuevo, un mundo sin pastor y sin perro ovejero. Vacilaron largo rato antes de decidirse a abandonar el establo, pero al final se atrevieron a salir al aire libre, guiadas por Mopple the Whale, que tenía hambre. Hacía una mañana preciosa. Durante la noche, las hadas habían estado bailando en la hierba y dejado miles de gotas de agua. El mar lucía sus mejores galas: azul, claro y liso, y en el cielo se veían nubecillas lanosas. Según la leyenda, esas nubes eran ovejas que un buen día se habían aventurado más allá del acantilado, ovejas elegidas que seguían pastando en el cielo y nunca eran esquiladas. En cualquier caso, eran una buena señal.

De repente las embargó una alegría exultante: ayer habían pasado mucho tiempo quietas, presa de una dolorosa nostalgia causada por la tensión, pero hoy retozaban por la pradera como corderos pascuales, trotaban hacia el acantilado, se detenían poco antes del borde y regresaban corriendo al establo. Pronto estuvieron todas sin aliento.

Luego a Mopple se le ocurrió lo del huerto. Detrás del establo se hallaba la caravana, un vehículo tosco con el que George Glenn había recorrido en su día los campos con otro rebaño. En la actualidad guardaba en su interior algunas cosas; a veces también pernoctaba allí. Detrás de la caravana había un pequeño huerto donde el pastor había plantado lechugas, guisantes, rábanos, berros, tomates, escarola, ranúnculos y algo de cebollino.

Alrededor había colocado una cerca. En realidad el huerto se encontraba en la pradera, pero les estaba prohibido a las ovejas, una prohibición que a ellas les resultaba dura, sobre todo porque la cerca en sí no constituía un verdadero problema. Pero la cerca, la prohibición y la vigilancia de George les habían impedido hasta el momento cosechar aquel paraíso hortícola a la manera ovejuna. Ahora George había muerto, y con él la prohibición. Lane abrió el pasador con su hábil morro, Maude se abalanzó sobre los ranúnculos, Cloud sobre los guisantes y Heide sobre los tomates. A los pocos minutos no quedaba nada del cuidado bancal.

Poco a poco se hizo el silencio. Todas alzaron la vista y se avergonzaron, y una tras otra volvieron trotando a los pastos. Junto a la cancilla se hallaba Othello, el único que no había participado en la tropelía. Le hizo una seña a Miss Maple, que lo siguió hasta la trasera de la caravana, donde habitualmente estaba la pala que George utilizaba en el huerto. Pero ese día allí sólo había un tabique encalado y unas moscas que tomaban el sol. Othello le dirigió una mirada escrutadora y Maple lo miró pensativa.

Las ovejas pasaron el resto de la mañana arrepintiéndose. Mopple había comido tantos caracoles adheridos a la lechuga que se encontraba mal; un cordero se había clavado una astilla en la pezuña y cojeaba. Pensaron en George.

—Se habría enfadado mucho —opinó Ritchfield.

—Sabía curar una pezuña herida —afirmó Cloud.

—Nos leía historias —dijo Cordelia.

Era cierto: George pasaba bastante tiempo en la pradera. Aparecía muy de mañana, cuando ellas aún dormían su apretado sueño ovejuno. Tess, que también estaba medio dormida, tenía que separarlas. Entonces George se reía. «Animaluchos perezosos —decía—. ¡A trabajar!» Por esa razón todas las mañanas se sentían algo ofendidas. Pastaban, y George desaparecía con Tess detrás de la caravana, trabajaba en el huerto o ponía en orden alguna cosa.

Por la tarde el enfado había disminuido. A veces se reunían ante los escalones de la caravana y George les leía: una vez un cuento de hadas con el que aprendieron cómo llegaba el rocío a los prados;

otra un libro sobre enfermedades del ganado lanar que les infundió mucho miedo; otra una novela policiaca que no entendieron. Probablemente George tampoco la entendiera, porque tiró el libro cuando iba por la mitad, y ellas nunca supieron quién era el asesino.

Sin embargo, la mayoría de las veces el viejo George Glenn les leía novelas de amor, finos cuadernillos de papel gris en los que todas las mujeres se llamaban Pamela y eran pelirrojas «como una puesta de sol en los mares del Sur». George no leía los cuadernos porque fuese un tipo romántico, ni porque sus gustos literarios fueran deplorables (de lo cual no cabía ninguna duda: lo del libro sobre las enfermedades del ganado lanar había sido una desfachatez), sino que los leía para enfadarse. Leía que las pelirrojas Pamelas cautivaban a ingenuos piratas, médicos o barones y montaba en cólera, insultaba a todas las pelirrojas de este mundo, pero sobre todo a su propia mujer.

Las ovejas escuchaban atónitas cuando George les comentaba detalles domésticos: su Pamela personal había sido la mujer más bella del lugar, y al principio él apenas podía creer tanta suerte. Pero poco después de casarse, Pam (que en realidad se llamaba Kate) empezó a cocinar suculentas tartas de manzana y a engordar. George siguió delgado y se volvió cada vez más huraño. Soñaba con cruzar Europa con un rebaño de ovejas, y las tartas de manzana no eran un buen sustituto. En ese punto las ovejas solían bajar la cabeza turbadas: les habría gustado viajar a Europa, que imaginaban como una gran pradera llena de manzanos.

—Nunca iremos a Europa —dijo Zora.

—Nunca volveremos a ir a los otros pastos —se lamentó Heide.

—Hoy nos habría tocado tomar otra vez la pastilla. —Lane era la única que lamentaba que George no estuviera allí para hacerles tragar a la fuerza la pastilla de calcio semanal. Le encantaba su sabor. Las demás se estremecieron.

Mopple estaba conmovido.

—No deberíamos olvidarlo —opinó—. Y no deberíamos haber devorado sus verduras. Deberíamos reparar ese desaguisado.

Zora miraba fijamente el mar.

—¿Por qué no? —dijo como si nada.

Mopple comenzó a mascar con vehemencia la última hoja de lechuga: cuando Zora decía algo como si nada, él siempre se quedaba helado.

—¿Cómo pretendes repararlo? —quiso saber Cloud.

Decidieron renunciar a un pedazo de prado en honor a George. No al huerto, que de todas formas ya era insalvable. Sin embargo, al pie de la loma hallaron un lugar con abundante y rica hierba donde, en el futuro, ninguna oveja volvería a pastar; lo llamaron George's Place. De pronto se sentían aliviadas.

Miss Maple observaba desde lejos cómo su rebaño fundaba George's Place. Pensó en George, que les leía historias, aunque últimamente cada vez menos. Con frecuencia ya ni siquiera iba con ellas a los pastos, sino que sólo se pasaba por allí un momento en su apestoso coche: Tess saltaba del asiento del copiloto y las espantaba por la mañana, y por la tarde volvían los dos a pasar lista. El resto del día desaparecían. Al principio George intentó enseñar a Tessy a cuidar de las ovejas en su ausencia, pero no salió bien: la perra estaba convencida de que el primero al que debía cuidar era George. De las ovejas sólo se ocupaba por hacerle un favor.

Miss Maple pensó también en la ausencia de Tess. ¿Se habría escapado? Si era así, lo que mató a George debía de haber sido algo horrible. La perra era fiel como una oveja madre y podía ser valiente cuando era preciso; habría hecho cualquier cosa por su amo. Pero George había muerto, y Tess, desaparecido.

De súbito, Mopple se separó del grupo con movimientos insólitamente veloces; las demás admiraban George's Place y empezaban a tener ganas de comerse precisamente la hierba que crecía allí. Fue hacia Miss Maple al trote, pero de pronto se interpuso en su camino Sir Ritchfield. Miss Maple no sabía de dónde había salido éste tan de repente. Ritchfield lanzó una mirada amenazadora al carnero más joven, y Mopple se alejó trotando, pero no volvió a George's Place sino al acantilado, donde clavó la mirada en la playa.

Ritchfield se unió a Maple.

—A veces hay que imponer respeto a los jóvenes —aseguró—. De lo contrario, acaban como Melmoth.

Miss Maple no dijo nada: ninguna oveja se parecía menos a Melmoth que Mopple.

Poco a poco fue disminuyendo la admiración por George's Place y las ovejas retomaron su ocupación habitual: pastar. Miss Maple las observaba. Se alegraba de que estuvieran tranquilas. Una vez saciadas y menos nerviosas, volvería a picarles la curiosidad y seguirían buscando al asesino, a la manera ovejuna, interrumpida por la comida y el miedo, pero implacable. Maple las conocía a todas: a las más jóvenes las había visto crecer, con las mayores había crecido ella misma. Ritchfield y Melmoth habían tenido en vilo al rebaño con sus aventuras cuando ella no era más que un cordero. Hacía tanto tiempo que Ritchfield no hablaba de su gemelo que Maple casi llegó a pensar que lo había olvidado. Ahora se sentía inquieta. El aire era puro, un viento frío soplaba del mar y refrescaba la pradera. Pese a todo, de pronto olía en todas partes a muerte, reciente y antigua, a una muerte casi olvidada. Maple empezó a pastar.

Por la tarde, el rebaño volvió a recibir la visita de los humanos. Del pueblo llegaron una mujer rechoncha y un hombre vestido de negro con un cuello rígido y la nariz llamativamente larga. La mujer también vestía de negro, pero con su cabello rojo encendido, sus ojos azules y sus mejillas sonrosadas, a las ovejas les pareció muy vistosa. Olía a manzana, tan bien que esa vez fueron cinco las observadoras que espiaron a ambos: Miss Maple, Othello, Heide, una oveja joven llamada Maisie y Mopple the Whale.

Los dos se detuvieron ante el dolmen.

—¿Fue aquí? —preguntó la mujer.

El hombre asintió, y ella se quedó mirando un punto del suelo. La lluvia había borrado la hendidura de la pala, de modo que miraba donde no era.

—Es tan horrible... —afirmó con un hilo de voz—. ¿Quién puede haber hecho algo así? ¿Quién?

Las ovejas escuchaban; tal vez el de negro le diera una respuesta. Sin embargo, callaba.

—Con él las cosas no siempre me resultaban fáciles —añadió la mujer.

—Con George las cosas no eran fáciles para nadie —aseguró el narigudo—. Era un caso perdido, una oveja descarriada, pero el Señor, en su infinita bondad, lo ha acogido en su seno.

Las ovejas se miraron sorprendidas, y Cloud baló confusa.

—Me habría gustado conocerlo mejor —continuó la mujer—. Últimamente se comportaba de un modo muy extraño. Pensé que sería la edad. Salía en su coche, recibía correo que yo no podía abrir. Y —se estiró un tanto para susurrarle algo al oído, pero las ovejas lo oyeron de todos modos— he descubierto que leía a escondidas novelas, novelas de amor, ya sabe. —Se ruborizó. Le sentaba bien.

El hombre la miró con interés.

—¿En serio? —preguntó.

Se encaminaron despacio hacia la caravana. Las ovejas se pusieron nerviosas: no tardarían en descubrir lo que habían hecho con el huerto de George.

Los ojos de la mujer recorrieron la caravana, los bancales de hierba devorada y las destrozadas tomateras.

—Qué bonito es esto —suspiró.

Las ovejas no daban crédito.

—Quizá debiera haber subido hasta aquí de vez en cuando. Pero él no quería. Nunca me dejó venir. Podría haberle traído una tarta. Pero ahora es demasiado tarde. —Tenía lágrimas en los ojos—. A mí nunca me han interesado los animales. George traía la lana, y yo me ocupaba de ella. Una lana increíblemente suave... —sollozó.

—¿Qué va a ser del rebaño, Kate? —preguntó el narigudo—. Es una hermosa parcela, y alguien tendrá que cuidar de las ovejas.

Kate echó un vistazo alrededor.

—No parece que haga falta que nadie las cuide. Parecen satisfechas.

El hombre respondió con acritud:

—Un rebaño necesita un pastor. Seguro que Ham te lo compraría para que ya no tengas que preocuparte.

Las ovejas estaban aterradas, pero la mujer se encogió de hombros.

—Ham no es pastor —contestó—. No las cuidaría.

—Hay distintas maneras de ocuparse de alguien. Con amor y severidad, con la palabra y con la espada. Eso es lo que nos ha enseñado el Señor. Lo importante es que reine el orden. —La narizota del de negro apuntaba a la cara de la mujer en actitud de reproche—. Si no quieres hablar tú con Ham, lo haré yo —agregó.

La mujer sacudió la cabeza, y las ovejas suspiraron aliviadas.

—No, lo de Ham está descartado. Pero ni siquiera sé si todo esto me pertenece. Hay un testamento. George lo hizo con un abogado de la ciudad. Seguro que es un testamento muy extraño: estuvo buscando mucho tiempo hasta dar con el letrado adecuado. Ahí pone a quién le pertenece todo esto. Yo no lo quiero. Sólo espero que no le haya legado nada a «ésa». —De repente la pradera ya no le parecía hermosa—. ¿Nos vamos?

El hombre asintió.

—Ten valor, hija mía. El Señor es mi pastor, nada me faltará. —Echaron a andar y pasaron justo por el medio de George's Place, pisoteando algunos brotes nuevos.

A Othello le rechinaron los dientes.

—Maldita sea, me alegro de que el Señor no sea mi pastor.

Las demás asintieron.

—Me largo antes de que nos vendan al carnicero —baló Mopple.

Las otras se quedaron boquiabiertas: Mopple no era precisamente atrevido, pero tenía razón.

—Y yo me tiro por el acantilado —aclaró Zora.

El resto sabía que Zora esperaba secretamente formar parte de las ovejas nube elegidas.

—Vosotras no os movéis de aquí —dijo Miss Maple con suavidad —. Al menos ahora sabemos lo que es un testamento: determina a quién pertenecen a partir de ahora las cosas y las ovejas de George.

—¡Sí! Y está en un descampado de la ciudad —añadió Heide—. Y le dirá al narigudo que George jamás nos habría vendido al carnicero.

Se sintieron aliviadas.

—Ojalá lo encuentren pronto —deseó Lane.

—George no era una oveja —objetó Heide.

—La mujer era demasiado mayor para ser su hija —razonó Mopple.

—Ha mentido —aseguró Othello—. Al de negro no le caía bien George, nada bien. Y a mí no me cae bien él. Y tampoco el Señor del que ha hablado.

—¡Fue ese Señor! —estalló Heide—. Acogió a George. Y luego ocurrió: discutieron, primero con palabras, después con la espada. Sólo que no había ninguna espada, y por eso cogió la pala. El narigudo prácticamente lo ha admitido.

Mopple se mostró de acuerdo.

—Probablemente discutieron por la falta de orden. George no era muy ordenado, excepto en el huerto. —Miró avergonzado hacia George's Place—. Lo siguiente que hemos de averiguar es quién es ese Señor.

Maple lo miró con escepticismo.

Cloud había guardado silencio hasta entonces.

—El Señor es un cordero —espetó acto seguido.

Las demás la miraron desconcertadas. La propia Cloud pareció sorprendida.

—Es un pastor —la contradijo Heide—. Un mal pastor, mucho peor que George.

Cloud meneó la cabeza.

—No, no. Es otra cosa. Ojalá lo recordara mejor... —Cloud clavó la vista en un manojo de hierba que tenía ante las pezuñas, pero las ovejas se percataron de que pensaba en otra cosa—. Ese hombre... lo conozco. Estuvo una vez en nuestro prado, hace mucho. Yo era

todavía un cordero. George me sostenía en brazos, acababa de cortarme las pezuñas. Todo olía a... a tierra y sol... como en una tormenta de verano. Era un olor muy agradable y luego... algo amargo. Olí en el aire que a George no le caía bien ese hombre. Él quería invitar a George a algo, pero su voz no era amable. Quería bendecir los animales. Yo no sabía qué significaba bendecir, pero sonaba como vencedor. Sabía que yo era un animal: George me lo decía cuando no me estaba quieta. Me entró miedo. George se rió. «Si te refieres a Ham, a ése lo bendices todos los domingos», dijo. El otro se enfadó mucho. No recuerdo lo que dijo, pero habló mucho del Señor y de que él separaría a las ovejas de los carneros.

Las ovejas balaron furiosas.

Cloud miraba pensativa el manojo de hierba. Cuando Zora le dio un empujoncito con la nariz en la ijada prosiguió, en voz baja y titubeante:

—George terminó enfadándose también. Me agarró y me entregó al narigudo. «Bendice a este animal», dijo. El otro olía mal y me dio mala espina. No sabía cómo agarrarme, pero me llevó consigo. Su casa era la más grande del lugar, grande y alargada como él. Me encerró en el jardín, completamente sola. Había un manzano, pero el hombre lo había vallado y las manzanas se habían podrido en el suelo.

Algunas ovejas balaron indignadas y Cloud se estremeció.

—Después llegaron muchos hombres a la vez a la casa. Iban con perros, ovejas desconocidas y un cerdo. También yo tuve que entrar. Había un ruido tremendo, pero el narigudo hablaba en voz alta, y todos lo oían. «Bienvenidos a la casa de Dios», dijo. Eso y otras cosas. —Hizo una pausa y se quedó pensativa.

—Así que se llama Dios —concluyó Sir Ritchfield.

Othello puso cara rara.

—¿Dios?

—Tal vez —dijo Cloud, insegura—. Pero poco a poco me fui enterando de que adoraban a un cordero, lo cual me pareció una bonita idea. Todas aquellas personas adoraban a un cordero, pero a uno en particular. Lo llamaban «el Señor». Luego se oyó música,

como la de la radio, sólo que... más aguda. Eché una ojeada y me llevé un susto de muerte. En la pared colgaba un hombre, un hombre desnudo, y aunque sangraba por varias heridas, no olía a sangre. —No quería continuar.

—Y tenía clavada una pala, ¿a que sí? —afirmó Sir Ritchfield con aire triunfal.

—Ese tal Dios me parece bastante sospechoso —aseguró Mopple —. Por lo visto ya tiene varias personas sobre su conciencia. Lo del cordero probablemente no sea más que un pretexto. Tú misma has dicho que no sabía tratar a los corderos.

—Es muy poderoso —agregó Cloud, que se había serenado un poco—. Todos se arrodillaban ante él. Y dijo que lo sabía todo.

Maude masticaba ensimismada un matojo de hierba.

—Ya me acuerdo —afirmó—. Cloud desapareció un día entero. Su madre la estuvo buscando como... como una madre.

—¿Por qué no nos lo contaste antes? —inquirió Zora.

—No lo entendía —admitió Cloud en voz baja. Parecía un tanto absorta y, cohibida, comenzó a frotarse la nariz contra una pata delantera.

Las demás seguían pensando en Dios.

—No lo sabe todo —baló Othello—. Ignoraba que George lee novelas de Pamela.

—Leía —corrigió Sir Ritchfield con sequedad.

—El asesino siempre vuelve al escenario del crimen —aseveró Mopple the Whale—. Y el narigudo ha vuelto. —Miró alrededor con orgullo. Era lo único útil que había aprendido de las novelas policiacas de George. Naturalmente, lo había memorizado—. ¿Tú qué opinas? —le preguntó a Miss Maple.

—Es sospechoso —sentenció ésta—. George no le caía bien, y él no le caía bien a George. Se interesa por lo que va a ser de nosotras y la pradera. Y al pararse ante el dolmen, miró exactamente al lugar donde yacía George.

Las ovejas guardaban silencio, impresionadas. Maple prosiguió.

—Aunque también podría tratarse de una casualidad. Estuvo todo el rato mirando el suelo. Hay demasiadas preguntas por

responder. ¿Qué es eso que está zanjado con Ham? ¿Quién es «esa» a la que se espera que George no le haya legado nada? ¿Qué pasa con Lilly y Ham y George?

—No es fácil entender a los humanos —aseguró Maude.

Las ovejas pacieron un poco y pensaron un poco.

Mopple pensaba que él ni siquiera entendía a George siempre, aunque resultaba fácil de entender... para ser un humano. Le interesaba su huerto y les leía a sus ovejas novelas de Pamela. No le interesaban las tartas de manzana. Pero últimamente incluso George hacía a veces cosas raras. En ocasiones cogía la diana.

Cuando George echaba a andar por el prado con sus botas de goma y la redonda diana de vistosos colores, Mopple se sentía impulsado a buscar un lugar seguro. El único lugar seguro desde el que no se veía la diana era detrás de la caravana, justo al lado del huerto. Allí lo encontraba George cuando salía de la caravana por segunda vez con su reluciente pistola. Apuntaba con aquella cosa horrible a Mopple y gritaba: «¡In fraganti, in fraganti! ¡Arriba las manos!» El carnero salía zigzagueando por la pradera, horrorizado, y George se reía. Luego bajaba los escalones. Al poco la diana empezaba a temblar, y Mopple temblaba al compás.

Antes también el ruido resultaba insoportable, pero desde que George había comprado el silenciador sólo se escuchaba un leve chasquido, como si una oveja mordiera una manzana. Además del miedo de Mopple, ese sonido era lo único reconocible de su celo de tirador. Era absurdo. Mopple habría preferido producir ese mismo ruido con manzanas de verdad, pero George se negaba a renunciar a la diana.

Miss Maple pensaba que las manos de Lilly habían recorrido la pelliza de George, buscando como insectos.

Zora pensaba lo mal que soportaban la altura los hombres. En cuanto se acercaban más de la cuenta al acantilado con sus inseguros pasos de humano, palidecían y sus movimientos se volvían aún más torpes. En el acantilado una oveja le daba cien vueltas a

cualquier hombre. Ni siquiera George podía hacer nada cuando Zora se encaramaba a su saliente rocoso preferido: él se mantenía a una distancia segura y, como sabía que era absurdo malgastar tiempo con zalamerías, soltaba unas cuantas imprecaciones. Después le lanzaba manojos de hierba sucia y cagarrutas secas.

A veces el viento respondía enviándole una suave imprecación de las profundidades. Eso mejoraba instantáneamente el humor de George. Se ponía a cuatro patas, gateaba hasta el acantilado y acechaba desde el borde. Y veía a turistas o aldeanos a los que su inmunda artillería había acertado en la cabeza. Zora también los veía, claro. Luego ambos se miraban, el pastor tumbado boca abajo y sonriente, y Zora dominando el lugar desde el saliente como una cabra montés, y por un instante se comprendían muy bien.

Zora pensaba que los hombres ganarían mucho si decidieran desplazarse a cuatro patas.

Ramses pensaba en la historia del tigre que escapó, que Othello contaba a veces a un rebaño de corderos boquiabiertos.

Heide pensaba en el camino que conducía a los otros pastos. En el zumbido de los insectos, en el rugido de los coches que pasaban junto a ellas dejando un olor apestoso, y en la reluciente superficie del mar. En primavera, el aire olía a tierra húmeda; en verano, bandadas de gorriones revoloteaban sobre los sembrados como si fuesen hojas; en otoño, las bellotas llovían sobre las ovejas cuando el viento sacudía los árboles; en invierno, la escarcha trazaba extraños dibujos en el asfalto. Siempre era estupendo hasta que llegaban al sitio en que las acechaban los hombres verdes. Los hombres verdes llevaban gorra y pistola y no tramaban nada bueno. Cuando llegaban donde los hombres verdes, incluso George se ponía nervioso. Pese a ello, les hablaba con amabilidad y cuidaba muy mucho que sus perros no se acercaran demasiado a las ovejas. Sin George, ellas nunca habrían conseguido pasar por donde aquellos hombres. Heide se preguntaba si volverían a ver los otros pastos.

Cordelia pensaba que los hombres son capaces de inventar palabras, enlazar las palabras inventadas y anotar las palabras enlazadas. Magia. Y eso lo sabía porque George les había explicado

lo que era la magia. Cuando, en el transcurso de la lectura, él se topaba con una palabra que creía no entenderían las ovejas, se la explicaba. A veces les explicaba palabras que las ovejas, naturalmente, conocían, palabras como profilaxis o antibiótico. La profilaxis se daba antes de la enfermedad, y el antibiótico durante. Ambas tenían un sabor amargo. George no parecía muy versado en esta materia: se liaba en una explicación abstrusa en la que animales muy pequeños desempeñaban el papel principal. Acababa dándose por vencido y soltando imprecaciones.

De otras explicaciones se sentía muy satisfecho, aunque las ovejas no hubiesen entendido nada. En esos casos, ellas se esforzaban en que George no se percatara de su ignorancia, cosa que la mayoría de las veces funcionaba.

Pero en ocasiones él les enseñaba algo nuevo. A Cordelia le encantaban sus explicaciones. Le encantaba conocer palabras que se referían a cosas que ella nunca había visto o incluso a cosas que no se podían ver. Esas palabras las recordaba perfectamente.

«La magia —les contó George— es algo antinatural, algo que en realidad no existe. Si chasqueo los dedos y de pronto Othello se vuelve blanco, eso es magia. Si cojo una lata de pintura y lo pinto, eso no es magia.» Rompió a reír y por un momento fue como si le entraran ganas de chasquear los dedos o coger la lata. Luego continuó: «Todo lo que parece magia, en realidad es un truco. La magia no existe.» Cordelia pastaba con fruición. Era su palabra favorita, una palabra para algo que ni siquiera existía. Luego se puso a pensar en la muerte de George: era como la magia. Alguien le había clavado una pala en el cuerpo en su pradera. George debió de gritar como un condenado, pero ninguna de sus ovejas, que se hallaban resguardadas en el cercano establo, oyó nada; un cordero vio un espíritu, un espíritu que bailaba sin hacer ruido. Cordelia meneó la cabeza. «Es un truco», musitó.

Othello pensaba en el payaso cruel.

Lane pensaba en los extraños hombres que de vez en cuando visitaban a George. Siempre venían de noche: Lane tenía el sueño ligero y oía el crujido de los neumáticos cuando salían de la carretera

y enfilaban el camino. A veces se escondía entre las sombras del dolmen a mirar: era bonito ver un espectáculo como única espectadora. Los faros de los coches recortaban brillantes pasillos en la oscuridad o se enredaban en la niebla y formaban una resplandeciente nube blanca. Los que subían por el camino eran coches grandes de motor ronroneante y no apestaban ni con mucho como el de George, al que él mismo llamaba «el Anticristo». Luego las luces se apagaban y un par de sombras envueltas en abrigos largos y oscuros se aproximaban a la caravana. Caminaban con cuidado, procurando no pisar las cagarrutas recientes. Una mano golpeaba la madera: una vez, dos, una tercera. La puerta de la caravana se abría y dibujaba un luminoso orificio rojizo en la negrura. Los extraños entraban aprisa. Por un instante se perfilaban nítidamente en la puerta cual enormes cuervos. Lane nunca les vio la cara. Sin embargo, a esas alturas ya le resultaban casi familiares.

De pronto vieron que algo oscuro se movía por el camino en dirección a la pradera. Deprisa. Entre las ovejas cundió el pánico. Echaron a correr todas juntas hacia la loma, sin perder de vista al intruso. Dios había vuelto. Se movía por el prado como un perro de caza, la larga nariz apuntando al suelo.

En primer lugar rodeó el dolmen, y a continuación enfiló el sendero hacia el acantilado. Estuvo a punto de despeñarse, pero en el último momento enderezó la nariz, vio ante sí el gran azul y su larguirucho cuerpo negro se detuvo en seco. Un suspiro recorrió el rebaño. Habían seguido expectantes los movimientos de la nariz y de Dios desde que ambos se encaminaran al acantilado.

El de negro las miró brevemente. Othello bajó los cuernos con aire amenazador, pero Dios ya había tomado el camino de vuelta al pueblo. A los pocos pasos oyó algo. Se paró y arrugó el entrecejo, aguzó el oído y, palideciendo, echó a correr bruscamente a campo traviesa.

Ahora las ovejas también lo oían: un murmullo, una serie de crujidos. Sonaba un poco como el ruido que ellas habían hecho

durante el asalto al huerto de George. Se aproximaba. Se oían ladridos perrunos y voces humanas. Entonces comprendieron de qué huía el narigudo: por la pradera avanzaba un rebaño como jamás habían visto.

# 3

A George no le caían bien los demás humanos. Sólo en contadas ocasiones alguien aparecía por los pastos: un campesino o una vieja con ganas de chismorrear. Entonces George se enfadaba. Ponía una cinta a todo volumen en su mustio radiocasete y se escondía en el huerto, donde se entregaba de lleno al trabajo más sucio posible hasta que la visita se iba.

Nunca habían visto un rebaño de hombres y se quedaron pasmadas. Más tarde, Mopple afirmaría que eran siete hombres, pero Mopple era corto de vista. Zora contó veinte; Miss Maple, cuarenta y cinco; y Sir Ritchfield muchos más, más de los que podía contar. Bien es cierto que la memoria de Ritchfield era pésima, sobre todo cuando se ponía nervioso: olvidaba a quién había contado ya y contaba todo y a todos dos o tres veces. Además, incluía a los perros.

Mopple clavó sus ojos miopes y un tanto avinagrados en los hombres. Desde luego, era una variación insólita de la teoría del asesino que vuelve al escenario del crimen: habían vuelto todos al lugar del crimen, el asesino sin duda oculto entre ellos. Las ovejas observaron con curiosidad cómo se movía aquel rebaño humano. En cabeza no iba ni el más fuerte ni el más listo, sino Tom O'Malley. Lo seguían los niños, luego las mujeres y por último los hombres, algo rezagados, las manos en los bolsillos y con cierto embarazo. Cerraban la marcha algunos viejos, de caminar lento y tembloroso.

Tom llevaba una pala, una pala vieja, triste y oxidada. La hundió en la tierra a unos diez pasos del sitio donde George había yacido.

Los hombres, que hasta entonces habían seguido al líder, como cualquier buen rebaño, retrocedieron como si Tom los hubiese rociado con agua fría y formaron un círculo a una distancia respetable.

—¡Aquí fue! —bramó Tom—. Aquí mismo. La sangre llegó hasta aquí —dio dos pasos largos en dirección al dolmen—, y aquí —tres pasos en otra dirección— estaba yo. Vi de inmediato que el viejo George la había palmado. Había sangre por todas partes. Su rostro estaba horriblemente desfigurado, algo espantoso, con la lengua azul y colgando.

Nada de eso era cierto, pero Miss Maple cayó en la cuenta de cuán curioso resultaba. La realidad debería haber sido como la relataba Tom: mucha sangre y el dolor fijado en el rostro tras luchar con la pala. Pero George había yacido en aquel prado como si se hubiera echado a dormir.

El rebaño humano retrocedió un poco más y profirió un extraño sonido ahogado, a medio camino entre el horror y la fascinación.

Tom prosiguió a voz en cuello:

—Pero vuestro Tom no perdió los nervios. Fue corriendo al Mad Boar en busca de la policía...

Una voz ronca lo interrumpió:

—Sí, nuestro Tom sabe encontrar el camino a la taberna en cualquier situación.

La gente rió y Tom bajó la cabeza. Empezó a hablar de nuevo, esta vez tan bajo que las ovejas, desde la colina, no distinguieron nada. Luego el escaso orden que aún pudiera verse en el rebaño humano se fue al traste: de repente los niños corrían por doquier, y los adultos cambiaban de grupo y balaban sin cesar. El viento arrastraba jirones de frases hasta la loma.

—¡El rey de los gnomos! ¡El rey de los gnomos! ¡El rey de los gnomos! —cantaban los niños.

—... posiblemente se lo haya legado todo a la Iglesia —opinó un labriego rubicundo.

—A Lilly le dio un ataque de nervios al verlo —gorjeó una joven mofletuda. El hombre que se encontraba a su lado sonreía y le

sostenía la mano.

Un tipo menudo se encogió de hombros.

—Era un pecador, ¿qué esperabais?

—Tú también eres un pecador, Harry —le espetó una vieja desdentada—. No tengo más que pronunciar Lonely Heart Inn. ¿Te suena de algo? Tu querida tía puede dar gracias a Dios por tener un sobrino tan atento.

El hombrecillo palideció y no respondió.

—Reunió una fortuna. Negocios turbios —aseguró un barrigudo.

—Todo el mundo sabe que George tenía deudas —objetó otro.

—... se sentía demasiado atraído por sus ovejas —les decía un hombre joven a otros dos—. ¡Ya sabéis cómo! —Hizo un movimiento con las manos, y los otros se echaron a reír.

—¡Un crimen pasional entre ovejas, está claro! —gritó el más flaco, tanto que algunas mujeres se volvieron. Los tres prorrumpieron de nuevo en desagradables carcajadas.

—Debieron de sorprenderlo —aventuró un hombre que apestaba a sudor—, pero que me aspen si George no era difícil de sorprender.

—Una catástrofe para el turismo —aseguró otro con voz más aguda—. George sí que sabía desbaratarle a uno los planes.

—... quería vendérselo todo a Ham: las ovejas, el terreno, todo —comentó una mujer cuellicorta.

—Ha sido Satán —susurró una mujer de cara ratonil a dos niños rubios.

—Dios se apiade de él —rogó otra con voz temblorosa.

Las ovejas la conocían. George la llamaba «la misericordiosa Beth». Aparecía con regularidad por la caravana para convencer a George de que hiciera «buenas acciones». Las ovejas no sabían exactamente qué eran las buenas acciones, pero pensaban que tal vez el pastor tuviera que trabajar en otro huerto. Sin embargo, George tenía su propio huerto. Las ovejas entendían que él opusiera resistencia a la mujer, cosa que ella al parecer no entendía. Tras cada negativa, ella le entregaba unos cuadernillos con el objeto de persuadir a su alma pecadora de que volviera al redil. Lo que le pasaba al alma de George (en caso de que la tuviera) era un

misterio, pero los cuadernillos lo alegraban sobremanera, aunque nunca los leía. La noche siguiente siempre había patatas, que él asaba sobre un pequeño fuego llameante.

De pronto el enemigo cayó sobre las ovejas, aquel eterno enemigo del cual uno sólo podía huir despavorido. Al principio eran unos cuantos que husmeaban por la pradera, regresaban de vez en cuando al oír los silbidos de sus dueños, se tumbaban a regañadientes y, a las primeras de cambio, volvían a desaparecer. Nada del otro mundo. Pero cuanto más se acercaban los grupitos de chismosos al dolmen, más frecuentes eran las incursiones de los perros. Nadie se preocupaba ya de ellos. Ahora habían formado una pequeña jauría, tres perros ovejeros y otro. Los ojos de los ovejeros brillaban; su pelaje manchado moteaba la pradera. Se aproximaron furtivamente a la loma, agazapados. Las ovejas balaban nerviosas. Ahora cuidarían de ellas, a diestro y siniestro, por separado y juntas, empujadas por los fieros movimientos de los ovejeros, a los que ninguna se podía resistir. No tenían verdadero miedo, las habían cuidado cientos de veces, pero eran presa de la antigua desazón.

Entonces vieron moverse al otro perro, y su nerviosismo se tornó en terror. Aparentemente aquel perro lobo gris hacía lo mismo que los ovejeros: se agazapaba, esperaba, se acercaba poco a poco. Pero había algo raro: no ladraba ni vacilaba. Era como si sólo imitase el baile de los ovejeros, un juego en el que participaba sin jugar. Por un momento el rebaño entero contuvo la respiración: por primera vez en su vida las acechaban de verdad. De repente el perro echó a correr.

Cundió un pánico desenfrenado. El rebaño salió disparado en todas direcciones y se llevó por delante a los aturdidos perros ovejeros. Mopple se metió por medio del gentío y tiró al suelo a Harry el Pecador. Zora se puso a salvo en su saliente rocoso y fue la única que, desde esa posición, pudo observar lo que pasó.

La loma se encontraba desierta. Al pie, cerca de George’s Place, había dos cuerpos oscuros, Othello y el perro. Ambos estaban

recuperando fuerzas: Othello fue el primero en lograrlo y atacar. Zora nunca había visto una oveja atacando. Othello debía haber huido. Othello tenía que haber huido. El perro titubeó y tardó un instante en reconocer a su presa en el impetuoso y negro Othello. Entonces se arrancó. Poco antes del encontronazo vaciló, frenó y, en el último segundo, se apartó a un lado. Othello cambió de sentido en el acto y describió un pequeño arco al galope para embestir al perro. Zora contemplaba la escena con incredulidad. Othello era más rápido que su rival, cosa que al parecer también éste había comprendido, pues se agazapó enseñando los dientes para acometer al carnero desde abajo.

Zora se apresuró a cerrar los ojos y pensar en lo que solía pensar en los malos momentos: pensó en el día que trajo al mundo su primer cordero, en el dolor y el subsiguiente disgusto. Era marrón como la tierra, incluso después de lamerle larga y esmeradamente la sangre del pelaje. Marrón con la cara negra. Más tarde el marrón se tornaría un blanco lanudo, pero entonces Zora no lo sabía. No podía creer que, de todas las ovejas de la pradera, sólo ella hubiese traído al mundo un cordero que no era blanco. Pero entonces baló, pequeño y marrón tierra, con una voz más hermosa que la del resto de los corderos. Olía bien, mejor que todas las cosas comestibles. Y Zora supo que, marrón o no, lo defendería contra viento y marea. Ese mismo día lo llevó hasta el acantilado y le enseñó las gaviotas y el mar.

Zora se relajó. Hasta la fecha había amamantado tres corderos, que se habían convertido en las ovejas más valerosas y de paso más firme que cupiera imaginar. Ese año no había traído ningún cordero al mundo, y casi todas las demás ovejas del rebaño tampoco. Zora cayó en la cuenta de por qué últimamente meditaba tan mal en la roca, por qué estaba más lejos que nunca de ser una oveja nube: porque todo el verano había echado de menos los corderos. Sólo dos ovejas jóvenes e inexpertas habían traído nerviosa y torpemente sus crías al mundo, y George había echado pestes en ambas ocasiones.

Y luego estaba el cordero de invierno... Zora resopló con desdén y aguzó la oreja. Le habría gustado oír balar a algún jovenzuelo, pero reinaba un silencio inquietante, a excepción de los chillidos de las gaviotas, a los que Zora hacía tiempo que no prestaba atención. Los hombres zumbaban a lo lejos como una nube de insectos.

De pronto, Zora oyó un aullido pavoroso y sus ojos se abrieron, aunque trataba de mantenerlos cerrados. Volvió a mirar hacia la colina: en el suelo yacía un cuerpo oscuro; sus patas se movían en el aire, como si quisieran salir corriendo. Zora se estremeció: el perro había atrapado a Othello. Sin embargo, enseguida vio que el tumbado era el perro lobo. De Othello no había ni rastro.

El peludo perro se esforzaba en vano por levantarse. Entonces se acercó su dueño, uno de los muchachos de la risa desagradable, y le propinó un puntapié. Un campesino tuvo que alzar al animal y llevárselo.

Los hombres zumbaban nerviosos: ninguno se explicaba qué le había sucedido a aquel perro hermoso y fuerte. Al ver el vientre ensangrentado, algunas mujeres soltaron un grito. Las palabras «Satán» y «rey de los gnomos» se oyeron de nuevo. Las mujeres llamaban a sus hijos; los hombres sudaban y sacudían la cabeza.

Por lo visto, los perros heridos desataban entre los hombres un pánico similar al que causaban los sanos entre las ovejas. El rebaño humano se alejó a toda prisa, tan deprisa como había venido.

Sólo se quedó la pala.

Zora permaneció inmóvil en su saliente, pensando si no habría sido todo un sueño. Probablemente. La hierba a su alrededor era tierna como el morro de una oveja; además, allí crecían especies que nadie más podía arrancar. Zora las llamaba «hierbas del precipicio», y le sabían mejor que todo lo que comía en el prado. El frescor del mar le llegaba en ráfagas algosas y frías, y por debajo de ella las gaviotas volaban en círculos. Era una sensación agradable tener

debajo a aquellas chillonas blancas, era agradable estar sola. Nadie podía seguirla hasta allí.

Había observado que el rebaño volvía a calmarse poco a poco y se ponía a pastar. Othello pacía entre el resto; ninguna oveja parecía fijarse especialmente en él. Zora pensó en lo poco que en realidad sabían de Othello.

En ocasiones George traía ovejas nuevas. La mayoría de las veces se trataba de corderos recién destetados, y el rebaño los acogía como si siempre hubiesen estado allí. Por lo que Zora recordaba, sólo habían venido de fuera dos ovejas adultas: Othello y Mopple the Whale. Éste había llegado hacía dos inviernos en el ruidoso coche de George, pues cuando George tenía que transportar una sola oveja la colocaba en el asiento trasero. Allí lo habían visto por vez primera, un carnero joven y rollizo que miraba desconcertado por la ventanilla y mordisqueaba el mapa de carreteras de George. Éste lo plantó delante de ellas y pronunció un pequeño discurso: Mopple era de «una raza de carne», pero no debían tener miedo, allí no «pasaban a cuchillo» a nadie, se trataba únicamente de traer «un poco de savia nueva». Las ovejas no entendieron nada y al principio le rehuyeron, temerosas. Pero el joven carnero era amable y un tanto apocado, y cuando Sir Ritchfield lo retó a duelo, comprobaron que Mopple no representaba peligro alguno.

Sin embargo, Ritchfield nunca retó a duelo a Othello, cosa que a ninguna oveja le extrañó. Más raro aún era el hecho de que tampoco Othello hubiese desafiado a Ritchfield. Éste tenía algo que parecía imponer respeto a Othello, aunque, cuanto más sordo y olvidadizo se volvía Ritchfield, menos lo entendían las demás ovejas.

Ninguna oveja había visto venir a Othello. Sencillamente una mañana estaba allí, un carnero adulto con cuatro peligrosos cuernos curvos. ¡Cuatro cuernos! Nunca habían visto una cosa así. Las ovejas madre estaban impresionadas, y los carneros sentían cierta envidia en secreto. Zora lo recordaba perfectamente, de aquello no hacía tanto tiempo. George no les presentó a Othello. George cantó, silbó y bailó. Nunca lo habían visto tan entusiasmado. Cantó en una

lengua extranjera que ninguna oveja entendía y untó con el temido y abrasador zotal una estrecha pero impresionante herida que atravesaba la testuz de Othello. Las ovejas se estremecieron. Othello permaneció inmóvil. George saltaba apoyándose ya en una pierna, ya en la otra, tanto que al final tuvo que quitarse el jersey de lana.

Zora decidió volver con las demás; quería preguntarles si Othello acababa de vencer a un gran perro gris. Le parecía poco probable, pero algo inexplicable acababa de ocurrir. Vio a Maude pastando cerca de George's Place, tan cerca que Zora hubo de reprimir un comentario al respecto.

Maude mascaba absorta.

—¿Has visto luchar a Othello con el perro? —dijo Zora.

Maude la miró sin entender.

—Othello es una oveja —repuso—. La hierba de aquí es exquisita —añadió a modo de invitación.

Zora dio media vuelta y fue en busca de Maple o, mejor aún, de Mopple. Si había una oveja capaz de acordarse de cosas extrañas, ésa era Mopple the Whale. Al levantar la cabeza para olfatearla vio a Othello, que seguía pastando entre las otras ovejas. Parecía el mismo de siempre. Zora bajó la cabeza y se puso a pacer. Lo mejor para una oveja era olvidar las cosas raras y desconcertantes, antes de que el mundo bajo sus pezuñas se sumiera en el caos.

Generalmente las ovejas no son chismosas, lo cual guarda relación con que a menudo tienen la boca llena de hierba. También la guarda con el hecho de que a veces lo único que tienen en la cabeza es hierba. Pero todas las ovejas aprecian una buena historia. Lo que más les gusta es limitarse a escuchar y quedarse atónitas, precisamente porque se puede oír y masticar al mismo tiempo. Desde que George no les leía historias, en su vida faltaba algo. Por eso a veces ocurría que una les contaba una historia a las demás. Ésta solía ser Mopple the Whale, de cuando en cuando Othello y rara vez alguna oveja madre.

Las ovejas madre acostumbraban hablar de su descendencia, cosa que no interesaba mucho al resto. Claro está que había corderos legendarios, como lo fuera Ritchfield, pero sus madres mantenían la boca prudentemente cerrada.

Cuando el narrador era Othello, todas mostraban interés, si bien no lo entendían del todo. Othello hablaba de leones y tigres y jirafas, animales extraños de países abrasadores. A menudo se peleaban porque cada oveja imaginaba de forma distinta a esos animales. ¿Olían las jirafas a fruta podrida? ¿Tenían las orejas peludas? ¿Tenían al menos un poco de lana? Othello casi nunca pasaba de las meras descripciones, y hasta ésas bastaban para que las ovejas experimentaran una desagradable sensación en la zona de la cerviz. Othello nunca hablaba de los hombres.

Cuando Mopple hablaba, casi siempre lo hacía de los hombres. Mopple contaba las historias que George les leía. Lo recordaba todo, y sus historias podían ser prácticamente tan bonitas como las que George solía leerles delante de la caravana. Sólo que no eran tan largas. A Mopple acababa entrándole hambre, y entonces la historia terminaba. Cuanto más hermosa era la historia, cuantas más praderas, pastos y forraje aparecían en ella, tanto más deprisa concluía. El verdadero suspense con frecuencia no residía en la historia en sí, sino en averiguar hasta dónde llegaría en esa ocasión.

Hoy la cosa no pintaba bien: Mopple estaba relatando el cuento de hadas. En ninguna otra parte había tantos prados, tanta hierba y tanta fruta. Mopple refería el nocturno baile de las hadas y sus ojos brillaban. Decía que unos gnomos envidiosos arrojaban manzanas a las hadas en sus festividades y sus ojos se humedecían. Narraba que el rey de los gnomos aparecía entre la alta hierba; el rey de los gnomos, que podía sacar a los muertos de sus tumbas e incitarlos a atormentar a los vivos. Entonces pasó algo insólito: Mopple fue interrumpido.

—¿Habrá sido el rey de los gnomos? —preguntó Cornelia tímidamente. Todas las ovejas sabían que se refería a la muerte de George.

Mopple arrancó un matojo de hierba.

—¿O Satán? —completó Lane.

—Tonterías —espetó Ramses, nervioso—. Satán nunca haría algo así.

Algunas ovejas balaron en señal de aprobación: ninguna creía a Satán capaz de cometer semejante crimen. Satán era un burro entrado en años que pastaba en la pradera contigua y a veces profería unos rebuznos desgarradores. Su voz era realmente horrible, pero por lo demás siempre les había parecido inofensivo.

—Sigo pensando que lo mató ese Dios —afirmó Mopple con la boca llena—. Beth dijo eso mismo.

Las ovejas sentían cierto respeto por Beth, ya que ésta siempre ponía mucho empeño en algo tan incierto como el alma de George.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —inquirió Maude.

—Los caminos de Dios son inescrutables —aclaró Cloud, y las demás la miraron asombradas. Cloud se percató de que había dicho algo raro—. Él mismo lo dice —aclaró.

—¡Pues miente! —Othello estaba enfadado.

En los ojos de las ovejas madre se veía un brillo de admiración. La única que no se dejaba impresionar era Miss Maple.

—La noche que murió George, ¿la marea estaba alta o baja? —preguntó de súbito.

Todas se esforzaron en hacer memoria.

—¡Alta! —exclamaron Mopple y Zora al unísono.

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber Maude.

Maple comenzó a pasearse arriba y abajo, concentrada.

—Si hubiesen arrojado el cadáver por el acantilado, nadie habría vuelto a saber de él. La marea lo habría arrastrado, tal vez hasta Europa. Eso sí habría sido un misterio inescrutable. Pero así podía encontrarlo cualquiera; de hecho, era imposible no encontrarlo. El asesino quería que George fuese encontrado. ¿Por qué? ¿Por qué querría alguien que algo fuera encontrado?

Las ovejas se devanaron los sesos un buen rato.

—¿Porque se quiere dar una alegría a alguien? —aventuró Mopple, titubeante.

—Porque se quiere advertir a alguien —aseguró Othello.

—Porque se quiere recordar algo a alguien —terció Sir Ritchfield.

—¡Exacto! —exclamó Maple—. Ahora hemos de averiguar quién se alegra, quién es el advertido y quién recuerda. Y qué recuerda.

—Eso es imposible de averiguar —suspiró Heide.

—Quizá no —repuso Miss Maple.

Y, sin decir más, se puso a pastar. Por un momento todas las ovejas guardaron silencio y pensaron con cierto respeto en el difícil cometido que tenían por delante.

De pronto, un cordero soltó un potente balido asustado e indignado. Sara, su madre, se unió a él balando nerviosa. Las ovejas los miraron: Sara se retorcía a un lado y otro como para sacudirse un insecto fastidioso, y su cordero se hallaba junto a ella con cara llorosa. Luego, de entre las patas de Sara salió a toda prisa algo pequeño y peludo que echó a correr zigzagueando.

El Mediano. El ladrón de leche. El cordero de invierno.

Se había aprovechado del momento de reflexión general para hurtarle leche a Sara. Algunas ovejas madre balaron furiosas.

Cualquier oveja sabe que un cordero de invierno es un mal augurio para el rebaño. Los corderos de invierno nacen con el frío, fuera de temporada, con el carácter retorcido y el alma pequeña y malvada: bichos de mal agüero que en épocas de escasez inducen a los ladrones a rondar los ateridos rebaños. Voraces, desconsiderados y fríos como el día en que vieron la débil luz del mundo. Y nunca ha existido un cordero de invierno peor que el que, desde el año anterior, andaba entre su rebaño. Nació en la noche más oscura, y en la noche más oscura murió su madre. El resto esperaba que la cría también muriese, pero siguió a trompicones y lloriqueando al rebaño, que lo evitaba indignado. Así durante dos días. Al tercero esperaban que muriera de una vez, pero George desbarató sus planes con un biberón de leche. Cuando ellas le lanzaron balidos de reproche, él musitó algo como «valiente» y, contra todo pronóstico, crió al cordero: un desconsiderado ladrón de leche, demasiado pequeño para su edad pero terco y astuto. Las demás procuraron no hacerle caso en la medida de lo posible.

Por eso ahora no fue excesiva la agitación entre las ovejas. Tras comprobar que el cordero felón había huido hasta la linde del campo y merodeaba por el árbol de las cornejas, se olvidaron del incidente.

El resto del día lo pasaron como corresponde a una oveja: comieron a gusto (salvo en George's Place), digirieron tranquilamente en el crepúsculo y trotaron juntas hasta el establo después de que Cloud predijera que la noche sería lluviosa.

Formaron una piña, los corderos en medio, los viejos alrededor de ellos, los carneros adultos en el perímetro exterior, y se quedaron dormidos en el acto.

Miss Maple tuvo un sueño oscuro, un sueño en el que apenas veía la hierba que tenía delante de las narices.

Ante ella se hallaba el dolmen, más grande y plano que en la vida real. Encima había tres sombras: eran hombres; el olfato no le decía mucho más. Maple notó que la miraban. Aquellos hombres podían ver en la oscuridad.

De pronto uno se dirigió hacia ella y su silueta borrosa adoptó la forma del carnicero. Ni lerda ni perezosa, Maple dio media vuelta y echó a correr. La pala, que al parecer sostenía en una de las pezuñas delanteras, cayó al suelo con un ruido sordo.

A sus espaldas oyó la voz del carnicero: «Un rebaño necesita un pastor», musitó. Maple sabía que ella no necesitaba un pastor, sino un rebaño. Baló, y otras ovejas respondieron en la oscuridad. Avanzó dando traspiés, dio con el rebaño y se metió a empujones, más y más adentro, en la seguridad de aquel ovillo lanoso.

Pero algo la hizo recelar. Era su rebaño, de eso no cabía duda, pero no olía como tal. Maple no sabía por qué. Oyó al carnicero acercarse y se quedó inmóvil, muerta de miedo, y el rebaño que la rodeaba se quedó inmóvil, muerto de miedo. A continuación se levantó un viento que disipó la oscuridad como si fuese niebla. Con la luz mortecina, Maple vio que todas las ovejas eran negras; ella era la única blanca. El carnicero fue directo hacia ella, en las manos una tarta de manzana.

De repente reinaba de nuevo la oscuridad: Miss Maple había despertado. Aliviada, decidió arrimarse a Cloud, su compañera favorita para pasar la noche, pero algo no cuadraba: el olor. Las ovejas de alrededor olían y no olían como su rebaño. Olfateó ovejas aisladas: Mopple, que siempre olía ligeramente a lechuga; Zora, con su fresco aroma a mar; Othello y su resinoso olor a carnero. Pero era como si otras ovejas se hubieran mezclado con ellas, ovejas con olores contradictorios que no revelaban nada de su personalidad, medio ovejas por así decirlo. Confusa y cansada, echó un escrutador vistazo, pero en el establo la oscuridad era como poco la misma que en su sueño. No sabía qué pensar. Fuera sólo se oía el rumor de la lluvia, nada más. De repente percibió un movimiento en la puerta del establo. Empujó a Cloud a un lado, y ésta comenzó a balar suavemente en sueños. Otras se sumaron a ella. En medio de la nube de ovejas que balaban, Miss Maple perdió brevemente la orientación. Se detuvo. Al poco los balidos disminuyeron, y ella volvió a oír la lluvia. Reanudó a duras penas el camino hacia la salida.

Fuera, la noche era una cortina de lluvia. Maple se hundió en el barro hasta las rodillas: su lana se empapó de agua y no tardó en tener la sensación de que pesaba el doble de lo habitual. Pensó en el cordero y, sobrecogida, pretendía encaminar sus pasos hacia el dolmen cuando oyó un tintineo, un golpeteo, como una piedra chocando contra otra. Venía del acantilado. Maple exhaló un suspiro: sin duda el acantilado no era el lugar donde le apetecía toparse con el espíritu de un lobo en una noche sombría y lluviosa. No obstante, se puso en camino.

En el acantilado la oscuridad era menor de lo que temía: el mar reflejaba algo de luz y se veía la línea de la costa, de forma vaga pero inconfundible. Y allí no había nadie. El que produjera el ruido debía de haberse despeñado. Con las pezuñas mojadas y extrema precaución, Maple se aproximó a tientas al resbaladizo precipicio y miró abajo. Por supuesto no vio nada, ni siquiera lo profundo que era. Quiso retroceder y se percató de que no sería fácil: la hierba estaba mojada y viscosa, y el suelo se había reblandecido. Le habían

tendido una trampa, y ella, Miss Maple, la oveja más lista de Glennkill y tal vez del mundo, había picado ingenuamente. Pensó que la inteligencia no servía de mucho cuando una tenía un mal sueño, y esperó que una mano o una nariz la arrojaran al abismo a base de empujones suaves pero definitivos.

Esperó largo rato, en vano. Al darse cuenta de que detrás no había nadie, se enfadó. De un furioso salto hacia atrás volvió a situarse en un terreno más o menos seguro. Luego regresó trotando al establo. Al llegar a la puerta se detuvo y respiró hondo: olía a su rebaño y a nada más. Olisqueó aliviada y reparó en que le temblaban las patas. Fue en busca de Cloud, que seguía balando quedamente en algún lugar de la oscuridad, en un sueño sin carnicero ni tarta de manzana, protagonizado probablemente por un enorme y verde campo de tréboles.

De repente su aún temblorosa pezuña pisó un líquido tibio, un líquido que goteaba de Sir Ritchfield: el viejo carnero permanecía inmóvil con los ojos cerrados, como profundamente dormido. Estaba mojado como una oveja que ha pasado mucho tiempo bajo el agua. Miss Maple apoyó la cabeza en el lanudo lomo de Cloud y se puso a pensar.

# 4

Al día siguiente no soplaba ni gota de viento y las gaviotas habían enmudecido. Una niebla densa y gris se deslizaba por la pradera. No se veía a más de dos ovejas de distancia. El rebaño permaneció largo rato en el establo, seco y cómodo. Desde que Tess y George ya no las espantaban al amanecer, las ovejas se habían vuelto más exigentes.

—Hay humedad —dijo Maude.

—Hace frío —se lamentó Sara.

—Qué desfachatez —espetó Sir Ritchfield, y el asunto quedó zanjado. El viejo carnero odiaba la niebla. En la niebla, la buena vista de Ritchfield no le servía de nada. Se daba cuenta de que ya no oía bien y enseguida olvidaba de qué dirección venía.

Pero existía otra razón para ese titubeo generalizado: ese día la niebla se les antojaba inquietante. Era como si detrás de su blanco hálito se moviesen extrañas sombras.

De modo que se quedaron en el establo la mañana entera. Sintieron aburrimiento, mala conciencia y por último hambre, pero pensaron en lo mucho que se enfadaban con George y Tess en semejantes días y se mantuvieron en sus trece. Una hilera de blancas cabezas pensativas miraba con ojos miopes la bruma. Mopple se dispuso a salir al aire libre por un pequeño hueco que había en la pared posterior del establo.

Las astillas de los podridos tablones se le enredaron en la lana y le aguijonearon la delicada piel. Mopple soltó un gemido. Cuando ya

había logrado abrirse camino más o menos hasta la mitad, le asaltó la duda de si realmente era una buena idea.

«Si pasa la cabeza, también pasa el resto», solía decir George. Sólo entonces Mopple cayó en la cuenta de que con ello se refería a las ratas, que lograban colarse en la caravana y la emprendían con las oxidadas latas de conserva.

Mopple nunca había visto una rata de cerca, pero de pronto ya no estaba muy seguro de que se parecieran de verdad a ovejas pequeñas. Su madre le había dicho eso cuando él aún era un cordero lechal gordito que tenía miedo de los rápidos movimientos y el fugaz roce de las ratas del granero. Le contó que las ratas eran ovejas muy pequeñas y lanudas que recorrían los graneros en rebaños para llevarles los sueños a las ovejas grandes. Y ni siquiera Mopple podía temer a unas ovejas pequeñas y lanudas.

Siendo ya un carnero adulto, a veces le extrañaba que otras ovejas cocearan a las pequeñas ovejas rata, así que llegó a la conclusión de que probablemente se trataba de ovejas que tenían malos sueños. Mopple no podía quejarse de sus sueños: no eran muy variados, pero sí apacibles.

Ahora se planteó por vez primera cómo eran las ovejas. Zora, por ejemplo: nariz elegante y cara negra aterciopelada, cuernos graciosamente curvos (era la única hembra del rebaño con cuernos, y le sentaban de maravilla), gran cuerpo lanudo y cuatro patas largas y rectas de delicados pies. La cabeza tal vez fuera la parte más bonita, pero sin duda no la mayor del cuerpo de una oveja.

Mopple se removía a disgusto, decidido a no sucumbir al pánico, al menos no enseguida. ¿Era correcto escabullirse sin más por un agujero, a escondidas de las demás? Lo cierto es que tenía sus motivos, pero ¿acaso eran buenos motivos? En primer lugar, a él le entraba el hambre antes y con más frecuencia que al resto. No era un mal motivo. Mopple estiró el pescuezo, atrapó un manojo de hierba entre los dientes y se calmó un tanto.

El otro motivo era más complicado. Era nada menos que Sir Ritchfield o la memoria de Mopple o Miss Maple o, mejor dicho, los tres juntos. Una pista. En la novela policiaca de George había

muchas pistas, pero el pastor se había deshecho del libro. Sin embargo, Miss Maple sabría qué hacer con una pista. Y Ritchfield intentaría impedir que Mopple se la revelara a Maple, así que Mopple tenía que escapar por el agujero. Para contárselo a Miss Maple a escondidas. Ésta no se encontraba en el establo, así que tenía que estar fuera. ¿O acaso no?

Antes la cosa le parecía muy sencilla, pero ahora una madera puntiaguda se le clavaba en la ijada, y Mopple tenía un miedo horrible de herirse y vaciarse como Sir Ritchfield. Las ovejas estaban de acuerdo en que éste debía de tener un agujero en alguna parte por el que los recuerdos caían en la nada, pero sólo se atrevían a decirlo cuando él no podía oírlas, situación cada vez más frecuente dados sus problemas de audición.

Mopple trató de encogerse y el pinchazo se calmó. Respiró hondo y al instante la punta volvió a atravesarle la ijada. El pánico acechaba, Mopple lo sentía en la cerviz como si fuese una fiera, y el hecho de que no pudiera girarse no hacía sino empeorar la situación. Se vaciaría de un modo peor que Sir Ritchfield, lo olvidaría todo, incluso que quería escapar por ese agujero. Y luego se quedaría allí para siempre y se moriría de hambre. Morir de hambre él, Mopple the Whale.

Se encogió tanto que vio estrellitas ante los ojos y, aterrado, se puso a patalear con los cuartos traseros.

Othello había pasado la mitad de la noche fuera, en el prado, empapado y presa de una agitación febril. ¿Volvería «el otro»? Othello lo esperaba secretamente desde el momento en que había visto a Sir Ritchfield. Y lo temía. Ahora había sucedido. El recuerdo de un olor persistía en su olfato de manera desconcertante, inconfundible. Las ideas le rondaban los cuernos cual remolinos de niebla. Alegría, fastidio, rabia, un millar de preguntas, y una turbación hormigueante.

Pero Othello había aprendido a contener el remolino en la cabeza. Entre la humedad de la niebla, el olfato lo llevaba hacia el

establo: olía a sudor nervioso y agria confusión. El desasosiego se había apoderado del rebaño. Y con razón: ese día incluso a él le daba algo de miedo la niebla.

Ritchfield aún no dejaba salir a sus ovejas del abrigo del establo. Tanto mejor. Othello se preguntó qué buscaba con ello el manso. ¿Sabía Ritchfield quién había ido a su pradera la noche anterior? ¿Intentaba ocultárselo a las demás ovejas? ¿Por qué?

El carnero negro se paró a pensar un instante qué dirección tomar: la más improbable, naturalmente. Echó a trotar hacia el acantilado, donde la lluvia nocturna y el aire brumoso habían borrado todos los olores. Ladeó un poco la cabeza y buscó pistas con los ojos, como tal vez hubiese hecho un hombre. Se avergonzó un poco por ello.

«Casi sordo y sin sentido del olfato», oyó decir en las profundidades de su cabeza a la conocida y siempre levemente burlona voz. Una voz procedente del recuerdo que iba acompañada del susurro de negras alas de corneja. «Si quieres saber lo que saben los bípedos, has de pensar en lo que no saben. Para ellos lo único que cuenta es lo que ven los ojos. No saben más que nosotros, saben menos, y por eso cuesta tanto entenderlos, pero...» Othello sacudió la cabeza para ahuyentar aquella voz. Unos buenos consejos, sin duda, unos consejos inestimables, pero la voz tendía a explayarse en confusas peroratas, y ahora él debía concentrarse.

En cierto punto el suelo no sólo estaba fangoso, sino removido. Miss Maple, probablemente. «Él» no dejaría semejante caos tras de sí. Othello buscaba una pista más discreta. Algo más lejos vio un pino achaparrado, el único en kilómetros a la redonda: perennes árboles amigos, guardianes de secretos, sabias raíces. El pino lo atrajo.

Se puso a dar vueltas alrededor del insignificante árbol hasta que, ante su mirada, éste pareció inclinarse avergonzado. Nada del otro mundo. Aparte del agujero, claro, pero Othello no hacía caso de las historias que contaban sobre aquel agujero. Éste se hallaba junto a las raíces del pino y atravesaba las rocas en diagonal. En él se oía día y noche el murmullo del mar, que bullía y borbotaba, una risa

burlona procedente de las profundidades. Decían que, las noches de luna llena, por allí se arrastraban criaturas marinas para acariciar el establo con dedos resbaladizos. Pero Othello sabía que las líneas irisadas que se veían en las paredes de madera del establo a la mañana siguiente en realidad eran rastros de baba de caracoles nocturnos. En el fondo, las demás ovejas también lo sabían, sólo que les gustaban las historias. Algunos días, reunidas en torno al pino, se podía ver a tres o cuatro jóvenes ovejas especialmente osadas escuchando los sonidos del interior del agujero y experimentando escalofríos de placer.

Ahora Othello también miraba, por primera vez con cierto interés. Escarpado, sin duda, pero no demasiado para un hombre que supiera usar las manos ni para una oveja muy valiente. Vaciló. «Lo que no sabe bien al primer mordisco, no sabe mejor al décimo», se burló la voz. «La espera alimenta el miedo», añadió algo impaciente, al ver que el carnero seguía sin moverse. Pero Othello no escuchaba la voz, sino que miraba como embobado algo oscuro y brillante que había a sus pies: una pluma reluciente, negra y reposada como la noche. Othello bufó. Volvió una vez más la cabeza en dirección al establo y desapareció en el agujero.

De pronto Mopple se encontró fuera. Respiraba con dificultad y temblaba. Notaba los costados doloridos y un fuerte pinchazo en cierto punto. Para tranquilizarse, recitó lo más difícil que había aprendido nunca: «Operación Polifemo.» George lo decía a veces, y ninguna oveja lo entendía. Mopple era una de las pocas ovejas que podían recordar incluso aquello que no comprendían. Después se sintió más valiente y hasta un poco decidido.

Volvió la cabeza para contemplar con asombro y orgullo el pequeño hueco por donde él, Mopple the Whale, acababa de salir. Pero la pared de madera del establo ya había desaparecido en la niebla. Era una niebla especialmente densa, tan densa y viscosa que Mopple estuvo tentado de darle un mordisco. Se dominó y, en su lugar, prefirió arrancar un poco de hierba.

Para Mopple la niebla no suponía un grave problema. Con la niebla se veía peor, sí, pero el carnero veía mal de todas formas. Lo incomodaba más no poder oler debidamente cuando las frías y herbosas perlas de agua se le metían en la nariz. Pero, en general, en la niebla se sentía protegido. Imaginó que avanzaba por la liviana lana de un enorme rebaño, un pensamiento hermoso. Se puso a pastar con despreocupación, ahora seguro de que al menos su primer motivo era un buen motivo. Le encantaba la hierba brumosa, que sabía a agua y carecía de cualquier olor molesto. A Miss Maple la buscaría más tarde, tal vez ella incluso se sintiera atraída por los ruiditos que él hacía al comer. Fue trotando aquí y allá hasta que le pareció haberse saciado.

De pronto su nariz se topó con algo duro y frío. Asustado, pegó un salto hacia atrás con las cuatro patas a la vez. Vaciló, pero al final venció la curiosidad: dio un paso adelante y escudriñó el suelo. Allí estaba la pala en torno a la cual Tom O'Malley había reunido al rebaño humano. Como no la habían clavado lo bastante en el suelo, finalmente se había caído. Mopple miró la pala, ceñudo: el sitio de las herramientas humanas era el cobertizo, no la pradera. Pero esa pala no olía a lo que suelen oler las herramientas humanas, a manos sudadas, miedo y cosas penetrantes. En ésa tan sólo perduraba la tenue reminiscencia de un aroma humano; por lo demás, olía a limpio como un guijarro húmedo.

Sin embargo, si se olía con más detenimiento se notaba que el recuerdo poco a poco se volvía más definido, cobraba nitidez y forma: una mezcla de agua jabonosa, whisky y detergente con vinagre. Mopple identificó una barbita rancia y unos pies sucios. Casi demasiado tarde cayó en la cuenta de que lo que olía ya no era la pala, sino un hombre de carne y hueso que se movía muy cerca, entre la niebla. Alzó la cabeza y vio una persona, mejor dicho, la blanca sombra brumosa de una persona que avanzaba hacia él de lado, como un cangrejo. Era horripilante. Mopple pensó en el espíritu del lobo, la pala y el dolmen, en la profanación del huerto y en que a veces George también tenía los pies sucios. Perdió los nervios y huyó trotando a través de la niebla.

No es sensato correr entre la niebla, y Mopple the Whale lo sabía. Pero también sabía que no podía quedarse como un pasmarote. Sus patas, que por lo común lo llevaban sin oponer resistencia y con cierta parsimonia hasta las hierbas silvestres y los fragantes pastos, de repente tenían ideas propias. Toda la niebla del mundo parecía haberse reunido en la cabeza de Mopple, y él habría preferido olvidarla, ser todo patas y huir de todo: de George, del espíritu del lobo, de Miss Maple, de los malvados perros, de Sir Ritchfield, de su memoria y, sobre todo, de la muerte. Pero una pezuña le dolía por la insólita fuerza con que sus patas golpeaban el suelo, y ello lo ayudó a contener un poco la neblina mental. Intentó pensar en cualquier cosa, y en el acto se le ocurrió justamente lo más desagradable: lo que ocurriría de un momento a otro.

No podía seguir corriendo eternamente. Tarde o temprano tropezaría con un obstáculo, y ese obstáculo podía ser el acantilado o el establo o los setos o la caravana de George. La caravana no, por favor, suplicó. La idea de encontrarse en el huerto, el escenario de su crimen, con un furioso espíritu de George blandiendo el tallo pelado de una lechuga era lo que más miedo le daba.

Entonces chocó contra algo grande, blando y cálido, que cedió y cayó hacia delante profiriendo un gruñido. El olor era penetrante y, antes aun de examinarlo a fondo, el miedo hizo que le flaquearan las patas. Se sentó sobre el trasero y, aturdido por el trompazo, escrutó la niebla con los ojos como platos. El gruñido se tornó una imprecación, unas palabras que Mopple nunca había oído y que, aun así, entendió sin problemas. De la niebla surgió el carnicero, primero las rojas manazas, luego la abultada barriga y por último los horribles ojillos centelleantes. Miraron a Mopple de arriba abajo sin ninguna prisa; sí, incluso parecieron alegrarse de algo. Y sin más, el carnicero se abalanzó: no trató de agarrarlo, ni golpearlo ni patearlo, sencillamente lanzó su corpachón sobre el rollizo carnero como si quisiera aplastarlo con su mole.

Lo siguiente que supo Mopple fue que, de alguna manera, había conseguido evitarlo, no sólo una sino varias veces. El carnicero había caído al lodo y tenía negros los codos, la barriga, las rodillas y medio

rostro. En la mejilla izquierda se le habían adherido briznas de hierba, como pelos de barba, y a los ojos miopes de Mopple apareció como un tigre fiero y corpulento. Las partes de la cara que no estaban negras, sobre todo la frente y los ojos, se veían rojas como la lengua inflamada de una oveja. El cuello también lo tenía enrojecido, así como extrañamente grueso e hinchado. Mopple temblaba como una vara y estaba demasiado agotado para esquivar de nuevo al carnicero.

Reinaba un silencio absoluto. También aquel bruto vio que Mopple no podía más, y entonces una de sus manos se cerró en un enorme puño y golpeó la otra, medio abierta, con un chasquido. Luego ésta se cerró en torno a aquélla. Era como si los brazos del carnicero se hubiesen unido en una bola de carne cruda. Los nudillos blanquearon, y Mopple oyó un ruidito muy leve y muy malvado, un crujido lejano, como si se quebrara despacio un hueso en lo más profundo de un cuerpo. Indefenso, el carnero clavó la vista en su agresor y mascó mecánicamente el último matojo de hierba que había arrancado en tiempos remotos y felices. No le supo a nada. Mopple no recordaba por qué pacía. Ya no sabía por qué había de pastar una oveja en este mundo mientras hubiera carniceros. El carnicero dio un paso atrás, sin duda disponiéndose a hacer algo infame y definitivo, y de pronto fue como si la tierra se lo tragase.

Mopple se quedó inmóvil y siguió mascando, mascó hasta que ya no tenía una sola brizna de hierba en la boca. No pensaba en nada, sólo en que debía seguir mascando: mientras mascara nada ocurriría. Se sintió un poco tonto por mascar con la boca vacía, pero no se atrevía a arrancar más hierba.

Pasaron de largo unos jirones de niebla y entonces, de repente, un retazo de aire claro, una ventana por la que Mopple pudo ver. Y vio... nada. Justo delante de sus pezuñas se acababa el mundo: se hallaba junto al precipicio, más cerca de lo que nunca habría osado aproximarse. Ya no se preguntó adónde había ido a parar el carnicero. Se estremeció. Retrocedió un paso con suma precaución. Y otro. Hasta que dio media vuelta y dejó que la niebla volviera a engullirlo.

Hasta ese momento a Mopple siempre le había gustado la niebla. Cuando aún era un cordero, un buen día el pastor le prohibió mamar de su madre: fue un día terrible para Mopple. Engordaría demasiado y demasiado deprisa, afirmó el pastor. A partir de ese día fue el pastor quien mamó de su madre, con un aparato. El pastor también estaba gordo, pero las ovejas no podían prohibirle nada. Mopple empezó a recibir una bebida a base de leche y agua. Le gustaba ver cómo se mezclaban la leche y el agua, incluso esperaba un poco antes de ponerse a beber. El blanco de la leche trazaba hilitos en el agua hasta formar una suave y densa telilla: esa tela era como la niebla, que cada vez se volvía más espesa, y constituía la promesa de que Mopple se saciaría y de que todo iba bien. Pero ahora sabía que la niebla no era la lana de una enorme oveja y, aunque así fuera, esa oveja estaba plagada de horribles bichos, de carniceros con manos de carne cruda que convertían todo cuanto tocaban en carne cruda.

Poco a poco, también a él comenzó a extrañarle el brutal bramido que pareció surgir de las profundidades de alguna parte y cubrir la pradera como un voluminoso cuerpo: era un bramido que Mopple sentía hasta en la punta de sus retorcidos cuernos de carnero, el más furioso y desesperado que había oído. Le dio dolor de dientes y de pezuñas, pero no trató de salir corriendo; ahora sabía que no se podía salir corriendo sin más ni más, ni siquiera para ir con las demás ovejas, que sólo eran otra especie de niebla y podían disolverse en la nada con igual rapidez. Él ya las había visto desaparecer una vez, a todos sus hermanos de leche, sus compañeros de correrías, sus amigos lechales, y el único que había vuelto había sido el pastor, gordo y tranquilo como si nada hubiera pasado.

Mopple miró el suelo y vio la hierba, igual de verde que antes: la hierba lo había salvado. Tal vez hubiese que aferrarse a la hierba. Sin apartar la mirada del suelo, empezó a moverse: puso una pezuña delante de la otra, con cuidado, y siguió la hierba, lo llevara a donde lo llevase.

Othello se enfadó. El agujero no había supuesto ningún problema, casi había resultado fácil, una vez que se había atrevido a entrar. Eso era muy suyo. «Los problemas no están en tus pies, y tampoco en tus ojos o tu boca. Los problemas siempre están en la cabeza», musitó aquella voz. Ahora Othello exploraba su cabeza tan minuciosamente como sólo puede hacer una oveja rumiante; pese a todo, no sabía qué hacer: ya había recorrido un tramo de playa sin dar con la menor pista. La arena se movía bajo sus pies, blanda y agradable, pero también lenta e imprevisible. Luego se oyó el bramido.

No sonaba lo bastante cercano como para inquietarlo realmente, pero sí fuerte y enervante. ¿Quién o qué diablos podía bramar de ese modo? La cosa le interesaba: de haber sido otras las circunstancias, posiblemente se hubiese vuelto para ver al causante de tan feroz bramido. Pero lo que tal vez le esperara delante le interesaba más. Ahora debía de encontrarse cerca del pueblo. Othello sabía que era hora de salir de la playa.

El carnero alzó la vista y contempló el acantilado: allí las rocas eran más planas y, en algunos puntos, suaves y arenosas. Donde el viento formaba pequeñas dunas crecía barrón de hojas punzantes. No era muy bueno para comer, pero sí proporcionaba un buen agarre para las patas. Escaló el precipicio y, una vez arriba, vio más barrón erizado y un angosto camino humano que discurría por la arena describiendo absurdos lazos. El barrón se extendía lentamente en todas direcciones y no le decía nada. «Cuando uno no sabe qué hacer, o se rinde o lo deja estar —se burló la voz—, lo cual en realidad da lo mismo.» Tozudo, Othello se paró. Allí una oveja podía elegir entre diversas sendas, pero sólo había una que con toda seguridad no habría elegido ninguna oveja. Bueno... casi ninguna. Othello siguió el sendero humano que llevaba hasta el pueblo.

El camino serpenteaba, indeciso, hasta que se topaba con una tapia de tosca piedra y discurría paralelo a ella y recto como una pata de oveja. Era una tapia tan alta que Othello no logró ver qué había al otro lado ni siquiera irguiéndose sobre las patas traseras. Lástima, pues al otro lado parecían suceder cosas extrañas: muchas

voces murmuraban en un tono bajo y suave, y la niebla no era lo único que las amortiguaba. De pronto percibió una gran agitación y, al mismo tiempo, un silencio impuesto: los hombres rara vez se esforzaban por permanecer callados. Aquello tenía que significar algo. Llegó a una puertecita de hierro forjado. Empujó hacia abajo la manilla con una pezuña y la puerta cedió con un chirrido escalofriante. El carnero negro entró, silencioso como su misma sombra, y con cuidado cerró la puerta con la cabeza. No era la primera vez que se alegraba de la terrible época que había pasado en el circo.

En un principio creyó haber ido a parar a un enorme huerto, prueba de lo cual era el orden: caminos rectos y parcelas cuadradas, además del olor a tierra fresca y vegetación artificial. No cabía duda de que allí habían plantado algo, sólo que no olía muy apetitoso. Figuras humanas avanzaban a pasitos por los caminos. Parecían venir de todas partes, pero un punto ejercía una mágica atracción sobre ellas: todas se encaminaban hacia él entre susurros.

Othello se escondió tras una piedra que se alzaba vertical. Se sentía intranquilo, pero no por los hombres. Era el olor. Ahora estaba seguro de no hallarse en un huerto. Quizá incluso fuera lo contrario de un huerto. Un olor muy viejo avanzaba con la niebla por los pedregosos caminos, las parcelas y las abundantes piedras verticales. Othello se acordó de Sam, un hombre del zoo tan tonto que hasta las cabras se reían de él. Pero la administración del zoo lo nombró jefe de la fosa. La fosa se hallaba en tierra de nadie, tras la casa de los elefantes, y Othello, incluso siendo un cordero, comprendió por qué los párpados de los elefantes siempre colgaban tan enrojecidos y pesados: todos los animales del zoo sabían de la fosa. Cuando Sam salía de la fosa, las cabras lo dejaban en paz y los ojos de los carroñeros se entrecerraban. Cuando Sam salía de la fosa olía a muerte vieja.

Fue el primer entierro de Othello, pero el carnero se comportó de manera ejemplar. Permaneció negro y serio entre las lápidas,

arrancó de vez en cuando alguna flor y escuchó la música y las voces de la gente con gran atención. Vio acercarse la caja marrón y olió en el acto quién la ocupaba. También olió a Dios antes de que éste surgiera, solemne y vacilante, de la niebla. Dios hablaba de sí mismo, y la gorda Kate lloraba; la rodeaban los otros hombres, murmurando, negros como cuervos. En George, que ocupaba la caja, nadie pensaba. Sólo Othello.

Recordó el día que lo había visto por primera vez, a través de una humareda de tabaco. Por entonces Othello estaba acostumbrado al humo de los cigarrillos. De algún lugar le salpicó sangre a los ojos; estaba tan agotado que le temblaban las patas. El perro cayó muerto a su lado, pero eso no significaba nada: siempre había otro perro. Othello se concentró en permanecer de pie y con los ojos abiertos. Le costaba, le costaba mucho. Sólo quería cerrar los ojos y olvidar la sangre, y una vez los cerró, se quedaron así. Tras unos instantes de celestial negrura oyó la voz, demasiado tarde. «Con los ojos cerrados viene la muerte», le advirtió. Othello no tenía nada en contra de morir, pero igual alzó obedientemente los párpados y vio los ojos verdes de George. Éste lo observaba con tanta atención que Othello pudo asirse a su mirada hasta que las patas dejaron de temblarle. Luego se volvió hacia la puerta por la que salían los perros y bajó los cuernos.

Al poco se hallaba en el viejo coche de George, donde manchó de sangre el asiento de atrás; George ocupaba el del conductor, pero el coche no se movía, y la noche se apretaba curiosa contra las ventanillas. El viejo pastor se había girado hacia él, y en sus ojos no había solamente atención, sino triunfo. «Nos vamos a Europa», anunció.

Pero George se equivocaba. No fueron a Europa. Justicia, pensó Othello. Justicia.

# 5

Las ovejas pasaron un día horrible. Jamás en su vida se habían sentido tan descuidadas. Primero la niebla y luego el desagradable presentimiento de que algo extraño se movía por la niebla, chasquidos distantes, la sensación de percibir olores hostiles.

Valiéndose de un pretexto, el cordero de invierno había llevado a los otros dos corderos del rebaño hasta un rincón oscuro del establo, donde les metió tanto miedo que éstos salieron corriendo, chocaron contra la pared y se hicieron daño: uno en la cabeza y el otro en una pata delantera. Ritchfield no vio nada ni oyó nada, y siguió en sus trece. Luego empezó el bramido, y al final el viejo manso hubo de admitir que algo no iba bien. Pareció casi aliviado, probablemente porque al final se había enterado de algo.

El bramido fue demasiado para las ovejas: salieron a la pradera y trotaron por la niebla con las orejas temblorosas, demasiado nerviosas para pastar. Al cabo se hizo el silencio, pero aquel silencio de pronto les daba más miedo. Se apiñaron en la loma; Maude coceaba nerviosa y le dio a Ramses en la nariz. Estaban de mal humor, y todas esperaban al viento que se llevaría la niebla y, con ella, el silencio. Sucedió lo que ninguna oveja creyó nunca posible: echaron de menos los chillidos de las gaviotas.

El viento llegó hacia el mediodía. Entonces las gaviotas volvieron a chillar y Zora trotó hasta el acantilado. Luego baló, y pronto todas las ovejas se encontraban en el borde del precipicio, lo más cerca que se atrevieron, escudriñando las profundidades. Allá abajo estaba el carnicero, en una pequeña mancha de arena en medio de

numerosas rocas. Yacía boca arriba y parecía sorprendentemente chato y muy ancho. Ritchfield afirmó distinguir un hilo de sangre roja en su boca, pero ese día no querían oír hablar a Ritchfield y no creyeron nada de lo que dijo. El carnicero había cerrado los ojos y no se movía. Las ovejas disfrutaron de la vista. Hasta que el ojo izquierdo del carnicero se abrió de súbito y el buen humor desapareció como por ensalmo. El lívido ojo las miró, a cada una de ellas, y, aun estando en lo alto de la roca, les temblaron las patas. El ojo buscó algo, no lo encontró y se cerró de nuevo. Las ovejas retrocedieron del acantilado, cautelosas.

—El mar lo arrastrará —aseguró Maude con optimismo.

Las demás no estaban tan seguras.

—Por la playa siempre pasa un joven con su perro —suspiró Cordelia.

Algunas ovejas asintieron: lo sabían por las novelas de Pamela.

—El perro encuentra al hombre. El joven está hechizado y se lo lleva —añadió Cloud, que siempre prestaba mucha atención—. Por lo menos así desaparece —agregó.

Pero las ovejas sabían que no era lo mismo. «El mar no devuelve nada», decía siempre George cuando por la noche tiraba las cajas de la caravana por el acantilado, con la marea alta. Los jóvenes, en cambio, no tardaban en hartarse del botín. Eso era así incluso en el caso de las perfumadas Pamelas, y cabía esperar que en el caso del carnicero, con sus regordetes dedos, la cosa iría bastante rápida.

—Mopple the Whale debería contar la historia de Pamela y el pescador —dijo Lane, y el resto soltó un balido de aprobación.

Les encantaba la historia del pescador porque el protagonista era un enorme montón de heno. Mopple contaba muy bien la historia, y cuando terminaba todas se quedaban calladas e imaginaban qué harían ellas en el montón de heno.

Pero Mopple no estaba. Primero buscaron en el huerto y luego en George’s Place, que se hallaba intacto. Eso las turbó un poco, pues creían a Mopple capaz de cualquier cosa. Guardaron silencio sin saber qué hacer. Luego Zora regresó al acantilado moviendo el rabo intranquila, para comprobar si en la playa también había una gran

mancha de lana blanca. Por suerte Mopple no estaba allí abajo; en su lugar vio que la suposición anterior había sido certera: en ese momento tres jóvenes colocaban en unas andas al inmóvil carnicero para llevarlo a casa. Zora meneó la cabeza ante tan grave insensatez y llamó a balidos al resto, pero ninguna se atrevió a observar a los jóvenes mientras realizaban tan arduo cometido. Recordaron el ojo del carnicero y se estremecieron.

Poco a poco se hizo patente que Mopple no se encontraba en el prado. Ya no entendían el mundo.

—Puede que Mopple esté muerto —dijo Lane en voz queda.

Zora sacudió la cabeza.

—Que uno esté muerto no significa que se esfume en el acto. George estaba muerto, pero a pesar de ello estaba.

De algún modo se alegraron de que el caso de Mopple fuera distinto.

—Se ha convertido en una oveja nube —baló Ramses, entusiasmado—. Mopple lo ha conseguido.

Las ovejas levantaron la cabeza, pero el cielo estaba gris y liso como un charco sucio.

—No puede haber desaparecido —aseveró Cordelia—. Es como si el mundo tuviese un agujero. Es como magia.

Heide se rascó la oreja con una pata trasera.

—Tal vez se haya ido sin más —aventuró Maude.

—Uno no puede irse sin más —objetó Ramses—. Ninguna oveja puede.

Estuvieron un buen rato calladas. Todas pensaban lo mismo.

—Melmoth se fue —dijo finalmente Cloud, y Heide perdió el equilibrio y cayó de lado. Las demás ovejas desviaron la mirada.

Todas sabían la historia de Melmoth, aunque a ninguna le gustaba contarla y a ninguna le gustaba escucharla. Esa historia no se contaba en público: era una historia que las ovejas madre susurraban al oído de sus corderos a modo de advertencia. Era una historia sin montones de heno, una historia tremenda que daba miedo a todas.

—Melmoth está muerto —resopló de pronto Sir Ritchfield. Todas se sobresaltaron: hablaban muy bajo y nadie esperaba que precisamente Ritchfield fuera a enterarse—. Melmoth está muerto —repitió—. George fue en su busca, con los perros del carnicero. George regresó y olía a muerte. Yo lo estaba esperando. Era el único que permanecía en la caravana al caer la quinta noche. Yo lo estaba esperando, y olí la muerte. Ninguna oveja puede abandonar el rebaño.

Nadie se atrevió a replicar. Las cabezas fueron bajando, una tras otra, y comenzaron mecánicamente a pastar. Sin duda era un día terrible para ellas.

Les habría gustado preguntarle a Miss Maple por Mopple, pero Maple no estaba. Les habría gustado preguntarle a Othello si al otro lado del prado había algún sitio al que se pudiese ir, pues él conocía el mundo y el zoo, pero Othello no estaba. Ahora sí que se sentían confusas. Se plantearon si no se habría colado un ladrón en el rebaño y atacado al más gordo, al más fuerte y a la más lista. El espíritu del lobo tal vez, o el rey de los gnomos o el señor, quienquiera que fuese. No era una idea agradable.

Sir Ritchfield decidió contar las ovejas, un procedimiento fastidioso: sólo sabía contar hasta diez, y no siempre, así que las ovejas tenían que formar pequeños grupos. Surgieron desavenencias porque algunas ovejas afirmaron que no se las había contado, mientras que Ritchfield sostenía que ya lo había hecho. Todas las ovejas temían ser pasadas por alto en el recuento y que, en tal caso, pudieran desaparecer. Algunas intentaron introducirse a hurtadillas en otros grupos para ser contadas dos veces, por si las moscas. Ritchfield balaba y bufaba, y al final llegaron a la conclusión de que, en total, había treinta y cuatro ovejas en la pradera.

Se miraron desconcertadas: sólo entonces repararon en que no sabían cuántas ovejas debía haber en la pradera. Aquella cifra que tan laboriosamente habían calculado carecía de valor para ellas.

Resultaba muy decepcionante: esperaban sentirse más seguras después de contarse; George siempre estaba muy satisfecho tras el recuento. «A ver si sigue así», decía, aunque a veces solamente

decía «ajá». En ese caso, o bien iba al acantilado a tirarle estiércol a Zora o bien se dirigía al huerto, donde un cordero impertinente alargaba el pescuezo por la gruesa malla de alambre y estiraba la lengua.

Después de contar, George siempre sabía lo que había que hacer. Ellas no.

Frustrado, Ramses empujó a Maude con la cabeza, y ésta baló indignada. Heide también baló. Zora mordisqueó a Heide en las nalgas y, por extraño que resultara, Heide enmudeció. En cambio, Lane, Cordelia y dos jóvenes ovejas madre comenzaron a balar a la vez. Las patas de Ritchfield escarbaron hierba y arena, y Lane le propinó un empellón a Maisie, la más ingenua del rebaño, que estuvo a punto de caer al suelo de la sorpresa y después le dio un mordisquito en la oreja a Cloud. Ésta soltó una coz y le dio a Maude en una pata delantera. Todas las ovejas se sentían ofendidas y todas balaban. Luego callaron, como obedeciendo a una señal secreta, todas salvo Sir Ritchfield, que repartía codazos a diestro y siniestro y bramaba pidiendo calma y orden.

En ese momento vieron a Othello venir por el camino. Éste las miró de arriba abajo con benévola extrañeza, pasó ante ellas al trote y se dirigió al acantilado. Las ovejas se miraron. Cloud le lamió dulcemente a Maude las orejas, y Ramses le mordisqueó la grupa a Cordelia. El carnero negro miró la playa, la huella que el carnicero había dejado en la arena, y ladeó la cabeza. Las ovejas tenían muchas preguntas, pero de pronto a ninguna le apetecía molestar a Othello; les bastaba saber que las ovejas desaparecidas podían volver. Se pusieron de nuevo a pastar, por vez primera ese día con cierto placer.

Bajo el tilo se reunieron tres hombres: uno sudaba, otro olía a jabón y el tercero respiraba ruidosamente. Les rondaba, con ojos brillantes, el miedo.

—Si Ham la diña... —dijo el sudoroso— nos la cargamos, seguro.

—Vaya una tontería —jadeó el de la respiración ruidosa—. Correr un riesgo así. George... ¿quién sabe? Pero Ham lo tiene todo en el abogado. Ése no hace amenazas en vano.

El miedo asintió.

—¿Quién habrá sido el idiota? —se lamentó el sudoroso.

—¿A qué te refieres? —Una ráfaga de aire jabonoso anunció que el segundo hombre había hecho un movimiento brusco—. ¿Crees que no fue un accidente?

—Eso creo —musitó el sudoroso, que sudaba cada vez más.

—¿Un accidente? —El de la respiración ruidosa rió—. ¿Por qué iba Ham a caerse por el acantilado? Un tipo de paso tan firme como él. Por cierto, ¿qué andaba haciendo por allí? ¡Oh, no! Alguien lo citó: un poco de perfume de violeta en una carta, y el burro de Ham fue directo.

—Pero no ha muerto —objetó el sudoroso—. Es fuerte como un toro, siempre lo ha sido, gracias a Dios. Los médicos dicen que hay esperanza. Probablemente no pueda volver a andar, pero lo principal es que está vivo.

—Tal vez lo haya olvidado. Después de un accidente así... —La voz del enjabonado sonaba casi optimista.

—Se acordará —aseguró el ruidoso—. Puede que no le entren muchas cosas en la cabeza, pero cuando algo le entra no le sale así como así. Cuando Josh lo emborrachó la noche que se casó George... ¿os acordáis? —Quizá los hombres asintieran o trataran de sonreír. Claro que se acordaban. Josh se limitó a ponerle delante a Ham un vaso tras otro, y Ham, que apenas bebía, se los fue zampando uno tras otro. ¡Cómo se habían reído!—. Era incapaz de decir su nombre, y al final se le metió una mosca en el ojo y ni siquiera pestañeó.

—Josh se ganó su dinero por cada vaso, y algo más... No me gustaría que me hicieran eso. —El sudoroso soltó una risita. Sacaba de quicio a los otros dos.

—Cuando Ham despierte se acordará —dijo el ruidoso—. Y continuará el jueguecito.

Guardaron silencio. Puede que asintieran. Después se fue cada uno por su lado. El miedo sonrió, se volvió con un movimiento elegante y su melena rodeó el tronco del viejo tilo. Siguió a los tres a casa.

El tilo era muy viejo. Antes se hallaba en medio del pueblo y los hombres bailaban alrededor. Le hacían ofrendas de sangre, y el tilo crecía. Tal vez hubiese visto lobos, con toda seguridad sí perros lobos, con los que los nuevos señores cazaban venados y ganado y hombres. Hoy se alzaba solitario, el pueblo lo había dejado atrás. Seguía creciendo: su tronco medía más de dos ovejas, y tras ese tronco se hallaba Mopple the Whale. Había ido allí porque se sentía seguro debajo del árbol, como en un establo. No salió corriendo cuando llegaron los hombres: ahora Mopple sabía que salir corriendo no tenía sentido. Se quedó donde estaba sin hacer ruido y siguió rumiando. Y memorizó cada una de las palabras.

Mopple no pensaba en aquellos tres, ni tampoco en el carnicero, ¡desde luego no en el carnicero! Mopple pensaba en el miedo. No había visto a los hombres y no sabía gran cosa de ellos, sólo había percibido los olores y los tonos que le llegaban a través del tupido y aromático follaje. Pero Mopple había visto al miedo, sus escasos movimientos, tan claro como si el tronco del viejo tilo fuese de agua: era mayor que una oveja y andaba a cuatro patas. Una fiera grande y fuerte con pelo y ojos sagaces. Mopple no temía a ese miedo, al fin y al cabo no era suyo.

Un pájaro empezó a cantar. Un ave nocturna. Poco a poco caía la tarde. Mopple se acordó de las otras ovejas y dejó de mascar: de repente echaba de menos el rebaño, tanto que la densa lana que tenía tras las orejas comenzó a picarle. Era hora de que alguna oveja le mordisqueara la cerviz: eso era más importante que los animales extraños y los carniceros gruñones. Mopple recordaba perfectamente el camino que había tomado esa mañana en medio de la niebla, y sus orejas se movían alegres arriba y abajo mientras volvía a casa al trote.

Mopple llegó al anochecer; parecía más pensativo que de costumbre y más delgado. No es que pudiera apreciarse, pero se movía de manera distinta. Algunas ovejas salieron a su encuentro con amistosos balidos. Durante su ausencia se habían dado cuenta de lo bien que les caía Mopple the Whale. Olía estupendamente, como sólo puede oler una oveja sana tras una magnífica digestión, y conocía las historias más hermosas. Lo cosieron a preguntas, pero Mopple estaba más callado que nunca. En el aire flotaba una horrible sospecha, la sospecha de que Mopple no se acordaba bien. Pero nadie se atrevía a decirlo. Mopple se pegó a Zora, que le mordisqueó la cerviz ensimismada.

Oscureció. No obstante, las ovejas permanecieron fuera: esperaban a Miss Maple, pero ésta no llegaba. Sólo cuando una luna redonda se hallaba en lo alto del cielo vieron aparecer por la campiña una pequeña silueta ovejuna; la precedía una sombra lunar fina y alargada. Era Maple, y parecía agotada. Cloud le lamió amistosamente la cara.

—Al establo —ordenó Maple.

Una vez allí, todas las ovejas se apiñaron a su alrededor. Por los estrechos orificios de ventilación la luna iluminaba los intrigados rostros de las ovejas. Miss Maple se arrimó a Cloud y se puso cómoda.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Heide con impaciencia.

—Investigando.

Las ovejas sabían lo que era investigar, conocían la palabra por la novela policiaca. Cuando investiga, el detective mete las narices donde no debe y se mete en líos.

Miss Maple contó que había ido ella solita hasta la casa de George. Cruzó el pueblo, donde un coche estuvo a punto de atropellarla y un gran perro rojizo la persiguió. Luego se escondió bajo la retama, delante de la casa de George, y estuvo escuchando lo que le llegaba por la ventana abierta. Las ovejas admiraron el valor de Maple.

—¿No tuviste miedo? —inquirió Heide.

—Sí —reconoció Miss Maple—. Muchísimo. He tardado tanto porque luego no me atrevía a dejar la retama. Pero he oído muchas cosas.

—A mí no me habría dado miedo —aclaró Heide al tiempo que miraba de reojo a Othello.

A las otras ovejas les interesaba más lo que había oído Miss Maple.

Relató que después de mediodía fue mucha gente a ver a Kate, no toda a la vez, sino en grupitos o aisladamente. Todo el mundo decía lo mismo: que era horrible. Una terrible desgracia. Que Kate debía ser fuerte. Kate apenas decía nada, tan sólo «sí» y «no» y «ay», y lloraba tapándose con un gran pañuelo. Pero después —al atardecer— llamaron de nuevo y en la puerta apareció Lilly. Kate no lloraba. «¡Cómo te atreves!», le dijo a Lilly. «Sólo quería decirte que lo siento», musitó Lilly. «Al menos así no te lo quedas tú», bufó Kate, y le dio a Lilly con la puerta en las narices.

—Como una gata enfadada —afirmó Miss Maple—. Exactamente igual que una gata enfadada.

La verdad es que a las ovejas no les sorprendió mucho: las Pamelas de los libros también solían comportarse de un modo incomprensible y malvado. Perdieron pronto el interés en la pequeña historia que al parecer tanto había fascinado a Miss Maple. Al fin y al cabo, tenían otras preocupaciones.

—¿Habéis tenido un buen día? —suspiró Maple al percatarse de que nadie se interesaba por su aventura.

Las ovejas pusieron cara de desconcierto y le contaron lo que había sucedido.

—Tenía un ojo abierto —aseguró Lane.

—El carnicero estaba tendido en la playa —añadió Maude.

—Mopple no nos ha contado ninguna historia —espetó Heide, mirando enojada a la aludida.

—Parecía muy chato —afirmó Sara.

—Nos hemos peleado —confesó Cordelia.

—Sir Ritchfield nos ha contado una por una —dijo Ramses.

—Los jóvenes se lo llevaron —informó Zora.

Miss Maple suspiró.

—Que cuente algo Mopple —dijo.

—Mopple no estaba —repuso Cordelia, y Miss Maple pareció sorprenderse.

—Othello no estaba —agregó Heide, y Miss Maple le dirigió a Othello una mirada inquisitiva.

Éste les habló del extraño jardín y de George, al que habían enterrado en una caja. Un murmullo se extendió por el rebaño.

—No tienen fosa, pero tampoco los muertos se pudren con facilidad. Es más bien como un jardín, no un huerto, sino un jardín, y muy ordenado. ¿Y sabéis cómo se llama el jardín? —Othello miró en derredor con los ojos chispeantes—. Pues se llama camposanto y es de Dios.

Las ovejas se miraron horrorizadas: ¡un jardín en el que sembraban muertos!

—Fue él —musitó Ritchfield.

Maple miró al carnero y lo vio viejo, mucho más viejo que de costumbre, y sus cuernos retorcidos en espiral parecían pesarle demasiado.

—Los hombres no estaban especialmente tristes —continuó Othello—, alterados sí, muy alterados, pero no tristes. Nerviosos. Negros y chismosos como los cuervos, y todas sabemos lo que comen los cuervos. —Las ovejas asintieron con gravedad—. El carnicero no se encontraba allí, y les extrañaba. Ahora ya no les extrañará. —Reflexionó un momento—. Por lo demás estaban todos: Kate y Lilly y Gabriel, Tom, Beth y Dios y muchos que no conocemos. El hombre flaco que vino a ver a George con los otros tres se llama Josh Baxter; es el tabernero.

Todas miraron a Miss Maple, pero la sabia oveja se limitó a frotarse la nariz con una pata delantera, pensativa. Las ovejas se sentían decepcionadas: imaginaban que la búsqueda del asesino sería más emocionante, más sencilla y, sobre todo, más rápida. Como en las novelas de Pamela, donde poco después de las misteriosas muertes solía aparecer un extraño igual de misterioso con el rostro macilento y lleno de cicatrices o unos ojos fríos e

inquietantes. La mayoría de las veces quería a Pamela para sí, y a las pocas páginas un joven bien parecido lo mataba en un duelo. Pero, por lo visto, en este caso se trataba más bien de una novela policiaca. George no había tardado en deshacerse de aquel libro. Entonces se habían sentido decepcionadas, pero ahora pensaban que tal vez fuera más sensato que romperse la cabeza inútilmente todos los días.

—Hemos de averiguar qué clase de historia es ésta —sentenció Cordelia, y el resto la miró sin comprender—. Cada historia trata de una cosa distinta —explicó Cordelia, paciente—. Las novelas de Pamela tratan de la pasión y de Pamela. Los cuentos tratan de la magia. El libro sobre las enfermedades de las ovejas, de enfermedades de las ovejas. La novela policiaca, de pistas. Cuando sepamos qué clase de historia es ésta, sabremos en qué hemos de fijarnos.

Las demás la miraron algo perplejas.

—Esperemos que no sea una historia de enfermedades de ovejas —baló Maude.

—Es una novela policiaca —aseguró Miss Maple.

—Es una historia de amor —baló Heide de pronto—. ¿Acaso no lo veis? Lilly y Kate y George. Igual que en las de Pamela. George no quiere a Kate, sino a Lilly. Pero Kate quiere a George. Y después celos y muerte. En el fondo, todo es muy simple. —Entusiasmada, Heide pegó un saltito corderil.

—Sí —afirmó Miss Maple con cautela—. Sólo que entonces sería Lilly quien debería estar muerta y no George. Se habría producido un duelo y los rivales habrían intentado matarse mutuamente. Uno no lucha con lo que quiere tener, sino con quien quiere arrebatárselo. Sin embargo —agregó al ver la desilusión de Heide—, también yo he pensado en ello. De alguna manera la historia huele a eso, pero no tiene sentido.

—Es una historia de amor —se obstinó Heide.

—¿Y si George era uno de los rivales? —sugirió Othello—. ¿Y si se batió por Lilly? También cabe que haya salido en defensa de Kate.

Miss Maple ladeó la cabeza, meditabunda, pero al parecer no quería decir más al respecto.

Mucho después, cuando la mayoría de las ovejas dormía ya, Mopple, que por primera vez en su vida no podía conciliar el sueño, vio por la puerta abierta del establo una silueta ovejuna que permanecía inmóvil junto al acantilado, mirando el mar: Maple. Mopple se puso en marcha. Primero estuvieron un rato juntas en amigable silencio, y después Mopple le refirió los horrores del día.

—Es demasiado —contestó Maple al cabo.

Mopple profirió un suspiro.

—Sí, a veces me da un poco de miedo. Mirar tanto tiempo el mar, me refiero, no podría mirarlo tanto como Zora.

—No me refiero al mar, Mopple —replicó Maple, afable—, me refiero a todo. Están sucediendo tantas cosas... Antes apenas pasaba un hombre por aquí, salvo George, claro, pero él en realidad no era un hombre, sino nuestro pastor, que es algo muy distinto. —Reflexionó un momento—. Y de repente vienen en rebaños. Esta mañana incluso se han acercado a hurtadillas amparándose en la niebla. El carnicero y otro. Naturalmente todo guarda relación. ¿Engañarían al carnicero para que viniera? ¿Quién? ¿Por qué? ¿Por qué los hombres de debajo del tilo tienen miedo de que muera, aunque no les cae bien? Tenemos que fijarnos en todo, Mopple. Has de retenerlo todo.

El carnero alzó la cabeza: estaba orgulloso de ser la oveja memoriosa. Entonces recordó por qué esa mañana se había escabullido del establo.

—Ya he memorizado algo —dijo.

Y contó que había estado en lo alto de la loma con Ritchfield y memorizado todo lo que éste veía. Casi todo. Ritchfield vio que los cuatro se iban: Gabriel, Josh, Lilly y el carnicero. Que uno de ellos se quedó algo rezagado y se agachó. ¿Cogió algo? ¿Dejó algo? ¿Arrancó algo? Pero Ritchfield estornudó. Cinco veces seguidas. Y cuando acabó había olvidado quién se había agachado y qué tenía en la mano.

—¡Olvidado! —resolló Mopple, compasivo—. Al cabo de unos simples estornudos. ¡Increíble! Y ahora, como sabe que ha olvidado algo, intenta intimidarme para que yo no cuente su despiste. —Ladeó la cabeza—. Yo no lo habría contado: Ritchfield me cae bien, es el manso. Pero creo que es una pista.

Miró inquisitivo a Maple, que seguía contemplando el nocturno mar.

—Una pista —repitió ésta pensativa—. Pero ¿de qué? No es propio de Ritchfield intimidar a otras ovejas por decir la verdad. —Reflexionó—. Qué extraño —dijo. Y volvió a abismarse en sus pensamientos. Después pareció llegar a una conclusión—. ¿Puedes guardar un secreto, Mopple?

El carnero asintió.

Maple le habló de la huella de pezuña en la barriga de George.

—Una oveja se subió bien subida a la barriga de George —aseguró—. O lo pisoteó, es difícil de decir. Lo importante es cuándo. ¿Antes de su muerte? Es posible. Pero no mucho antes, ya que la huella era demasiado nítida. Lo que significa...

Mopple la miraba con curiosidad.

—Lo que significa que poco antes o después de que muriera había una oveja con George. O mientras moría. Una oveja fuerte. O pesada. —Miró brevemente a Mopple—. Pero ¿por qué iba una oveja a pisar a George? ¿Se defendería de él? ¿Como cuando nos daba la pastilla de calcio?

Mopple pensó en la pastilla de calcio y movió las orejas.

—Pero lo más extraño —prosiguió Maple—, lo más extraño es que esa oveja no nos haya dicho nada. ¿Por qué? O lo ha olvidado todo...

—¡Ritchfield! —baló Mopple, y se sintió avergonzado: al fin y al cabo había prometido guardar el secreto. Pero Miss Maple estaba demasiado concentrada para enterarse.

—... o no quiere decir nada. Mopple —añadió mirándolo con cara seria—, hemos de sopesar si alguna oveja podría tener algo que ver con la muerte de George. Los hombres no son los únicos que se comportan de manera extraña. Algunos de los nuestros también lo

hacen: Sir Ritchfield, Othello. Es cierto que éste nos ha contado lo del jardín de la muerte, pero no sabemos por qué fue hasta allí. Sabemos tan poco de Othello... No sabemos qué hacía George con él por la noche detrás de la caravana. Hemos de sopesar todo esto, Mopple.

Mopple tragó saliva.

Cuando poco después volvieron al establo, todas las ovejas estaban despiertas. Reinaba una gran agitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Miss Maple.

Las ovejas tardaron en contestar. Al final Maude se adelantó. La luz de la luna alargaba amenazadoramente su morro.

—Heide tiene una cosa —dijo.

# 6

Así comenzó la noche de los numerosos acontecimientos que las ovejas relatarían muchos meses después. Comenzó con Heide en un rincón, muda de vergüenza, todo el rebaño mirándola con incredulidad.

—¿Una cosa? —espetó Mopple.

—¿Una cosa? —susurró Cordelia.

—¿Qué es una cosa? —preguntó un cordero—. ¿Eso se come? ¿Duele?

Su madre callaba, desconcertada. ¿Cómo explicarle a un cordero tan joven lo que es una cosa?

—En realidad no es... no es una cosa —musitó Heide. Tenía la cabeza gacha y se mostraba un tanto terca—. Es bonito.

—¿Se puede comer? —En lo tocante a las cosas, Mopple the Whale podía ser tan severo como cualquier oveja.

—No creo. —Heide dejó caer las orejas.

—¿Está vivo? —quiso saber Zora.

—Yo... —Era evidente que a Heide ya le había pasado por la cabeza esa posibilidad—. Yo quería averiguar si estaba vivo. Cuando le da la luz se mueve un poco. Es muy bonito. Tan bonito como el agua. Sólo quería volver a verlo...

—Heide. —Sir Ritchfield se adelantó con gesto adusto; los cuernos, que ya iban por la tercera vuelta, arrojaron una recriminatoria sombra lunar a los pies de Heide. Othello lo miró extrañado: de repente entendía por qué Ritchfield seguía siendo el manso—. Todo lo que de verdad es bonito puedes volver a verlo: el

cielo, la hierba, las ovejas nube, el sol en la lana. Ésas son las cosas importantes. Pero no puedes tenerlas. —Hablaba como si se dirigiera a un cordero muy pequeño. Decía lo que ya sabían, pero las ovejas estaban conmovidas—. Sólo puedes tener aquello que está vivo: un cordero, un rebaño. Si tienes algo, ese algo te tiene a ti. Si está vivo y es una oveja, está bien. Las ovejas deben tenerse las unas a las otras. El rebaño debe permanecer junto, ovejas madre y corderos y carneros. Ninguna oveja puede abandonar el rebaño, y... y... Vaya... Debería haber mantenido el pico cerrado... —Sir Ritchfield había perdido el hilo. Apartó la vista de Heide y musitó para sí.

Heide volvió a poner su terca cara de oveja joven, y pretendía mezclarse con las otras sin llamar la atención cuando se oyó una voz cascada procedente del rincón más oscuro del establo, una voz quebradiza como una rama que la marea arrastra a la orilla.

—Tener es malo —dijo la voz—, tener cosas es malo.

Todas volvieron el morro hacia Willow, que se hallaba sumida en la sombra, detrás del pesebre vacío. Sus viejos ojos centelleaban como dos gotas de rocío. La cabeza de Heide se hundió en abismos insondables.

—Mamá —musitó.

Normalmente, ovejas madre y corderos se mantienen unidos como la arena y el barrón. Una oveja madre que critica abiertamente a su propia prole es algo inaudito. Pero si Willow no había dicho nada en contra de Heide hasta ese momento era sólo porque ella nunca hablaba; al menos eso afirmaban las ovejas más ladinas. Willow era la segunda oveja más taciturna del rebaño: que recordaran, el último comentario que le habían oído se remontaba a poco después de nacer Heide, algo trivial y extraordinariamente pesimista sobre el tiempo. A nadie le afligía que Willow no fuera una oveja locuaz. Se decía que de joven había dejado pelado un bancal entero de acederas; de lo contrario, no se explicaba su proverbial mal humor. Sin embargo, esta vez no había exagerado.

—Es vergonzoso —afirmó Cloud.

—Es escandaloso —aseguró Zora, y cogió una brizna de heno del vacío pesebre.

—Es indigno —opinó Lane.

—Es estúpido —dijo Maude.

—Es humano —condenó Ritchfield, de nuevo con su adusto rostro de manso.

Con eso quedaba todo dicho. Heide tenía todo el aspecto de estar a punto de convertirse en un animal pequeño sin olor.

Miss Maple alzó las orejas con curiosidad.

—¿Y qué cosa es? —preguntó.

—Es... —Heide se detuvo. Iba a decir «bonito», pero iba entendiendo lo inoportuno que era hablar así de las cosas. Se puso a pensar en algo bueno que pudiera decirse de la cosa—. No tiene fin.

—¡Todo tiene fin! —suspiró Sara.

—Si algo no tuviera fin, no habría otra cosa, no habría una sola oveja en el mundo —aseveró Zora, que solía cavilar filosóficamente en su roca.

Las ovejas se miraron con melancolía.

Pero Heide se mantenía en sus trece.

—Tiene dos señales, señales como las de los libros. Puede que no sea una cosa, sino una historia. Y se parece un poco a una cadena, como la cadena de Tessy, sólo que más corta y sin fin: uno puede pasarse horas mirándola y no ver el fin.

—Y tú has estado horas mirándola —baló Maude—. La nariz te huele a esa cosa humana. Acabo de olerlo.

Entonces Heide lo confesó todo: había encontrado la cosa en el prado poco después de morir George y se sintió fascinada por ella, así que le puso una piedra encima para protegerla. Y hoy la había cogido con los belfos y la había escondido debajo del dolmen mientras Ritchfield contaba las ovejas. Ahora estaba arrepentida: no quería volver a ver esa cosa.

Las ovejas decidieron enviar una expedición al dolmen para desterrar de su vida aquella cosa de una vez por todas. Le enseñarían dónde estaba su sitio: en el mundo de las cosas, en el suelo, lejos de las ovejas decentes. La expedición era un asunto honroso, de modo que sopesaron quién debía integrarla. De pronto a Cloud volvían a dolerle las articulaciones, Sara tenía que

amamantar a su cordero, y a Lane le entró un ataque de estornudos. Inesperadamente, resultó que Mopple tenía ceguera nocturna.

Las ovejas tenían miedo de ir al dolmen de noche, habiendo transcurrido tan poco tiempo desde que divisaran allí al danzarín espíritu del lobo. Al final la expedición la formaron Sir Ritchfield, Othello, Miss Maple, que a todas luces sentía curiosidad por aquella cosa, Maude, que no dio con ninguna excusa a tiempo, y Zora, que era demasiado orgullosa para inventarse una disculpa. Mopple debía acompañarlos; de nada le sirvió estrellarse contra un poste del establo para convencerlos de su ceguera: Mopple era la oveja memoriosa, tenía que formar parte de la expedición.

Fuera las aguardaba una serena y cálida noche de claro de luna: podía verse desde la caravana hasta el acantilado, pero los aromas nocturnos enturbiaban el olfato. Trotaron hasta el dolmen guiadas por Ritchfield. Maude montó guardia para percibir con su fino olfato la posible presencia de algún espíritu de lobo, y las demás metieron la cabeza bajo la piedra horizontal: Mopple y Zora por un lado, y el resto enfrente. Othello escarbó la tierra con las pezuñas y liberó la cosa. Como todas hacían sombra, al principio no vieron nada. Prácticamente encubierto por los aromas de la noche les llegó un olor humano: una mano sudorosa, metal y un extraño olor acre que les producía cosquilleo en la nariz. Maple pidió a Mopple que retrocediera unos pasos, y cuando el voluminoso carnero lo hizo, un tanto ofendido, una ancha franja de luz iluminó la cosa.

Se sintieron decepcionadas. En secreto, esperaban ver algo bastante bonito (todo lo bonito que pudiera ser una cosa), pero lo que tenían allí delante, en el suelo, no era más que una especie de fina cadena con una pieza metálica. Realmente no tenía fin, pues formaba un círculo, pero eso era todo lo que tenía de infinita. Miraron aquella cosa humana con desdén.

—Es cierto que tiene dos señales —afirmó Sir Ritchfield, al que aún le resultaba embarazoso haber perdido el hilo poco antes. Ahora su buena vista podía volver a hacerlo merecedor de respeto—. La primera es puntiaguda como el pico de un ave que mira hacia arriba —explicó—, con una raya en medio. Y la otra es como un vientre

sobre dos patas, lo que significa que representa a un bípedo. Creo que es un mal augurio. —Echó un resuelto vistazo alrededor.

Mopple quería tirar la cosa por el acantilado.

Zora no quería tirarla de ninguna manera por el acantilado: creía que el acantilado era demasiado bueno para aquella cosa.

Maude baló sobresaltada, pero nadie le prestó atención.

Sir Ritchfield quería enterrarla, pero no tocarla.

Maude volvió a balar.

Mopple no tenía nada en contra de tocar la cosa, pero no quería enterrarla y tal vez pastar después encima.

Miss Maple las sorprendió a todas.

—Nos la quedamos —decretó—. Es una pista. Apareció después de morir George, puede que se le cayera al asesino. Como una cagarruta —añadió, al ver que Sir Ritchfield la miraba sin entender.

—No huele a cagarruta —objetó Mopple.

Maude baló alarmada.

Maple meneó la cabeza con impaciencia.

—Me di cuenta antes en el establo: los hombres se aferran a las cosas, y las cosas se aferran a los hombres. Encontraremos al asesino si observamos las cosas atentamente.

Justo entonces, Maude también se metió como pudo debajo del dolmen, y a los pocos segundos las barrió un haz de luz. Lo seguían de cerca tres hombres. La luz dio con la caravana y ascendió por las paredes: posiblemente buscara un escondite.

—Apaga de una vez esa maldita linterna —ordenó una voz—. ¡Hay bastante claridad para contar granos de trigo y Tom O'Malley se trae una linterna!

La luz había encontrado una abertura y había desaparecido de súbito.

—Y si tú vas pregonando nuestro nombre por ahí, no sé para qué nos hemos puesto esta estúpida media en la cara —se quejó otra voz.

Las ovejas conocían esa voz de la víspera: Harry el Pecador.

Tom O'Malley soltó una risita. Las ovejas repararon en que no olía a alcohol. Así difícilmente lo habrían reconocido.

—Vamos, hombre, vamos —dijo—, no os pongáis nerviosos. No estamos haciendo nada malo. Sólo hacemos lo que hay que hacer... por Glennkill.

—Por Glennkill —musitó Harry.

—Por salvar nuestro culo —dijo la voz que habían oído en primer término: Josh el Flaco—. Y ahora, o nos ponemos a cantar *Donde las bonitas colinas de Glennkill resplandecen* o abrimos de una vez este maldito cacharro y buscamos eso.

Nadie tenía ganas de cantar, y las ovejas se sintieron aliviadas. Tres sombras se dirigieron hacia la puerta de la caravana, dos rechonchas y una muy alta y flaca. Vieron un destello metálico a la luz de la luna, y unas llaves produjeron un ruido metálico. Un cencerreo prolongado.

—No va —afirmó Harry el Pecador.

El flaco le dio tres patadas a la puerta.

—¡Me cago en George! Se acabó. —Pegó la nariz a las dos ventanillas de la caravana: el tipo era tan alto que ni siquiera tuvo que ponerse de puntillas.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Tom.

—Necesitamos la hierba —dijo Harry—. Forzaremos la cerradura.

—¿Es que te has vuelto loco? —intervino Josh—. No cuentes conmigo. Es un delito.

—Pero hacer desaparecer pruebas es legal, ¿no? —se burló Harry—. Si encuentran aquí droga sí que se acabó. Ni dolmen élfico ni paseos en poni ni centro de cultura céltica ni especialidades de whisky. Y ya puedes ir despidiéndote de tu hotelito en la playa.

—Puede que ni siquiera haya droga —aventuró Josh.

—¿Y qué iba a haber si no? ¿Cómo se mantuvo a flote todo este tiempo el viejo George? ¿Con sus patéticas ovejas? ¡No me hagas reír! ¿Acaso le iba mal? ¿Acaso quería vender? Se te rió en la cara cuando le fuiste con tu dinero. Prefería malgastar estas vistas con sus ovejas, y ahora que por fin ha muerto ¿quieres que Glennkill salga en el periódico por un asunto de drogas?

A las ovejas les temblaban las rodillas de indignación.

—Harry tiene razón, Josh. —La costumbre hacía que Tom se tambaleara un poco a un lado y otro—. Les tiraba bosta a los turistas, no dejaba que nadie viniera aquí arriba e incluso andaba por ahí disparando una pistola para meternos miedo. ¿Por qué?, pregunto yo. Podría haber convertido este terreno en una mina de oro. La respuesta es muy sencilla: porque este terreno ya era una mina de oro. Por la noche atracaban unas lanchas en la playa, luego lo dejaba todo en la caravana, y al día siguiente iba al otro lado con el viejo cacharro.

Josh meneaba la cabeza.

Pero Tom se había calentado y hablaba a gritos en la nocturna pradera.

—No creas que George era un corderito: los niños lo veían por la noche con un carnero negro. ¡Era un pervertido! No quiero ni imaginarme lo que podemos encontrarnos ahí dentro.

Varias cabezas blancas se asomaron a la puerta del establo. Todas las ovejas de la pradera escuchaban atentamente. Y no sólo las ovejas. Maude ya llevaba rato olfateando el aire, intranquila: desde su posición no podía oler a los hombres de la media en la cabeza, pues los olores de la noche tapaban benévolamente el sudor nervioso de los intrusos. Pese a ello, cada vez que respiraba percibía un ligero olor humano, a digestión de guiso, un olor que apenas se notaba. Primero se lo atribuyó a la cosa, pero ésta yacía en el suelo y el olor humano llegaba de arriba.

Estiró la cabeza y se puso a olisquear. Ahora estaba segura: había alguien encima del dolmen. Maude tuvo claro que se trataba de un experto cazador. Sintió un hormigueo en la cerviz, y un recuerdo no vivido de angostos desfiladeros y salteadores emboscados le recorrió el cuerpo. Un lobo, pensó. Un lobo.

En realidad, cuando una oveja piensa en un lobo, debería balar y huir todo lo deprisa que le permitan sus patas de oveja. Pero Maude permaneció inmóvil: el enemigo se hallaba demasiado cerca, y ahora, tras haberlo reconocido, su olor la rodeaba por todas partes. No se acercaba, se encontraba ahí. Ella no sabía qué hacer; se quedó quieta, como hipnotizada, respirando indefensa.

Es sorprendente la facilidad con que el miedo puede pasar de oveja a oveja. Maude no se movió ni emitió sonido alguno, y sin embargo las cinco ovejas supieron en el acto de la presencia del lobo. La respiración acelerada de Maude les decía lo próximo que se encontraba el enemigo, y su olor se volvió salado, con amargos dejos que hablaban de huida y celada. El corazón les latía desbocado hacia todos los puntos cardinales, pero como Maude no se movía, las demás también permanecían quietas. Maude era su oveja vigía, la que más sabía del peligro. Las demás harían lo que ella hiciera.

Maude era consciente de su responsabilidad. Dado que no podía escapar, al menos trató de oler lo mejor posible al cazador que tenían encima: olía a humo. Así pues, un hombre, no un lobo, y había comido cebollas hacía poco. Fueron precisamente las cebollas las causantes de que reparara en él al principio: Maude oía el estómago del hombre machacando las traicioneras cebollas.

En la caravana, el flaco volvía a darle patadas a la puerta. Se oyó un ruidito temeroso, tal vez fuese la luz, que se hallaba en el interior y tenía miedo. El hombre que estaba sobre el dolmen se tensó, y en ese momento Maude supo que no iba a cazarlas a ellas, sino a los de la caravana. Maude rezumó olor a alivio.

Entretanto, en la caravana había terminado la interesante discusión sobre George y Othello.

—¿Acaso han registrado la caravana? —inquirió Tom—. Nada, no han hecho nada de nada. Ni pesquisas ni preguntas. El lema aquí es ocultar, olvidar y enterrar. Todos están confabulados, la policía y la mafia de la droga. Todos están comprados. —Su voz traslucía cierta decepción porque nadie se hubiera molestado en comprarlo a él.

—¡Más a mi favor! —El flaco sonaba enfadado—. ¿Por qué tenemos que irrumpir aquí si de todas formas a nadie le interesa eso?

Guardaron silencio. Harry le dio una última patada a la puerta sin mucho entusiasmo. Dentro reinaba la calma. Tom abrió la boca y volvió a cerrarla. Se apartó de los otros y se volvió para encaminarse hacia la carretera asfaltada. Pero se paró en seco.

—Un coche —refunfuñó.

Las ovejas lo habían oído hacía rato. Un coche grande y ronroneante, sin luces, avanzaba por la carretera. Se detuvo y dejó de ronronear. A los tres hombres les entró el pánico y salieron corriendo cada uno por su lado como gallinas. Harry el Pecador zigzagueó de manera ejemplar, y el flaco encorvó su largo cuerpo para correr mejor. Las ovejas estaba pasmadas: hasta ese momento no habían notado lo asustadizos que podían ser los hombres. Ellas estaban orgullosas por no haber perdido la calma a pesar del coche. Entonces los tres hombres descubrieron el establo y corrieron hacia ella. Entraron de golpe, pasaron junto a las aturdidas ovejas y subieron la escalera que llevaba a la parte de arriba.

Las ovejas fueron saliendo como gotas de leche, en dirección al hombre que venía de la carretera asfaltada. Pero éste no les hizo ningún caso. Tampoco pareció extrañarle el caótico culebreo de ovejas balando confusas que lo aguardaba en el prado. Se dirigió hacia la caravana con parsimonia.

Sólo bajo el dolmen había seis ovejas inmóviles: Maude había resistido la sensación generalizada de catástrofe y seguía concentrada en el desconocido que tenían sobre sus cabezas, el cual se había tumbado en la piedra cuan largo era. Las cebollas de su estómago borboteaban como locas. Él respiraba deprisa, y Maude comprendió que el cazador también tenía miedo.

El hombre llegó a la caravana pero no le dio patadas a la puerta. Llamó. Un sonido corto, dos largos, uno corto. Esperó. Luego se puso a hurgar en la cerradura casi sin hacer ruido. Ahora el corazón del cazador latía acelerado como el de una oveja cuando ha de tomar la pastilla de calcio. Pero no se movía. No se atrevía a moverse. Un sutil tintineo metálico, similar al canto de un grillo, recorrió la pradera. Sin embargo, la puerta seguía cerrada, y al final el hombre dio media vuelta y regresó al camino.

Se oyó el zumbido de un motor.

Silencio.

# 7

Esa noche también pasaron otras cosas, pero ninguna fue tan espectacular como los incidentes acaecidos junto a la caravana. El hombre que estaba encima del dolmen desapareció sigilosamente, sin dejar tras de sí más que un olorcillo a cebolla. Poco después, los otros tres salieron tímidamente del establo. Procuraron no hacer ruido, pero lo hicieron. Volvieron al pueblo en silencio. De pronto la puerta de la caravana parecía darles igual.

Las ovejas observaron estos acontecimientos y permanecieron alerta un rato; luego regresó la tranquilidad. Se hallaban desperdigadas por la pradera como perplejas nubes azules. Othello parecía un nubarrón azul negruzco; una corriente de aire se llevó delicadamente su miedo. Pese a todo, ya nadie pensaba en dormir. Inclinaron el pescuezo y se pusieron a pastar.

En la oscuridad se pacía pasmosamente bien. Los insectos nocturnos salían a su encuentro cantando entre la hierba, estimulando su apetito, y todo olía a hierbas húmedas. ¿Por qué se habían privado todo ese tiempo de semejante placer? La culpa la tenía George, que insistía en que pasaran noche tras noche en aquel aburrido establo mientras fuera el mundo ofrecía tan apetitoso espectáculo. Había sido un mal pastor: no tenía ni idea sobre el arte de pastar.

Si había alguien que entendiera de pastar eran ellas. Naturalmente había un sinfín de controversias, lo cual no hacía sino dar más interés al asunto. Miss Maple prefería los tréboles y las flores; a Cloud le gustaba la hierba con panículas secas pero

aromáticas; Maude estaba obsesionada con una hierba muy insípida que las ovejas llamaban hierba ratonera, pues creía que era buena para el sentido del olfato, pero en realidad era al contrario: sólo una oveja con un excelente sentido del olfato podía encontrar la insignificante hierba ratonera entre un fragante tapiz de apetitosas hierbas. Sir Ritchfield comía sobre todo las hierbas de aspecto tentador y hojas grandes, y si debajo hallaba alguna que otra acedera no le molestaba. A Sara le horrorizaban las acederas. Lane adoraba variantes más aromáticas, como las orejas de cordero y la hierba dulce. Cordelia, a la que no le gustaba inclinarse, comía primero la avena, más alta. Mopple lo devoraba todo indistintamente. Cuando tras una larga ausencia llegaban de nuevo a los otros pastos, bastaba una ojeada a los rastros para decir con total precisión quién había estado pastando en qué sitio.

Zora disfrutaba paciendo a medianoche a la luz de la luna. La ponía de buen humor: era un estado animado pero filosófico, meditativo y emprendedor a un tiempo. El humor ideal para inventar historias. Ella era la única oveja a la que no sólo le gustaba escucharlas, sino que de vez en cuando imaginaba alguna. Nada de historias complicadas, apenas poco más que un par de ideas hilvanadas. No se trataba tanto de lo que pasaba como de la forma en que una lo veía. Las historias debían servir para ayudar a Zora a entender cómo galopaba el mundo en torno a los acontecimientos. La cuestión era enterarse de todo con la mayor precisión posible, de cada aspecto, cada detalle. Zora estaba convencida de que sus historias constituían un buen ejercicio para salvar el precipicio. Y además le divertían.

Zora se contó una historia sobre Mopple, pues las historias en que aparecía aquel carnero figuraban entre sus preferidas. Mopple the Whale quiere comerse las hierbas del precipicio pero no se atreve, pensaba Zora. No resulta tan fácil concentrarse en una historia en que lo único claro es lo que no pasa, pero Zora tenía práctica. Mopple se halla al borde del acantilado, a sólo unos metros del saliente de Zora. Naturalmente, finge que sólo le interesa la vista. El viento sopla de tierra, de manera que Zora percibe el

agradable olor de Mopple. Se centra en el viento: un viento fuerte que se enreda en la lana de Mopple y lo empuja suavemente hacia el acantilado y lo pone nervioso. El tiempo es bueno, claro. Zora nunca pensaba mucho en el tiempo, pues siempre le parecía bueno. Las gaviotas chillan (lógico, ya que los graznidos de las gaviotas forman parte del precipicio tanto como el viento y el agua). Poco a poco cae la tarde. George está sentado en los escalones de la caravana, fumando en pipa. Sin que él se dé cuenta, por la playa pasean dos turistas con enormes mochilas: uno de ellos ve a Zora en su peña y se la enseña al otro; ambos se alegran. Mopple hace como si de pronto le interesaran los mochileros y da otro paso minúsculo hacia el precipicio. El resto del rebaño pasta a cierta distancia. Luego Othello deja de pacer y mira a Mopple, visiblemente divertido. Othello es astuto, pensó Zora en la historia; puede que no sea tan listo como Miss Maple, pero es astuto. Othello es muy observador. Eso era lo que pensaba Zora en la historia, incapaz de decidir lo que pensaba Othello. Al fondo pastan Lane y Cordelia. Y detrás de Lane, más al fondo, está... Zora no da crédito a sus ojos: allí donde la pradera raya con la carretera está el carnicero, y no huele a nada. En su rostro hay un único ojo, en mitad de la frente, y el ojo mira implacable a Mopple the Whale.

Zora sacudió la cabeza. Ésa no era la clase de historia que ayudaba a una oveja a salvar el precipicio. ¿Qué se le había perdido al carnicero en su pequeña y clara historia?

Levantó la vista y se percató de que había dejado su historia justo a tiempo: se hallaba al borde de George's Place; era hora de cambiar de dirección. Zora contempló George's Place con ojo crítico y le pareció que había menguado.

Cuando iba a volverse vio en la oscuridad una oveja al otro lado de George's Place, y estaba mirándola. En condiciones normales Zora no le habría hecho mucho caso. Cuando pastaba era consecuente: había que centrarse en lo esencial y no dejarse distraer por nimiedades. Pero en aquella oveja había algo raro, puede que incluso un poco amenazador. Zora levantó la cabeza para olisquear, pero el viento había cambiado y no le revelaba nada. Unos

cuernos retorcidos: Sir Ritchfield. Zora se sintió aliviada. Por un momento se había temido... no sabía qué. Le lanzó un amable balido a Sir Ritchfield, pero éste no le respondió. Zora se acordó de lo sordo que estaba últimamente Ritchfield y baló con más fuerza.

Ritchfield giró la cabeza y miró hacia el dolmen.

—Se ha ido, ¿no? —musitó.

A Zora le sorprendió lo suave que podía ser la voz de Ritchfield cuando musitaba. Por lo común bufaba y rugía, y cuanto más viejo era, peor se volvía. Sopesó a quién podía referirse: ¿al cazador?, ¿a George? De pronto estuvo segura de que se refería a George.

—No va a volver, ¿verdad? —insistió Ritchfield.

—No —contestó Zora—. No va a volver. —Esa noche de luna tenía frío. No deseaba otra cosa que estar de nuevo en el establo, bien pegadita a las demás ovejas.

—Y el tonto de Ritchfield va y lo ve —dijo Ritchfield casi alborozado.

Ella se quedó mirándolo fijamente: de repente tenía la sensación de estar viendo un abismo más profundo y agreste que el del acantilado. Cerró los ojos para concentrarse, y cuando volvió a abrirlos el carnero ya no estaba allí. Echó un vistazo alrededor. Ya no le apetecía pastar. Vio a Sir Ritchfield aparecer de nuevo junto al dolmen y salió al trote en pos de él: era propio de Zora explorar los abismos de este mundo.

—¿A qué te refieres con «va y lo ve»? —le preguntó.

Ritchfield la miró sorprendido.

—¿Qué? —baló.

—¿A qué te refieres con «va y lo ve»? —repitió Zora algo más alto.

—¡Más alto! —baló Ritchfield.

Zora meneó la cabeza y se dirigió, pensativa, a su roca.

Poco después, también Miss Maple pasó mientras pacía por George’s Place. Desde que estaba prohibido, George’s Place ejercía sobre las

ovejas una atracción especial. Maple levantó la cabeza, e iba a darse la vuelta cuando vio algo inaudito.

—¡Mopple! —bufó.

En medio de George's Place se veía una marca reciente, ancha y descarada, que indicaba que alguien había estado pastando allí. Al mirar por segunda vez vio que había sido injusta con Mopple, ya que no se habían comido todas las hierbas: en medio de aquella desolación se alzaban altas, esbeltas y dulzonas unas cuantas flores cosquillosas. Al comerlas producían un agradable cosquilleo en la nariz, y eran unas de las hierbas más buscadas por las ovejas. Resultaba impensable que Mopple las hubiera respetado.

Maple trató de recordar qué oveja del rebaño hacía ascos a esas flores, pero no se le ocurría nadie. ¿O sí? Ya una vez le había llamado la atención. Intentó acordarse, sin éxito, y se enfadó por no tener la memoria de Mopple. Que una oveja hubiese pastado adrede en George's Place era algo serio: sin duda significaba que no le gustaba recordar a George; era una suerte de ofensa.

Echó una ojeada alrededor: nada raro; la mayoría de las ovejas pelaba metódicamente el suelo, sólo unas pocas tenían la cabeza en alto. A Miss Maple se le había ido el hambre. La desacostumbrada comida a esas horas de la noche no le sentaba bien a su estómago. Decidió dedicarse a esclarecer el asesinato con más empeño aún. Pero primero había que solucionar algunas cuestiones prácticas, así que fue al trote hasta el dolmen.

Al poco las ovejas la vieron encaminarse al establo con aquella cosa en la boca. Parecía satisfecha, hasta contenta.

—¿Qué haces? —le preguntó Cloud.

—Va siendo hora de pensar qué haremos cuando desenmascaremos al asesino —contestó Miss Maple.

Continuó andando, y Cloud la siguió hasta la puerta. Se detuvo. Maple desapareció en la oscuridad, y cuando volvió a salir del establo sin aquella cosa parecía aún más satisfecha. Sus ojos centelleaban.

—¡Ya está! —exclamó.

A las demás ovejas no se las veía especialmente felices.

—Tiene mi cosa —baló Heide.

—Muy mal —dijo Willow, la segunda oveja más taciturna del rebaño, en un insólito arranque de locuacidad.

Maple comprobó que todas las ovejas la miraban, y por lo visto muy pocas estaban de buen humor. Cloud parecía culpable; Heide, celosa; Maude, preocupada; Ritchfield, serio. El único que no había dejado de pastar era Mopple, y cuando pasó por su lado comiendo distraído vio que irradiaba más complacencia lanuda que el resto del rebaño junto.

Miss Maple suspiró.

—No quiero la cosa para mí, es para los hombres. ¿Habéis pensado qué ocurrirá cuando encontremos al asesino? ¿Acaso creéis que caerá fulminado por un rayo? ¡Necesitamos pruebas!

—Ésa no es una prueba —baló Maude—. Es una cosa.

—Pero quizá pueda llegar a ser una prueba —explicó Maple con impaciencia. Sólo tenía una vaga idea con respecto al papel que podían desempeñar las cosas a la hora de demostrar la culpabilidad de un asesino.

—Nunca encontraremos al asesino —se lamentó Lane.

—Basta con saber a ciencia cierta que George murió por culpa de la pala —afirmó Sir Ritchfield en tono conciliador.

—¡Exacto! —baló Maude. Al fin y al cabo, lo de la pala era lo único de esa espeluznante historia que había entendido de verdad.

—¡Basta! —balaron las demás ovejas.

—Se acabaron las pesquisas.

—Se acabó lo de pensar.

Miss Maple las miró sin entender nada.

—Pero hay muchas preguntas —razonó—. Vosotras mismas habéis planteado algunas. ¿Dónde está Tess? ¿Quién es el espíritu del lobo? ¿Qué se le ha perdido a Dios en la pradera? ¿Qué pasa con Lilly y Kate? ¿Por qué ha venido Ham aquí? ¿Qué tiene que ver George con la droga? ¿Qué es la droga? ¿Quién es el experto cazador? ¿Por qué estaba aquí? ¿Un cazador ha estado en nuestros pastos y vosotras ni siquiera queréis saber por qué?

—¡Exacto! —baló Maude—. Lo importante es que no vuelva. —Algunas ovejas dejaron escapar balidos de aprobación—. Y si regresa, yo volveré a olerlo —añadió orgullosa.

Mopple volvió a pasar por su lado, radiante de felicidad, la prueba viviente de que la dicha terrenal existía y podía alcanzarse con medios sencillos. Las otras ovejas lo miraron con cierta envidia.

—¿Ves? —intervino Sir Ritchfield—, así deberían pasar el día las ovejas. ¡Pastando! Y no haciendo preguntas. Somos incapaces de dar con las respuestas. Por eso George se deshizo de la novela policiaca: comprendió que no se puede descubrir todo. Tú también deberías comprenderlo, Maple.

Impaciente, la aludida escarbó hierba y tierra con la pezuña.

—Pero ha ocurrido —insistió obstinada—. Hay un final. Si George hubiese terminado de leer la novela, lo sabríamos. Y yo quiero saberlo. Y vosotras también. Sé que sois curiosas, sólo que no queréis devanaros vuestros sesos ovejunos.

—Es demasiado para nosotras —admitió Cordelia con turbación —. Hay tantas cosas humanas que somos incapaces de entender... Y ya no hay nadie que nos explique las palabras.

Las otras guardaron silencio. Algunas observaban la hierba que tenían ante las pezuñas como si quisieran verla crecer; otras buscaban ovejas nube nocturnas con la vista.

—Deberíamos olvidarlo sin más —opinó Cloud en voz baja—. Todo será más sencillo cuando lo hayamos olvidado.

De nuevo balidos aprobatorios. El olvido era una acreditada receta ovejuna contra las preocupaciones: cuanto más extraña y perturbadora fuera una experiencia, tanto más deprisa había que olvidarla. ¿Por qué no se les habría ocurrido antes?

Maple las miró con incredulidad.

—Pero si lo olvidamos todo, ya no habrá historias —aseguró—. Esto es como una historia, ¿entendéis?

Nadie respondió.

—¡Seguro que no queréis! —exclamó con vehemencia.

El resto la miró ofendido.

—Claro que queremos —explicó Cloud con dignidad—. Sólo que no queremos lo mismo que tú.

—Sí lo queréis —replicó Maple—. Pero no lo sabéis. Es muy simple: ahí fuera hay un lobo, sólo que no sabemos quién es. ¿Cómo vamos a guardarnos de él si no lo identificamos? Ni siquiera tenemos un pastor que nos cuide. ¡Alguien ha matado a nuestro pastor y vosotras seguís pensando que el mundo va bien!

Nunca habían visto a Miss Maple tan enfadada. Incluso nunca habían visto a Miss Maple enfadada.

—Ni siquiera os daríais cuenta si el lobo se colara en el rebaño. ¿Os acordáis de la historia del lobo con piel de oveja?

Era la historia más horripilante que le habían escuchado contar a George. Mencionarla ahora, en medio de la noche, era injusto.

—O encontráis al lobo o él os encontrará a vosotras. Es así de sencillo. Todas las historias tienen un final. No sirve de nada tirar el libro a la mitad sólo porque no se entiende algo —resopló Maple—. Si no queréis averiguarlo, lo averiguaré yo sola.

Cloud, que llevaba mal las diferencias de opinión, la miró con los ojos humedecidos.

—Necesitamos un pastor —susurró.

Pero Maple no le hizo caso. Meneó el rabo desdeñosa y acto seguido se fue trotando hasta el árbol de las cornejas, lo más lejos posible de las demás. Allí se quedó mirando la oscuridad, meditabunda.

—Justicia —baló.

Othello fue el único que contestó.

—Justicia —baló también.

Las otras ovejas se miraron turbadas y luego se pusieron a pacer. Sin más. Por despecho. Querían demostrarle a Miss Maple lo maravillosa que podía ser la vida sencilla e irreflexiva de las ovejas. Sólo Othello seguía balando para sí, todavía sumido en sus pensamientos.

—Justicia —balaba suavemente—. Justicia.

—¿Qué es justicia?

De repente ante Othello estaba el cordero de invierno con su cuerpecillo peludo, la cabeza un tanto desmesurada y los chispeantes ojos.

—¿Qué es justicia?

Othello reflexionó. A decir verdad, lo más prudente era no mezclarse con el cordero de invierno: cuando abría la boca, la mayoría de las veces era para causar desgracias.

—¿Qué es justicia?

Pese a todo, a Othello a veces le caía bien el cordero de invierno: era precisamente la clase de oveja que habría desconcertado al cruel payaso del circo. Othello decidió arriesgarse.

—Justicia... —dijo, y los ojos del cordero se abrieron: el carnero negro nunca había hablado con él—. Justicia es...

¿Qué era la justicia? De vez en cuando en el zoo sacaban algunas ovejas del cercado para alimento de las fieras, aunque nadie hablaba de ello. Ni a las más débiles ni a las más tontas, a cualquiera, lo cual no era justo. Y luego Lucifer Smithley compró a Othello para su número de lanzador de cuchillos, por ser precisamente lo que era, negro y de aspecto amenazador con sus cuatro cuernos, y porque en su piel negra no se veía la sangre cuando Lucifer no era tan endemoniadamente certero como anunciaba el cartel. Eso tampoco era justo. Luego a Smithley le dio el ataque. Eso sí fue justo, pero entonces Othello fue a parar a manos del cruel payaso y sus animales y tuvo que hacer acrobacias en la pista del circo. ¡No era justo! Luego Othello se enfadó, y el miserable perro del payaso no vivió para contarlo. Aquello sí fue justo, pero el payaso vendió a Othello al matarife. Y el matarife se lo llevó a las peleas de perros. ¡Injusto! ¡Injusto! ¡Injusto!

Othello resopló, y el cordero de invierno lo miró desde abajo con recelo. «Piensa en el rastro de baba del caracol en la hierba, piensa en el tiempo que te queda», le advirtió la voz.

El carnero se sobrepuso.

—Justicia es cuando uno puede trotar por donde quiere y pastar donde quiere. Cuando uno puede seguir su camino. Cuando uno

puede luchar por seguir su camino. Cuando nadie le roba el camino a uno. ¡Eso es justicia! —De pronto Othello estaba muy seguro.

El cordero de invierno ladeó su desmesurada cabeza. En el gesto de su nariz se leía algo que podía ser burla o respeto.

—¿Y a George le robaron el camino? —inquirió.

Othello asintió.

—El camino a Europa.

—Pero a lo mejor George quería quitarle a otro el camino y se pelearon. ¡Eso sería justo!

Othello se asombró de lo bien que lo había entendido el cordero de invierno. Se paró a reflexionar.

—George nunca le habría robado el camino a otro —contestó.

—Puede que sí —replicó el cordero de invierno—. Puede que no tuviera más remedio. A veces hay que robar porque nadie da nada de buen grado. ¿Quién tiene la culpa de que nadie dé nada de buen grado?

—¡Dios! —exclamó Othello sin vacilar.

—¿El narizotas? ¿Por qué?

Pero Othello había vuelto al pasado y no estaba escuchando. Miraba a través de cercas y más cercas. Luego vio copos de nieve. Las primeras nieves de Othello. Pero en lugar de asombrarse, tenía que ir detrás del payaso e intentar robarle un pañuelo del bolsillo. Y el payaso tropezaba. Sin más. Nadie tenía la culpa. Los niños, con gorros y chaquetas de abrigo, reían. Othello sabía que al payaso no le gustaba que se rieran de él.

La patada que le propinaba el payaso cuando por fin se ponía en pie no era fingida.

—¿Por qué ha de trabajar la oveja en Navidad? —preguntaba una voz infantil—. ¡No es justo!

Una mujer reía.

—Pues claro que es justo. Dios hizo a los animales para que sirvieran a los hombres. Es así.

Othello resopló furioso. ¡Era así! A su lado bufó también el cordero de invierno, una pequeña imitación burlona de su propia

furia; luego soltó una coz con descaro y se alejó por la pradera dando brincos. Othello miró en derredor.

El horizonte se había vuelto rosado como el morro de un cordero pascual. De súbito, recortándose contra ese mismo horizonte en la dirección del pueblo, Othello descubrió la silueta de una oveja. A los pocos minutos se perfilaron otras ovejas ante el cielo matutino. Y entre las ovejas caminaba, alta y clara, una silueta con un sombrero de ala ancha: Gabriel el pastor llevaba su rebaño a sus pastos.

# 8

*Apareció una mariposa blanca, un bailarín lechoso, un pedazo de seda de viento. La seda se hacía de las orugas, gusanos de tierra reptantes en enormes rebaños. Las cocían y les robaban la piel, y a las ovejas las esquilaban. A nadie le importaba ponerse jugo de gusanos o lana sobre la propia piel desnuda mientras fuera blanco, mientras calentara. Todos querían que fuese blanco como los corderos, y sin embargo no podían soportarlo y lo teñían y apestaban. Pero la desnudez permanecía, ése era el secreto, el desnudo secreto. Los hombres están desnudos ante las cosas, a merced de las cosas, traicionados por las cosas y traicionando las cosas.*

*¿Qué había sido esta vez? Una pala, ¿no? ¡Una pala! El recuerdo lo hizo estremecer. De risa. Pese a ello, una aguda tristeza le subió desde la pezuña izquierda trasera.*

*Era un hermoso día, y se zambulló en el verde. El blanco jirón aleteante que se alzaba sobre él no tenía ninguna posibilidad frente al verde. Su aroma lo envolvía, revoloteaba a su alrededor. El verde se extendía hasta el horizonte y hasta el cielo. El verde era el canto de la insensatez. Crecer, sólo crecer sin ton ni son, e incitar a todas las criaturas a imitarlo. Y ellas lo imitaban. El verde era el deber más bello del mundo.*

*Despacio, casi sin advertirlo, en el horizonte había surgido de repente otra voz: el pequeño rojo desplegaba su canto por la rabia del mundo, una amapola errante, un hálito tibio recorrió la carretera, prudente, resuelto. Sólo un tonto habría ignorado el pequeño rojo. Se enderezó jadeante y miró por la alta hierba. La corneja que se hallaba en su lomo alzó el vuelo.*

*Por la carretera bajaba una mujer, el rostro tapado por un sombrero de paja, de ala muy ancha, que proyectaba una nítida sombra hasta el cuello, pero debía de ser una mujer joven. Llevaba una maleta en la mano, y la llevaba sin esfuerzo. Sólo una mujer muy joven se habría atrevido a lucir un vestido tan rojo, rojo sangre de los hombros a las pantorrillas. La precedía un olor fresco e intenso, atenuado por la tierra y un sudor sano: un olor adorable.*

*La joven se detuvo y dejó la maleta en medio de la carretera. Eso no era muy sensato. De la nada verde podía surgir de pronto un coche y derramar el vestido en el asfalto. Él mismo no corría ningún riesgo en las carreteras. Caminos desiertos, devoradores de sonidos. A la mujer no parecía preocuparle, pero, claro, ella era alta y sobresalía entre el verde. Sentido común y fuego. El verde se doblegaría ante ella. En la muñeca derecha llevaba atado un pañuelo que se pasaba por las mejillas. Luego miró al cielo, y él le vio la cara: sólo un momento antes de que la pronunciada sombra volviera a instalarse sobre sus ojos y nariz en dirección al rojo. Ella se agachó y sacó algo de la maleta: un mapa de carreteras. Así que era forastera, y no alguien que volvía a casa. ¿O acaso se podía volver a lo extraño? A decir verdad, ¿se podía volver a casa? Formaba parte de aquello, la señora del verde, estaba claro. Pero ¿qué dirían las pálidas? Esas pálidas que se pasaban la vida sentadas en el pueblo desmenuzando recuerdos.*

*Soltó una maldición. Maldecía tan bien como un vaquero. Luego rió. La risa era un extraño sonido: penetrante como un balido y destinado a nadie en particular. Un sonido falto de naturalidad.*

*La mujer cogió la maleta de nuevo, con brío, para que se supiera que la había dejado en el suelo movida no por el cansancio, sino por la reflexión. Una mujer reflexiva. De repente abandonó la carretera.*

*Estuvo a punto de pillarlo entre la hierba alta. ¡Dejar el asfalto sin pestañear ni mirar! La mayoría de los hombres vacila antes de salirse del camino. Son desconfiados y de pisar melindroso, como si el suelo estuviese lleno de agujeros, y dan los primeros pasos como en el barro. La mujer dejó el camino como lo hace una oveja: decidida, fiel a su olfato. También siguió su olfato cuando, lista como*

*una oveja, puso rumbo al pueblo. No se dejó confundir por la carretera: era una mujer lista. Revolucionaría a las pálidas, estaba claro, siempre blandiendo las palas en círculo. Podían contar con ello.*

Las ovejas siempre habían creído que Gabriel era un pastor estupendo. Ya sólo por su ropa: tanto en invierno como en verano llevaba un capote de lana de oveja sin teñir. Algunas incluso afirmaban que era de lana de oveja sin lavar. En cuanto al olor, Gabriel se parecía tanto a una oveja como un hombre puede parecerse a una oveja. Sobre todo si había humedad.

Y Gabriel sabía piropear a una oveja. No con palabras, como hacía George a veces (muy pocas), sino sencillamente mirándola con sus ojos azules, sin pestañear ni una sola vez. Aquello era una caricia para el alma de una oveja y hacía que le flaquearan las patas.

Las ovejas depositaban grandes esperanzas en las dotes de pastor de Gabriel.

Sin embargo, hasta la fecha no había pasado gran cosa. Los perros de Gabriel las habían reunido hacía poco, y Gabriel las había contado. Todo ello sin decir ni pío. Los perros de Gabriel no ladraban. Nunca. Se limitaban a mirar fijamente a las ovejas, y ello bastaba para meterles un frío miedo lobuno que les subía por las patas hasta la médula.

Más tarde tendrían la sensación de que nadie las había estado guardando. Tras unos instantes de malestar se hallaban reunidas ante Gabriel como por arte de magia. Un sobrio ademán con la mano y los perros se esfumaron.

Gabriel estaba ante la caravana, inmóvil y silencioso como el dolmen. Las fue mirando con sus ojos azules, a todas, una por una, como si quisiera averiguar algo de ellas. Con cada oveja asentía de un modo casi imperceptible. La mayoría de ellas estaba segura de que se trataba de una señal de aprobación: Gabriel las había examinado y aprobado. Resultaba emocionante. Se sintieron un tanto orgullosas... hasta que Othello desbarató el buen humor.

—Nos ha contado —resopló irritado—. Sólo nos ha contado, nada más.

A diferencia del resto, a Othello no le hacía ninguna gracia lo del nuevo pastor. Se mantenía alejado, sumido en sombríos pensamientos. Un domador. En los ojos de Othello chispeaba una vieja ira. Se había dado cuenta al instante: los mismos gestos parcos, el mismo fastidio en los ojos, la misma maldad oculta tras una amabilidad engañosa. El payaso cruel también era domador: domaba con azúcar y hambre y un suplicio lento. Había alimentado una ira tremenda en Othello, al que le sorprendió hallar esa ira tan renovada e intacta después de tanto tiempo.

Pero no cedería sin más a la ira. Ya no. Recordó el día que había aprendido a confrontar la ira con la paciencia. Fue el día que el payaso olvidó cerrar de inmediato la puerta del establo. En lugar de eso, se inclinó sobre el baúl del atrezo y le dio a Othello la espalda. Hambriento, el carnero hundió el morro en el heno, pero sin perder de vista el trasero del payaso.

De pronto olvidó el heno y bajó los cuernos.

Fue entonces cuando oyó la voz por vez primera, una voz extrañamente oscura y suave que escondía muchas cosas.

—Ten cuidado, cardero negro —le dijo la voz detrás de él—, tu ira ya ha bajado los cuernos, y si no tienes cuidado se desbocará.

Othello ni siquiera se volvió.

—¿Y? —resopló—. ¿Y por qué no? Se lo merece.

Fuera, ante la ventana, revoloteaba una corneja.

—Tú no te lo mereces —se burló la voz—. ¿Contra quién crees que arremete tu ira? No contra él, apacentador de miedos, instigador de temores. Tu ira, esa ira tan resplandeciente, arremete contra ti, y una vez lo haga, no podrás resistirla.

Othello se limitó a resoplar. Seguía con los cuernos bajados, los ojos fijos en el payaso. Pero no arremetió.

—¿Y? —repitió.

La voz guardó silencio.

Othello se volvió: detrás había un carnero gris de poderosa cornamenta, un carnero en la flor de la vida. Un manso: músculos,

fibra y gracia bajo un abundante pelaje; sus ojos ambarinos centelleaban en la oscuridad del establo con una luz de duende. Othello desvió la mirada con timidez.

El payaso volvió a incorporarse del baúl, cerró la puerta del establo de un golpe y desapareció. La decepción hizo que a Othello se le volviera el mundo del revés. De pronto el carnero desconocido se hallaba a su lado y lo empujaba con la nariz: olía raro, a muchas cosas que Othello no entendía.

—Bah —le susurró el gris al oído—, ¿la cabeza como una gota colgando de una rama? ¿Por qué? Si tu ira hubiera salido al galope, él te habría leído el corazón y tus intenciones. De este modo no sabe nada. Te beneficia. Todo lo que él no sepa te beneficia. Buscar los puntos flacos: el viejo truco. —De pronto el carnero parecía divertirse.

Othello movió las orejas para ahuyentar las numerosas palabras que revoloteaban a su alrededor en la oscuridad, pero el gris no le dejó tiempo ni para respirar.

—Olvida la ira —le decía ahora—. Piensa en el rastro de baba del caracol en la hierba, piensa en el tiempo que te queda.

—Pero estoy enfadado —contestó Othello.

—¡Lucha! —repuso el carnero.

—¿Cómo puedo luchar si siempre me encierra? —Ahora que empezaba a interesarle la cosa, de pronto el gris se ponía lacónico como una oveja madre malhumorada—. ¡No servirá de nada!

—Pensar sí que sirve —replicó el carnero.

—Ya pienso —aseguró Othello—. Pienso día y noche. —No era del todo cierto, ya que por la noche, agotado, solía quedarse dormido en un rincón del establo. Pero quería impresionar al carnero desconocido.

—Pues entonces no piensas en lo adecuado —afirmó éste, escasamente impresionado—. ¿En qué piensas?

—En el heno —admitió Othello, apocado.

Como cabía esperar, el carnero gris meneó la cabeza con desaprobación.

—Piensa en el brillo del pelo del topo. Piensa en el sonido del viento en el matorral y en la sensación que tienes en el vientre cuando bajas una cuesta. Piensa en cómo huele el camino que tienes delante. Piensa en la libertad que te transmite el soplo del viento. Pero no vuelvas a pensar en el heno.

Othello lo miró. Notaba una extraña sensación en el estómago, pero no era hambre.

—Si lo quieres más fácil —añadió el gris—, piensa en mí.

Othello pensó en el carnero gris y la ira volvió a sus cuatro cuernos, donde estaba su sitio. Sacudió la cabeza para ahuyentar los viejos pensamientos; las ovejas del rebaño aún lo miraban sorprendidas.

—Nos ha contado —repitió con hosquedad—. Sólo nos ha contado.

Ahora que Othello lo decía, también ellas caían en la cuenta. Estaban decepcionadas, pero su humor mejoró rápidamente. Si con Gabriel hasta un mero recuento les resultaba tan agradable y misterioso, cabía pensar lo interesantes que serían las cosas que de verdad importaban, como llenar los pesebres, esparcir la paja o repartir los nabos. O leer en voz alta. Las ovejas tenían mucha curiosidad por ver qué les leería Gabriel.

—Poemas —suspiró Cordelia.

Ellas no sabían exactamente qué eran los poemas, pero tenían que ser algo bonito, ya que en las novelas a Pamela los hombres a veces le leían poemas a la luz de la luna; y George, que nunca decía nada bueno de Pamela, dejaba de decir tacos y suspiraba.

—O algo sobre el trébol —aventuró Mopple, esperanzado.

—Sobre el mar, el cielo y la valentía —decidió Zora.

—En todo caso, nada sobre enfermedades de ovejas —dijo Heide —. ¿Tú qué opinas, Othello?

Éste no dijo nada.

—Leerá bien alto, alto y claro, como debe ser —aseveró Sir Ritchfield.

—Nos explicará muchas palabras nuevas —afirmó Cordelia.

Cada vez les picaba más la curiosidad. ¿Qué demonios les leería Gabriel? Estaban impacientes porque llegara la tarde.

—¿Y si se lo preguntamos a ellas? —propuso Cloud.

«Ellas» eran las otras ovejas, el rebaño de Gabriel. Los perros las habían reunido en la linde del prado, y Gabriel estaba levantando una cerca de alambre a su alrededor. Las ovejas de George no sabían qué pensar al respecto. Sea como fuere, de ese modo su pradera quedaba considerablemente reducida.

—Justo donde crece la hierba ratonera —refunfuñó Maude.

Las otras no estaban enfadadas por lo de la hierba ratonera. En su caso era cuestión de principios.

Por lo demás, se alegraban de que las ovejas de Gabriel no corretearan sin más entre ellas, pues les resultaban un tanto inquietantes. Eran paticortas y cuerpilargas, de nariz prominente y falta de carácter, ojos infatigables y una curiosa palidez. Además tenían un olor desagradable: no malsano, pero sí nervioso y abúlico. Lo más extraño era que prácticamente no tenían lana, sólo una pelusilla rizada y tupida en la piel. Sin embargo, se veía que no las habían esquilado recientemente. ¿Por qué tenía Gabriel unas ovejas que no daban lana? ¿Para qué servían? Gabriel debía de ser muy amable si se ocupaba de unas ovejas tan inútiles.

Imaginaban lo alegre que se sentiría Gabriel al haber dado por fin con un rebaño tan lanudo como el suyo. Dentro de poco no podría explicarse qué había visto en las otras ovejas y se desharía de ellas, pero hasta entonces habría que llevarse bien con ellas. Coincidían en que el mejor modo de llevarse bien con las ovejas de Gabriel era no hacerles caso, pero sentían curiosidad.

—Yo les preguntaría qué les lee él —dijo Maude—, pero cuando me acerco demasiado a ellas me pica la nariz.

Miraron a Sir Ritchfield. Siendo el manso, cabía esperar que fuera él quien estableciera contacto con el rebaño ajeno. Mas Ritchfield sacudió la cabeza.

—Paciencia —bufó, irritado.

Mopple no se atrevía, a Othello de repente no parecían interesarle las cuestiones literarias, y las demás ovejas eran

demasiado orgullosas para hablar con las pelonas.

Al final Zora se mostró dispuesta. Había estado pensando lo suyo en su roca y opinaba que el orgullo, por fundado que fuera, no debía impedir a una oveja averiguar todo lo posible sobre el mundo. Gabriel se encontraba detrás de la caravana ocupado con un rollo de alambre, así que Zora salió al trote.

Las ovejas de Gabriel pastaban. Lo primero que le llamó la atención fue lo juntas que estaban, la una pegada a la otra, hombro con hombro: tenía que ser incómodo pacer tan apretadas. Ninguna reparó en Zora, aunque seguro que su olor la había anunciado hacía tiempo. Se detuvo junto al rebaño y aguardó educadamente a que se dirigieran a ella. Nada. A veces una u otra oveja levantaba la cabeza y miraba nerviosa a todas partes, pero las miradas atravesaban a Zora como si fuera invisible. Estuvo observándolas un rato, más sorprendida que enojada. Después perdió la paciencia y les pegó un balido fuerte y autoritario.

Las bocas dejaron de pastar. Los pescuezos se alzaron. Las cabezas se volvieron y un sinfín de ojos blanquecinos se clavó en Zora. Ésta esperaba. No tenía miedo. Estaba el cielo, el mar y, sobre todo, las rocas. Zora estaba acostumbrada a mirar al abismo. Se hallaba ante ellas como ante un viento frío, plantándoles cara.

Tal vez fuera una prueba. Una prueba de valor. Para distender la situación, Zora sacudió las orejas y arrancó con aire juguetón unas briznas de hierba. Nada.

Algunas ovejas bajaron la cabeza y un rumor monótono indicó que se habían puesto a pacer otra vez. Sin embargo, casi todos los ojos seguían fijos en Zora, que se vio obligada a admitir que aquellos ojos resultaban inquietantes: en ellos había destellos como los que se veían en el cielo los días muy malos. Esos días, una oveja apenas podía pensar con claridad.

No tardó en comprender que de las otras ovejas no sacaría nada en limpio. Nada de nada. Si quería que allí pasara algo, tendría que pasar gracias a ella, a Zora. Miró su rebaño y vio algunas ovejas vueltas hacia ella. Por un momento fue como si también sus propias compañeras la miraran con extrañeza, pero entonces se percató de

que no era así. Sir Ritchfield se hallaba en lo alto de la colina con aire severo y alerta. Cloud, Maude, Lane y Cordelia estaban apiñadas y la observaban con atención. Algo por delante se encontraba Mopple, la vista clavada en ella. Zora sabía que a tanta distancia Mopple apenas vería una mancha blanca y negra. Se sintió conmovida. De pronto ya no le resultaba difícil abordar a esas ovejas desconocidas.

—Buenos días —saludó. Y probó con algo inofensivo—: ¿Os gusta esta hierba? —Demasiado tarde, pensó que aquellas ovejas tal vez la tomaran por una rencorosa al insinuar que se habían abalanzado sobre la comida ajena. De eso podrían hablar más tarde, cuando el ambiente se relajase—. No hace mal tiempo —comentó entonces. Con ese tema una difícilmente podía equivocarse: el cielo era gris y cálido; el aire, refrescante y húmedo; y la pradera, aromática.

Las desconocidas callaban. Algunas cabezas que se habían bajado para pastar volvieron a alzarse: más ojos blanquecinos fijos en Zora. Quizá eran muy serias y no les gustaba hablar de obviedades. A saber qué cosas importantes les habría leído ya Gabriel.

—Podríamos hablar de cómo se llega al cielo —propuso.

Las ovejas de Gabriel continuaron en su mutismo.

—Seguro que se va de alguna manera —añadió—. Al fin y al cabo, vemos a las ovejas nube. Pero ¿cómo? ¿Existe algún lugar desde donde subir sin más al cielo? ¿O se trata de seguir pastando en el aire? —Miró atentamente a aquellas ovejas. Nada. Sí, un leve cambio: le dio la impresión de que el irritante centelleo de los blanquecinos ojos cobraba intensidad. Perdió la paciencia—. Me da igual lo que penséis. La verdad, estoy bastante segura de que tiene que ver con salvar el precipicio. Pero es evidente que no he venido a hablar de eso con vosotras. —Decidió ser franca—. Se trata de Gabriel. Es vuestro pastor desde hace tiempo, y queremos saber qué os lee.

Las ovejas la miraban fijamente. ¿Acaso no entendían ni jota? ¡Imposible! Una oveja no podía ser tan tonta. Resopló.

—¡El pastor! ¿Entendéis? ¡Gabriel! ¡Gabriel! —Se giró hacia él y vio que casi había terminado con otro rollo de alambre.

Era hora de largarse.

Se volvió de nuevo hacia su público y comprobó que nada había cambiado. Bien, tocaba retirarse, ya lo intentaría en otra ocasión. Enfrente de Zora, a sólo unos metros, había un carnero. Zora le lanzó una mirada furibunda... y se detuvo. ¿Había estado allí todo ese tiempo? No lo recordaba, pero le causó una fuerte impresión; algo en él le recordaba al carnicero. No le gustó nada. Por un momento pensó que las ovejas desconocidas no eran tan pequeñas: algo paticortas, sí, pero en cambio alargadas y fornidas. Había pensado despedirse soltándoles algo agudo y despectivo, pero ahora le pareció mejor largarse sin más. El carnero la miró y de pronto a Zora se le antojó que aquel extraño titilar había desaparecido de sus ojos. Por primera vez se sintió «mirada». El carnero sacudió la cabeza despacio, de un modo casi imperceptible.

Zora dio media vuelta y trotó rápidamente hacia su roca.

Gabriel terminó con el cerco hacia mediodía. Se sentó en los escalones de la caravana, donde George solía sentarse, y se fumó una pipa. El fino humo del tabaco se coló en la nariz de las ovejas produciéndoles una extraña sensación. Un olor misterioso. Tras el velo de humo se ocultaba el verdadero Gabriel, en un lugar donde ninguna oveja podía olerlo. Incluso Maude hubo de admitir que, bajo la lana de su abrigo y el tabaco, no era capaz de percibir gran cosa del propio Gabriel.

Ese mediodía era el más apacible de los últimos tiempos. Sin duda a ello contribuían el suave sol, medio oculto tras las nubes, la maravillosa vista de un mar de azul inmaculado, y el zumbido de los insectos. Pero lo más extraordinario era el alivio que proporcionaba tener sentado a un pastor tan competente en los escalones de la caravana. Y la expectación ante las historias que Gabriel contaría en las horas crepusculares.

Pero cuando un hombre en bicicleta avanzó hacia ellas a toda velocidad, la paz se acabó de golpe. Las ovejas no se fiaban de los ciclistas: por seguridad, se retiraron a la loma. Sin embargo, el de la bicicleta no las buscaba a ellas: iba directo hacia Gabriel.

Ya a una distancia segura, las ovejas se tranquilizaron y volvieron las orejas hacia la caravana. El ciclista se plantó delante de Gabriel. Ahora veían quién era: era el mismo que había ido con Lilly, Ham y Gabriel la primera vez para reconocer el cadáver de George, el mismo tipo alto y flaco que la noche anterior había pegado la nariz a las ventanillas de la caravana: Josh. Olía a agua jabonosa y pies sucios. Mopple se escondió detrás del dolmen y miró asustado entre las piedras.

Algunas ovejas más valientes y curiosas, como Othello, Cloud y Zora, se acercaron más.

—Josh —dijo Gabriel sin quitarse la pipa de la boca. Sus ojos azules se clavaron en el flaco.

Las ovejas sabían cómo debía de sentirse éste ahora: halagado en el rostro y con cierta flojera en las piernas.

El flaco rebuscó en un bolsillo de su chaqueta con nerviosismo y encontró una llave que le tendió respetuosamente a Gabriel.

—De Kate. La encontró en una caja de galletas de avena. Imagínate: ¡galletas de avena! —rió el flaco. Ahora las ovejas sabían por qué estaba tan nervioso: probablemente se había comido las galletas—. Kate dice que tiene que estar en la caravana —aseguró—. En la casa no está.

—Bien —respondió Gabriel. Y cogió la llave y la tiró con despreocupación a su lado, en el último escalón.

—¿Gabriel? —preguntó el flaco.

Silencio. Una urraca sobrevoló indiscreta el techo de la caravana.

—¿Y si no lo encontramos?

—Mientras no lo encuentre otro... —contestó Gabriel. Sus ojos azules buscaron el mar azul. De su boca salían bocanadas de humo.

—¿Sabes qué dicen, Gabriel?

Gabriel parecía no saberlo ni querer saberlo. No obstante, el flaco continuó:

—Dicen que no está en la caravana. Dicen que todo está en el testamento.

—Si es así, lo sabremos el domingo.

El flaco hizo un ruidito nervioso y luego inclinó la cabeza y fue hacia la bicicleta. Cuando ya había dado tres pasos, Gabriel lo llamó.

—¡Eh, Josh!

—¿Sí?

—Ya se han hecho bastantes disparates aquí. Ocúpate de que esto termine de una vez.

—¿Disparates? ¿A qué te refieres? —Josh parecía asustado.

—Por ejemplo, a las incursiones nocturnas a la caravana de George. ¿A qué viene eso? Espanta a las ovejas.

Cloud se sintió conmovida: Gabriel incluso pensaba en ellas.

Por lo visto, Josh no quería hablar de la noche anterior.

—¿Qué clase de ovejas son ésas? —inquirió. El tabernero miró con ojo crítico las ovejas de Gabriel y añadió—: Son muy raras. Nunca había visto ovejas así.

—Es una nueva raza de carne —repuso Gabriel por la comisura de la boca. Y miró a Josh con sus ojos azules, haciéndolo enmudecer.

Guardaron silencio.

Al cabo, Josh suspiró.

—Tú lo sabes todo, ¿eh?

Gabriel dijo algo en gaélico, y las ovejas se preguntaron si tendría una segunda lengua en la boca para hablar ese idioma.

—No hubo forma de impedirlo —se lamentó Josh—. Tom y Harry habrían venido de todos modos, los muy idiotas. Encontrar la hierba, evitar el escándalo, no perjudicar el turismo, siempre la misma cantinela. Como si sólo se tratara de eso... No tienen ni idea. Entonces pensé que prefería estar a no estar, ¿entiendes? Les di la llave equivocada para que no trajesen herramientas y no pudiesen entrar.

Gabriel asintió comprensivo, y Josh pareció aliviado. De pronto hablar le resultaba más fácil.

—Pero ¿sabes qué? —dijo—. Nosotros no éramos los únicos. Había alguien más. Un extraño. Creo que uno de esos de la droga. Así que hay algo de verdad. Si ellos lo encuentran antes que nosotros...

De nuevo una urraca voló sobre Gabriel y Josh. Imposible saber si se trataba de la misma. Describió una elegante curva y se posó entre graznidos en el techo de la caravana.

—No lo encontrarán —aseguró Gabriel—. No saben nada del casete. A ésos lo único que les importa es lo suyo. Además, ahora estoy yo aquí. Tú encárgate de tranquilizar a la gente en la taberna.

Josh asintió con entusiasmo. Las ovejas lo entendían perfectamente: hacerle un favor a Gabriel era motivo de alegría.

—Oye, Gabriel. —Josh se había vuelto para irse, pero se giró una vez más.

Gabriel se pasó la pipa de la comisura derecha a la izquierda y le dirigió una mirada inquisitiva.

—Has sido muy hábil. —Josh hizo un amplio gesto con la mano que abarcaba a Gabriel, la caravana, las ovejas y el prado entero y se concentraba en un punto.

Gabriel asintió.

—Hay que vigilar las ovejas, al menos hasta que se lea el testamento. En la administración se mostraron muy agradecidos. Protección de los animales, normas sanitarias, toda esa historia. Y en lo que respecta a las mías me ahorro el forraje. —Esbozó una sonrisa—. Y además puedo estarme aquí sentado —dio unos golpecitos en los escalones de la caravana— todo el tiempo que quiera.

Josh sonrió, se despidió con un movimiento de la cabeza, montó en su bicicleta y se alejó pedaleando en dirección al pueblo.

Apenas hubo desaparecido tras la curva del camino, la morena mano de Gabriel tanteó el último escalón de la caravana, pero la llave ya no estaba allí. Ésta tintineaba y refulgía desde lo alto de la caravana, en el pico de una urraca.

Bajo la supervisión de Gabriel las ovejas se mostraban más ávidas que nunca: pacían a conciencia, dando pasos largos y rectos, estiraban con garbo el pescuezo, eran «buenas forrajeadoras» e incluso comían encantadas la hierba seca y menos sabrosa. Hasta cuando descansaban a la sombra del viejo establo levantaban la cabeza y observaban a Gabriel con el rabillo del ojo. En ese momento él no las observaba a ellas; iba pegando saltos como una oveja traviesa y joven en pos de una urraca, de mata en árbol, de árbol en arbusto, por toda la pradera...

# 9

—Por ejemplo Glendalough —dijo la forastera—. Ahí es donde se retira en soledad un santo como él, y en cuanto la gente se entera, difícilmente se libra de los peregrinos. El mayor lugar de peregrinación de la Edad Media, ¿y por qué? Los hombres son animales rebañegos. Hay que hacerles creer que todo el mundo viene aquí, y cuando lo crean, vendrá todo el mundo. Es así de sencillo. —Le dio un mordisco a un mantecoso bollo al tiempo que sonreía. Su vestido era rojo como las bayas en otoño.

Delante tenía una cesta entera de bollos cubiertos con una servilleta para protegerlos de las moscas, pero aun así las ovejas los olían. La mujer mojó el bollo en nata y luego en mermelada roja. Se sirvió té en una taza de plástico, le añadió dos terrones de azúcar morena y nata. Bollos, mermelada, tetera, azúcar y nata se hallaban distribuidos sobre un amplio y vistoso mantel de cuadros. Además había una botella de zumo de naranja, queso, pastas, pan tostado, un botecito de mahonesa y una ensalada de tomate con orégano. El mantel cubría un pedacito de prado cerca del acantilado, por suerte allí donde ya se habían acabado las hierbas interesantes. Los colores chillones asustaban a las ovejas, que de todas maneras estaban nerviosas, ya que, después de su danza estival tras la urraca, Gabriel las había dejado solas.

Unos aromas desconocidos anegaban la pradera y les cosquilleaban la nariz. Las ovejas se mantenían a una distancia prudencial, pero observaban con avidez, sin disimulo, la cesta con los bollos y la ensalada de tomate.

Junto al mantel estaba sentada la misericordiosa Beth, un negro manojo de desazón, con sus finas muñecas y su inmaculado peinado, procurando ocupar el menor sitio posible con su abombada falda. No comía nada, pero a veces se llevaba la mano al pecho y la cerraba en torno a un objeto pequeño y brillante. Cuando lo hacía, el botecito de mahonesa temblaba.

—La fe —suspiraba ahora—. La fe nunca es fácil.

—La fe propia, no. La de los demás, sí. —La forastera soltó una risita, y un segundo bollo recibió su bautismo de nata—. Pero coja uno —animó a la otra.

Beth sacudió la cabeza en silencio. Sus ojos vagaron hasta el dolmen.

—Debería comer —aconsejó la mujer—. Es bueno. Parece que no come usted mucho —añadió tras echar un vistazo al flaco y velludo brazo de Beth.

—No —repuso Beth con voz firme—, no como mucho. Vivo cerca de una tienda de comida para llevar. Cuando una ve a diario a la gente atiborrarse sin sentido en lugar de preocuparse por la eterna salvación, se le quitan las ganas.

La mujer no se dejó impresionar y mordió el bollo con ganas.

—¿Y sabe lo más extraño de todo? —prosiguió, vocalizando con dificultad ya que masticaba el bollo—. Que la gente creerá que viene aquí todo el mundo cuando sepa que éste es un lugar solitario. Eso es infalible y acaba de convencer al más desconfiado. La soledad es algo que todo el mundo busca. Cuando un lugar es solitario, la gente acude en masa a disfrutarlo.

Beth miró al frente sin entender nada, y el botecito de mahonesa tembló. Maude pensó en lo mal que olía Beth: acre y dulzona, a hambre atrasada, a muerte temprana. A Maude le arruinó el placentero aroma que ascendía del vistoso mantel de cuadros.

—La verdad es que no comprendo por qué se preocupa. —A la mujer de rojo no parecía molestarle que Beth apestara y guardara silencio—. Esto es absolutamente increíble. Aquí se sentiría bien todo el mundo.

—Yo no —negó Beth—. Nadie de Glennkill se sentiría bien aquí. Han ocurrido cosas horribles. Aunque no debería decirlo, así y todo lo digo. Yo ya no me apoco. El Señor me asiste.

—¿Cosas horribles? —repitió la mujer, poniendo ceño—. Tanto mejor. A la gente le encantan las cosas horribles. ¿Un santo torturado por paganos? ¡Estupendo! ¿Un santo arrojado al mar por los paganos? ¡Mejor aún! Los escenarios de infamias y crímenes constituyen una mina de oro para el sector turístico.

La mujer de rojo no tenía ningún problema con las palabras. Cordelia la escuchaba con admiración: aquella mujer era depositaria de un montón de historias.

Beth barbotó algo: sonó como una risita sofocada, pero bastaba con ver su rostro para adivinar que se trataba de un sollozo contenido y desesperado.

La mujer lo vio y se puso seria.

—Ah, se refiere al asesinato, ¿no? Discúlpeme, no sabía que había ocurrido aquí. —Dejó en el mantel el bollo mordido.

—Ocurrió aquí —dijo Beth con voz sepulcral. Y el botecito de mahonesa volvió a temblar.

—¿Era pariente suyo? ¿Amigo? —preguntó la de rojo con voz dulce.

Beth se estremeció.

—No era pariente mío, y menos amigo. A él le habría hecho gracia la idea. Siempre se estaba riendo de mí. Pero fuimos juntos al colegio, a la escuela primaria del pueblo. Fue una muerte horrible, una muerte pagana.

—Lo leí en el periódico —aseguró la de rojo con aire pensativo—. Con una pala. Desde luego, un hecho nada agradable. Sin embargo, no debe preocuparse por los turistas, aunque una detención vendría bien. ¿Hay algún sospechoso?

Echó mano de la ensalada de tomate, y un mudo suspiro recorrió el rebaño: a las ovejas les interesaba más la ensalada de tomate que cualquier otra cosa. Esperaban que la mujer se diera un atracón de bollos y dejara intacta la ensalada. Ahora la cosa pintaba mal.

—Hay quien dice que fue un asunto de dinero o drogas, o de cosas aún peores. —Beth se ruborizó—. Pero eso no es lo más horrible. Lo más horrible es que por Glennkill anda un hombre... —Su voz adoptó un tono agudo que no le conocían. Las ovejas se sobresaltaron y movieron nerviosas las orejas—. Por fuera es como todos los demás, pero por dentro es una fiera salvaje, consumida por tal enfermedad del alma, tal impiedad y tal desesperación que...

Beth miró a la forastera a los ojos, y por un instante ésta le devolvió una mirada impertérrita. Después hurgó con el tenedor en la ensalada y pinchó un minúsculo tomate entero: las ovejas se quedaron asombradas; nunca habían visto un tomate tan pequeño. Hasta los esmirriados tomates del huerto de George (nunca se le había dado especialmente bien cultivar tomates) eran enormes en comparación con aquellos minitomates. Pero olía como uno grande. Y desapareció con una rapidez alarmante entre los inmaculados dientes de la mujer de rojo.

Ahora que Beth había arrancado a hablar no había quien la parara.

—No es un asesinato práctico, ¿comprende? No es de esos que se ven por televisión, los que son por dinero o poder. He estado pensando mucho en ello, y lo presiento. ¿Sabe?, yo reparto estos cuadernillos, unos textos magníficos sobre la buena nueva, y cuando una lleva haciéndolo lo bastante, adquiere un olfato especial para los hombres. Puede que ellos se rían de mí, pero yo tengo ese olfato.

La voz de Beth, que ya no sonaba como la voz de Beth, temblaba. La mano de la mujer, que en ese momento se llevaba a la boca dos tomatitos con el tenedor, no temblaba.

—Podría contarle cosas... Le diré que en este asesinato están mezcladas las almas. La culpa. Quienquiera que lo haya cometido sabía distinguir entre el bien y el mal, pero no tuvo el valor de hacer el bien. Es horrible que alguien no tenga el valor de hacer el bien, tan horrible que una quisiera coger un cuchillo y acabar con la propia debilidad. Con un cuchillo, sí... Pero la debilidad sigue ahí, y llega un momento en que uno no ve otra posibilidad que aniquilar la

fortaleza. Aniquilar aquello que no se puede alcanzar: ése es el peor pecado del hombre. Dios me asista.

Beth le hablaba al cielo con la cabeza levantada, como si se hubiese olvidado de la mujer de rojo. Pero luego ambas se miraron. Los ojos de la mujer estaban entornados, y un tenedor con otros dos minitomates oscilaba olvidado ante sus rojos labios. Los de Beth estaban muy abiertos, como los de los niños. Sonrió con tristeza, y las ovejas se olvidaron por un segundo de los tomates: nunca habían visto a Beth sonreír. Estaba guapa. O por lo menos, mejor.

—Supongo que esto le resultará raro; al fin y al cabo tengo ese olfato.

La de rojo meneó la cabeza. Quería decir algo, pero Beth se le adelantó. Que Beth no dejara hablar a alguien era algo completamente nuevo.

—Verá, hablé con la policía. Fui la única, dicho sea de paso. Imagínese: un pueblo entero y yo soy la única que se informa. Nos vamos a asfixiar todos de tanto callar. —Respiró hondo—. Así que fui a la policía. Dicen que a George primero lo envenenaron. Se quedó dormido apaciblemente y sólo después le clavaron la pala, cuando ya estaba muerto, ¿comprende? Cabe preguntarse por qué, pero la policía de la ciudad probablemente no le dé muchas vueltas. Sin embargo, yo llevo años yendo de puerta en puerta con mis cuadernillos. Sé lo pagana que es esta gente en el fondo.

Dos labios rojos se cerraron en torno a dos tomates igualmente rojos.

—¿Sabe?, una vieja superstición dice que cuando alguien muere, nadie puede acercarse al cadáver en la hora siguiente. Se cree que los perros del diablo montan guardia para devorar el alma del difunto. Y el alma de George era la del demonio, ¡vaya que sí! Imagínese el horror que debió de sentir ese perdido al verse junto al cadáver con la pala. ¿Qué hace falta para vencer ese horror? Dice usted que el asesinato favorece el turismo, pero a mí me da la sensación de que Glennkill sólo volverá a vivir cuando esa oveja negra haya abandonado nuestro rebaño.

Beth se levantó con movimientos sorprendentemente ágiles. Othello la miró enfadado. Ya sobre las dos patas traseras, Beth perdió el leve asomo de elegancia tan deprisa como lo había adquirido.

—Si tiene alguna pregunta (sobre el turismo, me refiero), venga a verme a la parroquia. Todos los días de diez a doce y los miércoles a partir de las nueve.

Iba a darse la vuelta cuando la de rojo la agarró suavemente de la manga. Sus ojos seguían entornados.

—¿Y si tengo alguna pregunta sobre George? —le susurró desde abajo. Una voz profunda. Bronca y hermosa. Una voz para leer en alto.

Beth se quedó helada. De nuevo sus ojos buscaron el inmaculado azul del cielo. Cuando finalmente miró a la mujer, a sus labios afloró algo parecido a una sonrisa.

—En ese caso venga esta noche a mi casa —musitó—. Es la azul que hay enfrente de la iglesia. Delante hay una tienda de comida para llevar. Yo vivo detrás.

Beth se giró y al poco no era más que una silueta negra que se recortaba, cada vez más pequeña, contra el cielo vespertino. La mujer de rojo la siguió con la mirada. En la ensaladera quedaba olvidado el último tomate.

Othello se comió el último tomate y se quedó allí, observando cómo la forastera introducía en la cesta los otros alimentos y luego bordeaba el acantilado en dirección al pueblo con aire pensativo. A su alrededor se veían rostros ovejunos envidiosos. ¿Cómo es que Othello siempre sabía lo que había que hacer? ¿Quién le había enseñado a tratar con los hombres? ¿A plantarse de esa manera ante la mujer, ni apremiante ni tímido, justo cuando ella iba a guardar la ensaladera? La mujer rió con su voz de George, buena y bronca, y le ofreció el recipiente. Y Othello se comió con parsimonia el último minitomate.

Así pues, se instaló el mal humor. Nadie se habría atrevido a lo que Othello se había atrevido, menos aún con una mujer desconocida, pero nadie admitía que él se había ganado el tomate. Sólo Miss Maple se quedó pensativa. Pastaba meditabunda; de hecho, pasó de largo ante un apetitoso matojo de trébol. En eso se vio cuán meditabunda estaba.

—No es tonta —musitó Miss Maple, más para sí que para otra oveja—, Beth no es tonta. Piensa demasiado en las almas y muy poco en los hombres, pero tonta no es.

—La mujer de rojo tampoco lo es —comentó Othello con un punto de orgullo.

—No —convino Miss Maple—. La mujer de rojo no tiene un pelo de tonta.

—Jamás habría pensado que George tuviera una hija —afirmó Maude—. Porque vosotras lo habéis olido, ¿no?

Algunas ovejas se habían reunido en torno a la interesante conversación entre Maple, Othello y Maude. Asintieron: el olor de la familia. Sudor, piel y cabello. Evidentemente era la hija de George.

—Imposible saber qué significa eso —intervino Cordelia.

Y era cierto. Para las ovejas no es importante quién es el padre, el morueco, pero ¿quién podía decir cómo eran esas cosas para los hombres? En las novelas de Pamela había un padre que encerraba a su hija para que no se escapara con un barón.

—Sea como fuere, la Pamela manzana no es la madre —aseveró Cloud.

De nuevo se miraron confusas. ¿Qué significaba eso? ¿Sería importante?

—Ha dicho algo importante —continuó Miss Maple—. Es como George, dice cosas importantes de manera que las entienda una oveja. Ha dicho que los hombres son animales rebañegos. Me resulta de lo más apropiado. —Se había olvidado por completo de la hierba y se paseaba concentrada—. Todos viven en el mismo sitio, en el pueblo. Vienen juntos a ver la pala. Son animales rebañegos. Pero ¿por qué? —Se detuvo—. ¿Por qué nos resulta tan novedoso?

¿Por qué no sabíamos que los hombres son animales rebañegos? La respuesta es sencilla.

Miss Maple miró fijamente a las ovejas que tenía alrededor y leyó en su semblante que la respuesta no era nada sencilla. Pero justo cuando iba a seguir hablando, Sir Ritchfield baló enojado:

—Abandonó el rebaño. George abandonó el rebaño.

Algunas ovejas balaron nerviosas, pero Miss Maple se limitó a asentir.

—Sí —dijo—, George debió de abandonar el rebaño. Él nunca estaba con el rebaño humano. O lo echaron del rebaño. Siempre estaba furioso con los hombres del pueblo, eso lo sabemos. ¿Estaba furioso porque lo habían echado? ¿Ya estaba enfadado con ellos antes y por eso abandonó el rebaño? Quizá fuese el único que no contaba con protección por haber abandonado el rebaño. Incluso podría ser que su muerte sea un castigo por haber abandonado el rebaño.

Las ovejas callaron, horrorizadas. Les resultaba espantoso que su pastor hubiese abandonado el rebaño.

—Pero los perros del diablo... —musitó Cordelia—. Él no se merecía eso.

Lane se estremeció.

—Deben de ser perros terribles si hasta los hombres les tienen miedo. Quizá el espíritu del lobo sea en realidad un perro del diablo.

Al pensar en el espíritu del lobo, a las ovejas se les metió en la lana un temor brumoso, a pesar del tiempo soleado que hacía en la pradera. Se apiñaron instintivamente.

Maude fue la única que hizo una mueca burlona.

—Los perros del diablo no tienen por qué ser necesariamente grandes —aseguró—, si tenemos en cuenta lo pequeña que es el alma de los hombres. No creo que llegue a la rodilla de una oveja, y eso como mucho, diría yo. Para eso basta un perro muy pequeño.

Las ovejas pensaron en el perro más pequeño que habían visto en su vida: era más o menos del tamaño de un nabo grande, de pelaje dorado y nariz chata, y les ladró desde el brazo de una

turista. ¿Serían así los perros del diablo? ¿O el espíritu del lobo? Las ovejas se relajaron. De semejantes perros no tenían nada que temer.

Miss Maple sacudió impaciente la cabeza.

—Lo importante es que los hombres piensan que su alma es grande —razonó—. Beth tenía razón. Seguro que los hombres se imaginan a los perros del diablo grandes y horribles. Entonces, ¿por qué no les dio miedo clavarle la pala a George?

Las ovejas lo pensaron, en vano.

Maple prosiguió.

—Ahora sabemos por qué nadie oyó los gritos de George: porque no gritó; porque ya estaba muerto cuando le clavaron la pala. De ahí el rostro apacible. De ahí la ausencia de sangre en la pradera.

Las ovejas se quedaron boquiabiertas: ahora que lo decía Miss Maple, lo veían claro como un charco limpio.

Maple movió las orejas para espantar unas moscas molestas.

—Pero eso no explica nada. Es un enigma más. Hasta ahora creíamos que la pala se encontraba ahí para matar a George. Pero ¿por qué clavarle una pala si ya estaba muerto?

Se hizo un silencio embarazoso. ¿Cómo una pobre oveja iba a dar con la respuesta a una pregunta tan difícil? Sin embargo, Miss Maple no parecía abatida, seguía paseándose con vivacidad arriba y abajo.

—Claro que ahora se abren nuevas posibilidades. Puede que haya dos asesinos: uno que envenenó a George y otro que creyó matar a George con la pala. O quizá la pala estaba ahí para encubrir al verdadero asesino. Pero la verdad... —hizo una pausa y arrancó unas margaritas— a mí lo de la pala me parece una tontería. Como algo tramado por varios corderos. Puede que el asesino únicamente tuviera valor para clavarle la pala porque no estaba solo.

Más tarde, mientras las otras ovejas se hallaban desperdigadas por la pradera pastando, un cordero sin nombre seguía sin poder moverse del sitio donde las ovejas habían celebrado la reunión. Al

amparo de la mullida lana de Cloud lo había oído todo: al principio sólo le interesaba el calorcito, pero luego se puso a escuchar. Contra la lana de Cloud, empezó a temblar y deseó tener valor, mucho valor, el suficiente para hablar por segunda vez ante las ovejas viejas y experimentadas. Pero ¿le habrían creído? ¿Le habrían escuchado? Al final no se atrevió.

Habría querido decirles que se equivocaban, que Miss Maple, la oveja más lista de todo Glennkill y quizá del mundo entero, había cometido un terrible error.

Y es que el espíritu del lobo no era dorado. El espíritu del lobo era espeluznante y peludo y gris. El cordero sabía que el espíritu del lobo no era fácil de olvidar, y tampoco se podía decir que fuese pequeño. El espíritu del lobo andaba a la caza por los agrestes cerros que había al otro lado de los pastos. Por la noche, cuando ya había salido la luna pero el cielo aún no se había apagado y todas las cosas despedían su olor más intenso y sincero, se dejaba sentir, igual que uno podía sentir la oscuridad incluso con los ojos cerrados. No era buena idea luchar contra el espíritu del lobo mentalmente cuando estaba allí fuera. El cordero recordó al espíritu del lobo extendiendo sus negras alas junto al dolmen y oyó por segunda vez su ronco grito.

Las demás ovejas pacían apaciblemente en derredor.

Sin embargo, si uno miraba con más atención reparaba en que la paz de la pradera era engañosa. Sin prisa pero sin pausa, un grupito de ovejas especialmente osadas se había reunido detrás de la caravana, donde Ritchfield no podía verlas.

Esas ovejas se estaban planteando abandonar el rebaño.

Incitadas por Miss Maple.

Ésta se empeñaba en acercarse hasta el pueblo por la noche para escuchar la conversación entre Beth y la mujer de rojo, pero ya no se atrevía a hacerlo sola. De manera que convocó a las más valientes del rebaño: Zora y Othello; Lane, ya que su pensamiento

era práctico, a diferencia del de las otras; Cloud, porque siempre pastaban juntas; y Mopple, la oveja memoriosa.

De momento su propuesta no había despertado mucho entusiasmo.

—Ninguna oveja puede abandonar el rebaño —baló Cloud. Y con eso parecía todo dicho.

—Pero si no vamos a abandonar el rebaño —aclaró Maple—. Sólo se abandona el rebaño cuando una oveja se va por su cuenta. Cometí un error y no lo repetiré. Ninguna oveja puede aguantarlo. —Se estremeció—. Pero si son varias las que se van, dos o tres, entonces no pueden abandonar el rebaño, ya que ellas mismas constituyen un pequeño rebaño. —Miró alrededor con aire triunfal.

—Podríamos ir todas —baló Cloud—. Si vamos todas, yo también voy. —Su rostro reflejaba audacia.

Maple sacudió la cabeza.

—No podemos ir todas: llamaríamos la atención. El jardín de Beth estaría lleno de ovejas, si es que Beth tiene jardín. Sospecharía.

Aquello las convenció.

—Sólo iremos unas pocas —continuó Miss Maple—. Nos esconderemos entre los arbustos y a la sombra de los árboles, y si alguien nos ve pensará que nos hemos perdido. Así pues, vamos a casa de Beth, escuchamos y volvemos en un periquete.

—¿Y dónde está la casa de Beth? —quiso saber Zora—. ¡Podría estar en cualquier parte!

—Cerca de la tienda de comida para llevar. Junto a la iglesia. Y es azul —contestó Miss Maple.

—Pero ¿cómo vamos a encontrar esa tienda de no sé qué? ¿O esa iglesia? Ni siquiera sabemos lo que son —intervino Lane.

Las ovejas se prepararon para un largo silencio embarazoso, medio decepcionadas y medio aliviadas porque nadie tuviera que emprender tan peligrosa expedición. Al cabo de una pausa prudencial se pondrían de nuevo a pastar.

Pero entonces intervino Mopple the Whale.

—En la tienda de comida para llevar hay patatas fritas —musitó pensativo, entre rumiadura y rumiadura. Era evidente que no había

estado atento. Sólo cuando el silencio de las otras ovejas se le hizo raro había levantado la cabeza y mirado directamente a Maple, que clavó en él unos ojos brillantes.

Mopple era la única oveja del rebaño que tenía conocimiento de las patatas fritas. En una ocasión George le había ofrecido uno de esos palitos amarillos y grasientos para demostrarle que no le gustaría. La prueba fracasó, y desde entonces Mopple sabía cómo olían las patatas e incluso cómo sabían. Y recordaría ese olor.

Mopple en busca de las patatas fritas: él las guiaría. Era un plan infalible.

# 10

En el centro de Glennkill había una insulsa plazoleta: cuatro árboles descuidados, un banco, una columna de mármol con una inscripción y un seto que podía servir de escondite a las ovejas. El seto arrojaba dos sombras: una débil de luz dorada y una bien definida de claridad chillona.

En un extremo de la plaza se alzaba una casa puntiaguda bañada en un reflejo ambarino. Al otro lado se veía la fría luz de neón de la tienda de comida para llevar. Detrás de ésta aguardaba la oscuridad.

Y en la oscuridad aguardaban tres ovejas.

Maple, Othello y Mopple habían salido con el crepúsculo para espiar la conversación entre Beth y la mujer de rojo. Mopple tenía cara larga: le habían prometido patatas fritas para incitarlo a tomar parte en la expedición, pero Maple y Othello lo habían hecho pasar a toda prisa ante la puerta del restaurante. Ahora miraba por una ventana la casa de Beth y se veía obligado a contemplar cómo ésta se comía un plato de verdura cruda: colinabos, zanahorias, rabanitos y apio, y de postre una enorme manzana roja. Para ver, Mopple tenía que apoyar las patas delanteras en una jardinera volcada que había delante de la ventana y estirar el pescuezo. Debido a la inusitada postura empezaba a dolerle el lomo: la vida era injusta.

De la calle llegaban sonidos inquietantes: ruido de coches, risas humanas, ladridos de perros. El patio atrapaba los ruidos y los hacía reverberar contra el muro de la casa, la tapia y la pelada pared del garaje.

Beth acabó de cenar y se levantó; había dejado una zanahoria, tres rabanitos, un tallo de apio y la mitad de la manzana roja. Mopple volvió a albergar esperanzas. Sin embargo, Beth se llevó el plato de la habitación y regresó poco después con las manos vacías. Luego se sentó en una butaca y se puso a manosear una cadena de perlas de madera: dejaba que las perlas se deslizaran entre sus dedos y musitaba para sí. Padrenuestroqueestás...

Cuando finalmente unos pasos resueltos dejaron atrás el restaurante y entraron en el patio, Beth estaba tan atareada que ni siquiera pareció darse cuenta. Sin embargo, las ovejas supieron en el acto quién doblaba la esquina con determinación y dibujaba una clara sombra de neón en el suelo. Seguía oliendo bien, a tierra, sol y salud, aunque ahora el humo de tabaco encubría un tanto esos bellos olores.

Intranquilo, Mopple empezó a ojear la vía de escape hacia el patio trasero, mientras las otras ovejas mantenían la posición. Ya habían hecho la prueba: si la mujer de rojo se limitaba a ir directa a la puerta, ellas, ocultas por un arbusto de retama, estarían al abrigo de sus miradas.

La mujer llamó y Beth, aún sentada en el sillón, se sobresaltó. Apartó a toda prisa aquella cosa, trazó una señal en su pecho con el pulgar de la mano derecha y salió a abrir. Luego Beth dentro y la mujer fuera desaparecieron del campo visual de las ovejas, que sólo oyeron un murmullo ininteligible. Aquello era emocionante: ellas nunca habían visto una casa humana por dentro. A todas luces no era igual entrar que salir.

Al cabo se abrió la puerta de la habitación y entró la mujer de rojo, ya no de rojo sino con un pantalón azul y una camisa verde, seguida de Beth.

—Rebecca —dijo la mujer—. Puede llamarme Rebecca a secas.

Pero Beth no la llamó nada, y ambas se quedaron mirándose en silencio.

—No ha venido aquí por el turismo —dijo Beth al final—. Ha venido por George. —Era una constatación.

Rebecca asintió.

—Me gustaría saber todo lo posible de su vida. Y de su muerte. Si de paso puedo ayudar en lo del turismo, estupendo. —Una sonrisa burlona, pero Beth se hallaba demasiado concentrada para notarlo.

—¿Por qué? ¿Es usted policía? Dios sabe que ya es hora de que por fin hagan algo.

Rebecca se ruborizó.

—No. He venido por... por motivos muy personales.

Beth entornó los ojos.

—Y sin embargo sabe poco acerca de él —observó—. Lo cual no nos deja muchas posibilidades...

Rebecca había bajado los ojos y no decía nada.

—¡Y acude a mí! —Beth sonó agitada, como cuando le daba aquellos cuadernillos a George—. Precisamente a mí. Creía que era usted decente. Debería echarla de mi casa, con la buena nueva, pero echarla. ¿Qué se le ha perdido aquí?

Rebecca levantó la vista. Aún sonreía, pero ahora parecía más triste.

—Creo que usted lo llamaría perdón —respondió en voz queda.

Lo que ninguno de los mordaces comentarios de George lograra lo consiguió sin esfuerzo la respuesta de Rebecca: Beth se quedó atónita. Durante unos instantes ninguna dijo nada; las pequeñas manos de Rebecca dibujaban curvas en la cómoda.

Mopple se aburría; alargó el pescuezo, probó un geranio de la jardinera y lo masticó sin hacer ruido. Othello lo reprendió con la mirada, a lo que Mopple respondió con ojos inocentes.

Tras el cristal, Beth estaba blanca como la leche.

—Dios mío —musitó—. Dios mío. —Al parecer tuvo otra idea y se calmó un tanto—. ¿Té?

Rebecca asintió.

Fuera se produjo un estrépito: buscando un botón de geranio, Mopple se inclinó demasiado, perdió el equilibrio y acabó sentado de culo, perplejo.

Othello bufó:

—Mopple, si vuelves a comerte otra hoja, mañana te perseguiré por la pradera hasta que estés flaco como una cabra vieja.

Mopple dejó de mascar y se levantó. Maple miró reprobadora a ambos carneros, y los tres ocuparon de nuevo sus respectivos puestos a la sombra de los geranios.

Pero Beth y Rebecca se habían esfumado. Sólo se oía tintinear la porcelana.

—No encontrará nada —decía la voz de Beth—. No, si le pregunta a la gente.

—¿Con el escándalo que se ha armado? —inquirió la voz de Rebecca.

—Es increíble —dijo Beth—. Y lo es precisamente porque nadie sabe nada. Sólo una serie de cosas triviales que no cuadran. El pueblo entero está podrido como una manzana, desde el corazón, ¿comprende? Es una manzana podrida.

Mopple torció el gesto: había sido un error ir al pueblo. Tenía la intención de bajarse de la jardinera cuando Miss Maple descubrió lo que pasaba con Beth y Rebecca: no se habían esfumado, sólo se habían hundido en sendos sillones, y los geranios les impedían ver. Qué rabia.

—Mire esto —pidió Beth. Algo crujió en la mesilla de centro.

—Oh —dijo Rebecca.

Beth rió débilmente.

—Lo más interesante será cuando le cuente dónde lo encontré.

Maple no pudo aguantar más.

—Mopple —baló con suavidad, pero decidida como un manso—, cómete los geranios. Haz un agujero en los geranios. Deprisa. —Mopple era el comilón más rápido de todo Glennkill; unos cuantos geranios eran una bagatela para él. Sin embargo, no se movió. Se hallaba entre Maple y Othello y parecía empachado—. ¡Mopple the Whale! —Miss Maple estaba furiosa.

Mopple la miró con impaciencia y volvió la cabeza hacia Othello.

—Cómetelos —gruñó éste apretando los dientes.

Al poco, allí donde antes crecían geranios, ahora había un desierto. Y al otro lado del desierto, las ovejas veían sentadas a Beth y Rebecca. Desde dentro debía de parecer que Beth había plantado tres cabezas de oveja en la jardinera. Por suerte a ninguna de las

mujeres se le ocurrió mirar por la ventana: estaban absortas en la conversación.

—Podría parecer una chiquillada —afirmó Beth.

—Hum —contestó Rebecca.

Las dos miraron el manojo de paja que había en la mesa entre ambas: alguien había atado la paja de tal modo que tenía brazos, piernas y cabeza y le había clavado una rama en el cuerpo de paja.

—¿Sabe cómo llamaban los niños a George? ¡El rey de los gnomos! Imagínese. De dónde lo habrán sacado... ¡Menudos paganos! Sólo a sus espaldas, naturalmente. Oh, lo temían como si fuese el mismísimo diablo...

Rebecca asintió.

—Y usted pensó que...

—Que era una chiquillada. No habría sido la primera vez. —Beth suspiró—. Lo encontré la otra semana en los escalones de la caravana de George. Nunca desistí, ¿sabe?, aunque se riera de mí. Pero esa mañana él no estaba allí. Últimamente casi nunca estaba. Entonces cogí esa cosa: decidí que no valía la pena que se enfadara por culpa de los niños y sus tonterías del rey de los gnomos.

—Y ahora cree...

—Ahora creo que era una advertencia. Y yo tengo la culpa de que no la recibiera. —Beth sonrió con tristeza—. Pero no es para tanto. De todos modos, George no habría hecho caso. Él nunca hacía caso de las advertencias.

Las dos guardaron silencio.

—¿Por qué últimamente no estaba casi nunca? —inquirió Rebecca—. ¿Qué hacía cuando no estaba allí?

Beth juntó las manos.

—Ojalá lo supiera. Sí sé que cuando se iba se vestía de forma decente: un traje como Dios manda y camisa blanca. Con eso se quitaba diez años, se convertía en un auténtico caballero. Y la gente hablaba, claro. Pero yo no me creo una palabra. Creo que iba a la ciudad, a Dublín, a oficinas y bancos, esa clase de cosas. Quería salir de aquí, alejarse de Glennkill, ¿sabe usted?

—Pero alguien no quería que se fuera, ¿no?

Beth asintió.

—¿Un lío de faldas?

Beth meneó la cabeza, indignada, y Rebecca enarcó las cejas.

—¿Piensa que era un asunto de dinero? —quiso saber.

Beth volvió a reír débilmente.

—Eso es lo que probablemente todos se pregunten. Sólo piensan en el dinero. ¡Esos paganos! ¿Tenía George dinero? Yo diría que no, viviendo como vivía. Una parcela, unas cuantas ovejas, una casita y nada de grandes negocios. La mayor parte de la gente de aquí tiene más. La mayoría saca un buen dinero con el turismo, aunque todos se quejan, claro. Pero, por otro lado, George a veces tenía cosas. Cosas caras, cosas muy caras: un reloj, nadie en Glennkill habría podido permitirse un reloj así, ni siquiera Baxter, el tabernero, aunque poco a poco se está hinchando con su Bed & Breakfast. Metafóricamente hablando, quiero decir. Cuando lo vea sabrá por qué digo metafóricamente. —Soltó una risita de colegiala—. Y a George el reloj le tenía sin cuidado. Plantaba rabanitos con él. —Las manos de Beth juguetearon con el hombrecillo de paja. En su voz se coló furtivamente una especie de admiración—. Y ahora todos esperan a la lectura del testamento: será este domingo, al aire libre, un abogado de la ciudad. George lo dejó todo bien atado. A esos paganos lo que les interesa es el dinero. Créame, aquí nunca nada había suscitado tanta expectación, ni siquiera ese estúpido concurso de ovejas.

—La Oveja Más Lista de Glennkill —recordó Rebecca, asimismo risueña—. El imán turístico por antonomasia. Y George va y les roba el espectáculo.

—Se lo puede ahorrar —afirmó Beth—. No vea usted lo que hacen con los animales. Ridículo. Yo no tengo más remedio que ir... por caridad.

Al hombrecillo de paja se le deshizo un brazo: era como si sostuviera un haz de heno en la mano. Los finos dedos de Beth enroscaron hábilmente una única paja alrededor del haz hasta que el hombrecillo volvió a estar entero.

Una sensación desagradable invadió a Maple, de las pezuñas a las puntas del pelaje. Era como tener las orejas taponadas con lana, como si el cristal que las separaba de Beth estuviese empañado. Oía y veía, pero le parecía hallarse en medio de niebla todo el tiempo. Tardó un instante en entender el origen de dicho malestar: a través del cristal no podía oler a Beth y Rebecca. Ningún olor le revelaba si decían la verdad, lo que sentían y temían. Un mundo fantasmal e incompleto. Para los hombres, con su alma pequeña y su inútil nariz sobresaliente, debía de ser siempre así. Maple sopesó lo que eso significaba: desconfianza, inseguridad, miedo. Significaba miedo.

—... inconstante, voluble —decía Beth—. No lo creo. El corazón humano es curioso: se puede aferrar a una única cosa en la vida, y cuando se aferra ahí se queda, para lo bueno y para lo malo.

Las ovejas estaban asombradas: antes Beth sólo hablaba de la «buena nueva» y las «buenas acciones», y a todo lo demás lo llamaba «vana palabrería», y de pronto era ella quien pronunciaba palabras vanas sin darle a Rebecca un solo cuadernillo. Su reciente ligereza tenía algo de corderil: atrevida y vulnerable a un tiempo. Debía de estar muy agitada.

—Ham, por ejemplo —dijo aquélla, y su visitante la miró sin comprender.

—¿Ham?

—Abraham Rackham, el carnicero —explicó Beth, y su rostro serio esbozó una sonrisa—. Si quiere averiguar algo, tendrá que entender primero cómo piensa la gente. Abraham les resulta muy largo, claro. Un nombre con muchas letras es... es complicado. —Pensó un momento—. Aunque también hay excepciones: Gabriel. Qué curioso, nunca lo había pensado. Nadie se atrevería a llamarlo Gabe.

—Pero ¿Ham, jamón?

—Cuando lo vea lo entenderá. Abe probablemente habría sonado mejor, esta gente no es muy imaginativa. Pero ya tenemos un Abe, y además están los dos *ham* de su nombre y su profesión. Ay, debería usted verlo.

—¿Qué pasa con Ham?

—Yo en su lugar empezaría por él. Se las da de piadoso, como si fuera el único del mundo que lee la Biblia. Pero la gente le tiene miedo. Y en cuanto a él... él también tiene miedo. En su carnicería tiene una cámara de vigilancia desde hace una eternidad. Ya ve que conocemos esos chismes no sólo por las películas americanas. Pero ¿por qué una cámara de ésas en una carnicería? Ni siquiera la hay en el banco. Para tener un cacharro de ésos hay que ser un paranoico enfermizo. Pero él no lo es, no hay más que verlo para saber que no lo es. Creo que tiene miedo de verdad, lo cual significa que tiene algo que ocultar. Eso es lo que creo. Una vez le dije algo al respecto, en la colecta navideña.

—¿Y?

—Se puso furioso, desconcertado. Y Ham no es de los que se desconciertan con facilidad. No quiero ni imaginarme lo que uno podría encontrarse en su matadero, Dios nos asista.

El estómago de Mopple hacía extraños ruiditos, y Othello le lanzó una mirada reprobadora.

Rebecca se pasó la lengua por los labios.

—Este lugar es extraño. No lo imaginaba así. Yo creía que era apacible.

—Lo era —convino Beth—. Antes.

—Es obvio que no lo suficiente.

Beth negó con la cabeza.

—No me refiero a antes de que muriera George. Me refiero a mucho antes. Hace años. —Se paró a pensar un instante—. Hace siete años estuve seis meses en África, y cuando volví todo había cambiado. Más superstición y menos temor de Dios. Y a George fue a quien le dio más fuerte. Después se fue apartando más y más. Después... ay, no sé...

—¿Y qué pasó entonces?

—Pues nada —contestó Beth con amargura—. Al menos eso me han contado. Pero desde entonces... —se inclinó hacia delante— desde entonces esperan la salvación.

A Mopple empezaron a temblarle las rodillas, resbaló de la jardinera y clavó unos ojos vidriosos en la pared del garaje. Su olor

era ácido como el de la serba fermentada. Puso los ojos en blanco. ¡Un cólico! Mopple the Whale, el mismo capaz de devorar un montón de trébol verde con el estómago vacío, tenía un cólico. Los geranios debían de ser cosa del lobo.

Othello y Maple lo flanquearon e impidieron que se tumbara: pasearse arriba y abajo era lo único que servía de ayuda en caso de cólico. Lo sabían por George.

—Adelante, Mopple —musitaba Maple—. Un paso más, un paso más.

—No bales, Mopple —lo urgía Othello.

Mopple avanzaba tambaleándose, la mirada fija, sin balar. Maple y Othello lo obligaban a recorrer el patio trasero.

De pronto la puerta se abrió y salió el olor, mucho más ácido, de Beth. Era como si ésta quisiera guardar aquel olor en casa y llevar consigo sólo una mínima dosis concentrada. Ágil como un hurón, el olor pleno y cálido de Rebecca se deslizó por aquel desierto de olores. Luego apareció ella en el patio. Mopple, Maple y Othello consiguieron ocultarse a tiempo tras la retama.

—Muchas gracias —le dijo Rebecca al desolador tufo del umbral —. Me ha sido de gran ayuda, sobre todo esto último que me ha dicho. —Sonrió con picardía—. Ahora tengo hambre. ¿Cree que aún estará abierto el restaurante?

—No. Debería alegrarse de que sólo esté abierto de día. Pero podría picar algo aquí. ¿Pan y ensalada?

—No, muchas gracias. —Rebecca volvió a sonreír y dio unos pasos hacia la calle. Luego se giró—. Hay algo que no comprendo —dijo—. Es evidente que a usted no le convence Glennkill. Entonces, ¿por qué sigue aquí?

Silencio en la puerta.

—Digamos que por motivos muy personales —susurró una voz en la que ninguna de las ovejas habría reconocido a Beth.

—¿George? —preguntó Rebecca, pero la puerta ya estaba cerrada. La mujer cruzó el patio, meditabunda, y desapareció al doblar la esquina.

Ya era hora: Mopple se retorcía. Lo hicieron caminar de nuevo por el patio mientras Maple le susurraba palabras de aliento y Othello, amenazas.

Al cabo de un rato Mopple se detuvo.

—¡Adelante! —baló Maple, y Othello le dio un empujón no precisamente suave con el morro.

—No —repuso débilmente Mopple.

—Tienes que hacerlo —gruñó Othello.

—No... no tengo que hacerlo. ¿Es que no lo entendéis? Se me ha pasado. Ahora tengo hambre.

Cuando las tres ovejas abandonaron el patio, en las calles reinaba el silencio. Mopple todavía andaba con paso vacilante, pero aun así se comió unas cuantas flores que algún incauto había plantado alrededor de la columna de mármol de la plazoleta.

Miss Maple enfiló el camino de la pradera, pero al poco se percató de que Othello no los seguía: el carnero negro se había quedado junto a la columna de mármol como una pequeña nube de oscuridad. Maple lo animó a unirse a ellos con un balido. Othello sacudió la cabeza.

—Me quedo —dijo.

Maple adelantó las orejas con curiosidad, pero Othello se limitó a poner cara enigmática y, acto seguido, desapareció tras la sombra del seto. A Maple le habría gustado ir tras él, pero Mopple the Whale olía confuso, a lágrimas y flojera, y no quería dejarlo solo, así que echaron a trotar hacia el prado.

Mopple aún tenía los ojos un tanto vidriosos, mientras que Maple iba a su lado más alegre que nunca.

—Ha sido interesante —afirmó—. ¿A ti no te gustaría saber qué pasó hace siete años?

Siete años; eso era muchísimo tiempo. A Maple se la consideraba la oveja más lista de todo Glennkill, pero era incapaz de imaginar siete años. Probó con siete veranos. Nada. ¿Siete inviernos? La verdad es que sólo se acordaba del último invierno, cuando George

clavó una vieja alfombra ante la puerta del establo para protegerlas del frío viento. Antes de ése hubo otro invierno, y antes otro. El rastro del invierno se perdía en la oscuridad.

Entretanto, Mopple iba sumido en sus propios pensamientos.

—Fue el carnicero —gimió.

—¿Por qué? —Maple lo miró con preocupación—. ¿Porque tiene una cámara de vigilancia? Ni siquiera sabemos qué es una cámara de vigilancia.

El rostro de Mopple reflejaba obstinación.

—A nadie le cae bien el carnicero —prosiguió Maple—. Pese a ello, los hombres que había bajo el tilo tenían miedo de que muriera. —Meneó la cabeza—. Hay mucho miedo aquí. Todos los hombres tienen miedo. Es un milagro que George tuviera tan poco miedo.

—Pero ellos querían meterle miedo —razonó Mopple—. Con la paja. —Sacudió la cabeza ante tamaña insensatez humana. En el mundo había muchas cosas horribles y terribles, pero sin duda la paja no era una de ellas.

Maple asintió.

—Una advertencia. —Algo le vino a la mente y se paró. El carnero le dirigió una mirada inquisitiva—. Mopple, si una pequeña figura apuñalada debía servir de advertencia a George, ¿no podría ser que un George apuñalado fuera una gran advertencia para los demás? —Mopple pareció confuso, pero Maple no esperaba una respuesta. Siguió hilando—: Y los niños le tenían miedo a George. ¿Por qué? ¿Por qué todos los niños? ¿Qué había en George tan terrible para que tantos le tuvieran miedo? Mopple, memoriza «rey de los gnomos».

—Rey de los gnomos —resolló Mopple.

# 11

Dar con la casa de Dios no supuso ningún problema para Othello: era la más grande del pueblo, alta y puntiaguda, justo como había dicho Cloud. Lo que parecía más difícil era acercarse sin ser visto. A diferencia de las otras casas, ésta se hallaba iluminada por delante. Bajo el arco de la puerta bostezaba una sombra. Othello aguzó el oído: a lo lejos gemía un perro y se oía música. Por lo demás, nada. Cruzó a buen paso el iluminado patio. A su lado trotaban dos sombras ovejunas alargadas y detrás una tercera, más alargada y todavía muy desvaída. A pesar de ser cuatro apenas hacían ruido.

En la sombra que arrojaba la puerta, Othello volvió a estar solo. Se puso a olisquear: fuera olía a calle, a coche y a aterciopelada noche de verano, y del interior, por las rendijas, salían olores frescos y herbosos que le cosquilleaban la nariz.

Ningún hombre, ni un solo ser vivo.

¿O sí?

«Cuando empieces a confiar en ti mismo deberás dejarlo», le susurró una voz en la cabeza, y Othello olisqueó de nuevo.

Uno o dos ratones, tal vez. Sin duda nada mayor. Lo único que le preocupaba era la puerta en sí: era más alta y ancha que todas las puertas que había visto en su vida, y los tiradores estaban tan altos que ni siquiera sobre las patas traseras los alcanzaría. Era como si tras esa puerta moraran gigantes. Dios era grande, pensó Othello, pero tampoco tanto.

¿Y si agarraba el tirador con los dientes? Apoyó las patas delanteras en la puerta y estiró el pescuezo. La puerta cedió; no

mucho, pero bastó para indicarle que estaba abierta y los tiradores sólo eran ornamentales.

Se puso de nuevo a cuatro patas y bajó la cabeza. Empujó la alta puerta con los cuernos, y ésta se abrió sin problema.

De nuevo aguzó el oído.

Silencio.

Introdujo una pezuña en la piedra fría y desnuda del interior, luego otra. Justo cuando iba a hacer lo propio con una de las traseras, volvió a escuchar aquella voz: «Cada camino es en realidad dos caminos», aseguró. La ida y la vuelta, pensó Othello, y se sorprendió. «El camino de vuelta siempre es el más importante», añadió la voz con un punto burlón.

El carnero negro bufó, enfadado consigo mismo por no haberlo advertido antes. Si la puerta se abría hacia dentro, no era seguro que la cosa fuera tan sencilla en la otra dirección.

Retrocedió unos pasos hasta plantar el trasero de nuevo a la luz, de manera que se proyectaban tres largas sombras. Bajó los cuernos y arremetió. Ataque, choque y retroceso con los cuernos en alto. Una elegante secuencia de movimientos que le había hecho merecedor de respeto en todos los duelos de carneros.

La pesada puerta de madera se abrió de par en par y, por un instante, Othello vio bancos a la luz de la luna, pilares elevados, una alta cúpula. ¿La pista de un circo?

La puerta volvió a cerrarse y levantó algo de polvo. Osciló en el marco y se abrió hacia fuera. Y hacia dentro. Y hacia fuera de nuevo. A un lado y otro. Ahora estaba seguro: podría abrir la puerta con la misma facilidad desde dentro que desde fuera.

Aguardó en la sombra del pórtico hasta que volvió a reinar el silencio. Y siguió aguardando: su ira se había tornado fría paciencia. Dentro de poco retaría a duelo a Dios por el dolor, el sufrimiento y los numerosos ojos codiciosos e indiferentes de este mundo.

Sin embargo, al pisar el liso suelo de piedra y ver que a sus espaldas la puerta impedía el paso de la luz, Othello se sintió inquieto. Aquello le recordaba demasiado al circo. El órgano, capaz de interpretar una alegre música para acompañar las cosas más

horribles; los bancos vacíos; la plataforma, donde se encontraban los accesorios de la función: un micrófono, un podio, un banquito. Un enrejado de puntas de hierro y velas encendidas. Othello imaginó perfectamente a desdichadas criaturas obligadas a salvar ese obstáculo día tras día. Para regocijo del público. No cabía duda de que Cloud había presenciado algo así en su día. Othello se alegró de haber localizado a Dios: el espectáculo debía terminar.

Avanzó entre los bancos. Una gruesa alfombra roja amortiguaba las pisadas. La alfombra roja sólo era para los artistas: los hombres. Pobre del animal que pusiera una pata en ella sin querer. A Othello le daba igual.

Entonces oyó un ruido. Un ruidito angustiado, como de una puerta mal engrasada. ¿O acaso sería un animal? ¿Un hombre? Acechó con cautela entre las hileras de bancos. Ante él, una espesa nube de polvo bailoteaba a la luz de la luna. Tras ella había un armazón del que pendía, más muerta que viva, una figura humana. ¿Era ella la que hacía el ruidito? Othello se estremeció: ¡la víctima de un lanzador de cuchillos! No parecía un accidente. Quien hubiese arrojado los cuchillos sabía perfectamente lo que hacía.

Al acercarse más, Othello cayó en la cuenta de que el ruido no podía proceder de aquel hombre. Cloud tenía razón: la sangre no se olía, y de pronto Othello comprendió el porqué: la figura era de madera.

Curiosamente, eso no lo tranquilizó. Sabía que los hombres podían hacer cosas de madera, pero por qué se empeñaban en hacer tales cosas era algo que escapaba a las entendederas de una oveja.

En algún lugar de la casa de Dios crujió una puerta.

Pasos.

¿Dios?

El narigudo había entrado por una puerta lateral y se hallaba en el otro extremo de la estancia. Portaba una pequeña luz danzarina.

Othello se deslizó como una sombra, sin hacer ruido, entre los bancos y llegó a la pared tras cruzar un gajo de luz de luna. Allí había una suerte de cobertizo de madera; y delante, una pesada

cortina de terciopelo. Al otro lado olía a piedra, madera, polvo y un poco de miedo. Titubeó.

La luz danzarina se aproximaba.

Othello subió un peldaño de madera y se coló en el cobertizo. Los pliegues de la cortina se mecieron brevemente.

Pero el hombre pasó de largo.

«Dios no lo sabe todo», pensó Othello.

Cuando la cortina dejó de moverse, echó un prudente vistazo al cobertizo: un banco; a un lado una abertura enrejada, quizá para la ventilación. ¿Una jaula para hombres? El olor encajaba: allí los hombres habían tenido miedo.

De fuera le llegó un sonido metálico. No demasiado cerca.

Decidió mirar: los pliegues de la tela resultaban perfectos para observar sin ser visto.

El narigudo se hallaba en el podio: se ocupaba con poco entusiasmo del enrejado de las velas. Y cada poco consultaba el reloj: estaba tenso.

Durante un rato no pasó nada.

Luego se oyó un crujido procedente de fuera, algo que se arrastraba sobre la grava, cada vez más cerca.

Dios se volvió expectante.

La gran puerta se abrió de golpe: se deslizó sobre la piedra y se atascó en un desnivel del suelo. El topetazo la hizo temblar. Por la alta abertura se coló una luz, no la fría luz lunar, sino la amarillenta de las farolas del patio.

Othello aguardaba en tensión. De nuevo el crujir y el arrastrar. Recortándose contra la luz apareció una figura, pequeña como un niño pero tan ancha que apenas cabía por la puerta. Avanzaba rodando. Una extraña mezcla de hombre y máquina; una silueta rechoncha y negra con una corona de cabello revuelto que, a la luz de las farolas, se veía dorado. Rodando, ahora sin hacer ruido, por el liso suelo de piedra. Inmóvil y sin embargo moviéndose, casi flotando. Un olor desconcertante a metal y medicina amarga. A aceite y heridas aún por sanar. Y por debajo un olor conocido.

—Ham. —El narigudo esbozó una sonrisa—. Me alegro de que estés mejor. Y me alegro de que hayas venido a verme en tu desgracia. —Sus manos desprendían un tibio y aromático olor a cera, pero ningún perfume podía ahogar el amargo sudor que de pronto rezumaba por los poros.

Othello comprendió en el acto que Dios odiaba al carnicero más que a todos los demás, más de lo que sin duda había odiado a George. El carnicero también parecía saberlo. Pasó rodando ante el narigudo, con su estatura de niño, sin siquiera mirarlo, directo a la figura de madera.

—No he venido a verte a ti —repuso—. He venido a verlo a él.

El otro se encogió de hombros como sacudido por un escalofrío repentino. Enmudeció, y así fue como Othello supo que Dios también temía al carnicero.

Mientras Ham miraba en silencio la figura de madera, el narigudo se plantó sin hacer nada en un rincón: esperaba a que el carnicero se fuera. Othello atisbaba entre las pesadas cortinas y asimismo esperaba. El tiempo seguía su curso, y Othello olía que el narigudo cada vez se ponía más nervioso.

Al final la silla rodante del carnicero se volvió, enfiló la puerta sin hacer ruido, cruzó el umbral, atravesó el patio crujiendo y arrastrándose, y se alejó. El alivio pendía en el aire como una niebla temblorosa. Dios se dirigió a la puerta con cautela y oteó fuera. Tuvo que apoyarse en ella con todo su peso para liberarla de la piedra. Cuando la hubo cerrado y la luz dorada quedó desterrada en el exterior, pareció sentirse bastante mejor. Incluso se puso a canturrear.

Su extraño vestido se movía a la luz de la luna como el agua mientras él avanzaba hacia el cobertizo de Othello entre las filas de asientos. El cordero retiró la cabeza en un santiamén, pero Dios debió de percatarse de algo, ya que se paró delante mismo del cobertizo. Una mano apartó la pesada cortina y Othello bajó la cornamenta. El armazón tembló, pero no se inundó de luz: Dios había entrado por el otro lado. Othello resolvió que era hora de irse.

Sin embargo, al salir del escalón crujieron las tablas bajo sus pezuñas.

—Ajá —dijo el narigudo—, así que estás aquí. Siento haberte hecho esperar. Pero ya ves cómo están las cosas. En cuanto no cierro la iglesia una noche, aparece. —Rió.

Othello no movía un músculo.

—¿Así que quieres confesarte? —La voz sonaba viscosa y húmeda como resina de pino.

Othello no dijo nada.

—Era sólo una broma —musitó a través del enrejado—. Me alegro de que hayas venido. Empezaba a temerme que no lo harías. Pero el asunto es importante, ¿me oyes? Con George hice la vista gorda y mantuve el pico cerrado, pero no volveré a hacerlo. Yo también tengo conciencia.

Othello resopló sin querer.

—No te rías —se oyó un lamento al otro lado—. Deja a Ham en paz. No sé si fuisteis vosotros los del acantilado. Si es así, fue un tremendo disparate. Pero ya basta, ¿me oyes? Quiero que sepas que si Ham la diña, todo saldrá a la luz. Además, Ham no representa peligro alguno. ¿Por qué iba a intentar algo de golpe y porrazo? A él tampoco le caía bien George. Tiene su cámara y su carnicería y el televisor, y está satisfecho. No, no, por Ham no tienes que preocuparte.

En la voz de Dios se percibía que Ham le preocupaba y mucho, lo cual le resultó raro a Othello, después de haber olido antes cuánto lo odiaba. Othello empezó a masticar pensativo un trozo de cuero que colgaba del tapizado de un banco. De pronto ya no tenía miedo. Incluso se alegraba de hacerse notar.

—Kate —dijo Dios—, con toda seguridad. Mientras Kate esté aquí Ham se guardará de alborotar el gallinero. Ahora que vuelve a ser libre. Puede que incluso se alegre de que George haya muerto. Deja a Ham fuera del juego, ¿me oyes?

Othello profirió un carraspeo que el narigudo tomó como señal de asentimiento.

—Me alegro de que seas del mismo parecer —afirmó. De pronto su rostro estaba muy cerca del entramado de madera—. Y en lo tocante a lo de la hierba... —murmuró.

La cabeza de Othello también se aproximó al entramado, hasta hallarse a unos centímetros de la nariz de Dios. Ésta se puso a olisquear intranquila, y Othello estaba sorprendido de que de pronto hubiera empezado a hablar de cosas tan razonables como la hierba.

Pero el narigudo dejó de hablar y miró por el enrejado con ojos centelleantes.

—¿Estás ahí? —inquirió.

Othello se quedó mudo. Luego Dios salió súbitamente del cajón y descorrió la cortina que lo separaba del carnero. La luz de la luna entró a raudales. Por un instante ninguno de los dos se movió. Después Othello lanzó un balido, un balido horripilante y agresivo que resonó en la estancia.

El narigudo pegó un grito alto y agudo, echó a correr por las filas de bancos, tropezó y cayó, se levantó, saltó con torpeza el armazón de hierro con las velas y desapareció por la misma puertecita por la que había entrado. Satisfecho, Othello lo siguió con la mirada.

Cuando Othello abandonó la casa de Dios, a su lado trotaban de nuevo dos sombras ovejunas, y delante una más alargada y muy desvaída. Pero las aves nocturnas vieron algo extraño desde los árboles, algo que desafiaba por completo la simetría de sombras de la luz. Y es que había una cuarta sombra, una sombra que seguía a cierta distancia a Othello. Una sombra muy peluda que tenía unos largos cuernos retorcidos.

*Como las nubes, tranquilas y altas como las nubes, exhalando un olor dulzón a lozanía juvenil, al despuntar el día pastaban por la pradera, ajenas a la noche, que se había deslizado a hurtadillas sobre la hierba. Seguía acurrucada bajo el dolmen, sus estrellas los ojos ya muertos del cadáver, no es de extrañar que no brillaran. Él sabía que el dolmen era un monumento a la muerte, una caravana hacia la muerte, sin ruedas, claro, pues la muerte puede esperar. Allí*

*acechaba una salmodia de tentáculos mohosos. No hacen falta palas para demostrar la paciencia de la muerte.*

*Al otro lado del dolmen pacía la juventud, la suya, de sólida osamenta y alegría desbordante en el vientre, pero tan tonta, tan tonta que podía hacerle daño a uno en su dicha. Al otro lado del dolmen se hallaban los pastos prohibidos: la vuelta. Él la había buscado por el mundo. B*ajo piedras lisas, tras el viento, en los ojos de las aves nocturnas y *en el agua de delicados estanques. Allí sólo se había visto a sí mismo, y no había tardado en hartarse de la compañía... ojalá no hubiese descubierto la vuelta. La tenía detrás de las orejas, riendo, no es de extrañar que no hubiese podido encontrarla en el mundo. La vuelta era un camino. La había llevado todo aquel tiempo consigo, pero sólo en la punta del pelaje, donde la lluvia la refrescaba, donde hacía cosquillas sin que él se diera cuenta. Demasiados parásitos en la lana, y uno no podía estar seguro de que la vuelta no fuese uno de ellos.*

*El camino de vuelta siempre es el más importante, contó la fronda. Contaba lo mismo en todas partes, y había que creerla, a ella, el pelaje fragante y vivo del mundo, aunque siempre creciera hacia fuera, huyendo del marrón. Pero cuando el aire empezaba a oler a humo frío, en la estación en que migraban las golondrinas, la estación de los días oscuros, el marrón se extendía por el suelo. Entonces había que tener cuidado de que no encontrara apoyo en las pezuñas y le subiera a uno por las patas como pequeñas arañas. Las patas le picaban, no era buena idea pensar en las arañas. Trataban de enfriarle a uno el corazón y se le metían por la nariz. La fronda tenía razón. Incluso en la época de migración de las golondrinas lo susurraba entre los setos, desde los acebos, desde la insaciable hiedra del monte bajo, desde los pequeños pinos y desde la propia alma aterida: el camino de vuelta siempre es el más importante. Él los creía a todos. También creía a las cornejas, que liberaban su lomo de parásitos pero dejaban intacta la vuelta. Negras alas en su lomo, roncos ojos brillantes. Y es que hasta las golondrinas volvían con la fronda.*

*Ahora el camino se había arrollado como una cochinilla, se había vuelto un único paso. Tras el paso pastaban y eran como nubes de hálito invernal, cálidas y vivas en un mundo vacío. Vio al negro entre ellas, con el alma furibunda y las numerosas heridas bajo la lana. Ahora el negro formaba parte de aquello. ¿Quién podía hacer que alguien formara parte de un lugar? George podía unir y separar mejor que cualquier perro ovejero. George habría debido reunirlo a él, a las numerosas ovejas desperdigadas, en medio de la vuelta. Pero George había mirado demasiado profundo bajo el dolmen. Vio a aquel que era como un espejo de aguas claras y vio que su vientre colgaba flácido. Pero los cuernos eran retorcidos como el camino, retorcidos y orgullosos como los suyos propios.*

*Su alma salió al galope.*

*Pero él seguía allí. Seguía allí, mirándola. Sólo un paso más, un único paso. Nadie le había dicho que se trataba del paso imposible. Tristeza, bastante para aullarle a la luna, como hacían secretamente sus cornejas cuando creían que él no se daba cuenta. No había puente con el que salvar ese último paso, ni vado donde el agua fuese poco profunda. No esperaba ahogarse en el último paso. Sus cuernos se hundieron como tornillos en la noche agonizante. Y sin embargo, sin embargo... había un vado, podía construirse con palabras, viejas palabras guardadas amorosamente en el alma, en todos esos años, concebidas como conjuros, una y otra vez. Se puso a buscarlas. Pero su alma era ya tan grande, tan enigmática y estrecha, camino tras camino tras camino, todos los caminos que él había recorrido, que ya no era capaz de dar con las palabras. Pero tenía que hacerlo. Y deprisa, pues aquellas criaturas lanudas eran efímeras como el hálito invernal, y bajo el dolmen se hallaba el mudo pastor, y sus ojos azules brillaban. El día llegaba lentamente por el mar y amenazaba con ahuyentarlo, como ya hicieran antes otros cuatro días. El quinto día. El quinto día era el día de la vuelta. Titubeó.*

# 12

Al amanecer, Miss Maple fue la primera oveja que se plantó en la pradera. No se acordaba de haber dormido, y había algo que la inquietaba. ¿Un sueño? No, no era un sueño, más bien el recuerdo de un sueño, el sueño de las medias ovejas. Tenía la sensación de que en el aire flotaba de nuevo ese olor como a muchas ovejas, sólo que incompleto, desconocido.

Las ovejas de Gabriel, pensó Miss Maple. Pero en ese mismo instante supo que no podía ser: las ovejas de Gabriel era fáciles de oler, un rebaño de ovejas y carneros jóvenes de uno o dos años, indiferenciado, plano. Las medias ovejas no eran jóvenes, al menos no todas. Había algunos carneros muy viejos, ovejas madre y corderos, recuerdos, experiencias, astucia, arrogancia juvenil, impaciencia. Un rebaño completo. Sólo que no del todo completo, sino a medias. En el aire flotaban extraños olores.

Entonces vio a Ritchfield en medio de la niebla matutina. En George's Place. Por un momento pensó que estaba muerto. No porque estuviese inmóvil, eso no era nada inusual en un carnero viejo, sino por los pájaros; y es que en el lomo de Ritchfield había tres cornejas. ¿Y qué oveja viva habría aguantado que las cornejas la tomaran como punto de observación? Seguro que Sir Ritchfield no. Una de las cornejas extendió las alas y lanzó un ronco graznido al fresco aire de la mañana. Era como si a Ritchfield le hubiesen crecido unas pequeñas alas negras. Maple sintió un escalofrío.

De repente notó que algo se movía a su espalda. Se volvió rápidamente, con las cuatro patas a un tiempo en el aire, como sólo

es capaz de hacer un cordero joven o una oveja muy asustada. Tras ella surgió de la niebla Sir Ritchfield, y ante ella se hallaba Sir Ritchfield, en George's Place. Maple retrocedió respetuosamente unos pasos.

Ambos carneros estaban frente a frente como el reflejo a uno y otro lado de un charco. Sólo que los negros pájaros no arrojaban reflejo alguno. Maple se acordó de los cuentos de hadas, de que los muertos tampoco arrojaban su reflejo. Ambos carneros bajaron los cuernos y se fueron acercando despacio, acompasados, como lo habría hecho un reflejo. Maple sopesó cuál de los dos era el verdadero Ritchfield y cuál el reflejo. Los cuernos chocaron con un ruido fuerte y tintineante. Ambos alzaron de nuevo la cabeza.

—Me he atrevido —dijo el Ritchfield de las cornejas.

—Te has atrevido —confirmó el Ritchfield sin cornejas. De pronto parecía confuso—. Ninguna oveja puede abandonar el rebaño —baló —. George volvió y olía a muerte. —Sacudió la cabeza, aturdido—. Si hubiese mantenido el pico cerrado, menuda tontería...

Y el Ritchfield sin cornejas se volvió y echó a trotar con torpeza hacia el acantilado. El otro Ritchfield siguió en su sitio y lo miró con una expresión casi tierna en los ojos. Como si obedeciesen una orden, las tres cornejas levantaron el vuelo a la vez, y de nuevo había un único Ritchfield en la pradera. Un Ritchfield muy peludo. Un Ritchfield que olía como un rebaño de medias ovejas.

Preocupada, Miss Maple siguió con la vista al otro Ritchfield, que avanzaba confuso por la orilla del acantilado. Se volvió y echó a correr tras él.

Cloud y Mopple solían ser los primeros en plantarse en el prado todas las mañanas. Mopple porque le entraba hambre antes que a las demás, y Cloud porque estaba convencida de que el aire matutino estimulaba el crecimiento de la lana.

—¿Acaso pensáis que soy tan lanuda por naturaleza? —solía decir.

—Síííí —balaban los corderos y algunas ovejas viejas a las que aún deslumbraba la superioridad lanar de Cloud.

Y Cloud, halagada, revolvía los ojos.

—Tal vez sea así —afirmaba—, pero no creáis que no hago nada por ello.

Después, todas las ovejas interesadas en el tema podían escuchar una larga charla sobre las ventajas del aire matutino. Pero lo extraño era que, aunque los sermones de Cloud se habían hecho muy populares, nunca encontraba ninguna oveja que, en pro de su propio crecimiento lanar, estuviese dispuesta a escabullirse antes que las demás del mullido abrazo del rebaño.

Esa mañana Mopple the Whale aún dormía las fatigas de su primer cólico, y Cloud estaba sola en la fresca pradera. ¿Sola? En realidad no. También estaban las ovejas de Gabriel, las cuales, al carecer de establo, se levantaban inevitablemente temprano y asestaban un duro golpe a la teoría de Cloud sobre el aumento del crecimiento lanar durante las horas matutinas.

Pero, para gran sorpresa de Cloud, también Sir Ritchfield estaba ya despierto. Se hallaba en George's Place y pastaba dignamente, ensimismado. De pura indignación Cloud olvidó su matutina serenidad. Se esponjó ante Ritchfield.

—¿Sabes dónde estás? —le preguntó.

—De vuelta —respondió Ritchfield, conmovido. Y bajó la cabeza en la hasta entonces intacta hierba de George's Place para seguir pastando alrededor de unas ricas flores cosquillosas.

—Estás paciendo en George's Place —baló Cloud—. ¡Cómo has podido!

—Muy fácil —repuso Ritchfield—. Salvé la loma, crucé el campo, dejé atrás la vieja cantera, pasé por encima del cadáver, recorrí el mundo y volví. Sin dejarme pillar por el carnicero. Es fácil, porque el carroñero teme a los muertos. La cabeza al viento, los ojos libres y los recuerdos bien sujetos a la piel. Imposible. Fácil cuando uno lo hace.

Cloud lo miró con recelo. Su indignación se había esfumado. Había algo que no encajaba. Baló intranquila, y a él no pareció

agradarle. Se acercó más a ella y le susurró al oído:

—No te preocupes, lanuda. Éste no es George's Place. Ninguna oveja removerá George's Place, porque George's Place está debajo del dolmen, donde ya no crece la hierba, donde aguarda el pastor de los ojos azules. George's Place está a salvo hasta que aparezca la llave. ¿Quién tiene la llave? —quiso saber.

Era evidente que sus palabras tenían por objeto tranquilizarla: la voz de Ritchfield era suave. No obstante, Cloud salió corriendo hacia el establo, presa de la confusión.

Al poco, el rebaño entero se reunió en George's Place. Se encontraban a una distancia respetable en torno a Sir Ritchfield, que no daba muestras de querer abandonar el lugar. La presencia de tantas ovejas parecía irritar a Sir Ritchfield.

—A veces estar solo es una ventaja —aseguró.

—¿Cómo puede decir eso? —inquirió Heide. Las demás guardaban silencio.

—No suena nada a Ritchfield —opinó Lane al cabo.

—Huele raro —aseveró Maude—. A enfermo. O puede que a enfermo no, pero no como Ritchfield. No como una oveja. O por lo menos no como una sola oveja. Huele como un joven carnero con un solo cuerno. Y como una oveja madre experimentada. Y como una oveja joven que todavía no ha visto un invierno, con la lana muy espesa. Y como un carnero muy viejo que no verá otro invierno. Pero a la vez como ninguno de ellos. De alguna manera... a medias. —Maude no sabía qué pensar.

—¡Vaciado! —exclamó Mopple—. ¡Ritchfield se está vaciando!

Eso debía de ser. El agujero en la memoria de Ritchfield se había agrandado tanto durante la noche que todos los recuerdos posibles e imposibles se le salían sin más.

Ninguna oveja sabía qué hacer. Ritchfield era el manso, pero estaba claro que no se podía esperar que él mismo hiciera algo. Maple había desaparecido, y a Othello no había forma de encontrarlo. Mopple, el carnero memorioso, se había ido al otro lado

de la pradera porque temía que el agujero de la memoria pudiera ser contagioso. Zora miró un instante a Ritchfield con extrañeza y, acto seguido, corrió a su roca. Al final fue Ramses quien se ocupó del asunto: apartó un tanto al rebaño de Ritchfield para que éste no oyera sus deliberaciones.

En principio no deliberaron nada. Nadie sabía cómo tapar un agujero de la memoria. Para ser sinceros, ni siquiera eran capaces de imaginar qué era un agujero de la memoria.

—Debemos alejarlo de George's Place antes de que se lo coma todo —propuso Ramses.

—¿Cómo? —inquirió Maude—. Él es el manso.

—Ya no —aseguró Ramses—. Sólo hemos de explicárselo.

Por lo menos era una propuesta. Las confusas ovejas se habrían entusiasmado con casi cualquier propuesta. Antes de que Ramses supiera cómo había ocurrido, se resolvió que él debería explicarle a Ritchfield que sus días como manso habían terminado.

Presa de la curiosidad, las ovejas se apelotonaron en torno a él mientras Ramses se acercaba a Ritchfield con aire vacilante. Tragó saliva. Tenía la sensación de que Ritchfield nunca había estado más majestuoso ni había impuesto más respeto. Se disponía a farfullar un saludo circunspecto cuando Ritchfield se le adelantó.

—Tú, el de los cuernos lisos y cortos —le dijo. Aquello fue muy acertado, pues en efecto los cuernos de Ramses apenas eran dos puntitas—. Ahórrate el esfuerzo. Ahórrate la explicación. ¿Es que no ves qué día más claro hace? Más claro que ningún otro día. Mis pájaros lo saben y levantan el vuelo temprano. Ritchfield lo sabe y busca sus recuerdos. Está claro que no soy el manso. Está claro que ninguna oveja del mundo logrará echarme de esta hermosa pradera si no quiero. Pero vosotras —su mirada recorrió a las demás ovejas, cuyos ojos, grandes y confusos, estaban clavados en George's Place —, vosotras podríais ser más claras.

Sin haber pronunciado una sola palabra, Ramses volvió con el rebaño.

—Nos ha escuchado mientras deliberábamos —baló Maude.

Al parecer, el agujero de la memoria había aguzado el oído de Ritchfield. Se propusieron ser más cuidadosas en el futuro con las observaciones desfavorables. Por seguridad, se alejaron aún más de George's Place, hasta situarse tras el dolmen.

Allí se encontraron a Othello, que se había escondido a la sombra del dolmen y observaba con gran atención a Sir Ritchfield.

—Othello —suspiró Heide, aliviada—, ¡tienes que echarlo de George's Place!

El carnero resopló burlón.

—Yo no estoy loco —repuso.

Y no hubo manera de sacarle más.

La extraña respuesta de Othello confundió aún más a las ovejas. Othello conocía el mundo y el zoo; sabía algo que ellas no sabían, por eso se hallaba a la sombra del dolmen y no se movía. Siguieron reflexionando.

—Al menos Ritchfield ha dicho que busca sus recuerdos —apuntó Lane con optimismo.

—Si es un agujero en la memoria, tendría que poder taparse con recuerdos —razonó Cordelia de pronto—. Un agujero en la tierra se tapa con tierra.

—Pero un agujero de ratas no se tapa con ratas —objetó Cloud.

—Podría taparse —insistió Cordelia—. Con ratas muy gordas.

A los pocos minutos tenían un plan: crearían un recuerdo para Ritchfield, tan grande y gordo como para tapar el agujero. Un gran recuerdo con la mayor cantidad de ovejas posible. Hicieron bajar de su roca a Zora y convencieron a Mopple de que se acercara de nuevo a Ritchfield. La corpulencia de Mopple contribuiría a incrementar la magnitud del recuerdo. Othello fue el único que se negó en redondo a colaborar.

—Debe ser algo muy especial —baló Heide agitada—. Algo que nunca haya hecho un rebaño.

Poco después, todas las ovejas estaban tumbadas boca arriba ante George's Place, con las cuatro patas levantadas y balando a grito pelado. Ritchfield había dejado de pastar y las miraba

atentamente. De no estar tan concentradas, habrían notado lo divertido que parecía Ritchfield.

—Pero ¿qué disparate es éste? —bufó de pronto la familiar voz de Ritchfield—. ¿Es que os habéis vuelto locas?

Las ovejas se lanzaron miradas triunfantes: Sir Ritchfield volvía a sonar sano. Poco a poco, el rebaño se fue levantando, un tanto aturdido por la extraña postura, pero orgulloso del resultado.

Ritchfield iba hacia ellas desde el acantilado.

—¡Orden! —resopló—. ¡Compostura! ¿Es que no se os puede dejar solas?

Pero Ritchfield también se hallaba en George's Place y se puso a pacer de nuevo alrededor de las flores cosquillosas.

Los ojos de las ovejas iban perplejos de un Ritchfield a otro.

—Ése es Ritchfield —musitó Heide mirando al que pedía orden desde el acantilado—, pero ese otro también lo es.

—No —dijo Miss Maple, que acababa de aparecer junto a Ritchfield como una sombra curiosa—, ese otro es Melmoth.

La llegada de Melmoth conmocionó a las ovejas como sólo lo habría hecho la llegada de un auténtico lobo. Melmoth era más que un carnero ausente: era una leyenda, como Jack, el que se libró de la esquiladora, o el morueco de los siete cuernos, un espíritu que servía para infundir temor a los corderos más rebeldes cuando las demás advertencias fracasaban. Era un ejemplo de lo que le sucede a una oveja cuando se aleja del rebaño, se acerca en exceso al acantilado, come cosas desconocidas o desoye los balidos de alarma de las ovejas madre.

«Así se asomó Melmoth y no volvió», decían cuando un cordero osaba aproximarse al abismo.

«Así de hierba del dolor comió Melmoth y ahora está muerto.»

En su papel de fantasma de la educación de los corderos, Melmoth había sufrido miles de muertes susurradas, y ahora lo tenían allí delante, pletórico y rebosante de salud. Las ovejas madre se preguntaron cómo contendrían a sus corderos en el futuro. Y

ningún cordero había escuchado más historias espeluznantes acerca de Melmoth que el cordero de invierno, que ahora merodeaba por la sombra de los setos, mirando a Melmoth con ojos centelleantes y enigmáticos.

—¡Hay dos Ritchfield! —exclamaron los otros corderos; todos salvo uno, que permanecía en silencio y se arrimaba a la mullida lana de Cloud siempre que podía.

Todas tenían claro que Melmoth era algo especial. Algunas lo llamaban «el Peludo», sin saber a ciencia cierta si ello era una ofensa o un apelativo honroso. Sin embargo, una vez Ritchfield le informó por qué ninguna oveja podía pastar en George's Place, de momento Melmoth fue acogido con cordialidad.

—Es lanudo —aprobó Cloud—. Puede que un poco desgreñado, pero lanudo.

—Tiene una bonita voz —aseguró Cordelia.

—Huele... interesante —opinó Maude.

—Nos ha dejado las flores cosquillosas —observó Mopple.

Naturalmente, no tardó en surgir la cuestión de quién sería ahora el manso.

—No podemos tener dos mansos —afirmó Lane—. Ni aunque sean el mismo —añadió pensativa.

Les habría gustado conservar a Sir Ritchfield de manso, pero un manso con el que no había forma de saber a primera vista si de verdad era el manso resultaba poco práctico. Además, Ritchfield había cambiado: se había vuelto más alegre, más juguetón, casi audaz como un carnero joven. Ya no parecía interesarle especialmente ser manso. Pasaba la mayor parte del tiempo pegado a Melmoth. Ellas nunca lo habían visto tan dichoso. Ritchfield había instituido una nueva regla: «Ninguna oveja puede abandonar el rebaño —le decía a todo aquel que quisiera escuchar—, a menos que vuelva.»

Temprano, más temprano que George, Gabriel volvió a presentarse en la pradera. Sin su cayado. Sin perros. Hasta sin sombrero. Pero

con la pipa en la comisura de los labios. Y con una escalera. Las ovejas estaban orgullosas de hallarse ya faenando: Gabriel vería que entre ellas no había holgazanas.

Sin embargo, el pastor no pareció alegrarse especialmente. ¿Acaso no le gustaba Melmoth? En realidad ni siquiera reparó en el viejo carnero: echó un vistazo a sus ovejas, que ya habían dejado medio pelado su cerco de pastoreo, y a continuación se fue con la escalera al árbol de las cornejas.

En la pradera en sí no había árboles. En cambio, dos de sus lados se hallaban bordeados por setos. Éstos no eran un obstáculo serio si una oveja estaba decidida a abandonar la pradera, pero impedían ver el jugoso verde de las inmediaciones y, de ese modo, evitaban que las ovejas quisieran dejar la pradera. «Barreras psicológicas», lo llamaba George.

En aquellos setos, entre la retama, se erguían tres árboles: el árbol de la sombra, bajo el cual se estaba bien fresquito en verano; un pequeño manzano que, para gran fastidio de las ovejas, se desprendía de sus manzanas cuando aún no eran más grandes que el ojo de una oveja y sabían ácidas como Willow en sus peores días; y el árbol de las cornejas, donde vivían unos pájaros que chillaban desde el amanecer hasta el ocaso. A mediodía guardaban silencio.

Ahora Gabriel se dirigía con su escalera hacia este árbol. Apoyó la escalera en el tronco, subió y se encaramó a la rama más baja. Los pájaros se percataron de que aquello iba en serio y echaron a volar: rollizos y torpes como palomas torcaces, relumbrantes y burlonas como cornejas, blanquinegros y furtivos como urracas.

Gabriel estuvo un buen rato subido al árbol, mientras las ovejas lo observaban.

—Le gustan las urracas —aseguró Mopple.

Era la primera vez que decía algo sobre Gabriel. Mopple the Whale se sentía un tanto avergonzado porque no le interesaba mucho todo aquel asunto del nuevo pastor. De haber sido por él, Gabriel y sus extrañas ovejas no habrían aparecido allí. Aquellas desconocidas inquietantes estaban dejando pelada con una rapidez alarmante una parte del prado, y entre ellas había un carnero al que

Zora no dejaba de mirar de reojo. Y el propio Gabriel tampoco es que fuera de mucha utilidad. ¿Qué había hecho hasta entonces por ellas? Ni nabos ni trébol ni pan seco, ni siquiera heno. No había limpiado el abrevadero, aunque, en opinión de Mopple, era urgente. El día anterior se lo había pasado pegando brincos inútilmente por la pradera, y hoy: ¡árboles! Los pájaros organizaron un buen alboroto, y con razón. Si eso era lo que Gabriel entendía por obligaciones, se avecinaban tiempos oscuros.

La pequeña y nervuda silueta del pastor iba de rama en rama, siempre hacia arriba. Como un gato. Fisgaba en los nidos de las aves como un gato.

Las ovejas no tardaron en aburrirse. Si Miss Maple no hubiese insistido en vigilar de cerca a Gabriel, pronto se habrían distraído. Pero clavaron la vista en las ramas altas, hasta que, debido a la inusual posición de la cabeza, se marearon. Incluso Melmoth observaba a Gabriel con una extraña mirada de pájaro.

Sin embargo, fue Sir Ritchfield el que vio un detalle crucial: al parecer, Gabriel había encontrado lo que buscaba en un nido. Además de Ritchfield, Zora, Maple y Othello también vieron que sostenía una llave en la mano. Pero el manso fue el único que distinguió que no era la misma llave que Josh había sustraído el día anterior de la caja de galletas de avena.

—Pequeña y redonda —aseguró Sir Ritchfield—. La llave del nido es pequeña y redonda. Y la llave de ayer era larga y cuadrada.

Las ovejas se quedaron asombradas. Sobre todo con Ritchfield. Éste, orgulloso de su observación, ni siquiera se dio cuenta de que incluso se acordaba de la llave del día anterior. Era evidente que la presencia de Melmoth le hacía bien.

La memoria de Gabriel parecía peor que la de Sir Ritchfield: tal vez no hubiese visto bien la llave del día anterior. Sea como fuere, se bajó de buen humor del árbol de las cornejas. Volvió de buen humor a la caravana e introdujo de buen humor la llave en la cerradura. Y el buen humor cesó de golpe y porrazo. Gabriel profirió un pequeño silbido enojado, y cuando sus ovejas lo oyeron, entre ellas cundió un pánico mudo e infundado que perduró incluso después de que

Gabriel enfilara el camino rumbo al pueblo. Las ovejas de George las miraron intranquilas hasta que otro ruido distrajo su atención.

Melmoth se hallaba junto al dolmen, riendo.

Las ovejas no tardaron en caer en la cuenta de que Melmoth no era sólo una oveja más en el rebaño, aunque no lograban comprender por qué. Lo primero que les llamó la atención fue el efecto diseminador de Melmoth. Cuando éste pastaba con ellas, apenas les resultaba posible mantener la formación habitual. Se dispersaban sin querer como si un lobo hubiese irrumpido en el rebaño. Sólo que al ritmo de su pastar, es decir, muy despacio, casi sin percatarse de ello. Empezaba a parecerles inquietante.

Luego estaba lo de los pájaros: nada de regordetes pájaros cantores, sino carroñeros de voz ronca como cornejas y urracas. Melmoth dejaba que se le subieran y los llevaba de paseo mientras pacía. Claro que las ovejas no le temían a las cornejas (salvo Mopple, quizá), pero olían demasiado a muerte. Cuando le preguntaron a Melmoth, éste bufó burlón.

—Son un rebaño como vosotras, un pequeño rebaño de alas negras. Vigilan y pacen y se rascan la piel. No es culpa suya que su pasto sea la muerte. Dejan el recuerdo en paz. Y son más listas que el hambre. Entienden al viento.

¡Demencial!, pensaron algunas, pero nadie se atrevió a decirlo en alto. Lo cierto es que el lenguaje de Melmoth era raro como el balido de una cabra, pero no causaba perplejidad mucho tiempo. Era como si sus palabras giraran en torno a lo que quería decir describiendo extrañas líneas. Les resultaba complicado, pero no demencial. Cordelia era la única que insistía en que el lenguaje de Melmoth era más preciso que el de las demás ovejas.

—No dice las cosas como las piensa. Dice las cosas como son —solía argumentar siempre que se reunía un grupito de ovejas melmothescépticas.

Los grupitos cada vez eran más habituales... y secretos. No sin temor, todas notaron enseguida que Melmoth se enteraba de

muchísimas de las cosas que sucedían en la pradera.

—Se lo cuentan los pájaros —baló Heide.

Y las ovejas comenzaron a vigilar atentamente el cielo. Y observaban a Melmoth más que antes.

Éste pacía por la pradera como un lobo solitario. Su expresión también tenía algo lobuno. Parecía absurdo, y sin embargo a veces les daba la impresión de que Melmoth en realidad no era una oveja. Las más listas recordaban brevemente la historia del lobo con piel de oveja y se estremecían.

Y luego había un cordero distinto, un cordero de caminar vacilante que observaba a Melmoth con ojos grandes y tímidos. Poco después corrió un rumor, el rumor de que Melmoth era un espíritu. Sabían por los cuentos de hadas que el espíritu de los muertos a veces volvía para vengarse. «El rey de los gnomos» y «el espíritu del lobo», se murmuraba en el rebaño.

Othello se enfadó: se había pasado días siguiendo el rastro del viejo; años, para ser exactos. Desde aquella noche lluviosa en el circo, cuando Melmoth echó a correr por la carpa mientras Othello lo miraba a través de los barrotes y el payaso cruel yacía en el barro y pedía a gritos que encendieran la luz, Othello supo que tenía que reencontrarse con Melmoth. Ahora era Melmoth el que lo había encontrado a él. Othello estaba descontento. No sabía qué hacer. ¿Ir corriendo alegremente hacia él, como había hecho Sir Ritchfield? Melmoth había enseñado a Othello a ser paciente, le había enseñado a aprender del agua y el fuego, a observar el rastro de baba de los caracoles, a devolver la ira y el miedo al sitio al que pertenecían, a contemplar las ideas. Y le había enseñado a luchar. Su voz lo había acompañado y le había salvado la vida en más de una ocasión.

Pero Melmoth también lo había dejado solo con aquel payaso cruel. «A veces estar solo es una ventaja», resopló Othello, furioso. De todas las cosas que Melmoth le había dicho, ésa era la única que nunca había creído.

Incapaz de tomar una decisión, hasta el momento se había escondido de Melmoth como había podido. Oh, pero Melmoth sabía que él estaba allí, a ese respecto no se hacía ilusiones; sin embargo, por algún motivo, el gris había resuelto dejarlo en paz. ¿Acaso le daba igual Othello, una de tantas ovejas que se habían cruzado en su solitario deambular, perdida en un rebaño sin rostro que ya no le interesaba? De todas las posibilidades, ésa era la que más horrorizaba a Othello.

Pero ahora escuchaba el medroso cuchicheo de su nuevo rebaño, su primer rebaño en toda regla, y comenzaba a preocuparse. ¿Y si era cierto que George había perseguido antaño a Melmoth a vida o muerte, tal como se murmuraba en el rebaño? Entonces, ¿qué? Si había aprendido algo cuando estaba en el circo, era que Melmoth podía ser capaz de todo.

También Miss Maple pensaba febrilmente. No había creído ni por un instante que Melmoth fuera un espíritu, pero ¿acaso no podía tener que ver con la muerte de George? ¿Qué sabía Ritchfield? Maple estaba segura de que el extraño comportamiento del manso de un tiempo a esa parte debía guardar relación con Melmoth.

En un momento en que Melmoth dormitaba bajo el árbol de las cornejas, Maple no pudo aguantarse más y, con paso decidido, se acercó sin dejar de pastar a Sir Ritchfield.

—Quién habría pensado que Melmoth había sobrevivido, ¿verdad? —comentó sin demasiado interés.

Ritchfield resopló divertido.

—Yo —contestó—, yo lo presentí. Aquella noche lluviosa. Una intuición propia de gemelos. Aquella noche lluviosa supe que había vuelto. Desde entonces estaba a la espera.

—Pero no nos dijiste nada —apuntó Maple.

El manso no contestó.

—Y siempre decías que habías olido su muerte en las manos de George —insistió Maple.

—Olí la muerte en las manos de George —precisó Ritchfield, pensativo—. Aunque probablemente fue una muerte ajena.

—O casi una muerte. Puede que Melmoth escapara más muerto que vivo. Seguro que estaba muy enfadado con George...

Ritchfield calló. Miss Maple arrancó un matojo de diente de león.

—No nos dijiste nada —repitió cuando hubo terminado de mascar—. Creías que Mopple sabía algo de Melmoth y lo intimidaste para que no dijera nada. ¿Por qué?

El manso puso cara pesarosa.

—No estuvo bien intimidar a Mopple —reconoció—. Pero pensé...

Miss Maple no pudo contenerse más.

—Pensaste que Melmoth tal vez tuviera relación con la muerte de George. Una conducta muy extraña, presentarse de noche y a escondidas en la pradera, y precisamente después de la muerte de George. Pensaste que entonces, la noche siguiente a la huida de Melmoth, tuvo que pasar algo terrible. Que quizá Melmoth todavía estuviese furioso, ¿no es así? Y decidiste mantener en secreto su llegada.

Maple alzó la cabeza, satisfecha: una conclusión acertada. A partir de las pistas. Igual que en la novela policiaca. Orgullosa de sí misma, vio en el rostro turbado de Ritchfield que había dado en el clavo.

—Quería ayudarlo —se excusó el viejo carnero—. De gemelo a gemelo.

—De gemelo a gemelo —bufó Melmoth, que de pronto se hallaba al lado de Miss Maple.

Ésta miró a uno y otro carnero. Volviera donde volviese la cabeza, siempre veía al mismo. Aquello desafiaba a la razón, y la cabeza le daba vueltas.

Melmoth miró fijamente a Ritchfield.

—¿Furioso con George? —resopló—. Chismes de urracas. Lamentos del viento. Sandeces de corderos. ¿Quieres adentrarte en la noche que no quisiste venir? ¿Queréis oír una historia? —baló bien alto para que todas las ovejas lo oyeran—. ¿La historia de la quinta noche?

El sol lucía alto en el cielo, y el mar no traía viento alguno. Las únicas que parecían indiferentes al calor eran las moscas, que zumbaban infatigables alrededor del hocico de las ovejas y se les metían en las orejas. Ello ofreció un pretexto incluso a las más escépticas para reunirse como si nada bajo las frescas ramas del árbol de la sombra, donde Melmoth se recostó sobre un blando colchón de hojarasca y contó su historia. Hasta el cordero de invierno llegó a asomarse por el tronco y, como las ovejas se sentían demasiado apáticas para ahuyentarlo, se quedó.

Así fue como ese inmaculado día de verano todas las ovejas de George se quedaron heladas. Melmoth habló como las ovejas nunca habían oído hablar, no sólo con palabras, sino con el viento en la lana y el corazón tembloroso, de manera que las ovejas no tardaron en correr con él por la oscuridad.

Y en la historia de Melmoth hacía un frío glacial.

# 13

*A salto de mata, a salto de mata, a salto de mata, a pata, a pata, caminata, caminata.* Las pezuñas de Melmoth golpeaban el suelo invernal. Su corazón le precedía desbocado. A campo traviesa. Los perros del carnicero aullaban. Tras ellos iba el propio carroñero. Melmoth y Ritchfield llamaban carroñero al carnicero porque olía a muerte y les parecía demasiado indolente para liquidar algo él mismo. Sin embargo, ahora daba la impresión de que el carnicero formaba parte de los cazadores, y Melmoth corría para salvar la vida. *A salto de mata, a salto de mata.*

—No te atreves —dijo Ritchfield con toda la arrogancia del mayor. El hecho de que Ritchfield fuera únicamente unos segundos mayor que Melmoth no facilitaba las cosas.

En un principio sólo se enfadó: a Melmoth no se le ocurrió preguntar si Ritchfield se atrevería. Tampoco se trataba de eso, de lo cual se dio cuenta en el acto. No se trataba de ninguna otra oveja. Se trataba tan sólo de él mismo. Melmoth dejó de pastar. Volvió la cabeza y miró allí donde el paisaje comenzaba a alejarse suavemente de la pradera, colina tras colina tras colina.

—Claro que me atrevo —le dijo a la cara burlona de Ritchfield.

*Caminata, caminata, a salto de mata.* Melmoth ya no recordaba cuándo ni dónde había aprendido esas palabras. Eran las palabras adecuadas, sin más. Lo ayudaron a no pensar en el carroñero. Y es que, en el fondo, ni siquiera el carnicero tenía importancia. Lo único

que tenía que hacer era continuar, correr, a salto de mata, correr, con patas aladas y aliento resuelto. Mientras siguiera adelante, el carnicero no tenía importancia. Pero el aliento de Melmoth ya no era resuelto: demasiado aire frío fuera y demasiado poco aire caliente en los pulmones. *A pata, a pata* desde hacía una eternidad.

—Tres días y tres noches —dijo Ritchfield—; si no, no vale.

—No —lo corrigió Melmoth—. Tres no.

Ritchfield resopló burlón.

—Entonces no vale. Cualquier cordero lechal puede extraviarse una noche en el campo. O incluso dos.

—Cinco —dijo Melmoth—. Cinco días y cinco noches. —Disfrutó viendo la perplejidad ovejuna de Ritchfield—. Cinco días y cinco noches —canturreó—, cinco soles y cinco lunas, cinco mirlos y cinco ruiseñores. —Bailoteó alrededor de Ritchfield y soltó unas coces alegremente.

Por un instante Ritchfield pareció ceñudo, pero luego se contagió del buen humor de su gemelo.

—Cinco mirlos y cinco ruiseñores —canturreó también, y al poco retozaban los dos por la pradera alegremente. Ninguno pensó ni por un instante que perseguirían a Melmoth.

*A salto de mata.* Sobre todo de mata. Había tantas matas... Y no facilitaban precisamente la carrera. Melmoth tropezaba con las piedras, se golpeaba las patas contra los afilados cantos y se veía obligado a esquivar rocas grandes. Nunca había visto tantas piedras. En ese momento supo que estaba perdido sin remedio. Los perros del carnicero ladraban; ahora eran más que antes: una traílla entera. Sus aullidos resonaban a sus espaldas como el viento. El viento lo seguía. Lo seguía. ¡El eco! No eran más, pero sonaban como si fuesen una traílla. Aquello debía de estrecharse a su alrededor, aunque no lo veía. De pronto los perros enmudecieron. Melmoth

sólo oía sus jadeos y el salto de la grava sobre la piedra. Demasiado cerca para ladrar. Demasiado vehementes.

—A pata —bufó Melmoth.

—Y detrás la cazata —le respondieron entre susurros las paredes rocosas.

«No te resfríes», le había dicho Ritchfield al despedirse, con cierta torpeza. Melmoth levantó la cabeza, orgulloso. Sus ojos chispeaban. ¿Qué sabía Ritchfield de los peligros de estar solo? Sin duda los resfriados no formaban parte de ellos. Melmoth se había pasado días y días pensando en ello y había llegado a la conclusión de que no existían tales peligros. Quimeras. Fantasmas de corderos lechales amedrentados, historias horripilantes de ovejas madre preocupadas. ¿Qué hacían las ovejas en el rebaño? Pastar y descansar. ¿Qué haría él sin rebaño? Pastar y descansar, claro está. El resto era una ilusión. No existía ningún peligro. Ninguno.

Paredes rocosas. La luna apareció fugazmente en el cielo y Melmoth las vio pasar a izquierda y derecha: no eran muy altas, pero sí demasiado altas y escarpadas para una oveja. *A salto de mata, a pata.*

*De mata.*

Todo había terminado. Las paredes rocosas se cerraban a su alrededor. Un callejón sin salida, un camino cerrado. Tendría que trepar por las paredes de roca. No tenía opción. A su izquierda había un sitio que no parecía tan escarpado. Un montón de piedras, una rampa natural. Melmoth subió a trompicones. Al principio la cosa iba bien, pero sus pezuñas desencadenaron pequeñas avalanchas de piedras. Era como si intentara caminar por la lluvia. Imposible. Melmoth lo sabía. El carroñero también parecía saberlo. Un grito horrible: llamó a sus perros. Los perros ya no eran necesarios. Un arrastrar de pies en el silencio. Melmoth estaba vencido. También su miedo estaba vencido. En sus últimos segundos de vida decidió ser

una oveja valiente de veras: le haría frente al carnicero. Poco a poco, tembloroso, volvió a bajar la rampa de piedras. *A... pata... a... pata... a...*

Pata.

Del alud de piedras que desató en su huida sobresalía una pierna humana.

Por supuesto que se resfrió, justo la primera noche, recostado contra un erizado espino blanco y protegido mínimamente del glacial viento de noviembre. Esa noche no descansó, se limitó a escuchar los ruidos de alrededor. Y a anhelar la llegada del día. Un día que sin duda sería estupendo. Y ciertamente de día las cosas fueron mejor. Por cierto tiempo. Melmoth recorrió el verde grisáceo de la invernal llanura con la nariz mocosa y royó con cuidado unos matojos de hierba seca.

Al mediodía subió a la cima de una colina desde la que una oveja con buena vista podía ver a lo lejos. Melmoth dirigió su excelente vista hacia la azul franja de mar del horizonte, supuestamente para orientarse y secretamente para buscar puntos lanudos y blancos. Pero no vio nada. Ni siquiera una nube en el cielo. En ninguna dirección. Melmoth estaba solo hasta el horizonte. Una euforia absurda lo recorrió de la cabeza a las pezuñas y aguzó más la vista para seguir oteando en soledad. Cuando la euforia empezó a convertirse en pánico, echó a correr en frenético zigzag por las desiertas lomas.

Subió con cautela por encima de la pierna humana, *a pata*, hasta volver a encontrar suelo firme bajo los pies. Un alivio. Desapareció entre las sombras que había al pie del montón de piedras y escuchó atentamente. Los perros jadeaban y el carnicero resoplaba.

—Está en la antigua cantera —aseguró éste—. Lo tenemos.

—Hum hum —respondió una voz conocida.

Melmoth vio surgir de la oscuridad dos nubes de luz blanca, vio el vaho caliente y humeante de los perros y la mole negrísima del carnicero. Melmoth temblaba, pero sólo de agotamiento. Por dentro se sentía asombrosamente tranquilo. Lo oía todo, todo: los gañidos de los perros y los latidos rabiosos de su corazón, el tintineo de la luz de la luna en el frío suelo, el aleteo de un ave nocturna, incluso el paso aterciopelado de la lenta noche. Era su quinta noche... la última.

El carnicero llevaba una luz. Melmoth vio que ésta cambiaba de rumbo, trepaba por las paredes rocosas y se acercaba cada vez más. Al pie del montón de piedras la luz titubeó un instante y, acto seguido, subió la rampa con resolución, sin hacer rodar una sola piedra. La luz era una buena cazadora. Desde la rampa la luz saltó a las sombras, directamente hacia Melmoth. Aquel blanco cegador lo hizo parpadear un momento. Luego todo se volvió negro a su alrededor.

—¡Oh, mierda! —exclamó el carnicero.

—¿Qué? ¿Le ha pasado algo? —quiso saber George, algo por detrás del carnicero—. Te dije que no lo acosaras, no de noche, cuando... —Hizo una breve pausa—. ¡Oh, mierda! —dijo después.

Abriendo los ojos con resolución, Melmoth consiguió hacer retroceder poco a poco la negrura. Ahora veía lo que pasaba: la luz se había apartado de él, había vuelto a las piedras y se había aferrado a la solitaria pierna humana. Melmoth cayó en la cuenta de lo impropia que resultaba en ese sitio. Se erguía pálida y lampiña en el cielo nocturno y olía a muerte.

La luz empezó a temblar. El carnicero retrocedió unos pasos. Los perros eran los únicos que aún parecían interesarse por Melmoth, que respiraba con dificultad entre las sombras de la rampa de piedras.

—¿George? —dijo el carnicero. Su voz no sonaba en modo alguno horrible—. ¿Nos... vamos?

La delgada silueta de George seguía inmóvil en la oscuridad. Sacudió la cabeza.

—Lo hemos visto. No es precisamente agradable. Habría preferido encontrar a Melmoth y nada más, pero ya es demasiado tarde. Ahora tenemos que afrontarlo. ¡Mierda!

—¡Mierda! —repitió el carnicero, que había retrocedido otro paso —. ¿Lo coges tú? —preguntó.

George se volvió a medias para mirarlo, y Melmoth olió que ya no estaba enfadado. Ni con Melmoth ni con nadie.

—Ham —respondió—, tú eres carnicero. En teoría haces esto todos los días. Lo lógico es que tú...

—Eso es distinto. Completamente distinto. Dios mío, George, esto es un cadáver.

George se encogió de hombros.

—¿Acaso crees que trabajas con fruta?

Subió la rampa y rodaron algunas piedras. Sacó de la chaqueta unos guantes de trabajo y se los puso. Tiró de la pierna y algo se movió bajo el montón. Rodaron muchas piedras cuando un cuerpo asomó a la superficie. Melmoth dio un paso atrás para que las piedras no le dieran en las patas. *A pata.*

El carnicero hizo un ruido que recordó a un cordero mamando: un chasquido largo y húmedo.

—El Comadreja —afirmó el carnicero—. ¡El Comadreja McCarthy!

George, que hasta ese momento tiraba con fuerza de la pierna, miró hacia abajo. Junto a esa pierna había salido otra, y luego un tronco flaco, dos brazos flacos y una cara de comadreja muerta y sorprendida. Brazos y piernas formaban extraños ángulos.

—Tieso —juzgó George, y el carnicero asintió.

—Se requieren unas ocho horas. Necesitan ese tiempo para quedar tiesos —informó, y se pasó la mano por la boca como si quisiera recuperar sus palabras del claro aire nocturno.

George volvió a encogerse de hombros.

—McCarthy siempre andaba un poco tieso —apuntó.

Ambos tenían cara de preferir no haber dicho nada.

Los perros olisquearon con curiosidad a McCarthy. Melmoth podía haberse ido sin más, ya nadie se interesaba por él, pero

estaba muy cansado. Escuchaba el paso aterciopelado de la noche y guardaba silencio.

George se inclinó sobre McCarthy.

—Esto no es natural. Mira, Ham.

Ham asintió con la cabeza, pero no se acercó.

—¿Y si vamos a la policía? —propuso.

George negó con la cabeza.

—En cualquier otro caso, pero no tratándose del Comadreja. Piénsalo, Ham. Aquí hay algo que no encaja. Lo dicho, esto no es natural.

Melmoth no veía nada antinatural en McCarthy: muchas heriditas en el tronco y los brazos, algunas de ellas superficiales, apenas unos moratones. Pero también había algunos tajos como hechos por un cuchillo. Era probable que la herida realmente mortal fuese la de la cabeza, sangre espesa y fría en un pelo grasiento. Todo de lo más natural.

—La verdad es que no veo nada. Ham, ¿no puedes alumbrar mejor? Aquí, no desde ahí atrás —rezongó George.

—Tú mismo te haces sombra —se quejó Ham—. No puedo alumbrar a través de ti. Ponte a un lado.

—No puedo ponerme a un lado.

Era cierto: George se hallaba en medio de la estrecha rampa, el único lugar donde podía colocarse un gran bípedo como él sin caerse.

—Pues entonces bájalo aquí —resolló el carnicero—. Si no, es imposible.

George trató de sacar del todo a McCarthy del montón de piedras, pero, con sus miembros rígidos, éste se resistía. Se volvió hacia el carnicero.

—Ham, no te quedes ahí de brazos cruzados.

Éste suspiró, cogió los guantes de George, se los puso provisionalmente en sus enormes garras de carnicero y trepó por la rampa. Rodaron muchísimas piedras. Una vez arriba, agarró el cadáver con mano experta por una pata delantera y una trasera y lo apartó de los pies de George de un solo tirón. Por un instante el

carnicero se movió con la elegancia de una foca en el agua. Tras McCarthy cayó algo pesado que sonó a metal contra piedra.

—Mira. —El carnicero señaló el cogote de McCarthy—. Un golpe en la nuca. Probablemente con eso. —Señaló la cosa que había caído tras McCarthy.

Melmoth olisqueó con prudencia: una sencilla pala, como la que George utilizaba en el huerto.

—La verdad es que parece un trabajo limpio. No entiendo a qué vino esta tontería. —El carnicero señaló el torso de McCarthy—. El golpe no hace sino crisparlos.

—Es un asesinato en toda regla. —George meneó la cabeza—. Increíble.

El carnicero miró a George con cara de susto.

—Deberíamos ir a la policía cuanto antes —dijo.

—Un momento. Un momento. Primero pensemos. Nos hemos topado con una buena mierda. Piénsalo bien, precisamente McCarthy. Con todo lo que implica. ¿Sobre quién recaerían las sospechas? ¿Quién tendría algún motivo para matar a McCarthy?

—Josh, claro está; Sam, Patrick y Terry —respondió el carnicero —. Michael y Healy.

George asintió y amplió la lista:

—Eddie, Dan, Brian, O'Connor, Sean y Nora.

—Adrian y el pequeño Dennis —agregó el carnicero.

—Leary.

—Harry y Gabriel.

—Tú, en cualquier caso —observó George.

—Y tú —contestó el carnicero un tanto ofendido—. En realidad todos. Salvo tal vez Lilly. —Hizo un gesto desdeñoso con la mano.

George volvió a inclinarse sobre McCarthy.

—Podría haberlo hecho cualquiera.

Ham asintió.

—Unos mejor y otros peor.

—Tú mejor. Si vamos a la policía, primero tendremos que demostrar que no hemos sido nosotros. Necesitamos... —Se apartó la gorra de la frente. Melmoth sabía que George pensaba mucho

cuando se apartaba la gorra de la frente—. Necesitamos una coartada. La cuestión es para cuándo. ¿Sabrías decir aproximadamente cuánto tiempo lleva muerto?

—Hum —replicó el carnicero—, en mi caso están en la cámara frigorífica, claro, pero aquí no es que haga mucho calor. Si fuese un cerdo, yo diría que, por lo menos, hum, digamos cuatro días. Claro que eso sólo pasa cuando uno es un chapucero y no pone manos a la obra en el acto; luego te encuentras con esta mierda.

—¿Y si estuvo más tiempo al calor y lo trajeron aquí hace poco?

—Aun así —afirmó el carnicero—. Tres días, como mínimo. ¿Ves estas manchas de aquí? Tardan dos días en formarse, y tan marcadas como éstas de aquí... Yo diría que tres días.

La gorra de George se alejó aún más de la frente.

—Tres días. Hace tres días era domingo. Yo estaba en la caravana, quería pasar un día tranquilo. Y tú probablemente estuvieras solo delante de la caja tonta.

Ham asintió avergonzado.

—Mal, muy mal —musitó George—. Si decimos eso, nos lo pondrán todo patas arriba. Revolverán la caravana. Lo que me faltaba. ¿Ir a chirona por McCarthy? ¡No cuentes conmigo! Yo digo que lo dejemos donde está. Que lo encuentre el que quiera.

George se giró y volvió con aire resuelto por donde había venido. El carnicero llamó a sus perros con un silbido y lo siguió dando largas zancadas, nervioso. Melmoth se hallaba junto a McCarthy y los seguía con la mirada. Aun estando profunda y lanudamente cansado, se sorprendió. El carroñero... ¡huyendo de un muerto! Increíble. Melmoth vio que su muerte segura se alejaba pesadamente. *Plaf. Plaf. A pata. Plaf.*

El carnicero adelantó a George, pero luego se paró y se volvió. Un frío mortal reptó por los cuernos de Melmoth hasta instalarse en su cabeza. No podría soportar una segunda muerte en el mismo día. Primero el miedo, agrio y humeante; luego el valor ante la muerte, rígido pero claro; el alivio, blando y podrido, y ahora otra vez el miedo. Melmoth sabía que no podría ser valiente una segunda vez. No ahora.

—¿Qué pasa? —inquirió George. También él se detuvo.

—Tengo una extraña sensación —respondió el carnicero—. Como si hubiésemos pasado algo por alto.

Melmoth se quedó helado.

George rió amargamente.

—Si quieres saber mi opinión, ya podíamos haber pasado por alto algo más.

Pero el carroñero echó a andar. Hacia Melmoth. *Plaf. Plaf. A pata.*

—Hay algo que no cuadra —musitó—. Hay algo que no encaja. ¡Ojalá supiera qué!

Melmoth cerró los ojos: era la capitulación definitiva ante el carroñero. No tardaría en ocurrírsele qué era lo que no cuadraba: Melmoth no cuadraba. Y después... No serviría de mucho mantener los ojos cerrados. *Plaf. Plaf. De mata.* Melmoth percibía el olor a fiera del carnicero, caliente y rancio, avanzando lentamente hacia él.

—En la carnicería, en la carnicería —farfullaba—. Hoy en la carnicería, tres lomitos de cerdo para Kate, y luego Josh vino a recoger sus diez kilos de carne de ternera picada. Josh la necesita para la taberna, y veinte salchichas para el cumpleaños de Sam, no, eso no. Josh. Josh y sus diez kilos.

En su avance, el carnicero tropezó con George, que soltó un juramento y lo siguió.

—Maldita sea, Ham, ¿te has vuelto loco?

Pero Ham no se dejó confundir.

—Y cuando las costillas adobadas también lo dijeron. Ya no sé quién las compró. Puede que Dan. O Eddie. Y luego entró alguien más. Pero de Josh estoy seguro. Josh me contó que McCarthy había estado en el Mad Boar ayer; me contó, de bastante mal humor, que había conseguido que las autoridades aceptaran todos sus planes, que probablemente ya no se pudiera hacer nada más. Dijo que ayer. Ayer.

George emitió un silbido. Era el silbido con el que normalmente mandaba a Tess poner en orden las ovejas. Tess aún era bastante joven, y a veces no servía de nada. Pero ese día Tess no estaba allí, y con los perros del carnicero todavía sirvió de menos.

—No lo entiendo —afirmó el carnicero—. ¿Quién se tomó ayer una cerveza en el Mad Boar? Él —iluminó brevemente a McCarthy, barriendo de paso a Melmoth con el haz de luz—, él desde luego que no.

—¿Estás seguro de que dijo «ayer»? —inquirió George.

El carnicero asintió.

—Ayer. Si no me crees, seguro que lo tengo en la cinta de vídeo.

—Pero no se oye nada, ¿no? —dijo George.

—Claro que se oye.

George enarcó las cejas, pero el carnicero continuó imperturbable.

—Me llamó la atención. A McCarthy nadie le hace ni caso en semanas, y de pronto tres o cuatro personas hablan de él. Bueno, pensé, si ahora sale a la luz...

George se dio una palmada en la frente. Melmoth sabía que, en la vida de George, ese gesto estaba reservado a las grandes ideas. La idea de pintar a las ratas con pintura fosforescente para ver en la oscuridad por qué agujero entraban en la caravana, la idea de que Maple había robado la melaza del pan, la idea de que atrapando a Ritchfield se podría atrapar a Melmoth, pues Melmoth y Ritchfield eran inseparables como el suelo arenoso y el barrón. Cuando George se daba una palmada en la frente siempre tenía razón.

—Han sido ellos —dijo George—. Todos juntos.

El carnicero lo miró sin comprenderlo.

—¿Quiénes son ellos? —le preguntó.

—No sé quiénes —contestó George—. Pero muchos. Muchísimos. Tantos que todos los que se encontraban ayer en el Boar están en el ajo. Dios mío, Ham, párate a pensarlo. Lo decidieron sin más, igual que decidieron que había que cambiar el tejado de la asociación de vecinos. Esos cerdos. Lo escondieron aquí y ahora van por ahí contándole a todo el mundo que ayer estaba en el Boar. Y cuando lo encuentren, más adelante, cuando ya no sea posible determinar con precisión cuándo murió, desde ayer todos tendrán magníficas, hum, coartadas. Abogados, citas con el médico, viajes a la ciudad. Estate atento los próximos días, ya verás.

—Pero... —el carnicero movió sus gruesos brazos con torpeza—, ¿te refieres a todos? ¿Incluso a O'Connor? ¿A Fred?

—No sé a ciencia cierta quiénes, Ham —aclaró George un tanto irritado—. En cualquier caso, todos los que estaban ayer en el Mad Boar. Y probablemente algunos de los que no estaban. Imagino que los verdaderos instigadores se mantuvieron apartados de la taberna.

—¿Y si hubiese ido yo al Boar? Mira que lo pensé, ayer no había nada en la tele.

—En ese caso McCarthy ya se habría ido. O aún no habría llegado. O lo habrían visto en el supermercado. O en el parque, hablándoles a los niños de sus miserables planes. Si hay bastante gente en el ajo, eso da igual.

—No me lo puedo creer —se lamentó el carnicero—. Pero si todos compran mis salchichas. Mis costillas. ¿Y de repente son asesinos? No me lo creo.

—Así es la gente. Será mejor que te acostumbres —afirmó George, pero el carnicero en realidad no lo escuchaba.

—Mi rosbif. ¿Cómo voy a seguir vendiéndoles mi rosbif sabiendo que han matado a una persona?

Por un instante, una bocanada de vaho surcó el frío aire.

George se quedó de una pieza.

—Ham, ¡calla! —gruñó entre dientes. Muy bajo.

Cuando George hablaba muy bajo la cosa era importante. Pero a Ham no había quien lo parara.

—Ésos no vuelven a sacarme nada, ¡nada de nada! —exclamó.

—¡Ham! —gruñó George. Algo en su expresión hizo que el carnicero se detuviera.

De nuevo el aliento silencioso. Y pasos. Pasos sobre las piedras. Pasos que se alejaban a toda velocidad. Luego silencio.

—¡Mierda! —dijo George.

—¡Mierda! —dijo el carnicero.

Ambos callaron un instante.

George suspiró.

—¡Ahora lo saben! Hasta este momento no pasaba nada. Ahora estamos con la mierda hasta el cuello.

Los ojos del carnicero se abrieron como platos. Su olor se volvió amargo y algo agrio: el carroñero tenía miedo.

—George, ¿no querrás decir que nos van a...? George, les caemos bien. McCarthy no les caía bien.

George sacudió la cabeza.

—Si mataron a McCarthy por sus tristes cuatro duros, ¿imaginas qué no harán por salvar el pellejo?

—¡Esos cerdos! —Ham apretó los puños—. Seguridad, hay que protegerse, protegerse en todo momento. No se lo voy a poner tan fácil.

Protegerse en todo momento, pensó Melmoth.

—Pero ¿cómo? —prosiguió el carnicero—. Nos hemos metido en esto como dos idiotas. Ahora ellos lo saben. ¿Qué podemos hacer?

—Pensar —respondió George—. Hemos de hallar sus puntos débiles.

Hallar sus puntos débiles, pensó Melmoth. Pensar.

—Ésos no tienen puntos débiles —suspiró el carnicero—. Son demasiados. De sobra sabes cómo son las cosas, George, un lobo no muerde a otro lobo, y con tantos haciendo causa común... —Sacudió los rollizos brazos.

—Ham, no te asustes. Piensa. Siempre hay puntos débiles.

Siempre hay puntos débiles, pensó Melmoth. Nunca habría imaginado que George y el carnicero pudieran decir tantas cosas inteligentes.

George se apartó de nuevo la gorra de la frente.

—Hum, tenemos algo de tiempo. Primero tendrán que hablar. Ninguno se atreve a nada solo.

—Ahora estamos fuera —dijo el carnicero con voz temblorosa—. ¿Lo entiendes, George? Ya no hay vuelta atrás. Una vez fuera, te quedas fuera. ¡Oh, mierda! —Ahora era el rollizo hombre el que temblaba.

George le puso una mano en el hombro con aire apaciguador. Resultaba un tanto extraño, ya que Ham era bastante más alto.

—Ham, ¿alguna vez has cuidado ovejas?

El carroñero meneó la cabeza.

—Es posible cuidar un rebaño de ovejas porque uno sabe algo de ellas. Sabe que quieren estar juntas. Harán cualquier cosa por estar juntas. Por eso se las puede cuidar. No es posible cuidar una única oveja. Es imprevisible. A veces estar solo es una ventaja.

Melmoth y el carnicero escuchaban a George con los ojos bien abiertos.

—Si estamos fuera, sacaremos partido de ello —continuó George —. Encontraremos pruebas. Tu vídeo no es mala idea. Tú vendes periódicos, ¿no?

Ham lo miró con recelo.

—¿Periódicos? Sí, claro, pero...

—Bien. ¿Y los periódicos se ven en el vídeo? Porque en ese caso podemos demostrar la fecha.

Ham asintió boquiabierto. Poco a poco parecía darse cuenta de adónde quería ir a parar George.

Pero éste seguía pensando.

—Muy bien —musitó—. Muy bien. Ellos son muchos. Y muchos juntos no arriesgan nada. Nos encargaremos de que la policía encuentre inmediatamente a McCarthy. Haz copias del vídeo. Esconderemos las cintas. Y si algo nos pasa a nosotros, todo saldrá a la luz.

—Si nos ocurre algo a nosotros, todo saldrá a la luz —repitió el carnicero—. ¡Eso! Se van a enterar. Mañana mando las cosas al abogado. Junto con el testamento, para que se lea a mi muerte.

George asintió.

—Pero ellos tendrán que saberlo lo antes posible, de lo contrario no nos servirá de nada.

—Mañana a primera hora —aseguró el carnicero con resolución —. Lo sabrá el primero que entre en mi tienda.

Dieron media vuelta y echaron a andar, aún más deprisa que la primera vez.

Pero entonces George se giró y alumbró a Melmoth.

—Melmoth —dijo con amabilidad—, vamos.

Ham resopló enfadado.

—¿Cómo puedes pensar ahora en el animal?

—Porque es mi animal. Mi cordero descarriado. ¿Quién de nosotros va a misa los domingos? Vamos, Melmoth.

George trató de seducirlo con su voz más amable, esa de tengo-un-trozo-de-nabo-en-la-mano. Melmoth olió que George no tenía ningún trozo de nabo. Pese a ello le habría gustado ir de vuelta con el rebaño.

Pero no podía.

No hay vuelta atrás. Una vez fuera, te quedas fuera.

Melmoth estaba solo. Debía permanecer solo.

A veces estar solo es una ventaja.

Empezó a retroceder, paso a paso, hasta darse de culo contra una peña. George siguió avanzando hacia él y con una mano lo agarró por los jóvenes cuernos, amistosamente, como tantas otras veces. Melmoth se defendió como nunca antes se había defendido de nada.

George acabó cediendo.

—¿Te ayudo? —preguntó Ham.

George meneó la cabeza.

—Sería inútil —repuso—. No quiere venir.

De pronto George tenía un cuchillo en la mano. De nuevo se dirigió hacia Melmoth, lo agarró por la lana, justo en el pescuezo, y se puso a buscar algo. Melmoth permanecía inmóvil. Después George encontró lo que buscaba: una fina cuerda hundida en la lana. La cortó y al suelo cayó una llave, plana y reluciente. George se agachó y la recogió. Exhaló un suspiro.

Melmoth recordaba el día en que George le había puesto la llave. «Porque eres el más salvaje», le había dicho. No Ritchfield, aunque llevara los cuernos en alto. Melmoth. Fue un gran día para Melmoth.

George se alejó de él sin volverse ni una vez.

—¿Te has vuelto loco? —le espetó Ham—. Primero nos pasamos días buscando a ese animal y ahora lo dejas ahí sin más. ¿Qué será de él? Se irá corriendo con el primer rebaño que encuentre. Lástima. ¿Una oveja sin rebaño? ¡Imposible! ¡Nunca lo conseguirá!

—Lo conseguirá —oyó Melmoth decir a George mientras dos conos de luz lechosa desaparecían en la oscuridad.

# 14

Al anochecer reinaba un silencio absoluto en la pradera. Las palomas torcaces recorrían la hierba en busca de insectos, el cielo se veía blancuzco y rosáceo, y el mar, liso como la leche, bordeaba el acantilado. Incluso el monótono rumor de las ovejas de Gabriel al arrancar la hierba había cesado. Con los ojos blanquecinos se apiñaban realizando un mudo esfuerzo contra la alambrada, allí donde una de las estacas se había soltado del anclaje.

Las ovejas de George no se daban cuenta de nada. Seguían sentadas bajo el árbol de la sombra, boquiabiertas.

—Lo has conseguido —dijo Cordelia con admiración.

Las demás ovejas callaban. Aún sentían el corazón desbocado después de oír las aventuras de Melmoth, el reluciente cuchillo, el olor del carroñero, los aullidos de los perros del carnicero.

Melmoth también callaba. Daba la impresión de seguir vagando por la cantera. Tenía un aspecto curiosamente joven.

—¡Continúa! —baló una voz implorante: el cordero de invierno.

Melmoth volvió la cabeza a la velocidad del rayo.

—¿Que continúe con qué, joven rumiante?

Asustado, el cordero de invierno desapareció tras el tronco del árbol de la sombra.

—Me refiero a que cómo continúa la historia —baló desde allí.

—La historia no continúa —respondió Melmoth—. Una historia termina exactamente cuando termina. Como un aliento. Pero la vida continuó, salvando colinas y pantanos, lejos de las carreteras, a la orilla de playas salobres y ríos centelleantes, en las montañas

brumosas, donde pastan las cabras salvajes de Wicklow, a través de numerosos rebaños como si fuera a través de copos de nieve, hasta llegar al mar del Norte, donde termina el mundo, y más allá... y yo no hice más que seguirla, describiendo infinitas curvas, igual que el ratón por la hierba.

—Entonces háblanos del mar del Norte —baló el cordero desde detrás del tronco.

Pero Melmoth no escuchaba.

—Yo también querría que continuara la historia —le susurró a un reluciente escarabajo negro que se paseaba por una larga brizna de hierba justo delante de sus narices—. En el propio pellejo, en la vuelta, no con los extraños, en el mundo. Pero para eso hace falta un pastor, y el pastor ha muerto.

Los dientes se cerraron y el gordo escarabajo desapareció junto con la brizna de hierba entre las mandíbulas de Melmoth. El carnero gris mascó con aire pensativo. Mopple arrugó la nariz.

—¿Por qué sabes que George ha muerto? —preguntó Maple de sopetón.

Melmoth la miró, asombrado.

—¿Cómo no iba a saberlo? Mis pájaros lo saben, el aire lo sabe. El de los ojos azules trae hasta aquí a las de los ojos blanquecinos. Habéis saqueado el huerto. El rebaño humano pisotea la hierba como le place. Además —añadió al poco, casi divertido—, todo el que lo vio aquella noche, con el corazón parado y la sangre desbocada y la pala atravesándole la vida, puede estar bastante seguro de que está muerto.

—¿Estabas allí aquella noche? —baló, agitada, Cloud—. ¿Viste quién le clavó la pala a George?

Melmoth bufó irritado.

—No lo vi —respondió—. Ay, si lo hubiese visto...

—Pero ¿después? —inquirió Maple—. ¿Poco después?

—Las aves nocturnas aún no habían empezado a cantar. Lo encontré antes que los necróforos. Lo encontré cuando el calor de la vida no había escapado por completo en la oscuridad.

—¿Y luego? —preguntó Maple, presa de la curiosidad—. ¿Qué hiciste luego?

—Di tres vueltas a la izquierda, tres a la derecha y tres saltos hacia el cielo, como hacen las cabras salvajes de Wicklow cuando un sabio de su rebaño enmudece. Apoyé la pezuña en su corazón. Con los humanos es difícil saber dónde está el corazón, si es que tienen. Pero en su caso lo sabía. Ojalá me hubiera vuelto a ver. Sólo desde lejos. Sólo brevemente. Para que supiera que lo había conseguido. Me retrasé una puesta de sol. Una sola. Llevaba escuchando el paso del tiempo desde el último vuelo de las golondrinas, se deslizaba como la arena con el viento. Pensé que había llegado mi hora. No podía saber que era la suya.

Melmoth parecía triste.

Maple imaginó su peluda figura en la oscuridad, sus ojos brillantes, sus movimientos fluidos, algunas cornejas de negras alas en el lomo. El enigma de la huella de pezuña. Asintió y dijo:

—El espíritu del lobo.

Lo veía con claridad.

Las demás ovejas la miraron intranquilas. No les gustaba pensar en el espíritu del lobo, ni siquiera en pleno día, cuando el sol les calentaba la lana y las gaviotas revoloteaban. Escamada, Maude se puso a olisquear por todas partes.

Las más listas observaron a Melmoth y poco a poco se fueron dando cuenta: en la pradera no había ningún espíritu del lobo, tan sólo Melmoth —aunque ese «tan sólo» no parecía muy acertado en su caso—. Reflexionaron, cada una para sí, si debían temer tanto a Melmoth como al espíritu del lobo, o tan poco al espíritu del lobo como a Melmoth.

El malestar cundió en el rebaño. Lane y Mopple, que hasta entonces descansaban cómodamente en el suelo, se levantaron nerviosos. Nadie más se movió. Ritchfield, que en su calidad de manso debía dar ejemplo en semejantes situaciones, tampoco fue de mucha ayuda esa vez.

—¡Bah! —se limitó a decir.

¿Bah? ¿Significaba eso que en la historia de Melmoth y el espíritu del lobo no había una sola palabra de verdad? ¿Que hacía falta más que un espíritu del lobo para sacar de quicio a Ritchfield? ¿Que sencillamente no había acabado de entenderlo del todo?

Se miraron confusas, y algunas ovejas balaron desconcertadas.

Al final las salvó el hambre.

Mientras Melmoth les relataba la noche que pasó en la cantera, ni una sola oveja se atrevió a pastar: habían escuchado con el corazón desbocado. Ahora tenían sobre todo hambre. Era una suerte que las historias de Pamela no fuesen como la de Melmoth; si no, probablemente habrían terminado siendo un rebaño de flacas. Con espíritu del lobo o sin él, las ovejas empezaron a pacer con apetito, y al hacerlo —las mandíbulas triturando y la boca arrancando, hocicos y pensamientos hundidos en la hierba— la tensión se disipó como la niebla.

Pero entonces algo se movió contra la lana de Cloud. El cordero salió. Las patas le temblaban, pero su rostro reflejaba resolución. Echó un vistazo a la pradera. Melmoth se hallaba a pocos metros de él, como si lo esperara. Curiosamente, éste no le infundía miedo, sino valor. Ambos se miraron.

—Dicen que tú eres el espíritu del lobo —espetó el cordero, todavía algo vacilante.

—Yo soy Melmoth —contestó Melmoth.

—Entonces, ¿no hay ningún espíritu del lobo? —inquirió el cordero con los ojos muy abiertos.

Melmoth bajó su cara gris y peluda hacia el cordero: tenía las comisuras de la boca fruncidas como belfos. La corneja posada en el lomo de Melmoth graznó burlona.

—Pero si tú lo has visto con tus propios ojos, ¿no, pequeño rumiante?

—Sí, lo he visto —replicó el cordero con seriedad—. No era como tú. Era horrible.

Melmoth resopló divertido, pero antes de que el cordero pudiera sentirse como un tonto, recobró la gravedad.

—Escucha, pequeño rumiante, escucha atentamente con esas bonitas orejas, y con los ojos, con los cuernos que no te han salido aún, con la nariz, la cabeza y el corazón.

El cordero incluso abrió la boca para oír mejor.

—Si has visto al espíritu del lobo —dijo Melmoth—, lo has visto. Aquella noche yo estaba con George. Pero ¿quién dice que allí sólo estaba yo? El que allí yacía, envuelto en el manto de la oscuridad, era un pastor especial. Había recorrido muchos mundos, había sido huésped en muchos mundos. Ahora los blancos bailan en el pueblo, y la roja ha venido. Los negros taciturnos llaman en vano a la caravana, y los carroñeros caen del cielo. ¿Quién puede decir si alguien más bailó alrededor de su cuerpo muerto? Ni tú ni yo.

—Cordelia opina que es un truco —aseguró el cordero—. Cordelia opina que no hay ningún espíritu. Pero no se lo cree ni ella: ella también tiene miedo.

—No es un truco —objetó Melmoth—. Cree a Melmoth, que también ha pastado en muchos mundos. En el mundo hay espíritus. Espantacharcos y subesetos, dedos marinos y fantasmas del heno son los más inofensivos. Pero el cordero llorón... Cuando el cordero llorón grita en medio de la niebla, no hay oveja madre que pueda resistirlo. Se ven obligadas a ir con él, ¿entiendes?, tira de ellas por un hilo, como las arañas. Y ninguna vuelve.

El cordero se estremeció.

—¿Ninguna?

—Ninguna. Y no oses mirar a la cabra roja. Cuando una oveja ve a la cabra roja, poco después un carnero de su rebaño muere en un duelo, y ni siquiera el viento puede hacer algo. Lo mejor sería que una oveja no viera a la cabra roja. Sin embargo, el vaho solitario... —Melmoth arrugó la nariz—. Lo mejor sería que una oveja no oliera el vaho solitario, el seducenarices, pequeño rumiante. Es un olor divino, como a todas las cosas buenas a la vez: hierbas y leche y seguridad, el aroma de la vega en otoño, el olor de la victoria tras el duelo. Tienta y seduce y susurra con voz aterciopelada, pero sólo

puede olerlo una oveja del rebaño. Una sola. Y ésta lo sigue, a salto de mata, alejándose del rebaño sin volver la vista atrás, por el pantano, hasta llegar a un lago negro en la ciénaga. Un lago que es un ojillo malvado que te mira fijamente...

—¿Y luego? —susurró con voz ronca el cordero.

—¿Luego? —Melmoth revolvió los ojos—. Luego nada. Nadie ha ido nunca más allá del ojo malvado, al menos nadie que haya vuelto sano y salvo. Del vaho solitario sólo ha escapado una única oveja.

La corneja posada en su lomo volvió la cabeza, y sus pequeños ojos brillantes miraron inexpresivos al cordero.

—¿Tú? —musitó el cordero.

—¿Yo? —parpadeó Melmoth—. Lo importante es la historia, no el que la cuenta. Escucha las historias, escucha atentamente, aguza el oído, recógelas del prado como si fueran botones de oro. Están los perros pastores aulladores, Thul el Inodoro, la oveja vampiro, el pastor sin cabeza...

—Y el espíritu del lobo —apuntó el cordero, que se acordaba perfectamente de la horripilante noche junto al dolmen.

—Y el espíritu del lobo —corroboró Melmoth—. El espíritu del lobo, pequeño y tenaz visionario, también existe.

Y, a modo de confirmación, la corneja desplegó sus negras alas al sol poniente. Sin embargo, Melmoth se volvió y pasó por delante de Maude, que lo olisqueó. Pasó por delante de Cordelia y Maple, de Zora y Sir Ritchfield, que puso cara de conspirador. Finalmente desapareció entre la retama, y poco después las ovejas tuvieron la sensación de que sólo habían soñado con el extraño carnero gris.

Pero Ritchfield parpadeó complacido.

—Sólo va a dar una vuelta —afirmó—. Siempre le ha gustado la noche. «Lástima que sea para dormir», decía siempre. Volverá. Ninguna oveja puede abandonar el rebaño... a menos que vuelva —añadió por si acaso.

Tras la marcha de Melmoth, el prado se les antojó a las ovejas extrañamente vacío, inquietante como un mar liso y profundo. Se

apiñaron todas en la cima de la loma y escucharon primero el silencio y después a Miss Maple. Ésta constató:

—Ya sabemos por qué George abandonó el rebaño humano —dijo—. La noche que nos ha contado Melmoth, averiguó que no era un buen rebaño. Su rebaño había matado a McCarthy. Imaginaos que vivís en un rebaño y un buen día descubrís que las demás no son ovejas... sino lobos.

Las ovejas la miraron, horrorizadas: una idea tan horrible no la habrían tenido voluntariamente ni en sueños. El cordero de invierno fue el único que soltó un balido burlón.

—Pero se trataba de un secreto —prosiguió Miss Maple—. Eran lobos a los que no se podía oler tan fácilmente: lobos con piel de cordero. Y eso no podía salir a la luz. Creo que para los hombres eso es la justicia: cuando algo sale a la luz.

—¿De dónde? —preguntó Othello, interesado en ese punto.

Miss Maple se devanó los sesos.

—No lo sé —admitió al final—. Si supiéramos de dónde, podríamos intentar dejarlo salir sin más.

—¡Justicia! —baló Mopple, al cual le agradaba la idea de dejar salir algo de algún sitio sin más. Por lo menos no sonaba peligroso: una patadita a la cancilla adecuada y la historia del asesinato terminaría de una vez. Pero luego se planteó por qué habían encerrado a la justicia. ¿Sería peligrosa? ¿Sólo para los hombres o también para las ovejas? Mopple puso cara de oveja y decidió que, a partir de ese momento, se dedicaría a guardar silencio y rumiar, nada más.

—Es interesante pensar en quién tiene miedo en la historia de Melmoth... y por qué —dijo Miss Maple al poco—. Al principio George y el carnicero tenían miedo del cadáver. Eso lo sabemos. Un cadáver anuncia que la muerte ronda... y todo el mundo teme a la muerte.

Titubeantes balidos de aprobación. Decididamente, aquel tema de conversación era demasiado retorcido para las ovejas, pero Maple siguió inexorable.

—Pero después a George y el carnicero les entró mucho más miedo, en cuanto supieron que los asesinos sabían que ellos lo

sabían.

Las ovejas se miraron: ¿quién sabía qué? Miss Maple aprovechó la confusión generalizada para arrancar un botón de oro gordo y dorado y masticar a conciencia. Luego continuó.

—¿Por qué? Porque los asesinos también tienen miedo: miedo de que todo salga a la luz, lo cual los hace peligrosos, como perros. Los perros que tienen miedo son el doble de peligrosos. Los perros que tienen miedo muerden. —De repente pareció ocurrírsele otra idea. Miró a Mopple, que seguía concentrado en rumiar—. Dime, ¿qué era lo que tenías que memorizar?

—Todo —respondió Mopple, orgulloso.

Maple suspiró.

—¿Y qué más?

Mopple se paró a pensar un instante.

—El rey de los gnomos —dijo.

Maple asintió.

—Ahora sabemos por qué los niños tenían miedo de George, aunque él nunca le hizo nada a nadie: aprendieron el miedo de los mayores, como los corderos. Para los mayores George era un peligro porque conocía el secreto.

Impresionadas, las ovejas callaban. Ciertamente, Miss Maple era la oveja más lista de todo Glennkill.

—Pero puede que todo esto no tenga nada que ver con la muerte de George —aventuró Zora—. Al fin y al cabo lo dejaron muchos años en paz: casi una vida ovejuna entera. ¿Por qué ahora, de pronto?

Miss Maple meneó la cabeza con vehemencia.

—Seguro que tiene que ver. Lo de la pala (la de aquí y la de allí) es demasiado extraño. Las palas no suelen ser peligrosas. La nuestra pasó muchos años en el cobertizo y nunca hizo nada. ¿Y de pronto mueren dos hombres por una pala? Porque eso es lo que debía parecer en el caso de George, aunque en realidad lo envenenaran. El asesino de George... quería que alguien pensase en McCarthy.

—¿Qué hay del carnicero? —baló Mopple, volviendo a apartarse de su buen propósito de limitarse a guardar silencio y rumiar—. El

carnicero también sabía lo de McCarthy.

—El carnicero —sopesó Maple—. El carnicero. —Era como si mascara la palabra—. El carnicero se ha protegido. ¡Por eso nadie mata al carnicero! ¿Sería una advertencia para él porque no se atrevían a acercársele en persona? Pero... —sus orejas se movieron — pero tal vez sea justo al revés. Tal vez alguien quiera que todo salga a la luz. Tal vez mató a George para que todo saliera de una vez a la luz. Y ahora, al haber fracasado, la ha tomado con el carnicero. Los hombres del pueblo temen por el carnicero. Hemos oído que están preocupados, aunque a ninguno le cae bien.

—Es una historia de amor —baló Heide con obstinación.

—No si aparece el carnicero —objetó Mopple.

Pero, por lo visto, incluso Miss Maple creía al carnicero capaz de protagonizar una historia de amor.

—A decir verdad, ¿por qué no? —arguyó—. Al fin y al cabo el carnicero parece interesado por Kate. Y sabía lo que le pasó a McCarthy. Quizá el carnicero le clavó la pala a George para que pareciese que habían vuelto a ser los otros. ¡Todos juntos! Nadie se atrevería a delatarlo... porque se había protegido.

Las ovejas casi se marearon con aquel razonamiento. Allí donde Maple metía su ovejuna nariz, nuevas posibilidades zumbaban como moscas en el comedero. También ella parecía abrumada.

—Seguimos sin saber lo bastante —suspiró—. Hemos de averiguar más cosas sobre los hombres.

Las ovejas decidieron recuperarse todas juntas del agotador asunto criminal en el establo.

Tras un día caluroso, dentro el aire era húmedo y sofocante. El calor había revivido viejos olores de recovecos, rincones y huecos. Un joven ratón muerto el año anterior bajo las tablas; George, que, sudando, les echaba paladas de heno por la tronera del tejado, una olorosa lluvia de heno; un tornillo caído de la radio que volvía a oler como entonces, a metal y música; sangre y zotal goteados de la herida de Othello; huevos de golondrina bajo el tejado; el olor del aceite; el olor de muchos corderos; el olor de la nieve; polvo de alas de mariposa.

Los olores deambulaban por el establo cual ratas curiosas.

Maple los percibía soñolienta. A pesar del calor no tardó en quedarse dormida.

En su sueño hacía fresco. Se encontraba a orillas de un arroyo, y el arroyo le susurraba. Borbotaba, murmuraba, cantaba. El arroyo contaba que todo fluía hacia el mar y nunca regresaba. Pero Maple no se fiaba del arroyo. A su orilla pacía un gran rebaño de magníficas ovejas blancas, y a veces sucedía que una de ellas cruzaba el arroyo y llegaba a la otra orilla siendo una oveja negra. Negra de la cabeza a las pezuñas. Las ovejas negras miraban con ojos anhelantes la orilla de las ovejas blancas, mas éstas no parecían darse cuenta, hasta que una de las negras tomaba carrerilla y saltaba el arroyo. Sin embargo no se volvía blanca, sino que en medio del salto se convertía en un gran lobo gris. Las ovejas blancas huían espantadas, directamente hacia el cielo. Maple resolvió fijarse muy bien en cómo lo hacían para luego contárselo a Zora. Pero entonces supo que no sería capaz de retener el secreto hasta despertar. Del cielo bajaba un olor nervioso.

Maple despertó sobresaltada de su sueño, de regreso al oscuro calor del establo. ¡El olor de un rebaño! ¡Ovejas extrañas, muy cerca! Al momento cayó en la cuenta de que ahora Melmoth estaba con ellas. Melmoth, que olía como un rebaño de medias ovejas. Probablemente hubiese vuelto de su excursión nocturna antes de lo esperado. Maple se calmó y se preguntó por qué Melmoth olía tan raro, distinto de las demás ovejas que ella conocía. Tal vez tuviera que ver con su vida nómada. Melmoth nunca había vivido como suele hacerlo una oveja. Así pues, ¿por qué iba a oler como una oveja normal y corriente?

Puede que guardara relación con los rebaños que se había encontrado, con los que se había sentido a gusto durante un breve tiempo. Muchas vidas ovejunas empezadas en muchos rebaños distintos. Y ninguna pastada hasta el final. A Maple la mera idea le

dio vértigo. No era de extrañar que Melmoth oliera a muchas ovejas diferentes.

Aunque tal vez la cosa fuera distinta. Tal vez en su deambular Melmoth había conocido ovejas, ovejas especiales que le gustaban y que se había llevado consigo como recuerdo, como olor, como hábito de pastoreo y como voz en la cabeza. ¿Habría escogido un rebaño, un rebaño de ovejas fantasma que arrastraba con hilos olfativos invisibles?

La idea la intranquilizó. Jamás podría acostumbrarse por completo al olor de Melmoth. Ninguna oveja podía. A modo de confirmación olisqueó una vez más el rebaño ajeno de fuera.

Y de pronto estaba totalmente despierta.

¡No era Melmoth! No era nada a medias, misterioso, inexplicado, sino un olor joven, plano, ávido. ¡Las ovejas de Gabriel! Muy cerca.

Maple baló alarmada.

Fue un balido estridente que arrancó a las demás de sus fértiles pastos de ensueño y las devolvió a la noche. Por todas partes se alzaron cabezas echando vistazos alrededor. Al poco el rebaño de George se hallaba a la puerta del establo, observando lo que pasaba en sus pastos.

Un frente compacto de pescuezos musculosos y cabezas voraces avanzaba hacia ellas. Las ovejas de Gabriel habían escapado de su prado y pacían en dirección al establo, unas junto a otras, imparables. En la oscuridad resultaban aún más pálidas, parecían irradiar una luz mortecina. Ahora que ya no estaban encerradas tras la alambrada se veía por vez primera cuántas eran en realidad: una visión amenazadora, un tanto como las chisporroteantes, susurrantes máquinas que recorrían los campos en otoño.

—Gabriel no sabe levantar cercados —afirmó Zora con aspereza —. Es un mal pastor.

—¿Y ahora qué hacemos? —se lamentó Heide.

—Nada —respondió Cordelia—. Nos quedaremos aquí, en el establo. Aquí no vendrán.

—Pero no podemos permitir que se coman todos nuestros pastos. —Mopple estaba fuera de sí—. ¿Dónde paceremos nosotras

mañana? ¡Debemos echarlas!

—¿Es que no ves cuántas son? ¿Cómo vamos a echarlas? —repuso Zora—. Yo ni siquiera pude hablar con ellas.

—¡Pues ha de hacerse como sea! —se obstinó Mopple—. Se lo comerán todo: la loma, el trébol que hay junto al acantilado, las hierbas del precipicio.

—No todas las hierbas del precipicio —dijo Zora, orgullosa.

—¡George's Place! —baló Mopple de súbito—. ¡Se comerán George's Place!

Las ovejas se miraron asustadas.

—George's Place —musitó Cloud—. Todo lo que nosotras no podíamos comer.

—La hierba ratonera —intervino Maude.

—Las orejas de cordero y la hierba dulce —apuntó Lane.

—La hierba lechosa y la avena —añadió Cordelia.

Las ovejas sabían pasmosamente bien lo que crecía en George's Place.

Pensar en George's Place resultó decisivo. Ya era bastante malo que las ovejas de Gabriel se abalanzaran sobre lo que en realidad les correspondía a ellas, pero que además devoraran lo que debía recordarles a George... aquello a lo que ellas habían renunciado voluntariamente... ¡No se podía tolerar, sencillamente no se podía!

—¡No! —Mopple estaba furioso—. ¡No se harán con George's Place!

Así fue como se decidió que defenderían George's Place.

Capitaneado por Mopple, el rebaño salió al trote hacia George's Place. Nadie tenía miedo aún. Si Mopple the Whale no tenía miedo, aquello no podía ser tan peligroso.

Una vez allí, todas se quedaron desconcertadas. ¿Cómo defender un prado de unas ovejas que pastaban?

Pero Othello tenía una idea. Les hizo formar un círculo alrededor de George's Place, oveja junto a oveja, hombro con hombro, las

cabezas en dirección a las extrañas. El propio Othello se quedó en el centro del círculo, desde donde ayudaría a contener a las intrusas.

—Ahora sólo tenéis que quedaros ahí —dijo Othello—. Si no pasan de vosotras no se comerán George's Place. Es así de sencillo.

Parecía asombrosamente sencillo.

En principio.

Sin embargo, cuando vieron avanzar el blanquecino frente ovejuno les asaltaron dudas. Algunas ovejas de Gabriel alzaron la cabeza y olisquearon en su dirección. Las de George se esforzaron por aparentar resolución. Al parecer sin éxito. Un carnero desconocido baló algo y, acto seguido, las ovejas de Gabriel fueron trotando hacia ellas. «¡Comida!», balaban.

¡Comida! Las ovejas de George se miraron inseguras: en realidad, ¿qué significaba ser una raza de carne?

Las primeras ovejas de Gabriel habían alcanzado el cinturón defensivo y olfateaban hacia George's Place. Lo que olieron pareció convencerlas, pues empezaron a abrirse paso a la fuerza entre las ovejas de George como lo habrían hecho por un seto. Mopple baló indignado y Othello bufó.

Ahora que sabían dónde se encontraba la mejor comida, las ovejas de Gabriel callaban, como si en el mundo no hubiera más que decir. Imparables como el agua, avanzaban sin miramientos con ojos inquietantes y rostro inquietantemente inexpresivo. Sin Othello, el rebaño de George no habría aguantado mucho, no sólo el numeroso tropel, sino también la tensión. No se imaginaban que la defensa de George's Place pudiera ser tan silenciosa y aterradora.

De repente Cordelia baló indignada: una oveja joven y especialmente paticorta había logrado apartarla y romper la defensa. Othello corrió tras ella al galope y, con un violento empellón, mandó a la intrusa al otro lado de George's Place. Pese a ello no pareció satisfecho.

—Así no funcionará —gruñó.

Daba igual lo mucho que se esforzaran: las ovejas de George se veían obligadas a retroceder paso a paso. Mopple era el único que aún permanecía en su posición defensiva inicial, como una roca en

medio del oleaje. Miraba temeroso hacia todas partes, donde las ovejas de Gabriel iban haciendo recular a su propio rebaño. El rostro de Zora reflejaba estoicismo, pero sus patas traseras ya se hallaban entre las hierbas prohibidas. Las ovejas de Gabriel eran demasiadas. La cosa pintaba mal para George's Place.

De repente Othello apareció junto a Lane.

—Lane, corre —le dijo—. Ve a buscar a Melmoth. ¡Tráelo aquí!

—¿Dónde está?

Lane era una oveja que sabía cuando algo era importante.

—No sé —resopló Othello, irritado—. ¡En alguna parte!

No es que sonara muy prometedor, pero Lane se sintió aliviada al no tener que seguir haciendo de seto viviente. Correr era lo suyo: Lane era la más rápida del rebaño. Sin decir palabra, atravesó el enjambre de ovejas de Gabriel y salió al galope. Othello ocupó su posición defensiva, entre Heide y Miss Maple.

—Pero ¿cómo va a llevárselas Melmoth de aquí? —inquirió Heide —. Él no es su manso. No lo seguirán.

—No lo seguirán —convino Othello—. Huirán.

Maple resolló con incredulidad. Incluso Heide puso cara de escepticismo.

Ahora las ovejas de Gabriel habían descubierto que era más sencillo colocarse de lado y dejar caer todo su peso contra el cinturón defensivo. Las ovejas de George gimieron.

Entonces Zora perdió la paciencia y le propinó a una intrusa un buen pellizco en la sensible nariz. La oveja baló alarmada y todas sus compañeras levantaron la cabeza. Durante un amenazador momento no pasó nada.

A continuación se reanudaron los empujones y apretones, las réplicas y la resistencia. Al menos por un instante tuvieron aire. Pero la oveja pellizcada pareció tan herida, tan asustada e infeliz, que a ninguna de las ovejas de George le apeteció probar de nuevo con la violencia.

Luego, de pronto, las invasoras dejaron de empujar. Se quedaron paradas, aguzando el oído en la oscuridad. Sus ijadas subían y bajaban, temblorosas debido al esfuerzo... o tal vez a otra cosa.

Alrededor, describiendo círculos cada vez más estrechos, un cuerpo oscuro acechaba en la noche.

Más tarde ninguna oveja recordaría exactamente qué había pasado. Un huir y resollar, apiñarse y desperdigarse, ciega agitación y tensa espera. Ni pánico ni callejón sin salida. Siempre había un paso que dar, el único paso posible. Allí fuera, en alguna parte, invisible, más barruntado que percibido, alguien cuidaba de ellas con esmero.

Poco después —tuvo que ser poco después, ya que su respiración era serena y el corazón les palpitaba únicamente de agitación—, todas se hallaban de nuevo en su correspondiente sitio: las de George en el establo y las de Gabriel tras el cercado.

Junto al acantilado, los ojos brillantes de admiración, estaba Lane, la oveja más rápida del rebaño, contemplando la noche con aire soñador.

# 15

Por la mañana salieron temprano a la pradera para ver George's Place a la luz del día. Se sentían satisfechas: George's Place estaba intacto, e incluso la hierba pisoteada comenzaba a erguirse poco a poco. Las intrusas volvían a hallarse en su sitio, tras la cerca, y ni una sola había osado atravesar por segunda vez la abertura. Las ovejas de George estaban orgullosas de sí mismas, y esperaban a Gabriel con interés: éste debía ver la que había armado su rebaño, así se enteraría de una vez de la clase de glotonas inútiles que les había llevado.

Gabriel llegó con retraso: hasta los abejorros, poco amigos de madrugar, habían salido ya, y en la tapia que flanqueaba la cancilla tomaban el sol las lagartijas, que desaparecieron como oscuras flechas cuando el pastor se presentó finalmente en el prado. No venía solo; lo acompañaba un hombre de ojos intranquilos, en la mano una bolsa negra. Ambos se detuvieron ante la caravana.

—Sería útil que pudiera entrar —dijo Gabriel—. Podría dejar mis cosas dentro. Y pasar la noche de vez en cuando.

—Sí —respondió el otro de manera significativa, parpadeando con sus ojos veloces—, sería útil. E interesante. Vamos a ver. —Sacó unas herramientas de la bolsa.

Una urraca se posó en el techo de la caravana y ladeó la cabeza, curiosa.

Con aquellas cosas de metal el hombre se puso a trabajar en la puerta de George. Al poco estaba sudando. También las ovejas

sentían los primeros calores del nuevo día. No era un calor bueno: era el calor mudo que precedía a una tormenta.

Al cabo de un rato el hombre se incorporó y se enjugó la frente con la manga de la camisa. Las moscas zumbaban.

—Lo siento —se disculpó.

—¿Qué significa eso? —preguntó Gabriel.

—No puedo hacerlo con estas pocas herramientas. Necesitarás tiempo y un especialista.

—Pensaba que tú eras un especialista, Eddie.

—Pero no para algo así. Aprendí a hacerlo en su día, cierto, pero cuando sólo se practica esporádicamente, además de la agricultura... —Se encogió de hombros.

—¿Dónde está el problema? —inquirió Gabriel.

—En la cerradura. Es de seguridad. No es tan fácil hacer una segunda llave.

—¿Entonces?

—Mira, Gabriel, los dos sabemos por qué quieres entrar ahí. Tus cosas pueden ir en cualquier otra parte. ¿Por qué no fuerzas la puerta sin más? Si te la cargas, ¿qué más da? No sería una gran pérdida. Menuda estupidez: semejante cerradura para una puerta de papel...

—Entonces, entrar se podría, ¿no?

—Entrar se podría sin más.

—Pero ¿se notaría?

—Se notaría.

—¿Y por las ventanas?

—Lo mismo. Entrar no es ningún problema, pero se notaría.

Gabriel asintió.

—Se tomó muchas molestias. Vamos a dejarlo.

El hombre lo miró sin comprender, y las ovejas se percataron de las ganas que tenía de entrar en la caravana, casi tantas como el propio Gabriel. De nuevo se dieron cuenta de lo distinto que era George de los demás hombres. A él sólo le interesaban las ovejas; a los otros sólo les interesaba la caravana.

El rostro de Eddie se iluminó.

—Ah, tienes miedo. De ellos. De la mafia de la droga. Si se ocupan de que la policía no registre la caravana, es que es importante. Así que hay algo de verdad en ello...

—No tengo miedo —objetó Gabriel. Mentía. Los hilos de miedo le salían incluso por la chaqueta de lana, que estaba impregnada de humo de pipa—. Es sólo que no quiero chismes innecesarios. Aunque por lo visto soy el único que no los quiere. —Le dirigió una mirada penetrante al hombre.

—Quizá unos chismes más en el lugar adecuado no hubiesen venido mal —opinó Eddie—. Aunque, claro, cada uno hace lo que puede en cada momento.

Gabriel lo miró como un manso mira las ocurrencias de un joven carnero, casi con amabilidad. Luego sacó del bolsillo un reluciente objeto de metal.

—¿Qué te parece?

El hombre silbó.

Gabriel puso una cara rara. Tensa. Era la primera vez que las ovejas lo veían tenso.

Eddie lo notó.

—Pero eso no se encuentra sin más en la calle —dijo—. ¿De dónde la has sacado?

—Cayó del cielo —gruñó Gabriel.

El otro sacudió la cabeza.

—Las cosas no son así, Gabriel. ¿Sabes lo que pasa en el pueblo? ¿En el Mad Boar? La gente se sienta a beber y esperar. Hablan de todo, se ríen hasta de los chistes de O'Malley. De esto no hablan, claro. Pero tienen derecho a saber lo que está pasando aquí.

—Aquí no pasa nada —respondió Gabriel, y lo miró fijamente con sus ojos azules—. Yo me encargo de que no pase nada.

Las ovejas se quedaron boquiabiertas: esa noche habían pasado un montón de cosas, y Gabriel era el último que había hecho algo al respecto. Empezaron a admitir que estaban algo decepcionadas con Gabriel.

El hombre suspiró.

—Bueno. La llave de una caja fuerte. Sólo que no es una caja que puedas comprar por correo. Una buena de verdad. Cara. Cara de verdad, quiero decir. Puede que incluso tenga una combinación. Puede que hagan falta varias llaves. En cualquier caso, muy astuto.

Gabriel asintió como si ya supiese todo eso.

—¿Qué tamaño tendrá más o menos?

Eddie se encogió de hombros.

—Difícil saberlo. ¿Como un microondas? ¿Como una nevera? Por lo que sé, la cosa no depende del tamaño. Las grandes tienen la ventaja de que uno no se las puede llevar sin más; y las pequeñas no se pueden volar sin destruir su contenido. Depende de lo que busques. —Miró a Gabriel con curiosidad, y éste, a su vez, miró con indiferencia a sus ovejas, como si ya supiese todo eso.

—Gracias —replicó—. Creo que eso es todo.

Pero Eddie no estaba dispuesto a que lo despachara así como así.

—Ya casi es mediodía —anunció—. ¿Sabes qué? Me quedaré a almorzar aquí.

—Como quieras —respondió Gabriel con aire ausente.

Había descubierto la abertura de la alambrada y se puso a buscar un trozo de tela metálica y una estaca bajo la caravana.

—Tienes suerte de que no se hayan largado —observó Eddie.

—Están bien educadas.

—De animales sabes, eso hay que reconocerlo.

Las ovejas estaban furiosas. ¡Bien educadas! De no ser por el pequeño milagro, ahora estaría buscando a sus maravillosas ovejas por los huertos de Glennkill. Sólo gracias a Melmoth seguían detrás de la alambrada y no se atrevían a salir.

Mientras Gabriel reparaba el cercado sus ovejas lanzaban ávidas miradas hacia George’s Place.

—Tienen hambre —anunció Eddie.

Gabriel asintió, casi un tanto orgulloso.

—Sí, comen mucho, pero a cambio engordan como es debido. Hay que darles más todavía.

Gabriel fue hasta el diminuto cobertizo que había detrás de la caravana y revolvió en busca de algo. Salió con una guadaña en la mano.

La guadaña de George. Las ovejas conocían ese extraño utensilio de madera y metal, pero no sabían para qué servía. «Quien tiene ovejas puede ahorrarse la guadaña», solía decir George cuando bruñía la hoja con un trapo blanco y rojo. Sólo por esmero.

Gabriel no se ahorró la guadaña.

No les ahorró la guadaña.

Se puso a pastar al pie de la loma, por la cara opuesta al mar.

Las ovejas enmudecieron. Era la primera vez que veían pastar a un hombre, un espectáculo espeluznante. En la mano de Gabriel aquella singular herramienta se transformaba en una inmensa garra de hierro que recorría la hierba con una hostil cantinela. Por la pradera silbaban extraños ruidos, como de pájaros de pico puntiagudo en vuelo bajo. Allá por donde pasaba la guadaña, la hierba caía al suelo sin oponer resistencia. Eso era lo horripilante: Gabriel pastaba y al mismo tiempo rehusaba la hierba. Era una imagen de destrucción gratuita. El buen olor que ascendía de la hierba muerta no hacía sino empeorar las cosas.

A pesar del sol estival, las ovejas sentían frío. Mopple empezó a tiritar levemente, entre irritado y horrorizado.

Aparte del malvado sonido de la guadaña no se oía nada. Las ovejas de Gabriel habían cesado de balar pidiendo comida y miraban al pastor con sus blanquecinos ojos.

—¿Por qué no cortas eso de detrás? —sugirió el hombre—. Ahí la hierba es mucho más alta. —Y señaló George's Place.

Las ovejas contuvieron la respiración.

—Mejor no. Si las otras no la comen, quizá haya algún veneno en el suelo. Sólo me faltaba que se me murieran ahora, después de engordarlas.

—Entiendes de animales —insistió el hombre—. Más que yo de cerraduras.

Gabriel lo miró con aspereza.

Al cabo de un rato pareció satisfecho con su obra de destrucción. Se metió una larga brizna de hierba entre los dientes, allí donde solía estar la pipa, y echó a andar con parsimonia hacia la caravana para coger la carretilla. Eddie seguía sentado en los escalones de la caravana. Hacía tiempo que se había comido el pan. Gabriel no le prestó atención; les llevó la hierba a sus ovejas y se la lanzó por encima del cercado. Ellas entonaban de nuevo su petición de comida, y siguieron balando hasta que la más rezagada pudo hundir el hocico en la hierba muerta.

Después reinó la calma. Gabriel regresó a la caravana, cuyos escalones aún ocupaba Eddie. Ambos se miraron largamente.

—Entonces, ¿quieres esperar a que se lea el testamento el domingo? —le preguntó Eddie.

Gabriel asintió. Eddie se puso en pie bruscamente, cogió su bolsa y echó a andar en dirección al pueblo.

Las ovejas tardaron un rato en recuperarse del episodio de la guadaña. Ahora ya nadie afirmaba que Gabriel era un buen pastor.

—Ni siquiera es un pastor —espetó Heide—. Deberíamos hacer como si no existiera. Él tampoco nos mira.

Un buen plan.

Poco después había un montón de traseros ovejunos de cara a la caravana. Decidieron pacer por delante de Gabriel con ostensivo desprecio: George se habría irritado, pero Gabriel ni siquiera pareció darse cuenta. En cambio, una de sus ovejas las miró con interés: era el robusto carnero en que Zora ya había reparado. Había dejado de atiborrarse de hierba guadañada y observaba concentrado las ovejas de George.

Zora fue la primera en verlo. A decir verdad, se había propuesto no volver a hablar con las ovejas de Gabriel ni pensar inútilmente en ellas. Lo decidió después de su fallido intento de entablar conversación, y luego una segunda vez, esa misma noche, cuando aquellas ovejas se abalanzaron sobre sus pastos como orugas mortecinas.

Pero ese carnero despertaba su interés. Era mayor que los demás y —en opinión de Zora— más juicioso. Además, en algún lugar entre sus blanquecinos ojos, Zora olía un precipicio. Empezó a pacer en su dirección lo más discretamente posible. Pasó por delante de él una vez. Luego otra. Los ojos del carnero la seguían, pero sólo eso. Zora decidió probar una tercera vez, bien pegada al cercado.

Esa vez tuvo éxito.

—Comida —dijo el carnero—. Muerte.

Tenía una bonita voz, dulce y melodiosa, que no pegaba con su cuerpo paticorto y rechoncho. Era la voz de una oveja muy elegante.

—Sí —contestó Zora, compasiva—. Vuestra hierba ha muerto. Él la ha cortado. Con una guadaña.

El carnero meneó la cabeza.

—Nosotras somos comida. Él es la muerte. ¡Escapad!

—¿Gabriel? —inquirió ella—. ¿La muerte? Qué disparate. Es un pastor. Aunque sea malo.

El carnero sacudió nuevamente la cabeza.

—Nosotras somos comida —repitió.

Zora lo miró extrañada. Algo en ella comenzó a temblar. El precipicio estaba allí, en alguna parte ante ella, pero no lo veía. Sólo lo olía.

—La carne es comida —continuó el carnero.

Zora negó con la cabeza.

—La hierba es comida —corrigió.

Frustrado, el carnero embistió la alambrada con su cabeza sin cuernos. En la pradera se oyó un ruido metálico y Gabriel les echó una ojeada.

—La hierba es muerte —dijo el carnero con autoridad—. La hierba causa la muerte. —Le lanzó a Zora una mirada casi suplicante.

Ella se preguntó si no estaría loco. Todas esas sandeces sobre la carne y la muerte. Nunca había oído hablar de carne a una oveja. Cuando iba a volverse y dar definitivamente por perdidas a las ovejas de Gabriel, le llegaron tres palabras del abismo.

Raza de carne, pensó.

Se quedó inmóvil. De pronto el aire era asfixiante y respiró con desagrado el calor de la tormenta que se avecinaba. El carnero miró a su propio rebaño, que seguía atiborrándose sin ton ni son de la hierba cortada.

—Comen. Engordan. Mueren —dijo el carnero—. Y yo... —Bajó la cabeza y no dijo más.

Zora apoyó las pezuñas en el suelo a la manera de las ovejas montaraces para lidiar mejor con los retazos de palabras que le lanzaba el abismo. Mopple, pensó, engordar, una raza de carne... pasar a cuchillo... engordar como es debido... engordarlas. De repente se disipó la niebla y vio abrirse el abismo ante sus ojos: era el abismo más profundo de su vida.

El carnero desconocido la miró expectante: leyó en sus abiertos ojos que había entendido y pareció aliviado.

—¡Escapad! —repitió.

—¿Por qué no les avisas a ellas? —preguntó Zora, temblando de ira contra aquel carnero que le había revelado tan horribles cosas—. ¿Por qué no escapáis? ¿Ayer, por ejemplo, en lugar de abalanzaros sobre George's Place? —Nada más preguntarlo lo comprendió. El carnero tenía el rostro más triste que había visto jamás en una oveja.

—Miedo —respondió—. Cercas y miedo. Cercas de miedo. Son jóvenes. No entienden. No pueden ver. Las ovejas madre olvidan. Todos los años. Quieren olvidar. Sus cercos son altos. Sus perros son rápidos. —Le dirigió una mirada vacía a Gabriel.

Zora lo entendió, y sus ojos se humedecieron. Delante tenía a la oveja más valiente que nunca había conocido. Una oveja que, día tras día, miraba sola al abismo. Desesperadamente sola.

—Te convertirás en una oveja nube —le susurró—. Ya verás, a ti te será muy fácil. Pronto te veré en el cielo.

Luego no pudo aguantar más y se alejó al galope, atravesando la pradera de un lado a otro. ¿Adónde ir? ¿A su peña? El abismo del mar se le antojó insignificante. Se avergonzaba ante aquel extraño y ante sí misma, pero entonces cayó en la cuenta de por qué él había

hablado con ella: era una advertencia. Y ahora ella tenía que advertir a su rebaño.

—Está loco —baló Heide.

—Que dijo ¿qué? —preguntó Cloud, perpleja.

—Que van a morir —repitió Zora con impaciencia—. Que Gabriel las va a matar. Pronto.

—Ese carnero está tarumba —insistió Heide—. Gabriel es pastor, se ocupa de ellas... mejor que de nosotras.

—Hace un momento decías que no era un pastor —apuntó Maude.

—No lo he dicho —baló Heide respondona, y se alejó con la cabeza alta.

—¿Por qué querría matarlas Gabriel? —inquirió Sara con incredulidad.

—Por su carne. —Zora entendía que el carnero desconocido no pudiera explicar el abismo a su propio rebaño. Ni siquiera el suyo quería creerlo, aun siendo ellas mucho más listas y juiciosas que las ovejas de Gabriel—. Les da hierba para que engorden deprisa. Y después... Todo encaja. Son una raza de carne porque engordan deprisa. Como Mopple, que también es de una raza de carne. Lo dijo George. «Pasar a cuchillo», dijo él aquella vez. Por favor, creedme.

—¿Y eso te lo ha contado el carnero desconocido? —quiso saber Cordelia.

—No —admitió Zora—. No directamente. Pero tenía miedo.

Las demás ovejas callaron. El carnero desconocido les daba pena, pero ¿había que creer sin más sus extrañas historias?

Zora vio en sus rostros que no estaban convencidas.

—Por favor —insistió—, sé que es verdad.

—Hum —intervino Miss Maple—. Eso explicaría por qué no son lanudas. ¿Os acordáis de lo mucho que nos sorprendió que Gabriel perdiera el tiempo con unas ovejas tan poco lanudas? Pero si en realidad no le interesa su lana... ésa es una explicación.

Zora miró agradecida a Miss Maple, y las demás sopesaron de nuevo la teoría de Zora. Si hasta Maple, la oveja más lista de todo Glennkill y tal vez del mundo, la encontraba interesante, quizá hubiera algo de verdad en el asunto, por increíble que resultara.

Fue precisamente Mopple el que dejó a Zora en la estacada.

—No me creo una sola palabra —baló—. Lo que pasa es que ese carnero está loco. Ayer querían comerse George's Place y hoy intentan meternos miedo de otra manera. Yo debería saberlo, soy una raza de carne. ¿Acaso trató George de pasarme a cuchillo?

—George era diferente —objetó Zora—. Él quería ovejas lanudas, tan lanudas como las noruegas.

Pero no había quien parara a Mopple.

—Raza de carne significa algo completamente distinto —baló—. Raza de carne significa... —Buscó en sus recuerdos con la cabeza ladeada, pero no encontró nada—. Algo completamente distinto —repitió tozudo.

Y así convenció al resto... de la teoría de Zora. Si ni siquiera a Mopple the Whale, con su portentosa memoria, se le ocurría otra explicación, es que la teoría de Zora tenía que ser cierta.

Cundió el pánico.

—¡Un lobo! ¡Un lobo! —baló Maude. Y echó a correr en zigzag por la pradera.

Lane y Cordelia metieron la cabeza la una en la lana de la otra, y las ovejas madre llamaron agitadas a sus corderos.

—Ahora somos su rebaño —se lamentó Ramses—. ¡Se acabó!

—Nos matará —musitó Cloud—. Es como el carnicero. ¡Debemos irnos de aquí!

—No podemos irnos —afirmó Sara—. Éste es nuestro prado. ¿Adónde íbamos a ir?

Mopple miraba enojado a unas y otras.

—¿De verdad la creéis? —baló—. ¿De verdad la creéis? ¿Yo también?

—¡Tú el primero! —bufó Zora, que aún estaba enfadada porque Mopple no la había creído.

Ni siquiera Miss Maple tenía una solución. Oteaba apocada la caravana para ver si Gabriel estaba afilando el cuchillo.

—Seguro que los carneros lo saben —musitó.

Las ovejas echaron una ojeada en busca de los carneros con más experiencia: en ese momento Ritchfield y Melmoth estaban jugando a *pilla la oveja* como dos corderos lechales, y Othello seguía poniendo los cinco sentidos en ocultarse de Melmoth. Sin embargo, al notar su desasosiego se acercó a ellas.

—¡Un lobo! —baló Maude.

—El carnero desconocido —susurró Cordelia.

—Nos va a matar a todas —baló Mopple—. A mí el primero.

Othello tardó un rato en enterarse de todo. También él se asustó: conocía el mundo y el zoo, pero no las ovejas de carne.

—Hemos de decírselo a Melmoth —resolvió—. Melmoth sabrá.

Miraron a Melmoth. Ahora él y Ritchfield simulaban un duelo. Melmoth se había dejado vencer por Ritchfield y rodaba por la hierba como un cachorro.

—¿Estás seguro? —preguntó Cloud.

Othello echó a trotar hacia la loma con el corazón acelerado y una sensación de mareo. El momento de la verdad. Por una parte se sentía aliviado: hacía días que buscaba un motivo para presentarse finalmente ante Melmoth.

Por otro lado, la idea de volver a mirar a los ojos al gran gris después de tanto tiempo le resultaba embarazosa. Melmoth lo conocía mejor que su propia sombra; había sido testigo de todos los errores y las tonterías de su juventud... y los había criticado sin piedad. Ese bochorno enfadaba a Othello. Al fin y al cabo, no era él quien se había escabullido de noche y con sigilo de la jaula del payaso cruel, con una única frase estúpida por toda despedida.

«A veces estar solo es una ventaja», resopló Othello, furioso. No había sido ninguna ventaja; estar solo le había causado un daño horrible: una única oveja entre cuatro perros, dos hurones y un ganso blanco. Las ovejas no estaban hechas para la soledad. La

tristeza se instaló entre los cuernos de Othello, así como una especie de compasión por Melmoth, que se había pasado la vida entera trotando en soledad, en el fondo de su corazón solo en todos los rebaños. Ahora ocurría lo que a Othello siempre se le había antojado inimaginable: Melmoth se había hecho viejo.

Llevaba la edad como Othello nunca había visto llevar la edad a una oveja, pero, aun así, sin duda era el hastío lo que hacía crecer la barba del gris. Othello se planteó cómo podría acabar un duelo entre ellos dos y se asustó. Era una idea que nunca se había atrevido a plantearse. La primera vez que se vieron, Melmoth no parecía saber nada de la pétrea pesadez de la vida. Sus pezuñas apenas tocaban el suelo, cada uno de sus movimientos ofrecía una imagen de fuerza perfectamente controlada.

Y a su lado, él mismo, Othello, con cuatro cuernecitos ridículos y el corazón turbado. ¿Luchar? ¿Él, una oveja? ¿Contra unos perros?

—No sé luchar —baló con su obstinada voz de carnero joven.

—No —replicó Melmoth—, pero no importa. Luchar no es algo que se sepa hacer. Luchar es algo que se quiere hacer.

Cuestión de voluntad, como todo en la vida de una oveja. Una sensación de admiración por Melmoth le recorrió los cuernos a Othello, admiración por la voluntad y la sabiduría que tanto tiempo lo habían mantenido a flote en la soledad. Y luego —cómo iba a ser de otro modo—, de nuevo bochorno debido a su eterno cerrilismo.

Othello frenó en seco.

Ante sus pezuñas, en la hierba, yacía Melmoth, la víctima lamentable del juego del duelo. Unos ambarinos ojos de duende fulminaron a Othello como desde muy lejos.

—Dador de sombra —dijo Melmoth—. Es mejor hacer sombra que estar a la sombra. Pero que le den sombra a uno en un día caluroso como éste... tampoco está nada mal.

Melmoth volvió la cabeza hacia Ritchfield, que se hallaba a unos pasos de él, aún perplejo con su victoria en el duelo.

—Conozco un juego nuevo —aseguró Melmoth—. *Quién teme a la oveja negra.* —Se puso en pie con elegancia y se dirigió a Othello —: ¿Quién teme a la oveja negra? —le preguntó. Sus ojos eran

serios: parecía imposible que hacía unos instantes brillaran maliciosos—. Un montón de perros, diría yo, y algunas ovejas, si son listas, y, claro está, el hombre de negro. Yo, sin duda, no. —Miró de arriba abajo a Othello con insistencia—. Pero la oveja negra... ¿a quién teme?

Así fue el reencuentro. Una familiar sensación de desconcierto se apoderó de Othello. Le explicó lo que Zora había averiguado sobre Gabriel.

—Deberíamos huir —opinó—. Si tú nos guías, podemos lograrlo.

—¿Todas? ¿Tantas? —Como si fueran una corneja, los ojos de Melmoth sobrevolaron el rebaño, que, a una distancia respetuosa, alzaba con interés la vista hacia la colina—. A veces estar solo es una ventaja.

—Ellas no se irán solas —aseguró Othello—. Ni una de ellas.

—Pues que se queden —contestó Melmoth a secas.

—Pero...

—Tanto mejor —continuó Melmoth—. ¿Huir? ¿Del de los ojos azules? ¿Del de la guadaña? No merece la pena. —Miró de nuevo a las ovejas—. Sólo tienen que aprender unas cuantas cosas, aprender a enseñar, enseñar al de los ojos azules a bailar... y a temer.

# 16

Poco después Othello reunió al rebaño en torno a la loma. Era la primera vez que veían al carnero negro tan diligente. No obstante, las ovejas se mostraban escépticas: una cosa era acostumbrarse poco a poco al extraño olor de Melmoth y admirarlo por sus aventuras y su valor, y otra muy distinta dejar que les enseñara algo. Al fin y al cabo, Melmoth casi hablaba como una cabra. Y hasta un cordero lechal sabe que las cabras están locas.

Melmoth se había colocado en el punto más elevado de la colina para que todas pudiesen verlo. Un viento cálido azotaba sus greñas y convertía su lana en titilantes llamas grises. Sus cuernos relucían al sol.

—¿Quién es vuestro peor enemigo? —preguntó Melmoth.

—¡El carnicero! ¡Gabriel! ¡El cazador! ¡El lobo! —balaron a coro las ovejas. Últimamente eran tantos los enemigos que les costaba decidirse.

—El abismo —opinó Zora, filosófica.

—Error —contestó Melmoth—. Vuestro peor enemigo sois vosotras mismas. Sois vagas e indolentes, cobardes y miedosas, irreflexivas y simplonas.

Ahora lo comprobaron definitivamente: Melmoth estaba loco. Era una pérdida de tiempo escucharlo mientras Gabriel afilaba el cuchillo. Sin embargo, nadie se atrevía a darle la espalda sin más a Melmoth, que las miraba fijamente.

—A fin de cuentas —continuó Melmoth—, el escepticismo es un comienzo. No debéis creer lo que no entendéis. Debéis entender lo

que creéis. Othello, mi amigo, el de los cuatro cuernos, el negro, el de los ojos audaces, os ayudará a entender.

Orgulloso, Othello fue al encuentro de Melmoth en la loma. Éste le hizo una seña con los ojos, y Othello se puso a pacer. Las ovejas lo observaron, impacientes porque ellas no podían pastar.

—Ahí veis a una oveja pastando —dijo Melmoth al poco—. Ensimismada en su búsqueda del verde, absorta en la pradera, despistada. Y ahora —le hizo otra señal— a una oveja pastando con atención, tensa como el gato antes de dar el salto, oteando la hierba con todos los sentidos, con las antenas en todas las direcciones, incluso hacia el cielo.

Othello pastaba con fruición, y las ovejas lo miraron de nuevo un tanto envidiosas.

—¿Dónde reside la diferencia? —inquirió Melmoth.

Ellas reflexionaron un momento.

—En las orejas —contestó Zora—. Mueve a menudo las orejas.

—Hunde más los cuernos —baló Lane.

—Menea menos el rabo —apuntó Heide.

—El olor —baló vagamente Maude. Con el olor rara vez podía una equivocarse.

—Mal —espetó Melmoth—. Mal, mal y otra vez mal.

—¿La nariz? —inquirió Sara—. Ha ensanchado la nariz.

—Mal —replicó Melmoth.

—La comida —intervino Mopple—. Come otras cosas. Más trébol y menos avena.

—¡Mal!

—No hay ninguna diferencia —afirmó Maple.

—Bien —aprobó Melmoth, y fulminó a las ovejas con la mirada—. Aprended: la atención ve sin ser vista. El único que se puede encargar de que haya atención es uno mismo. Si no lo hacéis, seréis vuestro peor enemigo. Y es que existe una diferencia: el Othello atento ¡sobrevive!

—Pero Gabriel... —empezó Sara con cautela.

Melmoth la interrumpió.

—La atención os ayudará a descubrir las ideas calvas de los bípedos. Hipócritas de ruidos, traidores de olores, pero contra la atención nada pueden.

Melmoth les escrutó el rostro para averiguar si lo habían entendido, pero, gracias a las explicaciones de George, las ovejas tenían mucha práctica en aparentar comprensión, y el carnero se dio cuenta de que no resultaba tan sencillo verles el juego.

Luego, cuando la mayoría de las ovejas ya había perdido la esperanza, comenzó la parte práctica de la clase, si bien empezó menos emocionante de lo que se imaginaban. El primer ejercicio consistía en mirar mal una gran piedra redonda y con la mayor concentración posible.

—Pero las piedras no son peligrosas —objetó Heide.

—No te equivoques —gruñó Melmoth—. Si te da en la cabeza puede matarte. —Melmoth soltó una risita, como si hubiera hecho un chiste muy bueno.

Heide, asustada, se alejó de la piedra de un salto.

—Se trata precisamente de que consideramos inofensiva la piedra —aclaró Melmoth—. Cualquier cordero se muestra atento una vez comprende que está en juego su propio pellejo.

Las ovejas miraron con atención concentrada la piedra, que de no haber sido una piedra sin duda se habría deshecho bajo sus fulminantes miradas como una manchita de nieve en primavera. Mientras las ovejas estaban ocupadas con la piedra, el calor del día se disolvió en una fuerte tormenta. La piedra se mojó con la lluvia y brilló al resplandor de los rayos: el trueno retumbaba y las ovejas quedaron empapadas.

Heide fue la primera en perder la paciencia.

—Ya no quiero estar atenta —refunfuñó—. Quiero aprender de una vez a cuidar de las ovejas como tú. Quiero aprender a ser peligrosa.

—Mientras no puedas cuidar de ti misma no podrás cuidar de nadie —aseveró Melmoth—. Y peligrosa ya eres... para ti misma. En cuanto hayas aprendido a no serlo para ti misma, lo serás para los demás. Sencillo, ¿no?

Esa tarde no todas las ovejas aprendieron el «arte intenso e inmenso de la atención», como lo llamaba Melmoth, pero todas aprendieron algo. Maude aprendió que podía dormir en pleno día con los ojos abiertos, Mopple aprendió que era posible aguantar una tarde sin pastar, Sara aprendió que estremeciendo y contrayendo distintos músculos una podía sacudirse las moscas sin mover las orejas, y Heide aprendió a estar callada. Para ser la clase inicial, Melmoth estaba satisfecho.

Más tarde, en el fragante y límpido aire posterior a la tormenta, empezó a ponerles pequeñas tareas. Debían pasear a la orilla del acantilado y prestar atención a cada paso. Melmoth supervisaba ese ejercicio desde la roca de Zora, que estaba muy impresionada. Mopple parecía más pensativo que de costumbre. Después Melmoth las envió a birlar el empapado sombrero de Gabriel de los escalones de la caravana, donde éste se lo había dejado cuando corrió a refugiarse al establo del chaparrón.

Las ovejas aprendían más deprisa que entendían. Se percataron de que tenían muy poco tiempo para sentir miedo cuando de verdad observaban las cosas con la atención requerida por Melmoth.

Claro está que no siempre salía todo bien. En uno de los simulacros de ataque de Melmoth, la atención hizo que Mopple olvidara evitar la embestida y Melmoth se lo llevara por delante. Heide se atragantó al pastar porque la atención hizo que tragara cuando no debía.

Al caer la tarde, Melmoth les enseñó algo contrario al espíritu ovejuno: les enseñó a no dejarse cuidar.

—Esto no será posible —se lamentó Lane—. Pasa porque es instintivo. Somos así.

—Pasa porque dejáis que pase —replicó Melmoth—. La única razón por la que os pueden cuidar es porque no sabéis cuidaros vosotras mismas. Olvidad el rebaño. Olvidad los perros. Cuidaos vosotras mismas.

Las ovejas practicaron lo de no dejarse cuidar hasta que anocheció. Melmoth asumió el papel de perro ovejero y correteaba balando a su alrededor, un torbellino de ataques ficticios, fintas y

repliegues. El cometido de las ovejas era, simplemente, permanecer inmóviles. Pronto estaban todos agotados, el uno de correr y las otras de mantener su heroica inmovilidad.

—¿Vamos a acabar pronto? —inquirió Maude.

—¿Acabar? ¿Con qué? —Melmoth le dirigió una mirada inocente.

—Con lo del aprendizaje —baló Sara.

—¡No! —exclamó Melmoth.

—Entonces, ¿cuándo vamos a acabar? —gimió Mopple. Le dolían los tendones y tenía el lomo agarrotado, aunque curiosamente no sentía hambre.

—Carnero gordito —le dijo Melmoth—, mírame a mí, que he vagado por el mundo en busca de atención y creo que no ha habido un solo día ni una sola noche que no aprendiera algo.

Mopple gimió. Ya podían irse olvidando del habitual reposo nocturno. Se preparó para pasar más horas agotadoras. Pero Melmoth aún no había acabado.

—Por otra parte —agregó—, también se puede aprender pastando. Rumiando. Incluso durmiendo. Así pues, ahora lo mejor será que aprendáis un poco pastando.

Las ovejas convinieron rápidamente en que pastar al caer la tarde era un modo estupendo de aprender. Después fueron al establo para continuar el aprendizaje durmiendo. Pero, aunque molidas, les costó conciliar el sueño. Una leve llovizna hacía crepitar los setos en la oscuridad. En el establo reinaba un silencio de lo más inquietante: las ovejas, exhaustas, pensaban en carneros desconocidos y ovejas errantes, piedras y sombreros de pastor, razas de carne y cercos de alambre. Todo mezclado. Ni siquiera se atrevían a tumbarse a dormir. Un mochuelo ululó, y hasta eso las puso nerviosas. Luego algo crujió cerca de la puerta y las ovejas se apiñaron en un rincón, pero sólo era Melmoth, una sombra negra en la entrada del establo.

—No estáis aprendiendo —observó—. No estáis durmiendo. ¿Qué ocurre?

—El miedo —reconoció Maude.

—El miedo —balaron las demás.

—El miedo —repitió Melmoth—. No está aquí dentro. Está ahí fuera, ¿no es así?

Tenía razón. Fuera, en alguna parte, se hallaban Gabriel, el carnicero y todos los carnívoros del mundo.

—Deberíais ahuyentarlo —sugirió Melmoth—. Es un ejercicio. Veréis para qué sirve la atención.

Melmoth distribuyó nuevamente tareas.

Sara, Cloud y Maude debían colocarse en las negrísimas sombras debajo del árbol de las cornejas y escuchar los pensamientos nocturnos de las aves. Ramses, Lane y Cordelia debían acudir al agujero que había bajo el pino y oír las amenazas que conjuraba el frío mar contra el acantilado desde las profundidades. Zora debía mirar el cielo e imaginar que no subiría, sino que descendería hacia un abismo colosal. Heide debía quedarse sola en el establo y oler el silencio en rincones y recovecos.

Y Othello, Maple y Mopple debían ir al pueblo, buscar al carnicero y observarlo hasta que no les diera miedo.

Seguía lloviznando. Las gotas de agua corrían cristal abajo, y cada una de ellas atrapaba una pizca de luz titilante de la habitación que quedaba al otro lado.

Miss Maple, Mopple y Othello oteaban a través de las gotas: dentro estaban Dios y el carnicero sentados a una mesa, uno enfrente del otro. Entre ambos había una botella marrón y dos vasos con un líquido dorado.

Ham tenía apoyado el mentón en sus grandes garras de carnicero y los ojos clavados en Dios.

Dios hundió la nariz en el vaso con líquido.

—No es más que vanidad —decía—, vanidad femenina. Se tiñen el pelo y se ponen esas cosas ceñidas, y luego es uno el que tiene que desviar la mirada. No es justo.

—Kate no se tiñe —respondió Ham—. Es natural, y menudo color.

—No es justo —repitió Dios—. Y en cambio a mí me va mal. Un tormento. ¿Entiendes?, a mí me va mal.

—Escucha —dijo el carnicero—, si yo bebo contigo, imagínate lo mal que me tiene que ir a mí.

Dios asintió, comprensivo.

—¿Acaso crees que tú me caes bien? Llevas años haciéndome la vida imposible, y todo por esa... —Sacudió la cabeza con tristeza.

—Pero a alguien tendré que contárselo —afirmó el carnicero—, si no me volveré loco. —Su voz sonaba extrañamente espesa e inerte. Tal vez fuera por el cristal—. Si George siguiera vivo, habría acudido a él. Hay que reconocer que George sabía mantener el pico cerrado. Al final no le sirvió de mucho, pobre diablo. Y tú, amigo mío, mantendrás el pico cerrado, tanto si te gusta como si no.

El narigudo esbozó una sonrisa forzada.

—Mi débil carne. ¿Sabes lo que es hablarle a la gente del cielo días tras día a sabiendas de que a uno lo esperan en el infierno? ¡Qué digo lo esperan! A mí vendrán a buscarme en persona.

—¿Y tú te crees que me caí yo solito por el acantilado? ¿Eh? ¿Sin más ni más? ¿Al viejo Ham le entró el tembleque? —Miró con furia a Dios.

Éste parecía esperar otra respuesta. Miró fijamente al carnicero y luego asintió varias veces y con excesiva vehemencia, como un pavo gigante.

—Directamente del infierno. Y son horribles. Aullidos y castañeteo de dientes durante toda la eternidad, y todo por la maldita carne.

Maple y Mopple se miraron: por lo visto el narigudo había entendido la profesión del carnicero. Ni que decir tiene que el carnicero ni se inmutó.

—Es decir, no son más que ovejas —dijo—. Yo nunca habría sacrificado un caballo. Ni un burro. Un burro tiene una cruz en el lomo. En el pellejo. El Domingo de Ramos llevó al Señor. Eso es una señal. Pero ¿las ovejas? Están para eso. Para eso se las cría. Yo pensaba que no tenía por qué haber cargo de conciencia. Una muerte limpia y al mostrador. Así de sencillo. Pero después,

después... —Los regordetes dedos de Ham golpearon la mesa a un ritmo frenético.

Dios callaba. De su nariz colgaba una gotita transparente que temblaba como el rocío con el viento. Los dedos de Ham dejaron de tamborilear. Por un momento reinó tal silencio que las ovejas pudieron oír el golpeteo de la lluvia en el alféizar, suave y nervioso como las patas de los ratones. Acto seguido, Ham echó mano de la botella y llenó su vaso de líquido dorado. La botella borboteó y Ham meneó la cabeza.

—George era distinto —prosiguió—. Les ponía nombre, unos nombres curiosos. Y hablaba con ellas. No se entendía con nadie más. Una vez vino a verme y me dijo: «Melmoth se ha ido. Lleva tres días fuera. Ya está bien. Cogeremos tus perros y lo rastrearemos.» Primero pensé que se trataba de un niño... —El carnicero sacudió la cabeza risueño—. Menudo loco. Pero era decente, más decente que todos los demás juntos.

—¿George? —Envidioso, el narigudo agarró la botella marrón y clavó los ojos en el carnicero—. No te lo crees ni tú. Nunca sabremos a qué se dedicaba en esa caravana, pero te diré una cosa: no se dedicaba únicamente a las ovejas. ¡Decencia! ¡Bah! —Puso los ojos en blanco, bebió un buen trago del vaso dorado y tosió. Sus ojos se veían hinchados y húmedos—. George no hacía más que darme guerra. No tenía respeto, ni temor de Dios. Me las endosó a mí para vengarse. Ya podía habérselas endosado a los demás. Ésos están mucho más metidos en el ajo que yo. Yo me limité a mantener el pico cerrado. Pero no: tenía que tomarla conmigo. ¿Sabes cuándo vi al primero? ¡En el entierro! La gente no tardó en largarse. Es comprensible que tengan cosas mejores que hacer que dar sepultura a George, y yo... bueno, ahora da igual, me pongo a echarle un vistazo a una de esas revistas, muy breve, y entonces oigo algo. Alzo la vista y allí, al otro lado de la lápida de George, veo una cabeza sonriente. Alto como un hombre, pero era una cabeza de... de... —La voz desapareció temblorosa en el vaso y reapareció al poco en forma de ronco susurro—. De un macho cabrío. ¡Mirándome

directamente a los ojos! Un macho cabrío negro. ¡Con cuatro cuernos!

Ham asintió con vehemencia.

—A mí me atacó un carnero blanco —afirmó—. Me empujó por el acantilado. Gigantesco. Fuerte como un verraco. Y salvaje. ¿Es normal? Es decir, no son más que ovejas. Y luego eso: de un blanco radiante. Resplandecía en la niebla. Te diré una cosa: ésa no era una oveja normal. Pero ¿por qué? Desde entonces no paro de verlo y preguntarme por qué.

El carnicero bebió un buen sorbo y Dios se sonó en un pañuelo.

—Lo habría dejado —farfulló éste—. Quemé la revista y me puse a rezar. Pero después, justo al día siguiente, vino a verme la nueva responsable de turismo. Por fin habíamos encontrado a alguien, y tenía que orientarla. Bueno, pues la miré... y debió de parecerles demasiado concupiscente. El caso es que apareció un demonio en la ventana. De nuevo con forma de carnero. Y no negro, no, sino gris con unos cuernos enormes y unas alas negras. Alto, como un hombre de pie. Claro está que despedí a la mujer en el acto, le dije que fuera a casa de Beth. Te digo que jamás volveré a ver a una oveja sin que un escalofrío me recorra la espalda.

El carnicero se echó al coleto el resto del líquido dorado y miró a Dios, compasivo.

—Yo tampoco —convino—. Le he estado dando vueltas y más vueltas. Me han dicho que sólo pasé una noche en el hospital, pero a mí se me hicieron semanas. Estuve pensando todo el tiempo: Kate, sí, no pude olvidarla, aunque se casara con George. Por ella compré aquella vez la cámara de vigilancia, para poder verla de nuevo por la noche comprando pechuga de pavo. Y su voz... —El carnicero miró con aire soñador—. No desearás... Pero no la habría tocado, debes creerme. Y en cuanto a lo demás, ni siquiera participé en la cerdada que le hicieron a McCarthy, y eso que yo habría sido el más perjudicado. Lo único que se me ocurrió fue lo de la carnicería. Pero alguien tiene que hacerlo. —El carnicero golpeó la mesa con el vaso vacío.

—Ahora todo se venga —musitó el narigudo—. Cualquier pensamiento pecaminoso, cualquiera. Incluso en la iglesia. Eso ha acabado conmigo. Imagínate, ¡en la casa de Dios! Yo estaba en el confesionario... quería hablar de algo con Gabriel. Vino y estuvimos hablando. Y luego... un horror, Ham, así como te lo digo, un horror. De pronto inundó el confesionario un hedor infernal, la voz se convirtió en un balido espantoso. Descorrí la cortina y en lugar de a Gabriel vi al carnero negro, rumiando. ¡Con siete cuernos, como el animal del Apocalipsis! —gimió.

Ham juntó la yema de los dedos formando una bóveda de nervaduras recias y rosadas y habló con gran realismo.

—O estaba mal matarlas —dijo—, y yo soy culpable. En cuyo caso esto es justo. —Sus manos golpearon la silla de ruedas—. O estaba bien, y entonces esto es una injusticia que clama al cielo. Pero en ningún sitio pone que sea un error, la Biblia no dice una sola palabra al respecto, en la Biblia también las matan.

—Venganza —susurró el narigudo, y se estremeció—. «Mía es la venganza», dice el Señor. Eso es lo que debí aclararles antaño con lo de McCarthy. Ése habría sido mi cometido. Demasiado tarde. Ahora la venganza es asunto de los de ahí abajo. —La mano de Dios hizo un gesto abatido señalando el suelo.

—Sólo existen dos posibilidades —aseguró Ham—. O me hago vegetariano, como Beth, o les enseño a ésas que a mí no se me trata así. Un carnero blanco. Sí, sí, sólo es un animal estúpido, instinto y demás. Yo también me lo digo a veces. Pero yo también soy un animal estúpido. Todo lo que vemos al fin y al cabo no es... no es más que... una especie de máscara, ¿comprendes? Detrás se oculta algo. No sé qué se oculta detrás, pero sé que aquello era un carnero blanco. Espera a que lo agarre. Me las pagará. —Ham apoyó las manos en la mesa como para ponerse en pie, pero sólo se levantó un poco de su extraña silla y se dejó caer de nuevo entre suspiros.

De repente algo se movió junto a Maple. La gravilla crujió. Mopple the Whale se había apartado del cristal y miraba hacia la puerta del jardín.

Maple le dirigió una mirada de reproche.

—Melmoth dijo que nos fuéramos cuando tuviésemos miedo —afirmó Mopple, e intentó poner cara de tener miedo.

—Pero es importante —aseguró Maple—. Puede que sigan hablando de George. Puede que averigüemos algo sobre el asesinato. ¡Tú eres la oveja memoriosa!

En ese momento se oyó en casa del carnicero un ruido duro y frío con un eco espantado. Mopple se estremeció.

—¿Ves? —dijo Maple tratando de animarlo—. Ha pasado algo. Ven, tienes que memorizarlo.

En la oscuridad, los listones de la verja parecían dientes afilados, y la puerta emitía un crujido hostil con el viento. De repente volver a casa solo y por la noche ya no era tan buena idea. Mopple ocupó de nuevo su sitio, al abrigo entre Maple y Othello, y se puso a mirar con valentía por la ventana.

Dentro la botella se había caído y derramaba su líquido a borbotones. El narigudo agarraba ensimismado su vaso, y Ham miraba fascinado el charco que se extendía por la mesa, oscuro como la sangre.

—Esto no tiene nada que ver con tu pequeña y miserable alma —dijo el carnicero en voz muy baja. Sonaba más peligroso que todo lo que le habían oído hasta ese momento—. Pecado o no, haz penitencia, y el Señor te perdonará. ¿Es que no crees en nada de lo que predicas todos los domingos? Tu maldita castidad no me interesa. Es una cerdada que Alice te diese igual después. Y te haré sudar por ello mientras pueda.

Las ovejas observaron que la ira del carnicero volvía a sacar a Dios del vaso. Se enderezó.

—Fue ella la que me abandonó a mí —dijo, sereno y triste—. No al revés. Qué no habría hecho yo por ella. ¡Todo! Incluso hoy sigo viéndola en todas las mujeres. Es mi perdición. Esa... bruja.

Las manos del carnicero se volvieron dos puños. Un crujido amenazador. Mopple movió nervioso las orejas.

—¿Bruja? Lo único que quería mi hermana era un poco de honestidad.

Ante la fría ira del carnicero, el narigudo volvió a refugiarse en su vaso.

—No tienes idea de lo que estoy haciendo por ti —se lamentó éste—. ¿Acaso crees que no se han planteado matarte? ¿Y quién los ha convencido de lo contrario? ¡Pues yo! Y además, uno de esos artistas había calculado lo práctico que sería que encontraran tu cadenita en el escenario del crimen. La de oro de Kate. —Sonrió—. Por fortuna se confesó. Naturalmente salí en el acto a buscarla.

—Josh —dijo Ham casi aburrido.

Sorprendido, Dios enarcó las cejas.

—¿Lo sabes?

—Sólo sé que aún la llevaba puesta cuando Tom me llamó para que fuera a la taberna. Y luego, cuando volvimos de ver el cadáver de George, no la tenía. Está claro que alguien quería colgarme el sambenito. Quién, es otra cuestión. Esa rata de Josh. No le caigo bien, y ni siquiera sé por qué. —El carnicero sacudió la cabeza meditabundo.

—No debiste darle esa paliza después de la boda de George —opinó Dios.

—¿Y? —espetó el carnicero—. ¿Encontraste mi cadena?

—No —admitió Dios—. Pero lo intenté.

—Sólo porque sabes que todo saldrá a la luz si a mí me ocurre algo —respondió el carnicero con desdén.

—¡Pues hazlo! —El narigudo probó con la osadía—. Clava mis cartas de amor en la puerta de la iglesia, todas esas cochinadas. ¿Crees que aún le interesa a alguien después de tantos años?

—Créeme —contestó Ham, furioso—, a ellos sí les interesa.

Nervioso, Dios bebió un par de sorbos del vaso.

—Sin embargo, no envidio las confesiones que tienes que oír semana tras semana —musitó Ham al cabo—. ¡Menudas cosas tuvieron que contarte! ¡Con una pala! A quién se le ocurriría algo así... —Meneó la cabeza.

Dios se inclinó sobre la mesa, tanto que dio la impresión de caerse hacia delante, y miró con fijeza a Ham. Mientras que el

carnicero se hundía despacio en su silla de ruedas, él parecía recobrar el ánimo.

—Ninguno ha dicho nada. Ninguno. Ni palabra. Ni siquiera en confesión. De McCarthy sí, ya estoy harto de oírlo. Pero de George... ni palabra. Seguro que lo han pensado. Pero ninguno tiene intención de hacerlo.

Ham se encogió de hombros como si aquello no le sorprendiera demasiado, pero el otro se iba agitando con lo que decía.

—Ese silencio me da escalofríos, Ham. Ni siquiera ante Dios... Realmente deseé que se confesaran. No es propio de ellos, ¿sabes? Siempre tenían ganas de descargar sobre mí su mala conciencia. Tal vez... es decir, lo de la pala es demencial. —Sus ojos adoptaron una expresión recelosa—. Oye, ahora que lo pienso, ¿por qué fuiste otra vez al escenario del crimen? El día del entierro de George.

Ham hizo una mueca. Al parecer, él también recordaba a su pesar aquella mañana neblinosa. Miró con ojos vidriosos por la ventana, directamente a los ojos castaños de Mopple.

—Porque quería recuperar mi cadena —gruñó—. Tuve la misma idea que tú... y sin oír ninguna confesión. El muy idiota de Josh. Y cuando la policía se presentó en mi casa, pensé: seguro que está allí... —Los ojos de Ham se clavaron en algo y enmudeció.

Dios rió.

—Seguro que Josh la estuvo buscando a esa misma hora... el arrepentimiento y todo eso. Tampoco encontró nada. Esto parece cosa de brujas, y creo... —Calló al ver el espanto congelado en el rostro de Ham. Siguió su mirada hasta la ventana y se quedó de piedra. De pronto palideció y se llevó la mano izquierda al pecho.

—¡Ése es! —exclamó Ham—. ¡Ahora no se me escapa!

Con un hábil movimiento, el carnicero giró la silla y fue hacia la puerta. Dios miraba estupefacto el negro rectángulo donde por un instante había visto tres cabezas de oveja envueltas en un resplandor rojizo.

Mopple, Maple y Othello regresaron a la pradera bajo la llovizna. Podían sentirse satisfechas: aunque no habían ahuyentado el miedo del todo, al menos habían logrado atormentar a Dios y el carnicero.

Othello trotaba delante, orgulloso: había impresionado a Dios con sus cuatro cuernos, ya sólo por eso la cosa merecía la pena. Hasta Mopple avanzaba con la cabeza alta. ¡Melmoth tenía razón! Con un poco de atención y una mirada ovejuna impávida se podía asustar de lo lindo a los hombres.

Absorto en sus pensamientos, que giraban en torno a su recién descubierto talento, Mopple trotaba junto a Othello a un ritmo enérgico.

—¿Tú empujaste al carnicero por el acantilado? —le preguntó Othello.

Mopple levantó la cabeza. ¡Había atacado al carnicero en la niebla con la fuerza de un verraco! Ciertamente una oveja podía conseguir cualquier cosa con atención... Pero al punto comenzó a recordar. Mopple era la oveja memoriosa, y por tanto lo había memorizado todo.

—No —admitió con leve decepción—. Él me persiguió por la niebla y luego se cayó.

Othello bufó divertido, pero lo miró con amabilidad.

—Aun así tiene mucho mérito —alabó.

Volvieron la cabeza en busca de Miss Maple, que se había rezagado. De vez en cuando se detenía y arrancaba unas hojas de los setos que crecían junto al camino. Los carneros esperaron pacientes.

# 17

Mucho antes, cuando Miss Maple todavía no conocía el invierno, George comía todas las mañanas una rebanada de pan con mantequilla y jarabe de arce. Los días que hacía buen tiempo siempre desayunaba fuera, ante las miradas envidiosas de sus ovejas. Primero colocaba una desvencijada mesita ante los escalones de la caravana, luego preparaba café, después sacaba el plato con el pan ya untado y, a continuación, tenía que volver a entrar para meterle prisa a la cafetera. Durante ese lapso el pan permanecía al sol, sin vigilancia. A las ovejas les habría gustado comérselo, pero sólo Maple sabía contar hasta cincuenta: en cuanto la cafetera golpeteaba porque George le daba con la palma de la mano, empezaba la cuenta. 1-15: Maple avanzaba a hurtadillas hacia la caravana. 15-25: para mayor seguridad, atisbaba por la puerta de la caravana. 25-45: lamía con cuidado el jarabe del pan, con tanto cuidado que ni siquiera se notaba que por la mantequilla hubiese pasado la lengua de una oveja. También era importante dejar una finísima capa del pardo jarabe, para que George no se diera cuenta. 45-50: volvía corriendo con las demás ovejas y se escondía tras el lanudo cuerpo de su madre, a la cual todo aquello le resultaba un tanto embarazoso. 51: George aparecía en la puerta de la caravana con una humeante taza de café y se ponía a desayunar.

Un día la cafetera se estropeó y George apareció en la puerta con los brazos cruzados cuando aún iba por 35. Fue el día que George le puso el nombre Maple, que significa «arce», antes aun de que pasara su primer invierno. Las otras ovejas sintieron una

punzada de envidia, y a su madre se la veía tan orgullosa como si hubiese sido ella la que birlara el jarabe del pan. La propia Maple estuvo paseándose ufana por la pradera hasta que se puso el sol: nunca una oveja tan joven había tenido su propio nombre.

A esas alturas todas las ovejas tenían claro que Miss Maple debía de ser la oveja más lista de todo Glennkill... y tal vez del mundo. Por eso, a pesar del cansancio, se mantuvieron atentas mientras Maple, Mopple y Othello relataban sus experiencias en el pueblo con Dios y el carnicero. La cosa volvía a versar sobre la carne, y el miedo al cuchillo, vencido a duras penas, se propagó de nuevo. Sin embargo, Miss Maple quería mencionar otro asunto.

—Dios ha dicho una cosa importante —afirmó—. Ha dicho que a él nadie le ha contado nada. Le resulta inquietante. Y yo creo que tiene razón. Si lo hubiesen hecho en rebaño, se sentirían seguros y se lo contarían. Como pasó con McCarthy. Aquella vez Dios no los delató... ¿por qué iba a hacerlo ahora? George no le caía bien.

—Quizá lo hayan olvidado —opinó Cloud.

Mopple the Whale sacudió la cabeza.

—Los hombres no olvidan tan fácilmente. En primavera George aún sabía quién había roído en otoño la corteza de los árboles. McCarthy lleva ya siete inviernos muerto, casi una vida ovejuna, y ellos todavía se acuerdan. —Estaba claro que a Mopple le inspiraba respeto la memoria de los hombres.

—No es cuestión de memoria —confirmó Miss Maple—. Yo creo que el silencio tiene otro motivo. Creo que, a diferencia de cuando McCarthy, no estaban todos juntos. No son como un rebaño que haya comido algo conjuntamente. En ese caso se mantendrían juntos, se apiñarían en un sitio y esperarían. Pero no lo hacen. Van de un lado a otro confusos. Sospechan unos de otros. Cada cual quiere averiguar algo de los demás. Por eso Josh vino a ver a Gabriel, y por lo mismo estuvo Eddie aquí. Por eso Gabriel observaba cómo Josh, Tom O'Malley y Harry se colaban en el prado por la noche.

Las ovejas balaron sorprendidas: eso les era nuevo.

Miss Maple resopló impaciente.

—Podríamos haberlo descubierto mucho antes. De ese modo no nos habríamos dejado engañar tanto tiempo por él. ¡Gabriel es el cazador!

¿Gabriel, el cazador? En realidad eso no las sorprendió. Llegadas a ese punto, creían a Gabriel capaz de cualquier vileza. Pero ¿cómo lo había desenmascarado Miss Maple?

—Debió ocurrírseme en el acto —explicó ésta—. El solo hecho de que Maude no pudiera olerlo de inmediato. Sólo Gabriel es capaz de ocultar de ese modo su olor, tras lana húmeda y humo. Además... —escrutó los alrededores, ojo avizor— además sabía que los tres habían estado en el prado. Se lo dijo a Josh. Incluso sabía que nos habían puesto nerviosas. ¿Cómo iba a saberlo si no hubiera estado allí?

—Pero ¿cómo es que Gabriel caza personas? —inquirió Cloud.

—Tal vez quería su carne —aventuró Mopple—. Los hombres no son muy lanudos.

—Ninguna oveja puede abandonar el rebaño —baló Ritchfield.

Maple asintió.

—Creo que Ritchfield tiene razón. Gabriel es algo así como su manso. No quiere que anden correteando por ahí. Deberían permanecer en un sitio, y con la boca cerrada... como sus ovejas. Pero no lo hacen, y como Gabriel se dio cuenta de que tres se habían escabullido, los siguió.

—No es un manso muy bueno —apuntó Heide.

—No —convino Miss Maple—. No es capaz de mantener junto el rebaño. Por eso se ha quedado aquí a vigilar la caravana. En la caravana debe de haber escondido algo muy importante. Algo que bajo ningún concepto debe salir a la luz.

—¡La justicia! —exclamó Mopple.

Miss Maple ladeó la cabeza.

—Puede. Es una cuestión muy importante. ¿Qué pintan todos esos hombres en la caravana? ¿Eddie, Gabriel, Josh, Tom y Harry? ¿Qué buscan?

—Hierba —respondió Zora—. Tom dijo que buscaban hierba.

A las ovejas les pareció demasiado razonable: por lo común, los hombres no perseguían objetivos tan evidentes.

Mopple puso cara de escepticismo.

—Aquí hay hierba por todas partes. El prado entero está lleno de hierba, al menos donde esas de ahí —una mirada enojada a las ovejas de Gabriel— aún no se la han comido. ¿Por qué iban a buscar precisamente en la caravana cuando no tienen más que agacharse?

Debían admitir que Mopple tenía razón: hasta de los hombres se podía esperar un poco de buen juicio. Era un tema de conversación sumamente apetitoso: algunas cabezas se agacharon para hurgar en la paja del establo en busca de algo sabroso.

—No creo que todos quieran la hierba —dijo Miss Maple cuando su cabeza resurgió de la paja con una larga espiga en la boca—, o lo que sea. Creo que para Gabriel es mucho más importante que nada salga a la luz. Ni siquiera la hierba.

Mopple miró con envidia la espiga de Maple.

—Pero ¿por qué?

—Gabriel es el manso —dijo Miss Maple—. Creo que cuando mataron a McCarthy también lo era. Sabe que George y el carnicero se protegieron. Si les pasaba algo, todo saldría a la luz. Y ahora le ha pasado algo a George. Naturalmente todos esperan que salga a la luz. Y yo creo que piensan que va a salir de la caravana.

Las ovejas se reunieron a la puerta del establo y observaron con escepticismo la caravana, que dormía en la oscuridad como una enorme piedra negra. Hasta entonces siempre les había parecido inofensiva, y lo único que había salido de ella era el propio George.

—No sé —dijo Cordelia.

—Sea lo que sea, no saldrá —aseguró Lane—. Nadie puede abrir la puerta. Gabriel lo ha intentado, y también Eddie, Josh, Harry y Tom O'Malley. Y el hombre del coche silencioso. Y ninguno lo ha conseguido.

—¿Por qué quieren abrir la puerta si nadie quiere que salga nada? —baló Heide. No era una mala pregunta.

Miss Maple movió las orejas, pensativa.

—Si no consiguen entrar en la caravana, siempre tendrán miedo de que otro lo logre y descubra su secreto. Pero si son ellos los que entran, entonces encontrarán las pruebas y las harán desaparecer de una vez por todas.

Permanecieron en silencio un rato, meditando, cavilando o sencillamente rumiando. Cuando parecía que esa meditación iba a convertirse en un agradable duermevela, Miss Maple volvió a sobresaltarlas.

—Imaginaos que fuera uno solo el que mató a George —soltó de pronto—. ¿Quién podría ser?

Algo asustadas, todas balaron a la vez: Gabriel y el carnicero eran los favoritos.

—Hum —dijo Miss Maple—. ¿No os dais cuenta de algo? Antes ninguna habría creído capaz de algo así a Gabriel, porque nos caía bien. Y ahora es sospechoso porque ya no nos cae bien. Puede que estemos cometiendo un error: el asesino también podría ser alguien que nos caiga bien.

—Si fuera el asesino no nos caería bien —replicó Heide con rotundidad.

—Pero es posible que aún nos caiga bien —objetó Miss Maple.

—¿Rebecca? —baló Cloud, asustada.

—¿Qué sabemos de ella, aparte de que huele bien? —planteó Miss Maple—. Se presenta sin más tras la muerte de George. Se comporta como si hubiese venido por lo del turismo, pero no es cierto. Intenta averiguar cosas sobre George.

—Ella también quiere dar con el asesino —apuntó Othello.

—O impedir que lo encuentren. Preguntó si había sospechosos. Tal vez sólo quiera saber si alguien le sigue la pista.

Parecía bastante convincente: en las novelas de Pamela, las bellas hijas a menudo eran la causa de la muerte de sus padres. Pese a todo, a ninguna oveja acababa de convencerle esa teoría.

—Me regaló el último tomate —recordó Othello.

Algunas ovejas miraron significativamente a Maple: ¿era capaz de matar alguien que hacía algo así?

Sin embargo, Miss Maple seguía en sus trece.

—No es de aquí. No tiene miedo de que algo salga a la luz. Ni siquiera sabe que haya algo que pueda salir a la luz. ¿Y os acordáis de lo que dijo Beth de la pala, el cadáver y los perros del diablo?

—«Imagínese el horror que debió de sentir ese perdido al verse junto al cadáver con la pala» —citó Mopple.

—Exacto. —Maple lanzó una mirada de aprobación a Mopple—. Pero Rebecca no es de aquí. No tenía ni idea de lo que eran los perros del diablo. Seguro que tampoco se habría sentido horrorizada.

—Es valiente. ¿Y qué? —resopló Othello—. Eso no demuestra absolutamente nada.

—En efecto. —Miss Maple exhaló un suspiro. Todas advirtieron que estaba cansada—. No demuestra absolutamente nada.

Empezó a pasearse arriba y abajo por el estrecho establo con aire meditabundo. Algunas ovejas a las que apartó o empujó balaron indignadas, pero Miss Maple no parecía oírlas.

—Los pequeños enigmas se resuelven —musitó—. Uno tras otro van abriéndose como capullos. Ahora sabemos por qué el carnicero y Josh se hallaban en la pradera en medio de la niebla: por esa cosa. Y quién se agachó y qué dejó en el suelo: Josh y la cosa. Quién es el espíritu del lobo y quién el cazador. Pero ¿qué hay del gran enigma? ¿Qué hay del asesinato? ¿Por qué no encaja?

Trotó hacia Sara, que logró esquivarla en el último instante.

—Puede que no siempre tenga que encajar todo. Puede que sea un error pensar que siempre ha de encajar todo. En la novela policiaca todo debía encajar, y luego todo se embrolló y George se deshizo del libro. Tal vez la solución sea precisamente que algunas cosas no encajan. Cosas que creemos que guardan relación y que en realidad no guardan ninguna relación. —Se detuvo—. Debemos centrarnos más en el gran enigma —explicó—. El gran enigma es... la pala.

Miss Maple enmudeció un buen rato; en un principio dio la impresión de estar analizando algo a fondo, pero poco después su respiración, profunda y regular, reveló que la oveja más lista de Glennkill se había quedado dormida.

Por la mañana, el mar rugía y una luz amarillenta hacía que las troneras del techo del establo brillaran como ojos de gato en la oscuridad. Sin embargo, los pájaros entonaban con despreocupación su canto matutino. Al final, en aquel coro se entrometió, primero lejana y luego más y más cerca, una voz disonante.

Las ovejas atisbaron desde el establo y vieron a Gabriel sentado de nuevo en los escalones de la caravana. A través del tenue velo de bruma matutina, el rebaño al completo miró con desaprobación a su nuevo pastor.

—¡Tiene que marcharse! —exclamó Heide.

Nadie la contradijo.

—Pero ¿cómo? —inquirió Lane.

Observaron a Gabriel, que permanecía firme en los escalones como un pino al borde del acantilado, envuelto en el humo de su pipa. Resultaba inimaginable que una oveja —ni siquiera un rebaño entero— pudiera hacer nada al respecto.

—Miedo —intervino Zora—. Tenemos que meterle miedo.

Se pararon a pensar qué les daba miedo a ellas: los perros grandes, los coches ruidosos, el zotal, el espíritu del lobo, el olor a fiera. Nada de ello parecía indicado para expulsar a Gabriel.

Se miraron desconcertadas.

—Atención —bufó Melmoth de súbito—. Si hubieseis estado atentas, sabríais hace tiempo qué teme Gabriel... o por qué. ¿Qué hacen los hombres cuando tienen miedo?

Miss Maple abrió los ojos como platos.

—Levantan cercas —repuso.

Todas las cabezas se giraron hacia las ovejas de Gabriel, que de nuevo miraban hambrientas a través de la alambrada.

—¿Qué puede pasarles tras la alambrada con toda la comida que les echa Gabriel todos los días? —preguntó Heide amargamente.

—Podrían ponerse enfermas —aventuró Melmoth.

—Más les vale que no —razonó Zora—. Ya lo tienen bastante difícil.

—Si se ponen enfermas pueden contagiarnos —baló Mopple, asustado.

Melmoth guiñó un ojo con complicidad.

—¿Y si nos pusiéramos nosotras enfermas?

De pronto la cabeza de Cordelia bullía de palabras: todos los nombres inquietantes que aprendiera de George recorrían desbocados sus pensamientos: profilaxis, panadizo, meningitis, Creutzfeldt-Jakob... El libro sobre enfermedades del ganado lanar estaba lleno de palabras raras, y todas significaban algo.

Poco después tenían un plan.

Se fueron a practicar al establo, y cuando, al cabo de un buen rato, volvieron a salir, se sentían un tanto aturdidas por el tremendo susto que habían planeado en la penumbra del cobertizo.

Ahora le enseñarían a Gabriel lo que era el miedo.

Pero Gabriel ya no estaba en los escalones de la caravana.

Se hallaba pastando.

La fría cantinela de la guadaña se extendía por la pradera, y la hierba caía a sus pies. Las ovejas se estremecieron y decidieron esperar a que Gabriel terminase con aquel espantoso quehacer.

Luego, de pronto, notaron que el viento no sólo les llevaba el rumor de la guadaña y la hierba muerta: algo mucho más horrible flotaba en el aire que la brisa matutina arrastraba desde el pueblo. Echaron a correr hacia la loma, y desde allí vieron que el carnicero subía a duras penas por el camino y luego por la pradera, directo hacia Gabriel.

La guadaña cantaba en voz alta, y las ruedas del carnicero apenas sonaban en la hierba: era muy posible que Gabriel aún no se hubiese percatado de su presencia. En todo caso no levantó la vista.

El carnicero sudaba. Estuvo un rato mirando cómo la hierba caía al suelo ante Gabriel, hasta que al final dijo:

—Porque toda carne es como hierba.

La guadaña se detuvo en el aire. Gabriel se volvió y esbozó su irresistible sonrisa.

—Al revés —replicó—. Toda hierba es como carne, si antes se la he echado a las bestias.

Las ovejas intercambiaron miradas significativas. Como si lo hubiese notado, el carnicero se volvió hacia la loma y entornó los ojos.

Gabriel lo miró.

—¿Qué te trae por aquí, Ham? —inquirió, cauteloso.

Ham sudaba debido al laborioso trayecto por la hierba, y su cabello, tan bello y dorado en la casa de Dios, se le pegaba grisáceo a la frente. Echó una mirada nerviosa alrededor.

—¿Irás hoy a la lectura del testamento bajo el tilo? —le preguntó a Gabriel—. A las doce del mediodía. No sabía si te habías enterado.

Ham se acercó un poco más al pastor, hasta situarse justo delante de él, y le dirigió una mirada escrutadora desde abajo.

Gabriel meneó la cabeza.

—Ham, hace casi una semana que la gente no habla de otra cosa. Todo el mundo se ha enterado. Y todo el mundo irá... todo el que pueda andar, todo el que aún no esté muerto. Salvo el padre Will, claro está, que volverá a demostrarnos que no le interesan las cosas mundanas. No dejará escapar esta ocasión. Perdona, pero lo sabes tan bien como yo. No has venido a preguntarme por la lectura del testamento. ¿Qué quieres?

Apocado, el carnicero pasó sus regordetes dedos por la rueda de la silla.

—Quería prevenirte —dijo en voz baja.

—¿Prevenirme? —Los ojos de Gabriel se entornaron—. ¿Contra qué habrías de prevenirme?

—Contra ellas. —Ham lanzó una mirada rápida a la colina. Sus ojos recorrieron el rebaño con nerviosismo hasta localizar a Mopple, que baló incómodo. Lo de la atención no funcionaba ni la mitad de bien cuando el carnicero no se hallaba tras un cristal.

—¿Contra las ovejas? —Gabriel dejó caer la guadaña—. Ay, Ham. Vamos, déjate de indirectas. Si quieres amenazarme, puedes hablar con franqueza, tranquilamente.

—¿Amenazarte? ¿Por qué iba a amenazarte precisamente a ti? ¡Tú no tienes ni idea! Eres de los pocos decentes por aquí. Quiero prevenirte.

—¿Contra las ovejas? —repitió Gabriel.

—Contra las ovejas —corroboró Ham—. Puede que pienses que estoy loco. Yo mismo lo pienso bastante a menudo. Que al caer me pasó algo en la cabeza. Pero no es cierto, porque en realidad pasó antes. ¡El carnero se adelantó! ¿Entiendes? ¡Él tiene la culpa! —Señaló la loma con un dedo regordete—. Crees que son animales inofensivos que se dejan llevar. Eso pensaba yo. ¡Ja! —Rió amargamente.

—¿Y? —preguntó Gabriel, irritado.

—Es un error. Saben de sobra lo que está pasando aquí. Pregúntale al padre William. ¡Ayer nos siguieron! Sobre todo ese gordo. ¡Es un demonio!

—¿Ese de ahí detrás, el que intenta esconderse tras el gris?

—¡Ése! —Ham se enjugó con un pañuelo unas gotas de sudor de la frente.

De pronto a Gabriel, que hacía un instante miraba con fijeza a las ovejas que señalaba el dedo índice de Ham, pareció llamarle la atención otra cosa. Sus ojos se entornaron de nuevo.

—Ayer estuviste hablando con el padre Will. ¿Nada menos que tú con Will? ¡Todavía se producen milagros!

Ham asintió.

—Es un milagro, exacto. Pero ¿a qué obedece? Lo cierto es que yo no pienso consentirlo. ¡Míralas! Ayer eran tres. Te digo que esos bichos no son normales. Mira cómo cuchichean. Piensan todo el tiempo en cómo acabar contigo.

Las ovejas se miraron asustadas: el carnicero les había descubierto el juego.

Gabriel se protegió los ojos con la mano y volvió a mirarlas.

—Creo que tienes razón —dijo.

Un suspiro recorrió el rebaño: ahora Gabriel estaba al tanto. No sería él, sino ellas las que desaparecerían de la pradera. Porque toda carne era como hierba, y porque toda hierba era como carne. El propio Gabriel lo había admitido.

Ham lo miró extrañado.

—¿En serio? —le preguntó—. ¿Me crees?

Gabriel asintió con calma.

En la loma, las ovejunas cabezas se hundieron resignadas en la hierba. Maude fue la única que siguió observándolos con obstinación.

—A pesar de todo lo intentaremos —baló.

—La verdad es que no son ovejas normales —reconoció Gabriel —. Son anormalmente poco rentables. Una raza antiquísima. No engordan como es debido, paren muy pocos corderos. Para mí es un misterio qué se proponía hacer George con ellas.

Ham manoseaba tímidamente un botón del chaleco.

—¿No podrías venderme al carnero de ahí detrás?

—¿El peligroso asesino?

Mopple se quedó pasmado del susto. Pero de repente el carnicero bajó los ojos.

—No me crees —dijo resignado. Por lo visto ya no tenía ganas de seguir hablando con Gabriel.

Hizo girar la silla y se alejó de Gabriel. Éste observó cómo se abría camino a duras penas por la hierba. Luego hizo bocina con las manos y le gritó:

—¡Eh, Ham! ¿Vas a ir pasado mañana al concurso La Oveja Más Lista de Glennkill?

Pero el carnicero no se volvió. Siguió rodando más aprisa por la hierba, sudando y resoplando, en dirección al camino.

En cuanto Ham desapareció tras un recodo del camino, Gabriel sonrió: ahora le había tocado al viejo granuja; estaba completamente loco. Sacudió la cabeza y levantó la guadaña de nuevo. Sin embargo, algo llamó su atención: una oveja de George había tropezado y rodaba por la hierba. Una de cabeza negra. La sonrisa de Gabriel se ensanchó. ¡Vieja raza de animales domésticos! ¡Paso firme! La oveja se levantó como pudo y a poco volvió a desplomarse. Luego tropezó una segunda. Un carnero gordo restregaba la cabeza como un poseso contra la pared del establo. A Gabriel la sonrisa se le heló en los labios; de pronto sus ojos azules

ya no eran como el hielo, sino como el agua del deshielo, inquietos y sucios. La guadaña cayó en la hierba.

—¡Mierda! —exclamó—. Síntomas de Scrapie. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Las ovejas siguieron tambaleándose por la hierba con movimientos inseguros y afectados, incluso después de que Gabriel dejara de mirarlas. Aquello les procuraba una inesperada diversión. Gabriel había llamado de inmediato a sus perros y ahora practicaba un agujero en la cerca que hacía escasos días levantara con tanto esmero. Lo que vieron a continuación fue una obra maestra del arte del pastoreo: en pocos segundos los perros sacaron a las ovejas del cercado en un orden exquisito, sin que a ninguna de aquellas nerviosas ovejas le entrase el pánico. Al poco se veía una nube de polvo en el camino y la alambrada desierta era el único recuerdo de Gabriel y sus ovejas.

—A ése no volveremos a verlo —aseguró Heide, satisfecha.

—Sí que volveremos a verlo —la corrigió Maple—. Hoy a mediodía, cuando las sombras son cortas. Bajo el viejo tilo. Puede que todo salga a la luz.

# 18

—Testamento de George Glenn —dijo el abogado—. Redactado y firmado el treinta de abril de mil novecientos noventa y nueve en presencia de tres testigos, uno de ellos abogado colegiado, a saber: yo.

El abogado echó un vistazo alrededor: tras las gafas brillaban dos ojos curiosos. Los vecinos de Glennkill no eran los únicos que sentían curiosidad por ver qué pasaba: al abogado le sucedía lo mismo. Bajo el tilo, el ambiente era similar al que precede a una tormenta de verano: de enojosa espera, temerosa tensión, calor mudo y sofocante, tormenta interior.

—Para ser leído el domingo siguiente a mi muerte o un domingo después, a las doce del mediodía, bajo el centenario tilo de Glennkill.

El abogado miró la fronda que tenía encima. Una hoja bajó planeando y se posó en el hombro de su exquisito traje. Se la quitó y la giró ante sus ojos.

—Un tilo, sin duda —aseguró—. Pero ¿es el centenario tilo de Glennkill?

—Pues claro que es el centenario tilo de Glennkill —repuso Josh con impaciencia—. Empiece de una vez.

—No —rehusó el abogado.

—¿No? —inquirió Lilly—. ¿Nos ha hecho venir hasta aquí para no leernos nada?

—No —repitió el abogado.

—Y eso ¿por qué? —preguntó Eddie.

El abogado suspiró. De repente en su muñeca brilló un reloj: un reloj elegante como el que llevaba George cuando trabajaba en el huerto.

—Son exactamente las once y cincuenta y seis. Pueden creerme. —Eso iba por los que habían consultado su propia muñeca—. Por desgracia, antes de las doce no puedo serles de ayuda.

La gente empezó a murmurar: sus voces de insecto transmitían ira, indignación, nerviosismo e incluso cierto alivio.

Capitaneadas por Othello, las ovejas se atrevieron a acercarse más. Se habían puesto en marcha a la hora en que las sombras son cortas, para ver si de la lectura del testamento salía a la luz algo decisivo: el asesino o al menos algún indicio importante. Nadie les prestaba atención. Othello las había aleccionado para que se aproximaran a los humanos con sigilo, como si tal cosa, igual que los perros. Pero, aunque hubiesen llegado hasta el tilo al galope y balando a pleno pulmón, difícilmente se habría dado cuenta nadie: los hombres estaban demasiado ocupados con sus relojes.

El reloj de la torre de la iglesia dio las doce.

—¡Ahora! —cuchichearon los hombres bajo el tilo.

Pero el abogado meneó la cabeza.

—Va mal. Deberían ponerlo en hora cuando se presente la ocasión.

De nuevo un murmullo de decepción. Luego los hombres fueron callando uno tras otro. Mopple volvió a ver al miedo pasearse entre sus filas con su ondeante melena, rozando las piernas de Josh, el tabernero, como un gato, echando su frío aliento en la espalda de Eddie y olfateando risueño el vestido negro de Kate.

Después los humanos dejaron escapar de nuevo un murmullo ahogado. Entre ellos había aparecido Rebecca, su vestido una gota de sangre en el negro pelaje de la predominante indumentaria de luto. Las miradas se clavaron en ella, ojo tras ojo tras ojo. Othello entendió perfectamente lo que estaba pasando: Rebecca era una perita en dulce y los hombres se la comían con los ojos.

El abogado hizo desaparecer el reloj bajo un puño blanco y carraspeó para concitar la atención de los aldeanos.

Las ovejas estaban expectantes: por primera vez desde hacía mucho tiempo alguien les leería algo. Y escrito el propio George.

—A mi mujer, Kate, le lego mi biblioteca, compuesta, entre otros, por setenta y tres novelones, un libro de cuentos irlandeses y un libro sobre enfermedades del ganado lanar, así como todo lo que prescriba la ley. —El abogado levantó la vista—. Podrá conservar la casa —aclaró—, y también le corresponde una pequeña pensión.

Kate asintió apretando los labios.

—A mi hija, Rebecca Flock... —un murmullo recorrió la muchedumbre. ¿George, una hija? ¿Un desliz? ¿Adulterio?— le lego mis tierras, que constan de pastos en Glennkill, Golagh y Tullykinree.

Othello miró a Rebecca, con su resplandeciente vestido rojo: era como una amapola entre aquellos aldeanos oscuros y grises. Había palidecido y apretaba los labios. Nadie le hacía caso. Kate sollozaba, y Ham la miró afectado.

—Ya está —dijo alguien.

—No —corrigió el abogado—. No está.

Mopple vio cómo se tensaban los músculos bajo las negras ropas. ¿Saldría ahora a la luz? Pero ¿qué? Mopple se dispuso a darse a la fuga.

—A Beth Jameson le dejo mi Biblia.

En la tercera fila, Beth la Misericordiosa rompió a sollozar desconsoladamente tapándose la boca con la mano.

—A Abraham Rackham le lego mi Smith & Wesson, junto con el silenciador, pues a mi entender la necesitará.

Ham estaba en su silla de ruedas, los ojos humedecidos. Asintió con gesto avinagrado.

—Sé lo que estáis pensando —aseguró el abogado—. No todos, pero sí unos cuantos.

—¿Cómo puede saberlo? —inquirió Lilly.

—Estoy citando —respondió el abogado. Miradas atónitas. El letrado volvió a suspirar. Las ovejas lo entendían perfectamente, incluso sabían lo que significaba citar. Al menos aproximadamente: era algo como leer en voz alta—. Lo he estado pensando bien —prosiguió el abogado—, y he decidido no hacerlo. Seguid viviendo

vuestra pequeña y miserable vida. —El abogado levantó los ojos—. Eso lo entenderán ustedes mejor que yo.

—¿Ya está? —preguntó Josh con tono de alivio.

El abogado sacudió la cabeza, carraspeó y hojeó sus papeles.

—El resto de mi fortuna, que en la actualidad asciende a... —leyó una cifra que las ovejas nunca habían oído—, se lo lego a... —Se interrumpió y entornó sus vivarachos ojos para observar a los habitantes de Glennkill. Todos guardaban completo silencio, y en medio de éste Kate soltó una risita nerviosa—. Se lo lego a mis ovejas, para que, tal como les prometí, puedan ir a Europa.

La risa de Kate rompió el silencio, una risa desagradable que las ovejas percibieron como lluvia fría sobre el pelaje. Ham pestañeó con vehemencia, como si también a él le hubiera pillado la lluvia.

—¿Es una broma? —quiso saber Harry el Pecador.

—No —contestó el abogado—, es completamente legal. La fortuna la administraré yo. Claro está que los animales también necesitarán a un apoderado que los lleve a Europa en calidad de pastor. Sus derechos y obligaciones están perfectamente estipulados en el testamento.

—¿Y de quién se trata? —preguntó Tom O'Malley, curioso.

—Eso está por determinar. Soy yo quien debe supervisar su elección. Lo mejor será que lo hagamos ahora mismo. ¿Algún voluntario?

Silencio.

El abogado asintió.

—Naturalmente, han de saber lo que se espera de ustedes. Les he preparado esto. —Repartió unas hojas impresas.

Lilly soltó una risita.

—¿A las ovejas se les leerá todos los días al menos media hora? ¿Quién tendrá que hacer eso?

—El apoderado o apoderada —respondió el abogado—. Por supuesto, todos los libros serán supervisados por una instancia neutral, a saber: yo.

—¿No se podrá vender ni sacrificar ninguna oveja? —intervino Eddie—. Desde luego no es muy económico.

—No tiene por qué serlo —afirmó el abogado—. Abajo de todo se menciona el salario. Con cada oveja que muera se irá reduciendo, pero yo diría que, aun así, es más que considerable.

—¿Y si mueren todas? —preguntó Gabriel—. ¿De una epidemia, por ejemplo?

—En ese caso habrá una pequeña prima de agradecimiento, y se suspenderán los pagos restantes.

—Yo lo haré —decidió Gabriel, y dio un paso al frente.

—Muy bien. ¿Alguien más?

Los vecinos de Glennkill se miraron, nerviosos. Contemplaron la hoja y luego a Gabriel y el abogado. Algunos parecían reflexionar febrilmente. Ahora tenían un extraño brillo en los ojos, y de repente en el aire había un tenue olor a sudor. Expectante. Ávido. Sin embargo, miraron a Gabriel, de pie junto al abogado y con las manos en los bolsillos del pantalón, y no dijeron nada. Como un manso, pensaron las ovejas. Cuando el manso asumía una tarea, a nadie se le ocurría disputársela.

Pero sí que se le ocurrió a una oveja.

—¿De verdad que nadie más? —insistió el letrado. En su tono se percibía cierta decepción.

—Yo lo haría con gusto —se ofreció una voz cálida. Una voz de lectora.

—Excelente. —Y dirigió a Rebecca una mirada casi de agradecimiento.

Ésta se hallaba junto a Beth, pálida y radiante. Las ovejas se sintieron aliviadas: con Gabriel no habrían querido ir ni siquiera a Europa.

—Y ahora ¿quién decide cuál de los dos será? —quiso saber Lilly —. ¿Usted?

—Las herederas, claro está —contestó el abogado.

—¿Las ovejas? —repuso Ham, sin aliento.

—Las ovejas —confirmó el abogado.

—Entonces tendremos que subir a los pastos —propuso Gabriel, sus ojos azules burlándose de Rebecca.

—No lo creo —objetó el abogado—. Me parece que las herederas ya se encuentran entre nosotros. Un carnero negro con cuatro cuernos de las Hébridas, una Mountain Blackface, un merino y el resto un cruce de Cladoir y Blackface: el último rebaño de Cladoir de toda Irlanda. Una antigua raza irlandesa; es una vergüenza que no se críe en ninguna otra parte.

Los hombres se volvieron, en un primer momento sólo sorprendidos, pero luego miraron el rebaño con verdadera hostilidad. Gabriel examinó a las ovejas con la frente fruncida, en actitud crítica.

—¿Ovejas? ¿Las ovejas? —jadeó Ham. Pero nadie le hizo caso.

El rebaño humano y el ovino se hallaban frente a frente. Las miradas de los hombres merodeaban entre las ovejas como piojos. Observaban con desagrado a Othello, Ritchfield y Melmoth: los tres carneros, precavidos, habían retrocedido un tanto, pero no tenían intención de echar a correr.

—Bien —dijo el abogado—. Veamos.

—¿Cómo vamos a verlo? —preguntó Lilly un tanto burlona.

—Todavía no lo tengo claro del todo —admitió el abogado—. Dado que mis nuevos clientes no pueden hablar, tendremos que probar de otra manera. Usted —se dirigió a Rebecca— póngase aquí, por favor, y usted —Gabriel—, allí. Bien.

Se volvió hacia los animales.

—Ovejas de George Glenn —empezó, al parecer bastante divertido con todo el asunto—, ¿quién queréis que vaya con vosotras de pastor a Europa? El señor... —Miró a Gabriel.

—Gabriel O'Rourke —dijo éste con los dientes apretados.

—O la señora...

—Rebecca Flock —dijo ésta.

Un murmullo recorrió el gentío; incluso el abogado enarcó las cejas. Kate profirió de nuevo su risa histérica.

—El señor Gabriel O'Rourke o la señora Rebecca Flock —repitió el abogado.

Los ojos de las ovejas miraban mudos ora al abogado, ora a Rebecca. Querían a Rebecca, estaba claro, pero ¿cómo decírselo al

abogado?

—¡Rebecca! —baló Maude.

—¡Rebecca! —balaron Lane, Cordelia y Mopple a coro.

Pero, por lo visto, el abogado no las entendió. Confusas, las ovejas callaron.

—Así no llegaremos a ninguna parte —opinó alguien a media voz —. Déselas a Gabriel, por lo menos él entiende de ovejas.

La sorpresa de los aldeanos se había transformado en enemistad hacia Rebecca.

—Ésa no distingue una oveja de una borla —farfulló alguien.

—Mujerzuela —murmuró una voz de mujer.

Los hombres se pusieron a cuchichear. Sin embargo, entre los cuchicheos surgió una sencilla y embriagadora melodía: Gabriel había empezado a musitar en gaélico. Su dulce voz poseía un encanto incuestionable.

Othello dio un paso adelante; el rebaño permaneció detrás de él. El carnero negro miró brevemente a Gabriel con ojos centelleantes y, a continuación, se volvió imperturbable y echó a trotar hacia Rebecca. Los arrullos de Gabriel en gaélico eran como los de un palomo loco, pero no le sirvieron de nada: una tras otra, las ovejas se fueron apiñando en torno a Rebecca.

Maude se puso a balar nuevamente:

—¡Rebecca!

—¡Rebecca! —corearon las demás ovejas.

—Bien —dijo el abogado—. A esto lo llamo yo un resultado claro. —Cerró la cartera y se dirigió al rebaño—. Ovejas de George Glenn —dijo muy educadamente—, que os divirtáis en Europa.

En silencio, como en un sueño, poco después las ovejas regresaron a la pradera. Había muchas cosas del abogado y el testamento que no habían entendido, pero una estaba clara: Europa. Las esperaba una enorme pradera llena de manzanos.

—Nos vamos a Europa —comentó Zora, aturdida.

—Con la caravana. Y Rebecca —añadió Cordelia.

—Es... —Cloud respiró hondo. Le habría gustado decir maravilloso, o extraño, o simplemente bonito. Pero de repente no le salían las palabras. En cierto modo le daba miedo.

—Es como si George nos echara a la vez remolacha azucarera y pan —observó Mopple con sabiduría—. Y manzanas y peras y forraje.

—Y pastillas de calcio —agregó Lane.

La alegría las iba invadiendo poco a poco.

Zora se retiró a su peña para reflexionar en un momento tan especial. Heide hizo unas cuantas piruetas en el aire.

—¡Nos vamos a Europa! —repetían los corderos, felices, y todo el que pastaba lo bastante cerca de Ritchfield pudo oír cómo el manso los coreaba en voz baja.

Sin embargo, la mayoría del rebaño se alegraba en silencio, y había que mirar dos veces para percibir el centelleo en sus ojos.

El que más se alegraba era Othello. Ahora podría utilizar todo aquello que George le había enseñado detrás de la caravana al anochecer: a conducir un rebaño, a conservar la calma en el camino, a lograr que el resto sorteara los obstáculos con determinación y prudencia, e incluso a salvar el rebaño. «A ti te estaba esperando yo —le decía siempre George cuando Othello volvía a hacerlo todo bien —. Contigo Europa será un juego de niños.» Y ahora iba a empezar todo. No con George, por desgracia, pero Rebecca no estaba nada mal.

—¡Justicia! —baló Othello, satisfecho—. ¡Justicia! —Luego enmudeció. Había algo que no cuadraba. Lo de Europa era maravilloso, pero aun así... De repente el negro alzó la cabeza—. No ha salido a la luz —bufó.

Las ovejas se detuvieron en medio de su júbilo y miraron a Othello: tenía razón. En el testamento ponía muchas cosas estupendas, pero seguían sin saber quién había asesinado a George.

—No importa —baló alegremente Heide—. Nos vamos a Europa y el asesino tendrá que quedarse aquí. Ya no es peligroso.

—No obstante, ha de salir a la luz —opinó Mopple con valentía.

Cordelia asintió.

—Nos leía en voz alta. Hizo el testamento para que pudiésemos ir a Europa. En realidad, él debería venir con nosotras, no esa Rebecca.

—No debemos tolerarlo —espetó Zora—. Era nuestro pastor. Nadie puede matar a nuestro pastor sin más ni más. Tenemos que descubrirlo antes de irnos a Europa. ¡Justicia!

Todas levantaron la cabeza con orgullo.

—¡Justicia! —balaron a coro—. ¡Justicia!

En medio se hallaba Miss Maple, sus curiosos ojos centelleando.

Por la tarde llegó Rebecca. La hija de George. La nueva pastora. Llegó a pie, con una maletita en la mano. Tenía la cara más blanca que la encalada caravana. Dejó la maleta en el suelo herboso y subió los escalones que conducían a la puerta.

—Ahora viviré aquí, hasta que nos vayamos a Europa —les explicó a las ovejas—. No voy a quedarme en *ese* pueblo.

Se pasó un buen rato sacudiendo la puerta y haciendo palanca en las ventanillas, incluso hurgó en la cerradura con una horquilla del pelo. Después se sentó en el último escalón y cogió la maleta. También George se sentaba a veces así, inmóvil y solitario como un viejo árbol. A las ovejas les resultó un poco inquietante. Comprendieron que Rebecca estaba triste, y Melmoth se puso a canturrear en voz baja.

Rebecca alzó la cabeza como si lo hubiese oído y empezó a silbar una canción, revoloteando con obstinación, tambaleándose como una mariposa en su primer vuelo.

Sin que ella se diera cuenta, en la linde de la pradera había aparecido una figura negra. Las ovejas agitaron las orejas, nerviosas. A continuación el viento cambió y les reveló que quien acudía a su pradera era Beth. Beth en busca de buenas acciones. Se acercó a Rebecca, silenciosa como un espíritu. Si Rebecca se percató, no lo demostró. Estaba sentada, silbando, y ni siquiera volvió la cabeza.

—Lo siento —se disculpó Beth—. Esos paganos...

Rebecca silbaba.

—No tendrá suerte con eso —aseguró Beth—. Eddie dice que es una cerradura de seguridad. No podrá abrirla.

Rebecca seguía silbando, como si Beth no estuviera allí.

—Venga conmigo —le ofreció Beth—. Puede dormir en mi casa.

—No volveré a ese pueblo —afirmó Rebecca con tranquilidad.

Ambas permanecieron un rato calladas.

—¿Quién era Wesley McCarthy? —preguntó al cabo Rebecca.

—¿Qué? —Beth se sobresaltó.

—Wesley McCarthy. He estado en la hemeroteca, ¿sabe? Hace siete años, cuando usted se encontraba en África. Wesley McCarthy apareció muerto, asesinado, en la cantera. Lo comunicó una llamada anónima. No hubo sospechosos ni detenciones ni nada. No tardó en desaparecer de los titulares. Creo que es lo que usted buscaba.

—¡Wesley McCarthy! —Beth echó mano del reluciente colgante que llevaba al cuello—. El Comadreja McCarthy. Así lo llamaban.

Rebecca enarcó las cejas.

—En su día hubo rumores. Nadie sabía de dónde era ni qué se le había perdido en Glennkill. Pero tenía dinero. Compró Whitepark y la arregló. Vivió allí una temporada tranquilamente. O eso pensábamos. Por entonces caía bien, pero claro, después todo el mundo aseguró haber tenido una extraña sensación.

—¿Y luego?

—Al principio todo iba sobre ruedas —respondió Beth—. En el Mad Boar todos estaban pendientes de él cuando contaba cómo había hecho fortuna. Al parecer empezó siendo un pequeño constructor, y después... —Rió burlona—. La gente le confió su dinero. Inversiones en el extranjero. Los primeros incluso llegaron a ver una parte. Bueno —se encogió de hombros—, el resto se lo puede imaginar.

Rebecca asintió.

—Pero después la cosa se le fue de las manos —continuó Beth—. Poco a poco empezó a comprar tierras. Aquí, justo al lado de los pastos, y luego casi hasta llegar al pueblo. Se hizo dueño de todo. Pagaba bien y la gente no tenía elección. Aquí ya nadie tenía dinero.

Nadie preguntó qué pretendía hacer con las tierras, al menos no al principio. Y después fue demasiado tarde.

—Demasiado tarde ¿para qué?

—Quería construir un matadero. El mayor matadero de Irlanda. Cuando me fui a África, todos se pasaban el día discutiendo cómo impedirlo. Iniciativas ciudadanas, peticiones. Y cuando volví, nada. Whitepark estaba vacía, y hoy me entero de que lo asesinaron.

—¿Qué hay de malo en un matadero? —quiso saber Rebecca.

Beth rió con tristeza.

—¿Alguna vez ha visto uno? ¡El hedor! ¡El transporte de los animales! ¡Es infernal! Los habría arruinado a todos. Habría arruinado el turismo, todos los Bed & Breakfast, el Mad Boar, pero también a los campesinos, que no habrían podido vender su carne. Así es la gente aquí, ¿sabe? Puede que se indignaran con ese extraño, McCarthy, pero la carne la habrían comprado donde fuera más barata.

—Así que fue eso —dijo Rebecca—. Creo que no me gustaría conocer los detalles. Ya no. —Levantó la cabeza hacia la negra figura de espantajo de Beth—. Vine aquí porque quería saberlo todo acerca de él. En especial por qué lo habían asesinado poco antes de... —Se interrumpió y se pasó el dedo índice por la nariz hasta llegar a la frente, un gesto que las ovejas conocían de George—. Me escribió una carta —prosiguió—, y yo tardé algún tiempo en contestarle. Que espere, pensé. —Tragó saliva—. Seguro que habríamos hecho las paces.

—Yo también lo creo —aseveró Beth.

—¿De veras?

—De veras

—Ahora sé un poco cómo vivía, al margen de ese... de ese pueblo. Es la primera vez que admiro a George.

Guardaron silencio. Como si hubiesen oído algo, ambas volvieron la cabeza hacia el mar, donde en ese momento tenía lugar una espléndida puesta de sol. Por si acaso, las ovejas miraron en la misma dirección, pero no descubrieron nada de particular.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó Beth al cabo.

Rebecca se encogió de hombros.

—Contar ovejitas. ¿Y usted?

—Rezar. Rezaré por usted.

En ese instante, en cambio, se limitó a quedarse donde estaba, con los ojos cerrados, arrojando una sombra larga y recta. Los grillos cantaban. Un gato blanco con el rabo enhiesto se paseaba por la tapia, junto a la cancilla. Las primeras aves nocturnas empezaban a trinar. Las ovejas pastaban la delicada hierba vespertina. Todas salvo Melmoth, que seguía canturreando. Hasta que una urraca alzó el vuelo del árbol de las cornejas y se posó en su lomo.

Pero no aguantó mucho tiempo allí, sino que voló hasta el techo de la caravana. En el pico llevaba algo que brillaba como el fuego a la luz del ocaso. El objeto se cayó del pico de la urraca y fue a parar con estrépito al escalón superior de la caravana.

Rebecca cogió aquella cosa de fuego y se puso en pie bruscamente. La puerta de la caravana chirrió, y Beth abrió los ojos de par en par. Rebecca rió casi alegremente.

—¡Uau! —exclamó—. De haber sabido que funcionaba así... Cuando tenga ocasión, tráigame unos cuantos de esos panfletos suyos, se lo ruego.

Beth aferró el pequeño objeto reluciente que llevaba al pecho. Sus nudillos blanquearon.

—Entre —la invitó Rebecca, ya dentro de la caravana.

Pero Beth se apartó y meneó la cabeza con vehemencia. También las ovejas estaban nerviosas. ¿Saldría algo a la luz? ¿Qué podía ser? Pero de la caravana no salió nada, al igual que sucediera con el testamento.

—Debo irme —dijo Beth—. Será mejor. Si me lo permite, le daré un consejo: no encienda ninguna luz esta noche. Diré que se ha marchado.

Se volvió raudamente y enfiló hacia el pueblo, flaca y erguida, como tantas otras veces.

Rebecca y su maleta desaparecieron en el interior de la caravana. Las ovejas la oyeron girar la llave en la cerradura y juntaron las cabezas.

—¿Se habrá acostado para dormir? —inquirió Cordelia.

—Olía a cansada —respondió Maude.

—No puede dormir —opinó Heide con cierta tozudez—. Lo pone en el testamento: tiene que leernos. Es una mala pastora.

—Leernos, leernos —balaron las ovejas.

Enmudecieron cuando Melmoth se aproximó a ellas, peludo e inquietante como de costumbre.

—Bobadas —espetó—. ¿Es que no lo entendéis? La historia está aquí. La historia somos nosotras. La niña necesita la llave.

—Pero si ya tiene la llave —objetó Heide.

Melmoth sacudió la cabeza.

—El cordero rojo de George necesita todas las llaves —insistió.

—¿Te refieres a la llave de la caja que hay bajo el dolmen? —preguntó Cloud.

—Bajo el dolmen —confirmó Melmoth—. ¿Quién tiene la llave?

—Yo —respondió Zora, orgullosa.

—Ah, la abismal. —La voz de Melmoth denotó respeto—. ¿Quién más?

Silencio.

Melmoth asintió.

—Sustraída, en el aire, con alegría ratera, guardada de maravilla hasta que llegó el gato humano. Deberíamos darnos prisa.

—¿Tengo que entregarla? —Zora miró a Melmoth, indignada.

—A la pastora. Al igual que a George, el pastor —asintió Melmoth.

—Ni siquiera a George se la di así sin más —respondió Zora—. Él tuvo que esperar ante el precipicio.

—George lo sabía. Ella es un cordero, no sabe nada. Hay que guiarle el hocico hasta la leche, como si fuese un cordero —afirmó Melmoth.

Zora se puso cabezona.

Poco después, Rebecca salió de la caravana al oír el lastimoso balido de un cordero. Al poner el pie en el escalón vio algo que brillaba, no como el fuego, pues el sol ya se había escondido, sino más bien como sangre derramada. Se agachó: una llave sujeta a una delgada cuerda. Se encogió de hombros y se la metió en el bolsillo de la falda. Ese día ya nada podía extrañarle.

El cordero no paraba de balar, así que ella siguió el quejido hasta debajo del dolmen.

Las ovejas observaron atentamente cómo Rebecca encontraba la caja escondida: Othello había escarbado antes la tierra para facilitarle el hallazgo. Rebecca comprendió en el acto y volvió a reír. Se sacó la llave del bolsillo y abrió la caja. Un agradable olor la envolvió cuando se arrodilló para coger uno de los paquetitos que contenía la caja.

Cortó un cordón con los dientes: el plástico crujió, y algo seco se le desmigajó entre los dedos. Ella lo olisqueó, y las ovejas también. Olía... raro. Apetitoso. Mopple supo de inmediato que era comestible.

—¡Hierba! —exclamó Rebecca—. ¡Un montón de hierba!

Las ovejas se miraron. Así que ésa era la misteriosa hierba que traía de cabeza a los humanos. Todas ellas habían transportado alguna vez un paquetito de ésos bajo el vientre, sujeto por un hilo entre el pelaje, cuando George las llevaba a los otros pastos durante unas semanas. «Y ahora arriba —les decía—. Operación Polifemo.» Si hubiesen sabido entonces que en aquel paquetito inodoro que llevaban anudado había hierba...

Ahora todo dependía de Rebecca. ¿Les daría algo de esa hierba? No tenía pinta. Ella ahuecó su falda y echó allí dentro todo lo que encontró debajo del dolmen. Salieron a la luz muchos, muchísimos paquetitos, y luego uno cuadrado algo más grande. Y papel. Una carpeta con papel.

Con cuidado, Rebecca llevó la henchida falda de vuelta a la caravana y desapareció un rato. Luego se sentó de nuevo en los escalones, a fumar una especie de cigarrillo, a juzgar por el puntito rojo que tenía delante de los labios. Un humo denso y dulzón fue

extendiéndose por los alrededores y medio adormeció a las ovejas. En cambio, Rebecca se volvió más habladora.

—Así que os tengo que leer algo —dijo—. Os leeré como nadie os ha leído. Ya sé qué. A ver si os gusta...

Se metió en la caravana con paso vacilante y un minuto después salió con un libro en la mano. Lo abrió por la mitad. Las ovejas sabían que las cosas no se hacían así: el libro había que abrirlo por el principio y luego, según avanzara la lectura, el papel iría pasando poco a poco de una cubierta a la otra. Algunas ovejas balaron en señal de protesta, pero la mayoría estaba demasiado abotargada para alterarse por esa pequeña incorrección. Después de todo, por fin alguien volvía a leerles. No se podía esperar que la joven pastora lo hiciera todo bien a la primera.

Rebecca comenzó.

—«¡Catalina! ¡Haga Dios que no reposes mientras yo viva! Si es cierto que yo te maté, persígueme. Se asegura que la víctima persigue a su asesino. Hazlo, pues; sígueme, bajo la forma que sea, hasta que me enloquezcas. Pero no me dejes solo en este abismo. ¡Oh! ¡No puedo vivir sin mi vida! ¡No puedo vivir sin mi alma!»

La luna se escondió tras una nube oscura, y la única luz que iluminaba ya las páginas era el puntito rojo brillante que se veía ante los labios de Rebecca. Las ovejas se hallaban reunidas en torno a la caravana, fascinadas. A la luz del ascua, Rebecca se parecía un poco a como las ovejas se habían imaginado siempre los piratas siameses de *Pamela y el bucanero amarillo*, de ojos rasgados y melancólicos. El libro se cerró.

—Está demasiado oscuro —afirmó Rebecca—. Y es demasiado triste. Para contar historias tristes no necesito ningún libro, ovejas. —Guardó silencio un instante y exhaló aquel humo dulzón por la pradera. Luego volvió a hablar con su voz de lectora, pero sin libro —. Había una vez una niñita que no tenía un papá, sino dos: uno normal y otro secreto. Al secreto no debía verlo, pero claro que se veían, y se querían mucho. A la madre de la niñita, la hermosa reina, aquello no le gustaba, pero no podía evitarlo. Nadie podía. Pero un buen día la niñita y su papá secreto se pelearon, una pelea terrible

por una cosa tonta, muy tonta, y la niñita hizo todo lo posible para enfadarlo, incluso cosas que le hacían daño a ella misma. Después estuvieron mucho tiempo sin hablar, ni una sola palabra. Finalmente, la niñita recibió una carta en la que su papá le decía que tenía pensado viajar a Europa, pero que antes quería verla. La niñita ocultó su alegría y lo hizo esperar. Y él murió esperando.

No era una mala historia, aunque no tenía comparación con lo que Rebecca les había leído antes. Sin embargo no les importó. De pronto se sentían tan cansadas que apenas podían seguir escuchando. Todas salvo una.

Mopple the Whale no tenía tiempo de cansarse: desde que Rebecca descubriera la hierba debajo del dolmen, le obsesionaba la idea de probarla. Ahora la ocasión parecía favorable. Rebecca estaba sentada en la oscuridad con los párpados medio cerrados, murmurando para sí en voz baja. A su lado, completamente desatendido, había un paquetito de hierba abierto. Mopple se plantó a su lado raudo y veloz, raudo y veloz metió el hocico en el paquetito y, raudo y veloz, se embuchó su contenido. Cuando Rebecca se percató de que algo no iba bien, Mopple ya estaba lamiendo las últimas briznas de los escalones. Ella se echó a reír.

—Porrero —le dijo.

Mopple mascaba consciente de su culpabilidad. La hierba le había decepcionado un poco: olía mejor de lo que sabía; no sabía tan bien como la hierba del prado, ni siquiera tan bien como el heno. Los hombres tenían muy mal gusto. Mopple resolvió no volver a comer nunca más cosas desconocidas.

El gusanito de luz que había ante el rostro de Rebecca se apagó.

—Es hora de dormir —les dijo a las ovejas, hizo una pequeña reverencia y se metió en la caravana. Esta vez no se oyó llave alguna en la cerradura.

La límpida brisa nocturna se llevó el humo, y las ovejas se sintieron más despiertas.

—Es amable —alabó Cloud.

Las demás asintieron, todas salvo Mopple, que se había quedado dormido de pie en medio del prado.

Al resto del rebaño aún no les apetecía irse a dormir. Los sobresaltos del día no les habían dejado tiempo para pastar. Decidieron quedarse un poco más fuera, terminar de alimentarse como es debido y, de ese modo, hacerle compañía a Mopple, que dormía como un lirón y no quería que lo despertaran.

Había caído la noche: las estrellas relucían y, en alguna parte, un mochuelo chillaba a pleno pulmón. En alguna parte croaba un sapo solitario, y en alguna parte dos gatos se entregaban a sus juegos amorosos.

En alguna parte se oyó ronronear el motor de un gran coche. Lane alzó la cabeza. El coche se detuvo en el camino, junto a la cancilla. Sin luces. Un hombre bajó y subió sin prisa por la pradera en dirección a la caravana. Poco antes de llegar se detuvo y olisqueó ruidosamente el aire. Luego subió los escalones y llamó a la puerta. Una vez, dos veces, tres veces.

# 19

En la caravana no se movía nada. El hombre cogió la manija de la puerta y la accionó. Sin soltarla, consiguió abrir la chirriante puerta de George sin hacer un solo ruido.

Y volvió a cerrarla tras de sí.

Poco después, tras las ventanillas de la caravana brilló una luz tenue y temblorosa.

—¿Lo habéis olido? —preguntó Maude—. ¿El metal? Ese hombre también tenía una pistola. Como George. —Se estremeció un poco.

—¡Pero no tiene diana! —apuntó Ramses, y se sintieron aliviadas. Sin diana poco podría hacer el hombre con el arma.

—Puede que quiera la diana de George —razonó Lane con aire pensativo—. Tal vez quiera llevársela.

Othello miró la caravana, intranquilo.

—Deberíamos averiguar qué está pasando ahí dentro.

Todas se acercaron más a la caravana. Maple y Othello empezaron a pacer bajo la única ventanilla que estaba abierta.

—¿Por qué iba a decírselo? —dijo la voz del hombre, tan baja que no se percibía acento alguno. Una voz mezquina.

Rebecca no respondió nada, pero las ovejas oyeron su respiración, rápida y entrecortada. Algo sonó en la caravana. Un objeto pesado cayó al suelo.

—Así que la ha encontrado —observó el hombre—. Enhorabuena.

Y tras una breve pausa:

—¿Dónde?

Rebecca rió muy quedamente.

—No lo creería.

—Lo creeré —aseguró el hombre—. George era uno de los mejores. Especialista en el transporte entre Irlanda e Irlanda del Norte. Imaginativo. Ni un solo incidente.

Rebecca rió de nuevo, algo más alto esta vez pero de manera un tanto ahogada.

—Y todo esto por... ¿la hierba? —inquirió, áspera y apagada, no con su voz de lectora.

Othello miró la ventanilla, preocupado.

—Principalmente hierba. A veces cigarrillos. A veces otras cosas. Lo que cuadrara.

—Me lo cuenta porque cree que ya da igual, ¿verdad?

—Me temo que sí —contestó el hombre—. También tiene la carpeta. ¿Sabe lo que podría hacer con la información que contiene esa carpeta? Sería un duro golpe para nuestra empresa.

—Pero no lo haré —aseveró Rebecca.

—Eso creo —replicó el hombre.

Rebecca enmudeció.

—Yo la creo —dijo el hombre al cabo de un rato—. Sólo que, por desgracia, no basta. —Vaciló—. De verdad que lo siento.

—¿Le importaría apagar esa luz? Es cegadora.

La tenue luz se extinguió tras las ventanillas de la caravana. Maple olisqueó con cuidado. Allí dentro el clima era extraño: opresivo, sofocante y tormentoso. Un clima capaz de traer al galope por el cielo a las ovejas nube. Si se olfateaba con detenimiento, incluso se notaba un soplo de lluvia.

—¿No cree que es poco profesional? —preguntó Rebecca al cabo —. Ahora tengo un empleo en toda regla, de pastora, bien remunerado. Y mi única obligación es recorrer Europa. No tengo nada contra eso y no tengo nada contra usted. Lo último que quiero ahora son más problemas. No diré nada. Jamás. A nadie.

—El riesgo sería poco profesional —aseguró el hombre.

—Otro muerto más en estos pastos también sería poco profesional.

—No mucho. Conocemos al inspector que está a cargo. Un incompetente muy cooperador. Qué le parece: hija ilegítima de dudoso pasado irrumpe de noche en una caravana, encuentra una pistola, se pone a juguetear con ella y se pega un tiro por error. O por el dolor causado por la muerte de su padre. A la gente le gustan esas cosas. O porque se sentía culpable...

—¿En camisón? —apuntó la mujer.

—¿Cómo dice?

—Bueno, yo diría que ésta no es precisamente la indumentaria adecuada para irrumpir en ningún sitio... por si no lo había notado.

—Hum.

—Además, ésa no es la pistola de George. Si quiere que su historia resulte convincente, tendrá que utilizar ésta.

Las ovejas oyeron que la respiración del hombre se agitaba con miedo.

—Tenga cuidado, y aparte ese chisme. Ésa no es una pistola para señoritas.

—Ni yo soy una señorita —musitó Rebecca—. Lárguese.

Algo golpeó el tabique por dentro con gran estruendo. Rebecca profirió un gritito y el hombre una palabrota.

Después volvió a reinar el silencio en la caravana. Un silencio absoluto.

—Maldita sea —dijo Rebecca por fin.

—No tiene importancia —afirmó el hombre—. Supongo que merecía la pena intentarlo.

Un pie empezó a golpetear rítmicamente la madera.

—¿De verdad me habría matado a tiros así sin más? —preguntó el hombre con tono de respeto.

—¿Por qué no? Lo que han hecho con George...

—Nosotros no tuvimos nada que ver con eso, créame. Era de fiar. Un colaborador correcto. Una gran pérdida para la empresa.

Rebecca respiró hondo.

—¿Sabe quién fue?

—No. En todo caso, nadie del ramo. Fue tan teatral... casi un asesinato ritual. Por favor, nosotros no trabajamos así. No nos hace

falta intimidar de ese modo.

—¿Ah, no?

—No.

Silencio. Un buen rato. El pie golpeteaba más aprisa.

—¿Puedo hacer algo por usted? —dijo el hombre—. ¿Tiene un último deseo?

—¿Un último deseo?

—Bueno, algo. ¿Un vaso de agua? ¿Un cigarrillo?

Rebecca volvió a reír, una risa extrañamente forzada.

—¿Dónde iba a encontrar aquí un vaso de agua? Usted nunca ha hecho esto, ¿no?

—Sí. No. No se preocupe.

Rebecca suspiró, un suspiro que Othello sintió hasta en la punta de sus cuatro cuernos. Melmoth había aparecido a su lado, y ambos miraban tensos la ventana entreabierta.

—Maldita sea —repitió Rebecca—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué precisamente ahora? No puedo creerlo. Tiene que haber algo que pueda hacer para dejarle claro que no represento ningún peligro para usted.

—Eso me lleva a pensar... —replicó el hombre despacio—. Suena tentador, pero tan poco profesional no soy.

—¿Qué? ¿Acaso cree que me refería a «eso»? —gruñó Rebecca —. Olvídelo. Pero ¿qué se ha creído usted? Irrumpe aquí sin más y... Seguramente piensa que haría todo lo que me pida sólo porque tiene esa pistola, ¿eh?

—No —repuso el hombre, sorprendido—. Ha sido usted quien... Ni siquiera se me había ocurrido.

—Ya. ¿De veras?

—A ver si se piensa que me hace falta. —Ahora también el hombre sonaba enfadado.

Silencio, otro buen rato.

Después los dos rompieron a reír a la vez.

Silencio de nuevo.

—Muy bien —dijo Rebecca—. En ese caso tendremos que pensar en otra cosa. Pero siéntese.

—Hum —respondió el hombre.

—Podría contarle historias. Como Sherezade, la de *Las mil y una noches*.

—La verdad es que no pienso quedarme tanto tiempo. Por otra parte...

Por la ventanilla de la caravana salió un silencio denso y pesado, como un hálito tibio.

Las ovejas se miraron. Tal vez allí dentro la cosa se pondría interesante. ¿Debían entonar un balido de ánimo? Como obedeciendo una orden, Maude y Heide balaron.

—¡Historias! —balaron—. ¡Historias!

Miss Maple tardó lo suyo en lograr calmarlas.

—Aunque cuenten alguna historia ahí dentro, ¿cómo vais a oírla si armáis tanto jaleo? —argumentó.

Pero las ovejas no oyeron historia alguna. En la caravana no se habló más, cosa que en realidad no les sorprendió: conocían la situación de las novelas de Pamela. Cuando el extraño misterioso —y no cabía duda de que ése lo era— se quedaba a solas con una mujer, cabía esperar que la historia se perdiera en la nada. Llegado el momento, el hombre y la mujer dejaban de hablar sin más y el capítulo finalizaba. No se sabía qué pasaba después. Para las ovejas aquello era un enigma, porque algo tenía que pasar. Los hombres no desaparecían porque sí. La mayoría de las veces aparecían de nuevo en el siguiente capítulo, sanos, contentos y de buen humor. Pese a ello, en las historias se producían esos extraños vacíos.

Así pues, hicieron lo mismo que hacían cuando George les leía esos pasajes truncados: se pusieron a pastar con paciencia hasta que la cosa continuara. Maple fue la única que alzó una vez más la cabeza para olfatear por si acaso el clima de la caravana. Tormentoso, pero despejado. Lluvia que caía perfumada sobre las hojas. Más tranquila, Maple hundió el hocico en la hierba.

Mucho después, cuando la contemplación de la caravana empezaba a resultarle aburrida incluso a Miss Maple, la puerta se

abrió despacio. El hombre salió y se quedó un rato mirando la resplandeciente luna.

—Bonita noche —dijo.

Rebecca había aparecido a su lado en los escalones de la caravana. Había vuelto a ahuecarse el vestido, que en la oscuridad parecía negro como el de Beth. Se le había resbalado un tirante, y un hombro azul luna había quedado al descubierto.

Rebecca canturreaba para sí. De pronto, los dos se miraron y Rebecca dejó de canturrear.

—Me he fumado un porro —confesó a modo de disculpa.

El hombre le restó importancia con un movimiento de la mano, y ella soltó una risita.

—Y falta un paquetito entero. Se lo comió una oveja, esa gorda de ahí.

—Creo que es un carnero —observó el hombre—. Un animal caro. Pero podremos vivir con eso.

Y comenzó a recoger los paquetitos de la falda de Rebecca y metérselos en los bolsillos del abrigo al tiempo que los contaba.

—... veintiuno, veintidós, veintitrés. Descontando el que se zampó la oveja, el envío está completo. Incluyendo la carpeta. ¿Qué es esto? —Sostuvo el paquete cuadrado en la mano.

—Yo diría que una cinta de vídeo —apuntó Rebecca—. ¿No sabes qué contiene?

—No sé nada de ninguna cinta —respondió el hombre, echándose el paquete al bolsillo del abrigo.

Cogió la mano de Rebecca entre el pulgar y el índice, la levantó despacio, como si fuese muy pesada y frágil, y le besó la punta de los dedos. Luego dio media vuelta y regresó al coche sin despedirse. El zumbido del motor se fue alejando.

Las ovejas no estuvieron tranquilas hasta que dejó de oírse el coche. El hombre silencioso las había puesto nerviosas, aunque no sabían exactamente por qué. Pero ahora todo volvía a estar en orden. Tan en orden como hacía mucho que no estaba. La hija de George se hallaba sentada en la caravana, Gabriel y sus voraces ovejas se habían esfumado, y Europa las aguardaba.

Pero por desgracia el orden no duró mucho. Fue una de esas noches en que todo el mundo se colaba en su pradera. En esta ocasión se trataba de una figura menuda y regordeta que andaba a tientas alrededor de la caravana, torpe y ruidosamente.

De pronto Rebecca apareció en la puerta, pistola en mano.

Lilly profirió un gritito agudo.

—¿Qué significa esto? —inquirió Rebecca—. ¿Qué hace usted aquí?

—Yo sólo quería... pensaba... —Los ojos de Lilly miraban como hipnotizados el arma—. Quería pensar un poco en George.

Rebecca sacudió la cabeza.

—No lo creo. Más bien me parece que quería entrar aquí. —La pistola señaló un instante la puerta de la caravana y volvió a centrarse en Lilly—. Y quiero saber por qué. Y después me gustaría poder dormir de una vez. Vamos, desembuche.

Lilly trató de escurrir el bulto, pero al poco se rindió.

—Yo sólo quería el recibo —repuso—. Para que no tengan nada contra mí. Sólo el recibo. —Hizo una pausa, pero continuó hablando deprisa cuando Rebecca hizo un movimiento con la pistola—. A veces trabajo en el Lonely Heart Inn —dijo—. Sólo en ocasiones. Cuando...

Rebecca la miró con ceño y a continuación asintió con aspereza.

—Muy bien. ¿Qué pasa con el Lonely Heart Inn?

—Los clientes no sólo van a... —Lilly se tocó tímidamente el cabello—. También les gusta fumar. Yo conocía a George, y él era un buen contacto... Yo siempre le compraba a él. Sólo que la dueña... es muy desconfiada, ya sabe, una tacaña. Me exigía entregarle un recibo con mi nombre cada vez que le compraba a George. Y esa maldita noche se me olvidó cogerlo. Y luego él murió. Y si lo encuentran tendrán algo contra mí. Eso es lo que esperan todos aquí.

Rebecca bajó la pipa y Lilly se calmó un poco.

—¿Estuvo usted aquí? —preguntó Rebecca—. ¿La noche que mataron a George? —Silbó entre dientes, igual que hacía George cuando algo le resultaba interesante—. Pues si eso se sabe y usted

sigue merodeando por aquí, pronto tendrá más problemas que un simple recibo por un poco de hierba.

Lilly torció el gesto.

—Eso mismo dice Ham. Dice que si no tengo cuidado me colgarán el sambenito. Pero es que necesito el recibo.

—¿Rackham? ¿El carnicero?

Lilly asintió.

—Debió de verme cuando yo volvía de hablar con George. Pero dice que no tenga miedo. Dice que sabe que yo no tengo nada que ver con la muerte de George. Tiene pruebas. Y eso que en realidad me odia. Por Kate, ya sabe.

—¿Ham es el único que la vio? Y luego tuvo ese accidente en el acantilado. Pues debe de tener usted nervios de acero para seguir preocupándose por un recibo.

—Es que lo necesito —insistió Lilly con terquedad.

—Se lo daré si me cuenta exactamente lo que pasó esa noche con George —propuso Rebecca.

La otra la miró indignada.

—¡No pasó nada! ¡Nada de nada! Todo el mundo piensa lo mismo, y sobre mí pueden contar todas las mentiras que quieran, pero George era un buen tipo. Con él aún se podía tratar como con un ser humano. Yo le compraba la hierba y charlábamos un rato. Nada más.

Rebecca suspiró.

—¿Y de qué charlaban?

Lilly se paró a pensar.

—Del tiempo. Del estupendo tiempo que estábamos teniendo aquellas semanas. Tiempo de emprender la marcha, dijo. Estaba de buen humor, como unas castañuelas. Yo nunca lo había visto así. Dijo que en el futuro tendría que comprar el género en otra parte. Me dio un número de teléfono, y luego, de repente... pues casi se echa a llorar, me pareció.

Las ovejas leyeron en el rostro de Lilly que una idea nueva y molesta se le venía a las mientes.

—¡Oh, mierda! —exclamó—. ¡También me dejé olvidado el número!

—También le daré ese número —aseguró Rebecca.

—¿De verdad?

—¿Dijo George qué más se proponía hacer esa noche?

Lilly arrugó la frente.

—Tomarse una Guinness en el Mad Boar. Me extrañó, porque él nunca iba al Boar. Nunca, nunca. Dijo que quería ver una vez más al personal. Y después quería despedirse de alguien.

—¿De quién?

—No lo sé. No lo dijo. Sólo mencionó que era una vieja historia, y se rió un poco.

—Bien. —Rebecca subió los escalones de la caravana, desapareció brevemente y al cabo regresó con un papel.

—«Trescientos euros, recibidos de Lilly Thompson en pago de artículos de lana.» Y el número también está ahí.

Lilly se metió el papel en el escote, feliz y contenta, y miró a Rebecca, agradecida.

—Váyase —le aconsejó ésta—. Y si se encuentra con alguien camino de aquí, dígale que será mejor que dé media vuelta: al próximo que me despierte le pego un tiro.

Lilly asintió asustada y, acto seguido, se dirigió a trompicones hacia la cancilla. Cuando iba a medio camino por la pradera, las ovejas volvieron a oír uno de sus gritos agudos: había pisado un montoncito de cagarrutas.

Las ovejas consideraron que lo mejor sería retirarse al establo; a saber qué podía despertar a Rebecca.

—¿Y Mopple? —dijo Zora—. No podemos dejarlo ahí solo en el prado.

A Mopple no había quien lo despertara, pero las ovejas descubrieron que podía caminar dormido: bastó con que Othello y Ritchfield lo empujaran por detrás con los cuernos mientras el resto

del rebaño entonaba un seductor balido anunciando la llegada de comida.

Antes de quedarse dormidas, aún estuvieron un rato pensando en Europa.

—Será muy bonita, no me cabe duda —dijo Maude—. Y seguro que hay manzanos por todas partes, pero el suelo estará completamente cubierto de hierba ratonera.

—Tonterías —la contradijo Zora—. Europa se encuentra al borde de un precipicio, y todo el mundo sabe que junto a los precipicios no crece hierba ratonera.

—¿Cómo será Europa de grande? —preguntó Cordelia con aire soñador.

—Grande —afirmó Lane—. Una oveja ha de pasarse un día y una noche corriendo como el viento para recorrerla entera.

—¿Y hay manzanos por todas partes? —inquirió Maisie, asombrada.

—Por todas partes —confirmó Cloud—. Pero con manzanas de las buenas, rojas, dulces y amarillas, no como las de aquí.

Estaban entusiasmadas. Todas balaron impacientes que querían irse a Europa. Pero entonces Othello echó a perder la diversión.

—No es tan sencillo —bufó—. Ni siquiera en Europa. En ninguna parte. Es bonita, sin duda, de lo contrario George no habría querido ir, pero también es peligrosa y desconocida. Allí una oveja ha de estar tan atenta como en cualquier otra parte del mundo. Puede que incluso más atenta aún.

Ritchfield le dio la razón.

—En ningún lugar del mundo hay sólo manzanos. También hay aulaga y acederas, estramonio y hojas vomitivas. En todas partes hay vientos fríos que se cuelan entre la lana y piedras puntiagudas que se clavan en las pezuñas.

Ritchfield puso cara de manso y lanzó una severa mirada en derredor. Las ovejas bajaron la cabeza. Probablemente sus carneros más experimentados estuviesen en lo cierto: no había manzanas sin acederas ni lugares libres de peligro.

Al ver tantos rostros desilusionados, Ritchfield consideró su deber de manso añadir algo alentador.

—A pesar de todo, podemos alegrarnos de ir a Europa —dijo—. Sólo que desechando la idea de que será una fértil pradera de ensueño, sino como si fuera un... un... —No se le ocurría ningún ejemplo.

—¿Un esquileo? —propuso Cordelia—. Pellizca y aprieta y gira, pero después una se siente ligera y fresca.

Sir Ritchfield miró a Cordelia agradecido.

—Exacto. Como un esquileo.

Pensando en el agradable frescor del esquileo estival, las ovejas se fueron durmiendo una tras otra. Mopple hizo algo que nunca había hecho: dormido, comenzó a proferir resuellos y ronquidos.

Poco a poco, los ronquidos se volvieron más rítmicos y metálicos; de vez en cuando se oía un leve chasquido. Miss Maple abrió los ojos a duras penas: por las troneras del establo entraba una luz grisácea; debía de ser muy temprano. De pronto los resuellos se tornaron tableteos y martilleos, y saltaban piedras. Esos ruidos le resultaban familiares: llevaba prácticamente toda su vida oyéndolos todas las mañanas. El Anticristo había dejado el asfalto y subía por el camino.

Cuando salió a trancas y barrancas por la puerta del establo, George ya se encontraba sentado en los escalones de la caravana. Presa de la curiosidad, Miss Maple se acercó a él. Al verla, George alzó la cabeza y sonrió.

—¡A trabajar, perezosas! —exclamó.

Obediente, Miss Maple hundió el hocico en la hierba: ahora que George había vuelto de improviso, estaba dispuesta a hacerle ese favor de buena gana. Pero George no parecía satisfecho.

—¡A trabajar! —repitió, y esta vez sonó más serio.

Miss Maple comprendió que no se refería a la tarea de pastar, sino a otra cosa. Movió las orejas con desamparo.

George vio que sola no conseguía nada, y emitió un largo silbido. Significaba «orden entre las ovejas». Pero, en lugar de Tess, fue la pala la que salió pitando de detrás de la caravana. Para ser una pala hacía muy bien de perro ovejero: se plantó a unos pasos de Maple y

hundió el morro en la hierba. Los dos clavos que mantenían la pala sujeta al mango parecían de pronto dos ojos, vivos y atentos. Maple baló intranquila, pero la pala no la perdía de vista. Se fue aproximando con cautela, poco a poco, los ojos clavo siempre fijos en la oveja.

La pala olfateó el aire de un modo horrible, desnarigado, y su flaca espalda de madera se curvó como para dar un salto. De repente Miss Maple sintió un miedo terrible: se pegó a George en busca de ayuda, pero éste estaba frío como la tierra helada.

—¿Por qué estás muerto, George? —le preguntó.

Sus palabras resonaron en la pradera, graves y sonoras como las de los humanos. George las entendería, sin duda. Miss Maple pensó que era estupendo poder hacerse entender así por un humano.

—No puedo vivir sin mi alma —aseguró el pastor.

La verdad, no era una respuesta convincente, pero era la única que Maple habría de obtener. Al hablar, George se transformó sin que en realidad se percibiera cambio alguno. Pero una oveja podía olerlo. Cuando la última palabra hubo salido de sus labios, arrastrándose como una ola perezosa, en los escalones de la caravana sólo quedaba un esqueleto vacío.

En ese mismo instante la pala pegó un salto, describiendo un arco perfecto, el morro metálico directo hacia Maple...

La oveja más lista despertó con un sobresalto.

—Ya lo sé —le dijo a Cloud, que se había arrimado a ella en sueños.

—¿El qué? —inquirió ésta adormilada.

—¡Todo! ¡Lo sé todo sobre el asesinato de George!

# 20

Poco después, todas salvo Mopple estaban en pie, medio dormidas pero de buen humor. Sin duda Miss Maple era la más lista de todo Glennkill y quizá del mundo entero. ¡Y ahora lo sabía todo! ¡Todo sobre el asesinato de George! Las demás habrían preferido conocer sin más el nombre del asesino, pero Maple parecía no saber por dónde empezar.

—Jamás se me habría ocurrido si no hubiera salido en el libro que nos leyó —afirmó—. Menos mal que George dijo en el testamento que Rebecca tenía que leernos.

Las ovejas no entendían ni jota y se inquietaron: Maple parecía muy agitada.

—Volverá a leernos —dijo Cordelia con aire tranquilizador—. Tiene que hacerlo. Lo pone en el testamento.

—Pero es suficiente —aseguró Miss Maple—. Nos leyó lo justo. ¿Os acordáis de lo que nos leyó? Exactamente, quiero decir.

Todas miraron a Mopple the Whale en busca de ayuda, pero éste seguía dormido como un tronco. Zora le dio un brusco mordisco en las nalgas, pero ni siquiera movió las orejas. Miss Maple aguardó paciente a que las tentativas de despertar al carnero culminaran con unos balidos de frustración.

—Pensadlo —pidió.

Obedientes, las ovejas lo pensaron.

—Que no reposes —dijo Maude—. Eso leyó.

—También decía algo de un abismo —apuntó Zora.

—La víctima persigue a su asesino —observó Cordelia, sobrecogida.

—Exacto —dijo Miss Maple—. Es como una pista en la hierba, ¿entendéis? Por qué la pala, nos preguntábamos, si George ya estaba muerto. ¿Por qué? —Se propuso dejar que el rebaño reflexionara un poco, pero al instante perdió la paciencia y resolvió ella misma el enigma—. El asesino tenía miedo de que lo persiguieran, y la pala tenía por objeto evitarlo. ¿Cómo iba a perseguir George a su asesino si la pala lo tenía clavado a la pradera? Eso es lo que seguramente pensó el asesino. Pero... —hizo una pausa dramática— se equivocaba.

La cosa se ponía realmente interesante. Las ovejas se apiñaron más, si cabe.

—Porque la víctima puede perseguir a su asesino «bajo la forma que sea». Eso también lo pone en el libro, pero el asesino no lo tuvo en cuenta. George no necesitaba para nada su propia forma, podía escoger otra. Y todas sabemos qué le gustaba a George.

—Le gustábamos nosotras —observó Heide, orgullosa—. Le gustábamos más que los humanos.

—Eso es —aprobó Miss Maple—. Lo que significa que George persigue a su asesino en forma de oveja. Lo único que tenemos que averiguar ahora es a quién perseguimos las ovejas.

Era fácil.

—¡A Dios! —balaron Lane, Cordelia y Cloud al unísono.

—Eso es —asintió Miss Maple.

—Pero —intervino Zora con escepticismo— ¿ése no era Othello?

Maple asintió.

—Sí, en una ocasión. En el cementerio. Pero él también habló de un carnero gris. Imaginaos a George en forma de oveja: podría fácilmente tener la apariencia de un carnero gris.

—Me gustaría verlo así —aseveró Cordelia.

Miss Maple sacudió la cabeza.

—No creo que sea posible. Probablemente sólo pueda verlo el asesino.

Las ovejas exhalaron un suspiro. Con gusto habrían admitido a George en su rebaño.

—Pero ¿por qué? —baló Heide.

—Así son las cosas —dijo Cloud en tono conciliador.

—¡No! —Heide meneó la cabeza—. Es decir, ¿por qué iba a matar el narigudo a George?

Todos los ojos se clavaron en Miss Maple. ¿Por qué?

—Eso también lo pone en el libro —afirmó—. «No puedo vivir sin mi alma», dice. —Miró a su rebaño con ojos destellantes.

—¿Y? —baló Heide.

—Me recordó que la muerte y el alma están relacionadas —explicó Maple, demasiado concentrada para enfadarse por el descarado balido que soltó Heide—. Cuando una muere, el alma debe abandonar el cuerpo porque el cuerpo huele a muerte y el sensible olfato del alma no lo soporta. Luego el alma es vulnerable; y hemos oído hablar de los perros del diablo. Alguien quería el alma de George. Alguien quería sacarla de George antes de que cayera en las fauces de los perros del diablo. —Respiró hondo. Casi era posible ver sus ideas corriendo por el establo, saliendo a la pradera y dirigiéndose al dolmen, al precipicio y de vuelta, a un lado y a otro, con una rapidez desconcertante, siguiendo misteriosos patrones—. Nosotras, sin ir más lejos, hemos visto lo mucho que le preocupa a Dios su propia alma. Es lógico que intentara hacerse con una de repuesto...

Las ovejas ladearon la cabeza con aire pensativo: ellas no lo habían considerado de ese modo. Segura de su triunfo, Miss Maple sacudió las orejas y continuó.

—La pala en sí revelaba algo. ¿En qué pensáis cuando pensáis en una pala?

—En una pala, claro está —respondió Cloud. A veces Maple hacía preguntas muy raras.

Ésta suspiró.

—¿En qué más?

—¡En la hierba ratonera! —exclamó Maude.

Las demás la miraron.

—¿Por qué en la hierba ratonera? —quiso saber Zora.

—¿Por qué no? —replicó Maude—. Pienso a menudo en la hierba ratonera.

—Pero eso no tiene nada que ver —objetó Heide.

—Es que ella tampoco ha dicho que tuviera que tener que ver —se defendió Maude, ofendida—. Puedo pensar en la hierba ratonera tanto como se me antoje.

—Pero no quiere decir nada —insistió Heide.

—¡Dice mucho! —Maude fulminó al rebaño con su mirada de enojo—. Y ahora me voy a pasar toda la noche pensando en la hierba ratonera, para que lo sepáis.

Maude cerró los ojos y se puso a pensar con empeño en la hierba ratonera. Las otras seguían reflexionando. ¿Qué quería decir la pala?

—¡El huerto! —baló Zora.

Era evidente: George había removido la tierra del huerto con la pala. Con ella arrancaba las malas hierbas y dibujaba líneas rectas en el suelo. Con el mango trazaba estrechos surcos en los que introducía semillas. La pala y el huerto iban juntos.

Miss Maple asintió satisfecha.

—Exacto. Estaba segura de que la pala quería decir algo. El campo santo de Dios, ¿os acordáis? Era un indicio. El huerto donde siembran muertos. Con una pala. Todo con una pala. El narigudo cavó los agujeros y capturó las almas con una pala. No quería una única alma, quería un montón de ellas.

Las ovejas se quedaron boquiabiertas: de pronto todo encajaba, de forma clara, perfecta y sencilla, igual que las castañas encajan en su cáscara como si fuera un guante. Ciertamente Miss Maple era la oveja más lista de Glennkill.

—Pero... —se oyó un tímido balido desde la última fila.

Todas volvieron la cabeza: ¡Maisie! ¡Precisamente Maisie! Curiosas y con cierta malicia, levantaron las orejas para escuchar lo que Maisie tenía que decir.

—No puede ser —baló ésta, agitada—. Él dijo que George era un caso perdido. Si pensaba que de todas formas George ya había

perdido su alma, no tiene sentido quitársela. —Apocada, movió las orejas, y las demás la miraron mal.

Pero Miss Maple no estaba ofendida; al fin y al cabo se trataba de dar con la verdad y no de alardear de inteligencia: ella sabía desde hacía mucho que era inteligente, pero al parecer seguía sin saber la verdad.

—Estoy segura de que guarda relación con el alma —aseveró—. Seguro que encaja de alguna otra forma.

—Beth no tiene alma —intervino Maude, que no había tardado en aburrirse de pensar en la hierba ratonera.

Aunque las ovejas nunca se habían parado a pensar en ello, de pronto les parecía evidente: nadie que oliera tanto a muerte como Beth podía tener olfato. Con olfato aquello resultaba insoportable.

Miss Maple permaneció un rato callada; ni siquiera movió la punta de las orejas. Estaba como los carneros muy viejos: sumida en sus pensamientos y completamente inmóvil.

—Pero Beth quería un alma —dijo al cabo—. A toda costa. Porque sin alma no se puede vivir de verdad. Lo pone en el libro.

Othello alzó la cabeza: las ovejas vieron en sus ojos que había entendido algo.

—Llevaba años viniendo a la caravana de George —prosiguió Miss Maple—. Le traía cuadernillos porque sabía que a George le gustaban los libros. Esperaba empezar a gustarle, tanto como para que él acabara entregándole su alma.

—Pero George no lo hizo —intervino Ramses—. Él quemó los cuadernillos.

—Exacto —contestó Maple—. Muy inteligente por su parte. Después Beth empezó a hablarle de las buenas acciones y de que su alma estaba en peligro. Ella quería llevársela a un lugar seguro donde el alma pudiera hacer buenas acciones.

—¿Con Dios? —preguntó Heide.

—Naturalmente, no era más que un pretexto —aclaró Miss Maple —. En realidad, Beth se quedaría con el alma y George no volvería a verla nunca.

—Pero él no lo hizo —dijo Lane, aliviada—. George empezó a trabajar en el huerto. Con la pala.

—También eso fue inteligente —observó Miss Maple—. Porque de ese modo podía realizar sus propias buenas acciones. Beth ya no tenía ningún pretexto para llevarse su alma.

Las ovejas se acordaban: Beth se había presentado muchas veces ante los escalones de la caravana para preocuparse por el alma de George, y ellas habían caído inocentemente en la trampa. Sólo ahora entendían lo que tramaba.

—Igual que un zorro —dijo Cordelia—. Un zorro que encuentra un cordero herido y lo ronda, el cerco estrechándose cada vez más, hasta que está tan débil que ya no puede defenderse.

—Pero George no era débil —objetó Othello—. Él siempre se defendía.

Miss Maple asintió.

—Y Beth siempre esperaba. Llegará el día, pensaba, llegará el día... Y luego... ¿os acordáis de lo que os he dicho? ¿Que todo guarda relación con la pala? Pues así es, sólo que al principio no entendí bien la relación. La pala quiere decir huerto. Quiere decir que George se defendió. Quiere decir que Beth no pudo arrebatarle el alma. —Hizo una breve pausa—. Pero entonces ella se enteró de que George quería irse. A Europa. Con su alma. Y ella había estado esperando todos esos años como una araña en su tela. Debía hacer algo si no quería que la espera hubiese sido en vano. Y todas sabemos lo que hizo.

Impresionadas, las ovejas guardaron silencio. Todas excepto Zora.

—Pero ¿qué hay de la víctima que persigue a su asesino? —inquirió Zora—. A Beth nunca la ha perseguido ninguna oveja.

Maple se paró a pensar.

—Eso parece —repuso—. Pero no es así. Hasta hemos visto dos veces con nuestros propios ojos que a Beth la perseguían.

Las ovejas reflexionaron, pero por más que lo intentaban no conseguían recordar nada. Y Mopple, la oveja memoriosa, no emitía más que ronquidos.

—Debéis tener en cuenta que probablemente no podamos ver a la oveja espíritu —señaló Miss Maple—. Sólo puede verla el asesino. Pero nosotras hemos sido testigos de cómo ella veía al espíritu. La primera vez fue en el picnic. ¿Os acordáis de que Beth miró el sitio donde George había muerto? Tenía tanto miedo que no pudo comer nada.

Las ovejas se acordaban: su falta de apetito, a pesar de los manjares que había sobre aquella vistosa manta, era una clara señal de que Beth estaba muerta de miedo.

—La segunda vez fue cuando Rebecca abrió la caravana. Todas esperábamos que saliera algo a la luz, y Beth *vio* salir algo.

Recordaron cómo Beth había mirado la puerta de la caravana, con los ojos como platos, aterrada.

—¿Tú crees que...? —inquirió Cloud.

Maple asintió.

—Beth vio el espíritu de George. En una ocasión incluso estuvo a punto de delatarse. ¿Recordáis que dijo que sólo volvería a vivir aquí cuando la oveja negra hubiese abandonado el rebaño? ¿Qué podía tener Beth en contra de Othello? ¡Seguro que hablaba del espíritu de George!

Esta vez no había ninguna duda: Miss Maple había resuelto el caso.

—¿La habrá conseguido? —preguntó Cordelia al cabo de un rato.

—¿El qué? —dijo Zora.

—El alma de George —contestó Cordelia—. Me pregunto si habrá conseguido el alma de George.

—Si la ha conseguido, tendrá que devolverla —aseguró sir Ritchfield con severidad. El alma era todo, no una mera cosa. Era algo con lo que se podía descubrir el mundo. Algo muy valioso e importante, aunque, como en el caso de los humanos, fuese muy pequeña.

Miss Maple meneó la cabeza.

—No la tiene. No hay más que mirarla: su pinta es la de alguien que ha perdido algo para siempre.

Estaba en lo cierto. Sintieron alivio al saber que a Beth se le había escapado el alma de George. Pero ¿era eso justicia?

—¡Justicia! —baló de repente el cordero de invierno en medio del silencio reinante.

Nadie lo ahuyentó.

—¡Justicia! —se le unió Othello.

—¡Justicia! —balaron las demás ovejas.

—Pero ¿cómo? —inquirió Lane.

—Ella tiene la culpa de que George haya muerto —afirmó Cloud —. Sería justo que ella también muriera.

Parecía razonable.

—Eso no es difícil —opinó Othello—. Puede que no podamos hacerlo igual que ella, con el veneno y la pala, pero podemos arrojarla por el acantilado.

—Por el acantilado no —se opuso Zora.

—Aun así es fácil —insistió Othello.

—Pero ella dijo que no tenía miedo a la muerte —baló Heide—. ¿Os acordáis? No dejaba de repetirlo. ¡Pues ahora lo tendrá!

Las ovejas balaron furiosas. Ahora Beth lo tendría. Era justo. Ellas también lo habían tenido en los últimos días debido a las cosas terribles ocurridas en la pradera.

—Podríamos volver a simular estar enfermas —propuso Cordelia —. Con Gabriel funcionó.

Sin embargo, de algún modo les pareció que una enfermedad no sería lo adecuado para Beth.

Miss Maple se paseaba arriba y abajo en la oscuridad.

—Ha de salir a la luz. Todos temen eso. Debemos encargarnos de que salga a la luz. No de la caravana, sino de nuestra cabeza. Han de saberlo todos los hombres. Eso es justicia.

—Pero no nos entienden —observó Cloud.

—Sí, es difícil —admitió Miss Maple—, pero creo que entenderían algo si se fijaran en nosotras. Pero no se fijan. Sólo se fijan en la caravana.

—Salvo el carnicero —observó Sara—. Ahora el carnicero se fija mucho en nosotras.

Pero a ninguna le apetecía hablar con Ham.

Maple volvió a pasearse, meditabunda. Lo hizo largo rato. Al cabo se detuvo súbitamente.

—Hay una cosa que consigue que los hombres se fijen en las ovejas. —Miró radiante al rebaño, pero la única que parecía alegrarse de tan genial ocurrencia era ella. Las demás se habían ido durmiendo una tras otra durante su larga meditación.

—Podría funcionar —opinó Miss Maple.

Habían despertado temprano, aunque seguían en el establo haciéndole compañía a Mopple en su sueño de lirón. El sol matutino se colaba por agujeros y rendijas y dibujaba caprichosas formas de un dorado reluciente en el pelaje de las ovejas. El humor era inmejorable. «Si buscan a la oveja más lista, tendrán que mirarnos bien.»

La idea les resultó atractiva: siempre les había interesado secretamente el concurso La Oveja Más Lista de Glennkill. Corría el rumor de que allí a las ovejas les daban trébol y manzanas y eran admiradas por todos los humanos. George nunca las había dejado participar. «Sería lo único que me faltaba —dijo una vez que la conversación recayó en el concurso—. Esa panda de borrachos haciendo de jurado de mis inteligentes ovejas.»

Ahora George estaba muerto y ya no podía darles órdenes. Pero, con borrachos o sin ellos, si participaban tal vez podrían hacer justicia.

—Participaremos —baló el manso. Y el asunto quedó zanjado. Los ojos de Ritchfield centelleaban, rebosantes de actividad.

—Pero ¿cómo? —quiso saber Cloud.

Y aportaron cuanto sabían sobre el concurso La Oveja Más Lista de Glennkill:

—Es una solemne estupidez —opinó Maude.

—Es una trampa para turistas cuando no se tiene nada más que ofrecer —apuntó Heide.

—Es en el Mad Boar —informó Sara.

Aquello al menos era un comienzo. Las ovejas conocían el pub de sus excursiones a los otros pastos: el Mad Boar siempre les había llamado la atención por el olor a whisky y cerveza, pero también por los ojos que aparecían tras las ventanas para observar a George hasta que él y sus ovejas desaparecían tras doblar la calle principal.

—Iremos sin más —sugirió Zora con osadía—. De algún modo tendrán que ir las otras.

¡Las otras! ¡Otras ovejas! Todo estaría lleno de ovejas... sobre todo de ovejas listas de las que se podía aprender mucho. Quizá después se pudiese formar un solo rebaño gigante. Sara movió las orejas con entusiasmo, Zora aspiró profunda y placenteramente el fresco aire de la mañana, y Cloud se acomodó en la paja exhalando un suspiro de satisfacción.

—Pero ¿cuándo? —inquirió Lane.

Sabían que el concurso se celebraba tan sólo una vez al año, y un año era largo, iba de un invierno al siguiente.

—¡Pasado mañana! —informó Mopple.

Las ovejas se giraron hacia él: Mopple the Whale estaba despierto y las miraba con ojos vivaces.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Heide—. ¿Por qué precisamente pasado mañana?

—Lo dijo Gabriel. Se lo dijo al carnicero cuando el carnicero quería prevenirlo contra nosotras.

¡Así que pasado mañana! Empezaría después de dormir dos veces: quedaba poco tiempo para prepararse, pero también para que las dominaran la impaciencia y el nerviosismo.

Miss Maple fue la única que miró a Mopple con escepticismo.

—Pero desde entonces ya hemos dormido una vez. Así pues, ya no es pasado mañana, es mañana mismo.

—Pasado mañana —repitió Mopple, tozudo.

—La cosa ha cambiado —explicó Miss Maple—. Ha cambiado mientras dormíamos. Ahora el concurso es mañana mismo.

—Pero lo memoricé —insistió Mopple—. Cuando memorizo algo, ya no cambia. Ni siquiera mientras dormimos. Nunca más.

—Que sí —contestó Miss Maple—. Eso sí cambia.

Ofendido, el carnero se retiró a un rincón y se puso a mascar ruidosamente un puñado de paja. Las demás no dejaron que les estropeara su emprendedor espíritu matutino. ¡Así que mañana!

—Sólo necesitamos una habilidad —apuntó Heide, entusiasmada.

La única forma de presentarse al concurso La Oveja Más Lista de Glennkill era con una habilidad.

—¿Qué es una habilidad? —quiso saber un cordero.

El silencio invadió el establo y se amontonó alrededor de sus pezuñas como la nieve en invierno. En alguna parte, muy lejos, una vaca mugió. Un coche zumbaba por la carretera, no más que un insecto. En la tronera del heno hurgaba un pequeño ratón, las patas repiqueteando en la madera tosca y seca cual gotas de lluvia. Una araña grande y parda se escabullía con sigilo entre un bosque de patas de oveja.

—Puede que en el cobertizo haya alguna habilidad —aventuró Cordelia al rato—. George guardaba numerosas cosas útiles en el cobertizo.

—Aunque así fuera —razonó Zora—, ni siquiera la reconoceríamos.

—Podríamos llevar todo aquello que no conozcamos —propuso Heide, que quería ir al concurso a toda costa.

Llenas de curiosidad, fueron al cobertizo. Lane accionó el pestillo con su diestro morro.

La puerta se abrió de par en par y dejó escapar el rancio aire del interior: aceite, metal, plástico y otros olores desagradables. Miraron esperanzadas el contenido del cobertizo: se trataba de una habitación pequeña, pero estaba abarrotada de cosas. Era muy posible que una de ellas fuese una habilidad.

La guadaña, el cayado, la esquiladora, un frasquito de aceite, la caja de las herramientas, la ratonera y semillas para el huerto. Las semillas no olían nada mal. Un vaso con tornillos, un pequeño rastrillo. Un collar antipulgas para Tess, una lata de raticida que George no había utilizado, el trapo blanco y rojo, y la gamuza. Todas cosas que las ovejas conocían: sabían perfectamente lo que George hacía con ellas, desde luego ninguna habilidad.

Lane, que se hallaba en primera fila, se volvió hacia las demás.

—Nada —dijo.

De repente oyeron una risita a sus espaldas: Melmoth. Todas se giraron y se asustaron. Era como si Melmoth se hubiera transformado en un animal completamente distinto: se sostenía sobre las patas traseras e iba arriba y abajo como un bípedo. Sus movimientos eran torpes y algo tontos, además de extraños, absurdos y bastante impropios. Las ovejas se estremecieron.

—¿Qué es eso? —musitó Cordelia.

—Eso —replicó Othello, que asimismo se había levantado sobre las patas traseras— es una habilidad.

Cuando el sol ya estaba muy alto y Rebecca salió descalza de la caravana y se estiró como un gato, las ovejas aún seguían discutiendo.

Por lo visto, nada de lo que sabían hacer era una habilidad: ni pastar ni correr ni subirse a la roca. Ni saltar ni pensar. Tampoco recordarlo todo ni comer pan.

—¿Y escuchar? —probó Heide.

Othello meneó la cabeza con impaciencia.

—Ha de ser algo completamente absurdo —aclaró por enésima vez—, absurdo y llamativo. Como andar sobre las patas traseras o sacudir un paño entre los dientes o hacer rodar una pelota.

—¿Por qué iba una oveja a hacer rodar una pelota? —quiso saber Maude.

—Justamente.

—¿Creen que las ovejas son listas porque hacen cosas absurdas? —Cloud movió las orejas con incredulidad.

Othello resopló.

—No tenemos que entenderlo, sólo tenemos que saberlo.

Melmoth hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—No tenemos pelota —objeto Lane, que era una oveja muy pragmática.

—Creo que no poseemos ninguna habilidad —reconoció Zora con calma—. Por suerte.

Algunas bajaron la cabeza, pero Miss Maple no se desanimaba tan fácilmente.

—No importa —dijo—. Lo único que queremos es que se fijen en nosotras, no queremos ganar.

—Yo sí —la contradijo Heide.

Maple no le hizo caso.

—Si conseguimos entrar, se fijarán en nosotras. Y así tal vez podamos hacerles entender.

—¿Qué han de entender? —preguntó Maude.

—Que Beth mató a George con veneno, y luego no estaba satisfecha, sino que quería su alma. Y que le clavó la pala para que su espíritu no la persiguiera —explicó, solícito, Ramses.

—No lo entenderán —se lamentó Mopple.

—Más fácil —pidió Miss Maple.

—Que Beth es la asesina de George. Primero lo mató con veneno y luego con la pala —propuso Heide.

—Más fácil —insistió Miss Maple.

—Beth... asesina... George —farfulló Zora, crispada.

—Exacto. Si tenemos mucha suerte, lo entenderán.

Las ovejas se miraron. Tres palabras tan fáciles, pero qué difícil sería hacérselas comprender a los hombres.

Buscaron ayuda en Maple, pero la inteligente oveja ya no estaba allí. Oyeron unos inquietantes arañazos procedentes de un rincón del establo y al momento reapareció Miss Maple, la nariz sucia y la cosa del carnicero entre los dientes.

Miss Maple tenía un plan.

# 21

El inspector Holmes miraba frustrado su Guinness. En cualquier otro momento aquella visión lo habría animado, pero no allí. Una Guinness de trabajo, por así decirlo, echaba a perder la diversión. Precisamente allí, en Glennkill, un pueblucho dejado de la mano de Dios. Precisamente cuando se celebraba aquel estúpido concurso de ovejas, viéndose apretujado entre turistas y aldeanos de un humor festivo. El ambiente no le gustaba. La animación era estupenda y la gente estaba insufriblemente animada. Aunque tal vez sólo lo creyera así porque él no podía disfrutar de la diversión.

Nunca debería haber entrado en la policía. No con *ese* apellido suyo. En Galway tenían a un tal Watson y nunca lo dejaban en paz, pero en su caso... Las gracias eran lo de menos. Todos los casos desesperados acababan en su mesa *con* gracias incluidas. No era culpa suya que tuviera el peor porcentaje de éxitos del condado. Y sin visos de mejorar. No con asuntos como ése. George Glenn. Lo supo desde el principio: «Si no ha sido obra de la familia, no lo resolveré nunca.» La familia era aquella pelirroja guapa y regordeta. Y tenía coartada, claro. Luego salió a la luz lo de la herencia. Él se proponía detener sin más a los herederos. «Mejor que no efectuar ninguna detención», pensó. Al fin y al cabo, después siempre podía soltarlos.

Pero ahora... Difícilmente podía detener a un rebaño de ovejas. Para ser sincero, no podía ni ver a esos animales. Y teniendo en cuenta que se celebraba aquel maldito concurso, era evidente que se encontraba en el lugar equivocado.

En medio del salón de fiestas del Mad Boar habían levantado una plataforma de madera a la que no se subía por ninguna escalera, sino por unas rampas. Todo para aquellos animaluchos. Detrás se encontraban los pastores con sus campeonas. Era difícil decir quién de ellos despedía un hedor más penetrante debido a la agitación. Tal vez los culpables fueran los turistas: algunos habían ido en bicicleta con la calorina estival, y eso se olía, claro está. A decir verdad, ¿qué se le había perdido a él allí? ¿Esperaba acaso que el asesino se presentara voluntario en plena borrachera? ¿Que las ovejas le proporcionaran la pista decisiva? Aunque lo cierto es que no quería volver al despacho a archivar casos sin resolver: no había más secreto que ése. Mejor investigar un poco más.

La cosa se había calmado. Un poco, al menos. Las ovejas seguían balando alegremente, por supuesto. No parecían muy listas. Un tipo flaco se subió a la plataforma. Si era el tabernero, no es que dijera mucho en favor de la comida del local. Él habría preferido comer donde el gordo de la silla de ruedas. ¿Acaso no formaban parte esos dos del grupo que encontró el cadáver? Sí. Baxter y Rackham.

Un muchacho discreto, ese Baxter, había pensado cuando lo interrogó. Sin embargo, ahora ya llevaba varios minutos hablándole al público: «San Patricio... Yeats y Swift... la tradición... la tradición... Glennkill se siente orgulloso de sus ovejas.» ¡Patético! Y la Guinness se había terminado.

El tabernero flaco terminó por fin y dio comienzo el concurso: ahora el silencio era absoluto. Expectante. Hasta las ovejas habían dejado de balar.

En medio de aquel silencio llamaron a la puerta; un minuto antes no habría surtido ningún efecto, pero ahora todos los ojos se volvieron hacia ella. Qué absurdo, llamar a la puerta de un bar. Probablemente fuera parte del estúpido ceremonial. Pero nadie se movió. Llamaron de nuevo. Lo cierto es que sonaba más bien como si alguien golpeara la puerta con un objeto sólido. Nada. Sólo a la tercera alguien se compadeció: una gran nariz. Con aquél también había hablado. El padre no-sé-qué: el párroco.

Éste se dirigió a la puerta y la abrió con una clerical sonrisa que al punto se malogró: se quedó helada, se desfiguró y se tornó pasmo. El párroco miró horrorizado lo que tenía delante.

Cuando finalmente se abrió la puerta, las ovejas habrían preferido salir huyendo. Jamás habían imaginado que en el mundo hubiera tantos hombres: más que aquella vez en la pradera, más incluso que los que se reunieron bajo el tilo. Y aquella peste. Los olores de todos aquellos humanos se unían en un gigantesco olor común, grasiento y humoso, agrio, rancio y extraño. El hedor inundó su nariz como si fuese aceite, privándolas de la posibilidad de olfatear nada.

Además, un denso humo de tabaco envolvía como una bruma los rostros de quienes las observaban desde arriba. El acre humo las golpeó en plena cara y las hizo lagrimear. Tampoco podían fiarse ya de sus orejas: era como si un singular velo las tapase. En alguna parte sonaba música, amortiguada como por el follaje de un seto, y les llegaba ruido de pies bajo los bancos. Nada más.

Los numerosos hombres se quedaron mirándolas en silencio. Dios, que fue quien les abrió la puerta, retrocedió unos pasos con la boca abierta, se dejó caer en una silla y se llevó las manos al pecho. Othello abrió la marcha por el pasillito que quedaba entre las hileras de mesas, y las demás avanzaron pegadas a él. No por convicción —gustosamente se habrían largado deprisa y corriendo de aquel horrible antro—, sino porque fue lo único que se les ocurrió. En un principio todas deseaban presentarse al concurso, pero la mitad de ellas se había quedado en la pradera, ofendidas, cuando finalmente se decidió que sólo irían cuatro: Miss Maple, Mopple the Whale, Zora y Othello. Ahora el miedo había borrado el orgullo y la alegría iniciales de Mopple, Zora e incluso Maple. Othello era el manso para la ocasión y no tenían más remedio que dejarse guiar por él.

Y las guió con maestría: avanzó entre las mesas con la cabeza bien alta, sin el menor asomo de miedo. Lo seguía muy de cerca Zora, después Miss Maple y por último, rollizo y nervioso, Mopple, el

trapo sujeto entre los dientes con resolución: aquel apestoso trapo era el accesorio más importante.

Más o menos por la mitad de la sala, un hombre gritó algo y se armó un cisco infernal: los hombres empezaron a dar palmadas rítmicamente, vociferar y bramar. Las ovejas se juntaron más aún, empujadas por Mopple, el cual, en su delicada posición de retaguardia, se sintió aterrado y se pegó a Miss Maple. La cabeza del carnero descansaba sobre las nalgas de Maple, y la de ésta en las de Zora, que iba pegada a Othello.

—¿Qué es eso? —musitó Zora, asustada.

—Un aplauso —explicó Othello, imperturbable—. Significa que les gusta.

—¿Este jaleo?

Pero Othello había reanudado la marcha, y a Zora y Maple las apremiaba Mopple. El palmoteo y los gritos no parecían cesar, y las siguieron por todo el local. Cuando el manso circunstancial finalmente llegó a la tarima, el clamor se hizo ensordecedor. El carnero negro se detuvo y se volvió hacia los humanos. Sobre la cuadrada tarima de madera las ovejas por fin volvían a tener algo de sitio. Sin embargo, de pronto se vieron bañadas por una luz cegadora. Mopple, Maple y Zora aprovecharon la ocasión para volver a dejar a Othello entre ellas y la horda humana: lo rodearon y se apiñaron detrás de él, hombro con hombro con hombro. El manso bajó tres veces la cabeza hasta el suelo, y el ruido subió de volumen.

—Que paren —rogó Mopple en un susurro ininteligible debido al trapo que tenía entre los dientes—. Haz que paren.

Pero Othello no hizo nada, permaneció allí sin más, contemplando tranquilamente aquel mar de cabezas humanas. Las otras ovejas miraban inquietas hacia todos los lados. En la parte posterior de la tarima había una segunda rampa que descendía hacia un rincón, donde se encontraban las demás ovejas y sus pastores. En comparación con el infierno que tenían delante, allí detrás todo parecía sosegado y apacible, oscuro y protegido. Querían bajar allí,

pero Othello no daba muestras de moverse. Esperaba algo. Poco a poco el ruido disminuyó hasta extinguirse por completo.

Othello se levantó sobre las patas traseras.

Y el ruido volvió, más alto que antes: la gente daba voces y aplaudía con vehemencia.

—¿Veis? —dijo Othello sin volverse—. Es muy sencillo: cuando hacemos algo, ellos hacen ruido. Cuando no hacemos nada, ellos no hacen ruido.

—Entonces no deberíamos hacer nada —propuso Mopple.

—Son inofensivos —aseguró Othello, ya a cuatro patas—. Son espectadores.

Y dicho eso, dio media vuelta y condujo a su pequeño rebaño hacia la segunda rampa para bajar al rincón, con las otras ovejas.

Alrededor de dicho rincón habían levantado una cerca baja que tenía una pequeña cancilla. Othello la abrió con una pezuña delantera, metió dentro a sus ovejas y cerró la puerta tras de sí con el morro. Luego echaron un vistazo: las otras participantes se hallaban atadas a la cerca; y los pastores, sentados a una mesa en medio del cercado, mirándolas a ellas boquiabiertos.

—Tenías razón —le dijo Zora a Miss Maple—. En este sitio se les hace mucho caso a las ovejas.

Se sintieron un poco mejor. Othello las llevó hasta un sitio tranquilo, entre un gordo carnero gris y una oveja madre marrón. Una vez allí, permanecieron a la espera de los acontecimientos.

El aplauso se convirtió poco a poco en un acalorado murmullo: en comparación con el jaleo de antes, aquello era casi un arrullo. Un desconocido con gafas se abrió paso entre la multitud apiñada en torno al vallado rincón de las ovejas. Cuando los pastores lo vieron, se abalanzaron hacia él.

—¡Esto va contra todas las reglas! —gritó uno, enardecido.

—¿Cómo es que nadie nos lo ha dicho? ¿Cómo es que no figura en el programa?

—¡Que se vayan ya!

—¿Qué significa esto? Nos dijisteis que no se podía inscribir a más de una oveja. Me habría podido traer a Peggy, a Molly y a Sue...

¡y habríais visto lo que es bueno!

—Las recién llegadas no están inscritas. —El de las gafas sonrió tímidamente—. Para ser sincero, ignoro de dónde han salido y dónde está su pastor.

Los exaltados hombres se miraron en silencio.

—El pastor no vendrá —dijo uno de ellos.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó el de las gafas.

—Ha muerto. Ésas son las ovejas de George Glenn.

—Ah. —El de las gafas parecía irritarse.

—¡No pueden participar! —chilló un labriego gordo y rubicundo —. ¡Sáquelas fuera!

Las ovejas se asustaron: ¿todo aquel esfuerzo para que ahora las echaran, cuando estaban tan cerca de la meta?

—No es tan sencillo —replicó el de las gafas—. ¿No oye a la gente? ¿A los turistas? Están entusiasmados. Si las sacamos ahora, ¿qué cree usted que pasará?

—Me da lo mismo. Las reglas son las reglas.

—De eso nada. —El de las gafas meneó la cabeza—. No nos conviene arruinarle la diversión a la gente.

—¡¿Diversión?! —exclamó furioso el labriego rubicundo.

—Las dejaremos participar fuera de concurso —decidió el de las gafas en tono conciliador—. Al final, cuando ya nadie preste atención.

Malhumorados, los pastores volvieron a la mesa, lanzando miradas iracundas a las ovejas de George.

Mopple, Maple y Zora observaban las cosas tan extrañas que sucedían a su alrededor con los ojos como platos. Manos infantiles se colaban por la cerca y les ofrecían dulces, pan, pasteles e incluso helado. Pero ni siquiera a Mopple le pasó por la cabeza probar esos manjares: por primera vez en su vida no tenía apetito. Puede que tuviera relación con el trapo, que había depositado en la paja, a su lado, y seguía despidiendo su asqueroso olor.

La música ahora era muy ruidosa: esta vez no procedía de una pequeña radio gris, sino de un grupo de hombres que se habían subido a la tarima y manoseaban unos extraños artilugios. La música

era bonita y hacía que sus corazones latieran más aprisa, como al galope. Los hombres que permanecían boquiabiertos junto al cercado habían sacado unos aparatitos y disparaban a las ovejas rayos de luz. Maple parpadeó: era la más lista de todo Glennkill, pero en ese instante resolvió que nadie lo sabría jamás.

Maple, Zora y Mopple miraron a las otras ovejas en busca de ayuda. La marrón que tenían a su derecha mascaba nerviosa una brizna de paja. Justo cuando Maple iba a hacerle una pregunta, reparó en el gordo carnero de un gris aterciopelado, que las examinaba con curiosidad.

—Pues muy listas no es que seáis —aseguró el carnero fulminándolas con la mirada—. Venir aquí sin más, como quien se pasea por unos pastos de verano. Participar en esto. Yo a eso no lo llamaría ser astuto. —Les guiñó un ojo con picardía.

—Las demás también participan —se defendió Mopple.

—Las demás tampoco es que sean muy listas —respondió el desconocido.

Ambos carneros se dirigieron una mirada escrutadora. Mopple nunca había visto una oveja más gorda que él mismo, y el carnero gris le infundió respeto.

—Tú también participas —le espetó Miss Maple con cierto retintín. Al fin y al cabo, lo del concurso había sido idea suya—. Así que probablemente tampoco seas muy listo.

—Error —negó el gris—. Yo soy Fosco. Las demás es la primera vez que vienen, no tienen ni idea de lo que les espera. Salvo esa moteada de ahí atrás, que ha venido tantas veces como yo. Aunque tampoco tiene ni idea: se olvida de todo año tras año. Estaría loca si participara en esto por segunda vez.

—Entonces eres tú el que está loco, ¿no? —replicó Maple.

—Error —repuso Fosco—. Yo soy Fosco. Las demás participan, yo gano.

Maple iba a hacerle otra pregunta, pero la música cesó: el de las gafas había subido a la tarima.

—Damas y caballeros. Ha llegado el momento de la verdad. En breves momentos dará comienzo el tradicional concurso La Oveja

Más Lista de Glennkill. Una tras otra, las ovejas más listas de Glennkill les irán mostrando sus habilidades y, a continuación, ustedes elegirán a la vencedora con sus votos. Naturalmente, no se irán con las manos vacías: les espera la semana gastronómica de las especialidades de cordero, aquí, en el Mad Boar. A las ovejas también.

Los hombres prorrumpieron en gritos.

—Disculpen esta pequeña broma —prosiguió el de las gafas—. Claro está que no pasaremos por el cuchillo a la oveja más lista de Glennkill. A la ganadora le espera una pinta de Guinness y una corona de trébol irlandés, y después podrá demostrar su valía en una gira por los pubs de Ballyshannon, Bundoran y Ballintra.

El de las gafas no demostró ninguna habilidad espectacular, y sin embargo recibió un aplauso.

—Como muestra de reconocimiento, el pastor recibirá un cheque por valor de doscientos euros. Un gran aplauso, por favor. Y con esto, ¡declaro inaugurado el concurso La Oveja Más Lista de Glennkill!

El público aplaudió a rabiar.

Othello miró con desprecio al de las gafas, Zora sacudió las orejas y Mopple tragó saliva. El comentario sobre las especialidades de cordero les había dejado un regusto desagradable.

Fosco les guiñó un ojo.

—Siempre dice lo mismo. Miradme: ¿acaso parezco una especialidad de cordero?

—Comencemos —anunció el de las gafas—. Un aplauso para Jim O'Connor y Smartie.

—¡Cielos! —rió Fosco—. ¡Ésa precisamente la primera! Prestad atención.

Las ovejas estiraron el pescuezo. El labriego rubicundo llevó a la manchada tirando de una cuerda hasta la tarima. Poco a poco, los hombres se fueron calmando.

El labriego hizo una reverencia.

—Smartie, la única oveja futbolista del mundo —informó, y puso en el suelo, ante Smartie, un balón blanquinegro.

Fosco se volvió hacia las ovejas de George.

—Se trata de empujar el balón con la pezuña. Os lo digo porque viendo el número no hay quien lo adivine.

Smartie olisqueó el balón a conciencia por todas partes y, acto seguido, se frotó la cabeza contra una pata delantera. El labriego la miraba convencido de su triunfo. Luego Smartie balanceó la pata delantera, y entonces clavó de nuevo la vista en el balón como si lo viera por primera vez. Se tomó su tiempo. Entre el público se oía algún que otro silbido y el labriego se fue impacientando: se acercó a Smartie y empujó él mismo el balón con el pie, pero más fuerte de lo debido, y el balón salió rodando por la tarima. Smartie fue tras él e intentó hincarle el diente, lo cual no hizo sino impulsar aún más el balón. Y pasó lo que tenía que pasar: el balón se salió de la tarima y Smartie saltó tras él sin vacilar, aterrizando entre los espectadores de la primera mesa. Los vasos tintinearon y los hombres que ocupaban la mesa balaron en señal de protesta.

Las ovejas revolvieron los ojos ante tamaña necedad.

—Miradla —resopló Fosco—, lleva años haciendo la misma tontería. El único de su rebaño que es aún más tonto que ella es el labriego.

Smartie, la única oveja futbolista del mundo, tan sólo recibió un discreto aplauso. El de las gafas sonrió a modo de disculpa cuando volvió a la tarima.

—Simon Foster y Einstein, que aspira a revalidar su título —anunció.

—Ése soy yo —dijo Fosco—. Creen que me llamo Einstein. —Sus ojillos pestañearon con complicidad, como si el nombre falso fuese una jugada suya especialmente hábil.

El pastor de Fosco era alto y fuerte, y aún más gordo que Fosco. Tenía un bolso en una mano, y la otra mano en el bolso. Ambos subieron con calma al escenario; visto su volumen, los movimientos de Fosco eran sorprendentemente ágiles.

El pastor no dijo ni una palabra: sacó del bolso una botella de Guinness y un vaso, vertió la cerveza en el vaso y lo dejó en el suelo, delante de Fosco. Éste cogió el vaso con los dientes y lo

levantó. A continuación, echó la cabeza atrás y se lo bebió a grandes tragos. Aplausos. Fosco dejó el vaso en el suelo con absoluta perfección. El pastor sacó una segunda botella, manteniendo la mano libre en el bolsillo del pantalón; probablemente también quisiera demostrar habilidad en la tarima. Le siguió una tercera botella. Los hombres voceaban. A la cuarta botella los hombres ya se habían puesto en pie y jaleaban: «¡Einstein! ¡Einstein!», todos a coro. La quinta botella fue para el pastor, todavía manco. Después sacó la mano del bolsillo y saludó al público con las dos. Oveja y pastor regresaron al rincón en medio de un fuerte aplauso. Las otras ovejas los miraban con envidia. A Fosco lo ataron junto a las de George, y el pastor tomó asiento de nuevo.

—¿Así es como ganas? —le preguntó Miss Maple—. ¿Bebiendo?

—Error —la corrigió Fosco—. Bebiendo Guinness de un vaso. Como hacen ellos. Es evidente que están convencidos de que eso es lo más inteligente que se puede hacer. Por eso gano. Siempre.

—Pero no es difícil —opinó Zora.

Fosco permaneció impasible.

—Lo cual no hace sino demostrar mi inteligencia. ¿Por qué iba a hacer algo difícil si lo fácil vale?

—¿Y por qué quieres ganar? —inquirió Mopple, a esas alturas ya convencido de que se podían aprender muchas cosas de Fosco.

—Por la Guinness, claro está —replicó Fosco—. ¿Es que no habéis oído que se puede ganar una Guinness? Y repetir el número en otros pubs. Y recibir más Guinness a cambio. Y antes están las semanas de entrenamiento, por supuesto. —Sus ojos refulgían.

Les tocaba el turno a Jeremy Tipp y Wild Rose. Las ovejas de George estiraron el pescuezo con curiosidad, pero Fosco sacudió la cabeza.

—No vale la pena —aseveró—. Esta vez lo bueno iba al principio. Podéis olvidar lo que viene a continuación. Lo mejor será que ni miréis.

Pero las ovejas sí que miraron: Wild Rose daba vueltas y cambiaba de sentido cuando el pastor silbaba. Otra oveja saltaba torpemente pequeños obstáculos. Un carnero bastante pesado

cabeceaba cuando el pastor le hacía una señal, y cuando le hacía otra, balaba. El pastor estuvo todo el tiempo hablando con él. Sorprendentemente, el número obtuvo una buena acogida y aplausos, aunque muchos menos que Fosco.

La actuación más penosa fue la de la oveja madre: ni siquiera tenía nombre y, ya en el escenario, el miedo le hizo perder la orientación y no fue capaz de recorrer la pequeña pista de obstáculos que le había preparado el pastor. Se quedó parada en mitad del escenario, desconcertada. El pastor salió tras ella con un palo y, presa del pánico, la pobre echó a trotar y se precipitó al suelo por el otro extremo. Incluso entonces hubo quien aplaudió.

Fosco guardaba silencio, furioso.

Luego el de las gafas apareció de nuevo en la tarima.

—Y ahora, damas y caballeros, nuestras invitadas sorpresa: Peggy, Polly, Samson y el negro Satán.

—Se ha inventado nuestros nombres por su linda cara —baló Zora, indignada.

También Othello bufó irritado.

—¿Acaso tengo yo pinta de burro?

—Da igual —dijo Miss Maple—. Ha llegado el momento. Hacedlo según lo convenido y recordad en todo momento lo que nos ha enseñado Melmoth.

Las ovejas de George subieron al escenario y se situaron en medio de la potente luz para tratar de que se hiciera justicia de una vez por todas.

Los humanos las miraban expectantes. La algarabía se convirtió poco a poco en un murmullo ahogado, similar al zumbido de los insectos, un sonido casi familiar. Al cabo, el silencio que se adueñó del local permitió que las ovejas oyeran de nuevo su propia respiración: una sensación tranquilizadora.

Luego, de repente, resonó un golpe tremendo: se había caído una silla. Justo después se cerró una puerta, y los hombres volvieron la cabeza sorprendidos.

—¿Qué ha sido eso?

—El padre William —respondió alguien—. A saber qué le pasa. Mira que marcharse como alma que lleva el diablo...

Sin que el resto se diera cuenta, entre los cuernos de Othello se había instalado un mal presagio. ¿Sería el numeroso público? Sentía sus ojos clavados en él como las garrapatas en el pelaje, igual que la primera vez que Lucifer Smithley lo había arrastrado hasta la pista del circo. Othello esperaba la voz: ésta le diría algo tranquilizador o algo provocativo o algo que lo hiciera pensar. En cualquier caso, la voz espantaría el malestar.

Pero Othello no oía nada. Escuchó con atención por el cuerno delantero derecho, por el delantero izquierdo, por el trasero izquierdo y, finalmente, por el trasero derecho. Nada. Nada de nada. Silencio. ¡La voz se había esfumado! Por primera vez en tanto tiempo estaba solo. Un escalofrío le recorrió la lana. En alguna parte entre el público acechaba el pánico. Sin embargo, en el preciso instante en que se disponía a embestirlo, Othello notó un empujoncito en las nalgas: era la aterciopelada nariz de Zora, que lo animaba a continuar. Othello se contuvo. Al fin y al cabo, había vencido a aquel perro. A muchos perros. Ahora era el manso. Y ese día, ese día especial, era la muerte.

«A veces estar solo es una ventaja», pensó, y apoyó sus negras pezuñas en la tarima con decisión.

Zora se sintió aliviada. Tras un momento de vacilación, Othello se había puesto de nuevo en movimiento. Por fin. La larga espera la había hecho pensar, pero ese día, en el escenario del concurso, Zora quería pensar lo menos posible, aunque ya era demasiado tarde. Pensó en lo que había dicho el hombre de las gafas: especialidades de cordero. Pensó en el carnero desconocido. Porque toda carne era como hierba. Los hombres la pastaban como si fuera hierba. Por eso se habían reído. Por eso existía el carnicero. Contempló todos aquellos rostros que querían ganar las especialidades de cordero. Un abismo que siempre había estado ahí, ante sus mismas narices, y

nunca había barruntado. Las gaviotas enmudecieron. Por primera vez en su vida Zora sintió vértigo.

Perpleja, miró hacia todas partes y, luego, a unos pasos de ella, vio de repente, flotando en el aire, una ovejita nube perfecta: había surgido de la pipa de un joven de la segunda fila. Zora sabía que en realidad no era una oveja nube, pero le recordó para qué estaba el abismo: el abismo estaba para ser cruzado, así que subió con paso firme a la tribuna tras Othello. Ese día Zora era el pastor.

Miss Maple iba detrás de Zora y Othello, de buen humor pero tensa hasta su última sortija de lana. El plan había sido cosa suya; ¿funcionaría? ¿Entenderían los humanos lo que ellas les mostraran? Las ovejas lo habían entendido, todas, el rebaño entero. En los ensayos, algunas incluso habían huido a la loma, asustadas de lo horrible y genuina que les había resultado la escena que habían ideado. Maple pensaba con optimismo que, en sus días buenos, los hombres no eran mucho más tontos que las ovejas. Al menos no mucho más tontos que las ovejas tontas. Pero ¿las creerían? Y luego ¿qué pasaría? Maple tenía mucha curiosidad por ver cómo era la justicia. Subió con interés a los tablones de madera y parpadeó sin miedo ante el público que la miraba desde abajo. Miss Maple era el lobo.

Mopple the Whale, casi sin aliento, iba tras los otros con el paño entre los dientes. El repugnante olor tenía la culpa de que Mopple sólo pudiera respirar superficialmente. Aparte de eso, se encontraba bien: sabía lo que tenía que hacer, lo había memorizado todo. Y su papel era verdaderamente importante. Hasta las ovejas más duras de mollera se habían percatado de ello tras su salida a escena. Con los cuernos orgullosamente en alto y pezuñas cautelosas, Mopple se plantó en el escenario... y se quedó petrificado.

Y es que allí, en primera fila, a tan sólo unos pasos de él, se hallaba el carnicero, las manos aferradas a su silla de ruedas.

# 22

Tom O'Malley contemplaba su Guinness. Los últimos días no habían estado nada mal: la gente hablaba con él de buena gana, porque tenía algo que contar. Qué diferente era que la gente hablara con uno de buena gana.

Magnífica tonalidad. Si le preguntaran qué era lo que más le gustaba de la Guinness, lo primero que le vendría a la cabeza serían la tonalidad. Un negro que a menudo podía ser rojo oscuro o marrón. Una vez Tom había visto un caballo de un marrón así: marrón Guinness. Y encima ese blanco cremoso, como nata dulce. Irresistible. No obstante, los últimos días no le había hecho falta tanta. De pronto todo el mundo quería algo de él, pero él apenas lo recordaba. Sólo recordaba algo blando en el pie y un buen susto.

Qué raro que ahora, cuando ya casi nadie le preguntaba por ello, empezara a acordarse de nuevo. Cuánto tiempo había tardado en comprender que la pala lo atravesaba. ¡Lo atravesaba, nada menos! No era de extrañar que O'Malley estuviera de nuevo en el Mad Boar empinando el codo.

«Por lo menos no vi los ojos —pensaba—. Si no se ven los ojos, todo va bien.»

Por tercera vez en su vida, Mopple miró fijamente al carnicero, desde muy cerca, y el carnicero le devolvió la mirada con aire amenazador. Esta vez sin cristal, sin niebla, tan sólo a través de un poco de humo. Decididamente, tres veces eran demasiadas. Mopple

dio media vuelta y se dirigió hacia la rampa: lo de la justicia sonaba muy bien, pero el carnicero era el carnicero.

Othello se interpuso en su camino sin decir palabra.

—El carnicero —jadeó Mopple—. Nos va a matar. ¡A mí el primero!

Othello sacudió la cabeza.

—Es un espectador, y los espectadores no hacen nada. ¡Nunca!

Intranquilo, Mopple miró de reojo a los humanos. Othello parecía tener razón: el carnicero no se movía. Sólo sus manazas se abrían y se cerraban en torno a los brazos de la silla de ruedas. Mopple, con el corazón en un puño, volvió a colocarse al borde de la tarima, donde Maple y Othello esperaban para realizar su número, con Zora ya situada en el centro del improvisado escenario.

En primer lugar debía conseguir que los humanos entendieran de qué iba aquello: iba sobre George. Zora empezó por la última postura del pastor: se tumbó de costado y puso las patas tiesas.

Algunos aplaudieron, pero a decir verdad nadie pareció impresionado.

Miss Maple meneó la cabeza levemente: no habían entendido nada. Zora se levantó y probó de nuevo, esta vez con una escena de muerte bastante más teatral.

Mientras Zora doblegaba despacio las patas delanteras y balaba dramáticamente, Mopple escrutó al público. Así que sólo eran espectadores. En realidad no hacían nada, y lo que sucedía en sus mesas no carecía de interés. Había un montón de Guinness en vasos, comida humana en pequeños comederos y unos extraños platillos con ceniza. Mopple olisqueó la comida humana con nariz experta. La mayor parte olía a incomible, pero allí, en medio de la primera mesa, un hilillo de olor dulce y prometedor flotaba entre el humo. Mopple miró a Zora, que yacía de lado y sacudía las patas. Todavía faltaba mucho para su actuación.

Con cuidado, dio un paso hacia la rampa. Aquellos humanos no eran más que espectadores. Si ni siquiera el carnicero hacía nada, ¡cuán inofensivos debían de ser los demás! Mientras toda la atención se centraba en Zora, que justo entonces exhalaba su último suspiro,

Mopple dejó el trapo en el borde del escenario, bajó a hurtadillas por la rampa y se plantó delante mismo de la mesa que olía tan bien.

Arriba, en el escenario, Zora volvió a levantarse. Esta vez tenían que haberlo entendido. A continuación le tocaba el turno al asesino.

Zora-George se pavoneó por la tarima-pradera con el paso largo y erguido del pastor, en los ojos una expresión de a-trabajar-animaluchos-perezosos. Luego alzó las orejas: tenía una idea. Zora-George dejó la tarima-caravana para ir a visitar a Maple-Beth, que se encontraba en el otro extremo del escenario, tranquila como un lobo, a la espera.

Ambas se saludaron. Maple-Beth puso cara de santurrona amabilidad y empujó con el morro a Zora-George con la nariz: quería inducir al pastor a algo, pero éste no quería y meneaba la cabeza con impaciencia. Luego Zora-George se puso a parpadear con aire divertido, como tantas veces hiciera el pastor. Entonces a Maple-Beth se le ocurrió una idea: baló cariñosa invitando a Zora-George a un refresco, y éste hundió inocentemente el morro en la invisible charca emponzoñada y bebió a placer.

Mientras lo hacía, observaba al público de soslayo. Los hombres miraban con cara de incomprensión; Ham era el único al que se le notaba cierta inquietud. ¿Habría descubierto el plan de Beth? Llegados a ese punto, el resto del pequeño rebaño emitió algunos balidos de advertencia que decían: «¡George, no lo hagas!» Pero era demasiado tarde: George ya había bebido del agua envenenada. Por tercera vez esa noche, Zora representó en el escenario una muerte espectacular.

Allí estaba: un trozo de pastel con un tenedor clavado. Mopple tenía buenas experiencias con los pasteles, pero no tanto con los tenedores. Vaciló. Y fue un error, ya que el hombre que había al otro lado del pastel lo vio.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Largo de aquí! ¡Fuera!

E hizo unos repentinos movimientos con la mano que, en circunstancias normales, habrían asustado a Mopple. «Eres un espectador», pensó el carnero, y estiró el pescuezo. El hombre apartó el trozo de pastel con un ademán asombrosamente ágil y lo sostuvo por encima de la cabeza, fuera del alcance de Mopple.

En ese mismo instante las patas de Zora-George se agitaron en el aire por última vez antes de quedar tendida en el suelo, inmóvil.

También en ese mismo instante, por vez primera desde hacía un buen rato, Tom O'Malley levantó la cabeza de su Guinness, vio una forma alargada de la que sobresalía verticalmente un objeto de metal, vio detrás una oveja (¿muerta?, ¿y no era aquélla la cabeza negra que había visto al borde del precipicio?), junto a ella un carnero negro con cuatro cuernos (¡las ovejas de George!), y su pie golpeó algo blando...

—¡George! —aulló Tom.

Bajo la mesa aulló también Cuchulainn, el viejo perro ovejero de Josh, al que Tom había dado un puntapié en la ijada sin querer.

El nombre de George permaneció suspendido en el aire mientras todos los sonidos iban cesando poco a poco. Algo cambió en el ambiente, como si una ráfaga helada hubiese irrumpido en el Mad Boar y apagado unas cuantas luces a su paso.

—Siéntate, Tom —le ordenó Josh con severidad en medio del silencio—. Estás borracho. Haz el favor de sentarte.

Pero Tom no tenía intención de sentarse. Señalaba el escenario.

—¡Las... ovejas! Eso es... Quieren decirnos algo sobre el asesinato.

—No tiene gracia —gruñó una segunda voz.

—Siéntate —repitió Josh.

Tom recorrió la sala con la vista, el semblante pálido y la nariz enrojecida.

—Que te sientes —insistió por tercera vez la perentoria voz de Josh—. Estás borracho.

Era verdad: Tom estaba borracho. Se dejó caer en el banco y le acarició la cabeza a Cuchulainn para consolarlo. Otra vez borracho. La sala se volvió borrosa, y eso que hacía unos segundos todo

estaba más que claro. Las ovejas... aquello significaba algo, seguro; aunque probablemente sólo que él estaba borracho. Otra vez. Un caso perdido.

Para entonces, en el escenario ya había aparecido la muerte misma en forma de carnero negro. La verdad es que la actuación de Othello no era realmente necesaria: nadie que hubiese visto a Zora interpretar la muerte de George podía poner en duda que estaba muerta. Pero las tres ovejas habían insistido en que Othello las acompañara al Mad Boar: Othello conocía el mundo y el zoo, sin él no se habrían atrevido a ir.

Y ahora Othello y Maple-Beth acechaban el cadáver, ambos ávidos de hacerse con la pequeña alma humana de Zora-George. Luego Maple-Beth se cansó de esperar y arrastró a Zora-George hasta el extremo de la tarima-pradera. Era la única parte de su actuación que no parecía verosímil: para que Maple-Beth pudiese mover el cadáver, la propia Zora tenía que ayudarla empujando con fuerza con las patas (en los ensayos, llegadas a ese punto habían sido interrumpidas por gritos exaltados: «¡Está vivo! ¡Está vivo!»).

Pero George Glenn ya estaba muerto cuando las ovejas se preparaban para el gran final. Ya en el prado, Zora-George yacía sobre el lomo con rigidez. A falta de pala, Maple-Beth le clavó en el pecho una de sus pezuñas delanteras. Era un golpe de efecto impresionante que, durante los ensayos, había dejado a Zora unos cuantos moratones. La muerte en forma de carnero negro seguía rondando el cadáver con un centelleo demoníaco en los ojos.

Abajo, entre el público, Mopple renunció al pastel y volvió deprisa al escenario. De repente se alegraba de no habérselo comido: tenía una sensación extraña en el estómago, como si en su interior revolotearan mariposas. Su papel era importante. Ahora llegaba la tercera parte, la más complicada, de la representación: Beth.

Consciente de su trascendencia, Mopple cogió el apestoso paño entre los dientes y se situó junto a Maple justo a tiempo.

Le habían estado dando muchas vueltas a la forma de representar con acierto al asesino. Al final a Mopple se le había ocurrido lo del olor. Claro está que ello suscitó discusiones, sobre todo entre Mopple y Maude, acerca del tamaño del alma, la cosa y la capacidad olfativa de los hombres, pero Mopple se impuso. «Después de todo, los humanos tienen nariz —afirmó—. Grande y en mitad de la cara. Algo olerán con ella. Y a Beth la olerá cualquiera que tenga nariz.»

De modo que pusieron manos a la obra: en un trapo del cobertizo Maude percibió un débil olor ácido que se parecía bastante al de Beth. Para reforzarlo, lo dejaron toda la noche enterrado en tierra putrefacta, al día siguiente lo cubrieron de acederas mascadas (sir Ritchfield, en su condición de manso más viejo, acometió la dura tarea de mascar las acederas), y después envolvieron en él una musaraña recién muerta que encontró Heide. El resultado era impresionante. Por supuesto que no olía exactamente como Beth, pero la similitud bastó para que las ovejas la identificaran de forma inequívoca, así que para los hombres, con sus indiferenciados órganos olfativos, debía ser suficiente.

Mopple sacudió espectacularmente el trapo para esparcir nubes del olor acre y putrefacto del asesino por el local. Era la parte más complicada. Tenían el olor y tenían la cosa: una cadenilla con un reluciente colgante parecido al que llevaba Beth. Lo más realista habría sido que Miss Maple se la colgara del pescuezo: habían probado a hacerlo, pero la cadena desaparecía entre la densa lana de Maple y ya no había forma de verla. De modo que Maple-Beth cogió la cosa, que hasta ese momento había mantenido oculta en la boca, entre los dientes, y fue hasta el borde del escenario. Mopple permanecía pegado a ella con su apestoso trapo.

Abajo, entre el público, algo se movió. Se oyó una queda imprecación. Un ruido. Un vaso cayó al suelo.

El carnicero subió la rampa con gran estrépito, las ruedas de su silla reluciendo a la luz de los focos.

Una vez en el escenario vaciló un instante: sus ojos iban de Mopple a la cosa que Maple sostenía en la boca. Finalmente se abalanzó sobre Mopple, que no perdió ni un segundo: dio media vuelta y bajó a toda velocidad la rampa trasera, el trapo bien apretado entre los dientes. El carnicero le pisaba los talones: era asombroso lo deprisa que se movía con la silla de ruedas. Las otras ovejas contemplaban desde la tarima cómo el carnicero perseguía al carnero por la sala, pasillo abajo y pasillo arriba.

Ninguna oveja supo si lo que finalmente llevó a Mopple a meterse por un estrecho pasadizo entre dos filas de mesas fue pura desesperación o una genial ocurrencia. Como cabía esperar, el carnicero lo siguió ruidosamente. Sin embargo, ahora se demostraba que Mopple the Whale, a pesar de su gordura, era considerablemente más flaco que el carnicero con su silla. Mientras que Mopple recorrió el pasadizo sin contratiempos, Ham se quedó atascado a unas cuantas ovejas de distancia. Todo el mundo se preparó para oír un rosario de imprecaciones estremecedoras, pero el lisiado se limitó a mirar a Mopple, extrañado, y apoyó las manos en el regazo sin decir palabra.

Las rodillas temblorosas, el carnero triunfante regresó a la tarima, donde, entre las otras ovejas, se sintió más a salvo. El trapo lo había perdido en algún punto de la huida.

Miró a Othello, enfadado.

—Conque espectadores, ¿eh? —bufó—. ¡No hacen nada!

Othello puso cara de desconcierto.

Los habitantes de Glennkill y las ovejas de George Glenn se miraron en silencio. Nadie aplaudía. Mopple, que poco a poco empezaba a recobrar el valor, se sentía un tanto decepcionado: en su fuero interno esperaba el aplauso. Puede que incluso más, ya que mientras actuaba bajo la atenta mirada de los humanos, había comenzado a plantearse cómo sabría una Guinness.

Las ovejas pestañeaban a causa de la humareda del tabaco. El silencio empezaba a resultarles inquietante y Zora, intranquila, miraba a todas partes. El humo inundaba la sala como una niebla especialmente malvada, y entre esa niebla, en alguna parte, una fiera se disponía a saltar sobre ellas.

Pero no ocurrió así. El silencio se fue disipando: primero se oyeron voces aisladas en las últimas filas, donde se hallaban los turistas. Preguntas y risas suaves. Alguien se puso en pie y llevó a Ham a su sitio. Y pronto la sala entera zumbaba como una colmena: el momento de atención a las ovejas había terminado y la justicia no asomaba por ninguna parte.

El de las gafas, el mismo que llamara Satán a Othello, apareció de nuevo en la tarima. Las ovejas se alejaron de él por la rampa trasera y, una vez abajo, se agruparon para ver si ocurría algo decisivo.

—Un aplauso para Peggy, Polly, Samson y el negro Satán. Ellas nos han enseñado hoy que las ovejas también entienden de teatro moderno —afirmó el de las gafas.

El aplauso fue, en el mejor de los casos, poco entusiasta, pero las ovejas tuvieron la sensación de que iba dirigido principalmente al de las gafas, no a ellas.

—Damas y caballeros, acaban de ver actuar a las ovejas más talentosas e ingeniosas de Glennkill. Ahora todo depende de ustedes...

Al fondo, en el otro extremo de la sala, se movió algo: Beth avanzaba lentamente por el pasillo principal; en las manos sostenía, con cariño, como una oveja madre, el trapo que Mopple había perdido. Beth lo había desdoblado y, a pesar de la mugre, las ovejas distinguieron dos marcas rojas sobre un fondo blanco.

Beth iba derecha a la tarima, imperturbable, como si siguiera un olor secreto. Caminaba tan tranquila y erguida que daba gusto verla.

Se detuvo delante del escenario, y el de las gafas la miró, irritado, desde arriba.

—Discúlpeme —dijo Beth—, pero me gustaría decir algo.

—¿Y tiene que ser ahora? —le susurró él.

—Sí —respondió Beth.

El de las gafas se encogió de hombros.

—Damas y caballeros —dijo en voz alta—, interrumpimos esta emisión para insertar una cuña con fines benéficos.

Hizo un gesto de invitación con la mano, pero Beth no subió a la tarima. Se sentó en el borde y alisó con los dedos su falda y el pañuelo.

—George —dijo—, quiero contaros algo sobre George.

A partir de ese instante, en la sala no se oyó ni una mosca: Beth llevó a cabo sin esfuerzo el truco de llamar la atención que ni al de las gafas ni a las ovejas había acabado de salirles del todo. Y, además, sin ninguna muestra de habilidad: se limitó a sentarse en el borde del escenario y hablar. A veces balanceaba un poco las piernas, a veces pasaba los dedos lentamente por el pañuelo.

Por lo visto el pañuelo era importante para ella, aunque apestaba. Al principio no habló de George, sino sólo del pañuelo.

—Se lo regalé yo —contó—. Hace una eternidad. Una eternidad. Fue tan fácil... Me pasé una noche entera bordándolo. Sabía de antemano cómo sería exactamente. Y por la mañana tenía la sensación de poder flotar, hacerlo todo, decirlo todo. Era... —Beth titubeó, tal vez para recuperar la voz, que se le había vuelto más y más débil y corría peligro de extinguirse por completo— era agradable.

Se oyeron algunos murmullos.

—Luego llegó el momento de la verdad y no dije nada, tan sólo le puse el pañuelo en la mano, en silencio. Él me miró sin comprender, y yo no fui capaz de decir nada ni hacer nada. Nunca más. Hace un instante, al verlo de nuevo, me he dado cuenta de que *ése* es el delito de mi vida... no el otro.

Las ovejas advirtieron que un escalofrío nacía en la nuca de Beth, le recorría la columna y se instalaba en sus extremidades. La envolvente luz de los focos de pronto parecía muy fría.

—El pasado domingo, muy de noche, llamaron a la puerta. Yo aún estaba despierta, de modo que abrí, y allí estaba George. Me puse a contarle algo del Evangelio, como siempre que nos veíamos. Yo siempre hablaba del Evangelio. —Sacudió la cabeza con tristeza —. Pero esa vez era distinto. «Beth», me dijo muy suavemente. «Déjalo, es importante.» Me flaquearon las rodillas de la suavidad con que lo dijo, así que lo dejé, y él pasó al salón. Casi fue un poco como yo me lo imaginaba, aunque él pensaba en algo muy distinto, claro. «Quiero despedirme», me dijo. «Pues claro», le respondí sonriendo con valentía. Entonces me pareció valentía, pero ahora sé que fue un acto cobarde. «Pues claro, la llamada de Europa.» «No», contestó él. «No de Europa.» Lo entendí en el acto. Fue bonito que lo entendiera tan deprisa, aunque en realidad estaba desconcertada, claro. Luego me dijo por qué había ido a verme. Ya no recuerdo a ciencia cierta lo que pasó después. Sólo que le supliqué una y otra vez que lo olvidara. Pero era un cabezota. Siempre lo fue. —Sus finos dedos recorrieron las costuras del sucio pañuelo—. «Tenías tantas ganas de ir a Europa...», le dije. «Sí», repuso. «Y acabaré yendo algún día. Pero tengo miedo. No puedo. Es demasiado tarde.»

Ahora Beth temblaba de tal modo que sus dedos ya no lograban seguir las costuras del pañuelo. Sus manos se unieron pidiendo ayuda, se entrelazaron y acariciaron como si tratasen de calmarse mutuamente.

—No fui capaz de infundirle ánimo, y luego incluso lo ayudé, como él quería. Cuando pensé que de lo contrario no lo enterrarían... —Su voz se perdió en un bosque y se detuvo un momento, temblorosa—. Yo habría ido con él, pero no quiso. «Dentro de una hora en el prado», me dijo. «Estaré listo.» Y allá fui, bajo una lluvia torrencial. Ya estaba muerto. Si no puedo hacer esto por él, pensé, ¿de qué me vale?

Sonrió, los ojos húmedos, y las ovejas se quedaron sorprendidas. Pero, acto seguido, la sonrisa se desvaneció como la lluvia en la arena.

—Ay —suspiró—, fue un infierno. Y los días siguientes... Aquello fue un error, semejante pecado, y sin embargo... sin embargo...

—¿Por qué? —preguntó una voz ronca desde la primera fila, casi un susurro, pero claro e inteligible, en medio del tenso silencio.

Por vez primera desde que empezara a hablar, Beth levantó la cabeza.

—¿Por qué... así? —repitió Ham en voz todavía más baja.

Beth lo miró, irritada.

—No sé por qué. Tenía que ser la pala a toda costa. «Eso les dará que pensar», me dijo. No hubo forma de hacerle cambiar de opinión. Fue horrible.

Ham meneó la cabeza.

—La pala no... George.

—¿Tan difícil es de entender? —dijo Beth. De pronto parecía furiosa, herida... como una joven oveja madre que defiende a su primer cordero—. Aquella vez, cuando le di el pañuelo, a mí me pasó lo mismo. A veces la esperanza es tan grande que apenas se puede soportar. Tanto que el miedo es aún mayor. Había esperado demasiado para ir a Europa. Puede... puede que sencillamente ya no tuviera el valor de probar si de verdad lo conseguiría.

—Pero...

Beth no lo dejó hablar.

—¿Tan sorprendente es? ¿Acaso era yo la única que se había dado cuenta de lo solo que estaba, siempre a solas, únicamente él y sus ovejas? Claro que siempre se estaba riendo de mí, pero yo notaba cómo se iba alejando poco a poco de todo, cómo avanzaba hacia algo negro.

Las ovejas miraron a Othello, confundidas, y el manso puso cara de perplejidad.

Beth suspiró.

—¡Cuánto hace de eso! Hace siete años, cuando volví de África, la cosa estaba muy mal. No sé qué ocurrió entonces, ni quiero saberlo, pero desde ese momento dejó de entenderse con los hombres y con Dios. Al principio pensé que podría tener que ver conmigo, con mi ausencia, pero era... vanidad. ¡Qué no le diría! Pero no me escuchó. Y lo que siempre quise decirle no se lo dije. Ahora es muy fácil.

Era como si Beth y George hubiesen hablado de la muerte de George. Pero ¿cómo iba a saber George que estaba a punto de morir? ¿Y por qué no salió corriendo?

Lo que decía Beth no tenía sentido. Era una experiencia extraña para las ovejas: entendían las palabras, palabras sencillas, palabras como vida y esperanza y solo, pero apenas comprendían a qué se refería Beth con ellas.

Acabaron dándose por vencidas: resultaba agotador concentrarse en las palabras cuando no entendían el sentido. Al cabo de un rato la voz de Beth no era más que una melodía triste y queda para ellas.

Volvieron asombradas a la oscuridad, al rincón donde estaban las otras ovejas.

—Entonces, ¿quién es el asesino de George? —preguntó finalmente Mopple.

Nadie respondió.

Luego oyeron un bufido: Fosco estaba tras ellas. Los ojos le brillaban con demasiada intensidad y el aliento le olía raro.

—George —dijo Fosco.

Ninguna oveja reaccionó ante el extraño eco.

Después Zora preguntó despacio y con cautela:

—¿George es el asesino de George?

—Exacto —confirmó Fosco.

—Pero George está muerto —objetó Zora—. A George lo asesinaron.

—Eso es —contestó Fosco.

—¿George se asesinó a sí mismo?

—Eso es —dijo Fosco; de repente parecía muy impresionante y gris.

—Beth miente —baló Mopple, que había llevado aquel trapo apestoso durante el largo trayecto hasta el Mad Boar para esclarecer el asesinato de su pastor—. No quiere admitir que lo hizo ella.

Sin embargo, las ovejas podían oler que la misericordiosa Beth no mentía. Ni lo más mínimo.

—¿No es una locura? —inquirió Zora.

—No —negó Fosco—. Es suicidio.

Sui-ci-dio. Una palabra nueva. Una palabra que George ya no podría explicarles.

—A veces lo hacen... los humanos —aclaró Fosco—. Miran el mundo y deciden que ya no quieren seguir viviendo.

—Pero vivir y querer es lo mismo —baló Mopple.

—No —lo corrigió Fosco—. En el caso de los humanos a veces es distinto.

—No es que sea muy inteligente —apuntó Mopple.

—¿No? —repuso Fosco, en sus ojos un brillo como de luciérnagas tambaleantes—. ¿Cómo lo sabes? Yo llevo algunos años aquí, y si algo he aprendido es que no resulta fácil saber qué es inteligente y qué no.

Nadie lo contradijo. Las ovejas permanecieron un rato en silencio, intentando digerir lo que les había dicho Fosco. En la sala, Beth había dejado de hablar y los hombres balaban aturdidos todos a un tiempo.

Zora alzó la cabeza.

—¿Y el lobo? —quiso saber.

—El lobo está en el interior —replicó Fosco.

—¿Es como un abismo? —le preguntó Zora—. ¿Un abismo interior?

—Hum... como un abismo —confirmó Fosco.

Zora se paró a pensar. Precipitarse a un abismo... eso podía imaginárselo. Pero ¿precipitarse hacia el interior?

Sacudió la cabeza.

—Eso no va con las ovejas —dijo.

—No —contestó Fosco—. La verdad es que no va con las ovejas.

Miss Maple llevaba un rato sin decir palabra, la cabeza ladeada, cavilando. Ahora movía las orejas, confusa.

—Ha salido a la luz —aseguró finalmente—. Nos vamos a casa.

Las ovejas se despidieron de Fosco, que entendía las cosas oscuras y que año tras año era coronado, con razón, la oveja más lista de Glennkill. Echaron a andar hacia la puerta trasera que Fosco

les había indicado. Primero Othello, luego Zora, detrás Maple y, por último, Mopple the Whale.

Justo cuando Mopple, aliviado, se disponía a salir al aire libre tras Maple, una mano carnosa se apoyó en la puerta y la cerró con suavidad ante sus narices.

Mopple quedó atrapado en la hedionda taberna.

Junto a él se encontraba el carnicero, el semblante pálido y los ojos entornados. Las ruedas de su silla apestaban a goma. Mopple miró desesperado a todas partes: esta vez no había salida. De puro miedo, se sentó en el frío suelo de piedra: había caído en la trampa.

—Tú —dijo el carnicero con voz peligrosamente baja—. Tú...

El carnero temblaba como la hierba al viento. Toda carne era como hierba.

La mano de Ham dibujó un torpe gesto en el aire, y Mopple se estremeció. Por un instante temió que la mano fuera a soltarse del brazo y abalanzarse sobre él. Pero Ham se limitó a saludarlo con la cabeza, casi respetuoso.

—Ahora lo entiendo —afirmó—. Ahora sé que me merecía esto. Debí darme cuenta de lo mal que estaba el pobre. Aparte de mí no tenía ningún amigo... y yo tampoco.

Mopple miró al carnicero con los ojos como platos: la garra que tenía delante de las narices se había convertido en un puño.

—Pero no lo hice —prosiguió el carnicero—. Aparté la vista con indiferencia. Y George se lo tomó a pecho.

El puño del carnicero tembló un poco y luego retrocedió con cuidado. Mopple se sentía mareado.

De repente la puerta volvió a abrirse ante sus narices.

El carnicero no dijo más, pero se quedó observando a Mopple con los ojos brillantes. Sus manos descansaban, blandas y exangües, en los muslos. El carnero tardó un rato en comprender qué esperaba el carnicero.

Salió aturdido al exterior: fuera había oscurecido, y un aire denso y aterciopelado, de un dulzor y una nitidez increíbles, le entró por la nariz.

El inspector Holmes contemplaba perplejo cómo en el escenario del concurso La Oveja Más Lista de Glennkill su caso se desentrañaba solo. De modo que suicidio. Y lo de la pala había sido la mujer canosa: nunca lo habría adivinado. Aunque después se le antojaba verosímil: un viejo solitario, excéntrico, con un matrimonio fracasado, la hija lejos. Lo habitual. Aunque era imposible entenderlo del todo.

Un leve carraspeo a su lado lo arrancó de sus pensamientos.

Junto a Holmes había un hombre vestido de oscuro. Discreto, ésa era la palabra. Uno de esos tipos a los que ni siquiera al cabo de cinco minutos es posible describir debidamente.

—Mi border collie se llama Murph —dijo el hombre.

—Ah —respondió Holmes—, me lo imaginaba. ¿Qué quiere usted ahora? Los he dejado en paz, como acordamos.

—De eso no cabe duda. Estamos realmente impresionados con su talento para no hacer nada.

—¿Qué opina de eso? —preguntó Holmes, señalando con la barbilla el escenario, donde la canosa acababa de dejar de hablar.

El hombre discreto se encogió de hombros.

—No nos concierne. Pero a usted tampoco le concierne mucho, ¿no es así? ¿No le gustaría tener un auténtico éxito policial? ¿Uno propio?

De pronto en la mesa había una cinta de vídeo, justo al lado de la Guinness de Holmes. La Guinness ya estaba medio vacía.

—Véala —le aconsejó el hombre—. Y lo sabrá todo sobre ese McCarthy. Podría ser bueno para su carrera.

Cuando Holmes acabó de guardarse la voluminosa cinta en el bolsillo del traje, el hombre ya había desaparecido. Bueno, ¿y qué? Tampoco habría respondido a ninguna pregunta. Holmes clavó la vista en la mesa, donde un posavasos de cartón prometía fama y grandeza gracias a la Guinness. Tenía una extraña sensación en la boca del estómago, y no tenía relación únicamente con el caso Glenn.

Tenía relación con su vida: con la comisaría y la certeza de que no quería volver allí.

Dejó la Guinness medio llena.

# 23

—Puede que en realidad sólo lo viera como un golpe de efecto, lo de la pala y la gran agitación que se produciría en el pueblo. Puede que le resultara más fácil si pensaba en el lío que iba a armar. —Rebecca se sorbió la nariz.

Las ovejas se habían reunido en torno a la caravana, como en los viejos tiempos, aunque ahora las novelas de Pamela se habían terminado. En vez de eso había periódicos de hojas grandes y crujientes, y de un papel aún más fino. Lo estupendo de los periódicos era que contenían historias sobre George, sobre Beth e incluso sobre su aparición en el concurso La Oveja Más Lista de Glennkill. También era estupendo que Rebecca a veces supiese más de lo que estaba escrito. Porque había hablado con Beth, que a esas alturas ya había abandonado Glennkill para pasar el resto de su vida en una isla realizando buenas acciones.

A las ovejas la historia que más les gustaba era «Unas ovejas hacen salir la verdad a la luz», que además incluía una foto en que se veía, pequeñas, grises y sin olor, pero de un modo inconfundible, a Maple, Mopple, Othello y Zora en el escenario del Mad Boar. Rebecca se la plantó delante mismo de las narices para que la vieran bien, y Mopple intentó comerse un trozo del periódico. Desde entonces sólo podían observar las fotos a una distancia prudencial.

Había una foto de George en la hierba, con un aspecto muy joven y aventurero, en los brazos un cordero desconocido. (Cloud aseguró ser el cordero de la foto, pero las demás no la creyeron.) Beth con un vestido veraniego, también muy joven y con los ojos

brillantes. La historia se llamaba «Un romance mortal». «Profanadora de cadáveres por amor» mostraba asimismo a Beth, aunque vieja, tal como la conocían las ovejas, con el cuello rígido y el rostro inescrutable.

Rebecca pensaba mucho en Beth.

—Ha cambiado mucho desde esa tarde —decía—. Creo que es la persona más romántica que conozco...

«Esa tarde» —eso lo entendían las ovejas— era la tarde en que cuatro de ellas habían participado en el concurso La Oveja Más Lista de Glennkill. Alzaron la cabeza con orgullo: esa tarde habían conseguido hacer algo decisivo, aunque no supieran a ciencia cierta qué.

El asunto del suicidio seguía siendo un enigma: no podían entender por qué George había hecho algo tan extraño... precisamente George, que por lo demás siempre decía todas las cosas de forma que una oveja pudiera entenderlas.

—Es probable que ni él mismo supiera hasta el final lo que iba a hacer —opinó Rebecca—. A veces eso me ayuda... imaginarme que no dejó de pensar en ningún momento que de verdad iría a Europa. Aunque luego fuera un viaje distinto...

Tragó saliva y se pasó la mano por los ojos, húmedos y enrojecidos. Últimamente los ojos de Rebecca solían estar enrojecidos.

—Pero sé que no pudo ser tan fácil: antes hizo testamento para que vosotras pudierais ir a Europa a toda costa. Era un buen pastor... Llevó a Tess a un centro de acogida de animales. Y a mí... me escribió la carta. —Se enjugó una lágrima solitaria que le resbalaba por la mejilla. Miró, sin verlo, a Mopple, que estaba en primera fila y esperaba poder morder otra vez el sabroso periódico. La mirada de Rebecca era ausente.

Entonces cerró el periódico: a veces ocurría que la nueva pastora se olvidaba de leer en mitad de la lectura. En esas ocasiones había que incitarla a trabajar.

Heide y Maude soltaron unos balidos sonoros y estridentes, y a continuación se unió a ellas Ramses.

Rebecca levantó la vista y suspiró, volvió a abrir el periódico entre crujidos y siguió leyendo «El pastor solitario y el grande y vasto mundo».

Cuando las historias de Glennkill que aparecían en el periódico se fueron volviendo más cortas y aburridas, Rebecca sacó otra vez el libro que tanto impresionara a las ovejas en aquella primera hora de lectura en común. Ahora, a la luz del día, veían la bonita ilustración de la cubierta: un montón de verde, un arroyo, montañas, árboles, rocas.

Naturalmente, también trataba de hombres. Con cierta inquietud las ovejas seguían las aventuras de un pequeño rebaño humano que vivía en el páramo. Las experiencias vividas con el periódico les habían infundido un gran respeto por todo lo escrito.

—Si ovejas y hombres pueden entrar sin más en los libros, seguro que algo puede salir de ellos —opinó Lane.

Y Ramses y Heide comenzaron a observar con recelo el nuevo libro cuando Rebecca, después de leerles, lo dejaba en los escalones de la caravana. A ninguna le apetecía que el lobuno Heathcliff del libro la sorprendiera pastando.

Pero el libro era apacible.

Hacia el final se volvía incluso realmente romántico, con dos espíritus que por fin podían vagar libremente por el páramo, tal como deseaban. Las ovejas pensaron en George y esperaron que también su alma fuera camino de una verde pradera, quizá con un pequeño rebaño que hubiese encontrado en alguna parte.

Un buen día Ham apareció por el camino y, presas del pánico, como de costumbre, las ovejas corrieron a lo alto de la loma, desde donde continuaron observando lo que ocurría en la caravana. Rebecca y el carnicero se saludaron.

—Esperemos que no nos venda —opinó Mopple.

—¡No puede! —baló Heide—. Lo pone en el testamento.

Pese a todo, las ovejas los observaban con atención: no estaban tan seguras de eso.

La cosa no tenía buena pinta: Rebecca y el carnicero parecían hacer buenas migas. Las ovejas no perdían de vista al carnicero, que se les antojó serio, un poco arrugado y ya no tan peligroso. Como soplaba un viento salado procedente del mar, por suerte no percibían su olor.

Heide tomó la osada decisión de ver al carnicero de cerca. Las perplejas miradas de las demás la siguieron colina abajo.

—... existen conexiones —decía el carnicero—. Conexiones, reencarnación y cosas de ésas por todas partes. Ahora leo mucho, para tratar de entender las conexiones, ¿sabe? —Volvió la cabeza y miró a Heide a la cara, entre cohibido y curioso, pero con mucho respeto. Puede que incluso inclinara ligeramente la cabeza a modo de saludo: la sorpresa hizo que Heide se olvidara de poner cara de valiente, y sus ojos se clavaron con perplejidad en el carnicero.

Rebecca se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Pasaban tanto tiempo con él… Imagino que habrá un poco de George en las ovejas...

Heide miró con descaro al carnicero y volvió con el rebaño, donde la esperaban unas ovejas respetuosas. El carnicero y Rebecca se estrecharon la mano y luego él se dirigió hacia el camino, con el consiguiente y generalizado alivio. La vida podía continuar.

Y así lo hizo. Las ovejas se ponían a faenar al amanecer, como de costumbre, y pastaban hasta la tarde. Luego se reunían en torno a la caravana para disfrutar de la lectura y, a continuación, pacían de nuevo hasta que se retiraban al establo. Una vida ovejuna ordenada.

Les gustaba pensar en George, y le estaban agradecidas por el testamento. «Era un buen pastor», decía Cloud.

Todas respetaban George’s Place: a ninguna se le habría ocurrido adueñarse de las hierbas y plantas de allí. Sin embargo, inexplicablemente George’s Place parecía cada vez más pequeño.

—Eso es porque todo tiene un final —explicó Zora.

Una mañana, mientras las demás ovejas dormían, una mancha redonda y blanca se escabulló del protector abrazo del rebaño y fue hasta el acantilado. Mopple the Whale permaneció largo rato ante el saliente rocoso de Zora, pensando. Luego dio un paso adelante. Y otro. Zora podía. Un tercero. Melmoth también podía. Cuatro. Cinco. Había mirado a la cara al carnicero. Seis, y se plantó finalmente en la roca de Zora. Entonces bajó la cabeza con cuidado para saborear las hierbas del precipicio.

Ahora era más frecuente que, al pastar, formaran grupitos para cambiar impresiones sobre los acontecimientos.

—Fue un truco —opinaba Cordelia.

—Ninguna oveja puede abandonar el rebaño —decía Sir Ritchfield—. A menos que vuelva.

—A veces estar solo es una ventaja —lo pinchaba Melmoth.

—Fue una historia de amor —balaba Heide, agitando las orejas con aire triunfal.

# 24

Rebecca cerró el libro de golpe. Una novedad: las novelas de Pamela eran de papel suave y fino y nunca habrían sonado tanto. Los periódicos tampoco. Willow, que se había quedado dormida en la última fila, abrió los ojos como platos y le dio la espalda a la caravana en silencio. Las demás miraron a Rebecca expectantes.

—Se acabó —explicó ésta—. Mañana empezaremos algo nuevo.

Las ovejas pusieron cara de decepción. Ahora, tras superar todo aquel horror, podía ponerse interesante de verdad. ¿Qué sería de Heathcliff y Catherine mientras vagaban por el páramo? ¿Por qué ya nadie contaría cómo olía el pantano cuando caía un chaparrón? ¡De alguna manera continuaría!

Pero Rebecca se limitó a quedarse sentada en el último escalón de la caravana, sin ganas de seguir leyendo. Su mano acarició con dulzura la cabeza de Tess, y ésta movió débilmente el rabo: se veía que era la primera vez en mucho tiempo que lo movía.

Una mañana Rebecca la había traído de vuelta en un coche: una Tess con ojos desconocidos, tristes. La perra no se lanzó por la pradera como solía hacer, y tampoco dio saltos alrededor de la caravana buscando a George. Tess desapareció tras la sombra de Rebecca, y seguía su roja falda a todas partes, igual que un cordero muy joven sigue a su madre.

—Hora de acostarse —dijo Rebecca.

Las ovejas se miraron: el sol aún estaba en lo alto, las sombras no eran más largas que dos trancos al galope, y el pastar y rumiar diarios se hallaban lejos de haber terminado. ¿Al establo? ¿A esa

hora? ¡Nunca! Además, Rebecca les había leído menos que de costumbre. Miraron a la pastora con obstinación.

—¡Máááás! —baló Maude.

—¡Máááás! —balaron los tres corderos.

Rebecca se mantuvo en sus trece: se notaba que era hija de George.

—La historia ha terminado —dijo—. Eso ha sido todo por hoy.

Maude olió la determinación en la frente de Rebecca y enmudeció, pero los tres corderos siguieron balando infatigables. Rebecca enarcó las cejas.

—La próxima vez os leeré *El silencio de los corderos* —prometió. Y a continuación se levantó.

*El silencio de los corderos* sonaba prometedor. Las ovejas madre en particular esperaban sacar algo en limpio de la lectura.

—A dormir —ordenó Rebecca—. Mañana nos vamos a Europa. Muy temprano. No quiero ver caras soñolientas.

Y desapareció en el interior de la caravana, Tess pisándole los talones.

—¡Mañana! —baló Heide.

—¡Europa! —musitó Maisie.

—Está bien que nos vayamos a Europa —observó Cordelia, pensativa—, pero es una lástima que tengamos que marcharnos de aquí.

Las demás asintieron.

—Poder ir a Europa y quedarse aquí al mismo tiempo... —apuntó Mopple—. Estaría bien. Así se podría pastar en dos sitios a la vez.

Sopesaron un poco las maravillosas posibilidades del múltiple pastar.

Luego Melmoth levantó la cabeza de súbito, como si hubiese oído una llamada. Sus ojos se humedecieron y se puso a bailar exaltado.

—Venid conmigo al acantilado —pidió—. Os contaré algo sobre la despedida.

Las ovejas lo siguieron gustosas: cuando Melmoth contaba algo era como si un viento desconocido acariciara su rostro, un viento

sazonado de presagios y olores misteriosos. Así que acompañaron al gris hasta el acantilado.

De repente, las cornejas del árbol de las cornejas empezaron a chillar: un grito desgarrador, un auténtico grito de carroñero. Sin querer, las ovejas buscaron con la vista al animal muerto que debía de motivar tanto alboroto, pero no hallaron nada.

Cuando se giraron de nuevo, Melmoth había desaparecido. Así, sin más. Buscaron bajo el dolmen, en el establo y detrás de la caravana. Buscaron en los setos y bajo el árbol de la sombra, aunque Melmoth se encontraba al borde del acantilado y era imposible que hubiese alcanzado los setos en tan poco tiempo. Pero en alguna parte tenía que estar, él y su historia sobre la despedida. Sin embargo, no hubo forma de dar con Melmoth.

Entonces Zora baló sorprendida: había echado el pescuezo hacia atrás y miraba el cielo con ojos centelleantes. Un fuerte viento empujaba por encima del mar un único nubarrón gris oscuro.

—¡Se ha convertido en una oveja nube! —exclamó Mopple.

—¡Una oveja nube! —balaron las otras, agitadas. Alguien de su rebaño lo había conseguido.

—¿Vuelven las ovejas nube? —preguntó un cordero al cabo de un rato.

Othello apartó los ojos de la playa y se volvió hacia Mopple, Maple, Zora y Cloud, que seguían contemplando la nube gris y peluda con una mezcla de veneración y tristeza. Othello pensó si decírselo o no: naturalmente, Melmoth no se había convertido en una oveja nube. Había sucedido algo mucho más misterioso: se había deslizado por el empinado túnel de piedra que había bajo el pino y se había largado. A veces estar solo es una ventaja.

Othello decidió no contárselo al rebaño: no habrían comprendido más, sino menos. Igual que él. Cuantas más cosas sabía de Melmoth, menos lo entendía. Magia. Y siempre la inquietante sensación de que Melmoth lo entendía todo. A sí mismo, a él, a

todas las ovejas... incluso a los pastores. O tal vez sólo estuviera loco.

Othello sacudió la cabeza para ahuyentar la tristeza, pero el meneo lo ayudó tan poco como escarbar con las pezuñas.

Lo que lo ayudó fue el viento.

Porque el viento le trajo —a saber de dónde— una hoja que depositó cuidadosamente a sus patas. Una hoja dorada. De un dorado otoñal. La época de migración de las golondrinas. La estación de los perfumes, del apareamiento. Se volvió de nuevo hacia la pradera, donde Mopple, Maple, Zora y Cloud miraban embobadas una nube gris. Pero no vio a ninguna de ellas. Lo que vio, olió y sintió con los siete sentidos y con un puñado de nuevos sentidos otoñales fue a tres bellezas con un olor turbador y una lana de una blancura cegadora. Y a un rival joven y fuerte, pero inexperto.

A Othello le entusiasmó casi tanto la idea de medir sus fuerzas como lo que vendría después. Sus pezuñas escarbaron con impaciencia la tierra, y su sangre circuló más deprisa que de costumbre.

Luego el viento cambió y se llevó consigo el olor de Zora, Cloud, Maple y Mopple. Othello se calmó. Miró de nuevo la playa, donde Melmoth se había transformado de manera imperceptible en un inquieto punto gris, flanqueado por el oscuro gris del agua. De no haberlo sabido, a esa distancia Othello lo habría tomado por una pequeña ola, un jirón de espuma, un burbujeo en la vastedad del mar. Pero Othello no veía una ola gris. Lo que veía era un rival poderoso que se alejaba del rebaño, su rebaño.

Y se sintió satisfecho.

# Advertencia

Las ovejas de Glennkill son unas ovejas excepcionales. Las de lana y carne corrientes no soportan ni el alcohol ni las drogas, razón por la cual me gustaría pedirles a mis lectores que no las induzcan al consumo de estupefacientes. Si quieren darle una alegría a una oveja, prueben con pan o ¡con hierba de verdad!

# Agradecimientos

Por su estímulo y demás reacciones gratas, me gustaría dar las gracias a M. E. Frensch, a mi familia (en particular a Hilde y Werner), a S. O'Donovan, Florian O., Chloé H., Laura von O., Renate G., Ortwin D., Stefanie W., Sonja T., Stefanie S., K. La Storia y A. Bohnenkamp.

Por su detallado análisis del manuscrito, su motivación y sus valiosas críticas, mi más sincero agradecimiento a Louise C., Tanja K. y Martin S.

Asimismo, *very special thanks* a Orla O'Toole, de Leenane Sheep & Wool Centre (una estupenda dirección para los amigos de las ovejas y quienes se interesen por ellas), en Connemara, Irlanda, por su experto asesoramiento y sus inspiradoras anécdotas.

A mi agente, Astrid Poppenhusen, y a mi lectora, Claudia Negele, un millón de gracias por creer en este libro y contribuir con ganas y entusiasmo a su publicación.

A M. D., mi compañero en la vida, en la escritura y en la lectura, le agradezco el tiempo y la energía que ha invertido en este libro, su infinidad de buenas ideas, sus conocimientos narrativos y sus acertadas palabras, su paciencia, su entusiasmo y su importante labor de documentación.

Primera edición: mayo de 2026

Título original: *Glennkill*

Copyright © Leonie Swann, 2005
2007 © Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021, Barcelona
Traducción del alemán: María José Díez y Diego Friera

Diseño de la cubierta: Penguin Random House GmbH

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87928-19-3

# Contenido

Las ovejas detectives
Dedicatoria
Dramatis Oves por orden de aparición
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Advertencia
Agradecimientos
Créditos